LA TEBAIDA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, 20.

B-25569 4-3-44

BIBLIOTECA CLÁSICA.

TOMO CIX

LA TEBAIDA

POR

PUBLIO PAPINIO ESTACIO

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO

POR EL LICENCIADO

JUAN DE ARJONA

2018

TOMO I

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1888

PUBLIO PAPINIO ESTACIO.

Descendiente de familia griega é hijo de un poeta y preceptor de literatura griega y latina en Roma, fué el autor de *La Tebaida* el cuarto poeta épico del siglo primero de nuestra era. Nació el año 61 en Nápoles y se educó en Roma, donde llegó á ser su padre uno de los maestros de Domiciano.

Recomendado por el célebre actor Pâris al Emperador y aprovechando las relaciones de su padre con muchas familias patricias, pronto llegó á ser el poeta favorito de su época, contribuyendo en gran manera su facilidad asombrosa para improvisar y lo dócil de su carácter para ponerla al servicio de los poderosos que deseaban versos dedicados á personas ó cosas de su especial afecto.

Diéronle, además, notoriedad y renombre los triunfos alcanzados en los juegos ó lides poéticas y las lecturas públicas, que Asinio Polión fundó en

tiempo de Augusto, con carácter de reuniones de amigos competentes para juzgar las obras literarias, y que en tiempo de Estacio llegaron á su mayor esplendor, no siendo de admirar que á ellas acudiese hasta el emperador Domiciano, deseoso de aparentar prótección á las bellas artes.

Casó Estacio á los diez y nueve años con Claudia, viuda de un músico y madre de una niña, á quien nuestro poeta llegó á querer cual si fuese suya.

Ni la pompa del imperio, ni el fausto de la sociedad romana se acomodaban al carácter y á las sencillas costumbres de Estacio, que se retiró á una quinta próxima á Nápoles, yendo á Roma anualmente para leer los cantos de *La Tebaida* conforme iba escribiéndolos.

Estacio murió joven, á los treinta y cinco años de edad, y de él ha quedado una colección de poesías que tituló *Sylvæ*, dividida en libros, cada uno con dedicatoria á un amigo, y en la primera explica que estas poesías, ordinariamente escritas en exámetros, están hechas á la ligera, muchas en un solo día, y las más en dos. Versan sobre los asuntos más heterogéneos: el árbol que crece en el jardín de uno de sus protectores, el día del nacimiento de Lucano, adulaciones al Emperador, epitalamios, elegías de encargo, etc.

Pero su obra más importante y acabada es el poema *La Tebaida*, que acaso debía servir de prólogo ó

primera parte á otro gran poema titalado *La Aquileida*, del que sólo dejó escritos dos libros, en los cuales se advierten las mismas bellezas é iguales defectos que en *La Tebaida*.

Este poema, dedicado á Domiciano, es, como *Las Púnicas* de Silio, *Los Argonautas* de Valerio Flaco, y *La Farsalia* de Lucano, mejor que poema épico, narración histórica.

De modelo para la estructura del poema sirvió *La Tebaida* de Antímaco, que no ha llegado á nosotros, y para la versificación *La Eneida*.

El asunto de *La Tebaida* de Estacio no carece de carácter épico. Las guerras entre los hijos de Edipo, si no tienen la grandeza de la lucha de exterminio entre griegos y troyanos, ofrece situaciones terribles muy propias de la epopeya. No carece Estacio de imaginación para inventar episodios, ni de atrevimiento en las ideas, ni de sentimiento para expresarlas; pero á sus personajes les falta el carácter propio, que individualizan los héroes de Homero y de Virgilio.

Afectado á veces en la dicción, confunde lo exagerado con lo grandioso, la sutileza con el ingenio.

Los defectos de *La Tebaida* son, sin embargo, más propios que de Estacio, del siglo en que escribió, y comunes por tanto á todos los poemas de esta época. Figura entre aquéllos, en primer grado, la manía de la erudición. Las alusiones á las fábulas del paganis-

mo son numerosas y hechas para lectores que sepan de memoria *Las Metamorfosis* de Ovidio, ó tengan al dedillo la mitología griega.

Estos defectos no importan al célebre Scalígero para asegurar que, después de Virgilio, corresponde á Estacio el primer puesto en la poesía épica latina.

Nuestro excelente poeta D. Juan de Arjona ha hecho de *La Tebaida* la mejor versión acaso que hay en castellano de poemas de la antigüedad greco-latina, y bien pudiera decirse que, por excepción, en este caso el traductor ha mejorado el texto original, prestándole las galas de una fluída y vigorosa versificación.

PROLOGO DE GREGORIO MORILLO

DE LA

TRADUCCIÓN DE ESTACIO.

Por tan estrecha senda quiere Cicerón que camine el que traduce de una lengua en otra, que le obliga á interpretar palabra por palabra; y por no haber guardado él mismo esta ley, no se llama intérprete en algunas cosas que tradujo de los griegos, y aunque le fué necesario, dice, acomodar sentencias á sentencias, eligiendo las más verosímiles y conformes. Algunos romancistas dicen que Horacio dió más anchura á este camino, y que el intérprete no está obligado palabra por palabra, tomando aquel verso del *Arte poética*:

Nec verbum verbo curabis reddere fides interpres.

Y engáñanse, que antes Horacio estrecha más esta ley, y aquel verso trae dependencia desde arriba, *Publia materies privati juris*, *etc.*, donde dice que el

que de un argumento de historia muy sabida y común, que otro haya escrito, quisiese escribir y hacer suyo el trabajo, que no la traduzca palabra por palabra (como debiera hacer un fiel intérprete), sino que aquello de que se aprovechare lo varíe por modos diferentes, de suerte que lo pueda publicar por suyo, y aun si imitare á algún autor, no le aconseja que se entre donde no pueda salir á su salvo. Más libertad concedió Plinio Cecilio á su amigo Tusco, que se ocupaba en este ejercicio, diciéndole que en sus traducciones eligiese lo mejor, y escogiese de lo elegido, procurando antes exceder al autor que seguirle; porque de igualarle se daban pocas gracias, y de no alcanzarle se caía en grande afrenta, y sin ella no se podrá excusar el que traduce de que se engañó en la materia y argumento, debiéndola saber consumadamente. Pero, aunque unos limitan esta ley y otros la amplían, no se puede negar sino que haría cosa ridícula y desabrida el que se atreviese á traducir una lengua en otra, si de entrambas no supiese bien la propiedad de las voces y elegancia de las frases, que á pocos es concedido, por ser imposible juntarse las lenguas sin confusión, habiéndose dividido con ella. Cualquiera libro, dice San Hilario, es en la variedad de los vocablos como una ciudad de muchas casas, que para cada puerta tiene su diferente llave; y si éstas atasen juntas, no acertaría abrir sin confusión el que no supiese cuál llave es de cada cerradura. Conociendo esta dificultad, llamó Boscán traición á la traducción, porque el que interpreta en otra lengua que no sabe, á entrambas hace injuria, mayormente si de la lengua rica y abundante traduce en

lengua pobre y estéril. En esto excedió tanto la griega á la latina, que tal vez con muchas palabras juntas, según Agelio, no se puede interpretar lo que el griego dice en una sola. Y si dijese que hay la misma desigualdad entre la latina y castellana, no sería difícil de probar, porque aunque la nuestra no es corta ni falta de conceptos, está acostumbrada á variar los vocablos con el uso; y medir con ellos los de otra lengua antigua que no ha tenido semejante variedad, sería querer ajustar un enano con un gigante; y por huir de esta deformidad ha sido forzoso á muchos usar de la paráfrasis, que es, según Quintiliano, una versión ancha que no mira á las palabras, sino á solo el sentido, imitándole por lo mejor; idioma que la lengua de cada uno permite; de que se pudieran poner muchos ejemplos, y sea uno la sentencia de Terencio, *Obsequium amicos, veritas odium parit*, que la interpretaría bien conforme al sentido el que dijese: «Mal me quieren mis comadres porque les digo las verdades.» Pero Terencio, en su adagio, no se acordó de comadres, aunque usó con elegancia del verbo *parit*. Ni de éste le estuvo bien usar al castellano, aunque se acordó tan á propósito de comadres. Mas no por causa alguna de las dichas la traducción ha de ser atrevida, ni el oficio del ntérprete es decir lo que á él le parece, sino lo que pareció al autor, que declara libre; y si en alguna ocasión tiene licencia, es traduciendo cualquier poeta, en que se agravan las dificultades, por ser, como dijo Erasmo; *Plurimum negotii carmen carmine reddere, versum versu, verbum verbo*. Y así por constar la poesía castellana de número y armonía como la latina, y tener

más la precisa obligación de consonantes, no se puede encarecer lo que se debe al trabajo que el licenciado Juan de Arjona ha tenido en traducir la *Tebaida* de Estacio, pues en él, guardando las leyes de intérprete fiel, ha mejorado en muchas partes las sentencias, añadido ornato á las palabras, ilustrado lugares obscuros, facilitado los dificultosos y suplido en muchos los conceptos necesarios para su buen sentido, mostrándose en todo tan superior de este argumento, que pudiera llamarse, no intérprete, sino autor de la historia de Tebas, en que descubre bien la erudición que tuvo en la lengua latina y la propiedad que guardó en la castellana, adornándola con la hermosura de sus versos, como se podrá ver confiriéndolos con los de Estacio. El más insigne poeta de nuestros tiempos, Lope de Vega Carpio, cuyo abundante ingenio, que ahora experimentamos, ha de ser memorable en los venideros, y para mayor alabanza suya, en los unos y los otros increíble, correspondiéndose en muchas ocasiones con el licenciado Juan de Arjona, en una, entre otras alabanzas, le llama alma de Estacio latino, significando la fidelidad que guardó en traducirle, que consta de esta carta:

CARTA DE LOPE DE VEGA

Nuevo Apolo granadino,
Pluma heroica, soberana,
Alma de Estacio latino,
Que con tu voz castellana
Haces su canto divino;

Luz y gloria del Parnaso,
Que con ser difícil caso
Que antiguas hazañas loes,
Has de exceder al Camoes
Y poner silencio al Tasso;
A tanta gloria me llama
El verme por tí subir
A la verde ingrata fama,
Que inmortal pienso vivir
A la sombra de tu rama.
Pues para que al mundo asombre
Ver que en el tuyo, mi nombre
Cobra el ser que no ha tenido,
Mi Deucalión has sido,
Que de piedra me haces hombre.
Mas, ya que tus plumas bellas,
Con que á mil fénix te igualas,
Me suben á las estrellas,
No me pongas tantas alas,
Que me perderé con ellas.
El Dédalo de esta gloria
Al cielo de tu memoria,
Hecho un Ícaro, me sube,
Donde en la primera nube
Me cuenta el viento su historia.
Miro las esferas altas
De tus virtudes y ciencias,
Con que su máquina esmaltas,
Y al sol de tus excelencias
Voy descubriendo mis faltas.
De tus letras el crisol
Hoy hace, Ovidio español,
Las mías puntos y tildes;
Que mis átomos humildes
Hacen más puro tu sol.
Fué tu discurso elegante
(Cuando quien soy considero)

Benignidad de elefante,
Que has apartado el cordero
Para pasar adelante.
Cuando pisarme pudiste,
En tus hombros me subiste,
Gran acto de fortaleza,
Pues tu profunda grandeza
Con mi bajeza creciste.
De tal suerte me aficiona
Con sus ingenios Granada,
Eruditísimo Arjona,
Viendo en cumbre tan nevada
Tan excelente Helicona,
Que por lo que me aventajo,
Más quisiera, aunque soy bajo,
Para vuelo tan sutil
Ser un jaspe de Genil
Que el mejor cisne del Tajo;
Al cual para vuestro lauro,
Si el alto cielo me torna,
Cuando torne el sol al Tauro,
Diré de qué suerte adorna.
Su verde ribera el Dauro.
Y llegando al monte nuestro,
Vos veréis cómo les muestro
Qué ingenios está criando;
Mas ¿qué mejor que mostrando
Aqueste discurso vuestro?
Tajo, en oyendo que os nombro,
De tal suerte crecerá,
Que dando en su monte asombro,
Para romperle pondrá
En sus peñascos el hombro.
Dirán *Arjona* las aves
Entre sus picos süaves,
Las ruedas os harán salva,
Dando de la noche al alba

En sus aguas vueltas graves.
Las ninfas, entre las faldas
De su vega, que serán
Un tapete de esmeraldas,
Pardas algas teñirán
De azules granas y gualdas.
Y subiendo de quilates
Su valor, á las que Eufrates
Tiene en sus indias alcobas
Harán seda de las ovas,
Y de la arena granates.
De sus cumbres envidiosas
Guadarrama por la sierra
Que brota hielos y rosas,
Hechas de nieve, á la tierra
Esparcirá mariposas.
En fin, el verde distrito
De oro y de cristal escrito
Los arroyos dejarán
De jaspes no, que serán
Como los sabios de Egito.
Vivid, pastor de Bandalia,
Mil lustros, para dar lustre
A España, á Apolo, á Castalia,
Pues es por vos más ilustre
Que fué por Virgilio Italia;
Que por vuestro voto solo
Alzaré mi fama al polo;
Que es más justo que lo sea
A quien Arjona laurea
Que á quien califica Apolo.

No acabó de traducir el licenciado Arjona toda la *Tebaida*, por su temprana muerte, aunque trabajó en ella más de seis años, con ser en componer facilísimo y en el decir tan agudo, que por antonomasia le llamaban sus contemporáneos el fácil y el sutil; y

en este modo, sin declarar su nombre propio, se le hizo á su muerte este epigrama:

Aquel ingenio sutil
Que á Estacio latino asombra,
A quien ofreció Genil
De sus márgenes alfombra
Y coronas de su abril,
Ya por la vía Lactea
Del Eridano pasea
La ribera sacrosanta,
Y goza su frente y planta
De Arïadna y de Amaltea.

Quien suplió la falta de lo que dejó por traducir, que son los tres últimos libros, ha tenido por buena suerte imitarle en algunas cosas, y porque en muchas no le puede igualar, oculta su nombre en este suplemento, por ser la menor parte la en que ha trabajado, y porque sólo fué su intento que esta historia no quedase cortada, aunque se hubiese de parecer lo zurcido de mano ajena.

En el lugar que Estacio, al principio del primer libro, dedica á Domiciano su *Tebaida*, la dedica el licenciado Arjona al señor....., con cuyo nombre no quedarán sus herederos poco favorecidos, aunque él no pudo gozar de los favores que dignamente pudiera esperar; y los versos que se entresacaron de la dedicatoria de Domiciano, que son diez y siete, y comienzan desde el hemistiquio *Quando itala nondum*, *etcétera*, porque allá interrumpieran la tela, se traducen aquí para que de todo el Estacio se tenga noticia en nuestra lengua castellana, y porque el curioso no le halle en esta parte sin traducir.

LA TEBAIDA [1].

DEDICATORIA DE ESTACIO

AL EMPERADOR DOMICIANO.

Puesto que yo cantar no he merecido
Triunfante á Italia tremolar banderas
Dos veces al flamenco, y dos vencido
Al qué del Istro ocupa las riberas,
Ni al godo rebelado, compelido,
Dejar al monte, habitación de fieras,
Ni cuando tiernos años, raro ejemplo,
Defendieron de Júpiter el templo.

Y tú, gloria de Italia, que á su fama
Nuevo esplendor y nueva luz aumentas,
Y al valor de tu padre, que te llama,
No menos digno hijo te presentas;

(1) Algunos versos y pasajes que no son de fácil inteligencia van impresos en bastardilla.

De tí, que de su estirpe clara rama,
En las hazañas imitarle intentas,
Imperio eterno Roma se desea
Y que un monarca solo en tí posea.

Y aunque, Señor, te ofrezcan las estrellas
Lugar entre los rayos que despiden,
Y porque quepa tu grandeza entre ellas
La suya estrechen si á la tuya impiden,
Y aunque por digno de sus luces bellas
Con la región los cielos te conviden
De Llibias libre, y donde, por sublime,
Ni el rayo abrasador ni Bóreas gime;

Y aunque Apolo su clara luz serena
Te comunique al fin tan igualmente,
Que los rayos que adornan su melena
Imprima por diadema de tu frente,
Y aunque de los caballos que él enfrena
Te entregue el freno en su carrera ardiente,
Y aunque te dé que tengas en gobierno
Su medio cielo Júpiter eterno;

Contento goza el cetro merecido,
Poderoso señor de mar y tierra,
Y al cielo vuelve el don que te ha ofrecido,
Que no en aqueste honor tu honor se encierra:
Y tiempo habrá que yo, más instruído,
Cantando hazañas en ajena guerra,
Las tuyas cante en laureada trompa,
Que con fuerza mayor los aires rompa.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Edipo, rey de Tebas, habiéndose sacado los ojos y retirado á vivir en una cueva del monte Citerón, en pena de haber muerto á su padre Layo, sin conocerle, y casádose con su madre, llamada Yocasta, de quien tuvo dos hijos, Eteocles y Polinices, sintiéndose el Rey despreciado de ellos y excluído del reino, invoca á Jesifonte, furia del infierno, contra ellos, y maldícelos como á generación incestuosa. La furia siembra discordia entre los dos hermanos, y acuerdan de reinar por suerte cada uno un año. Cupo la primera á Eteocles, y sale Polinices desterrado de Tebas. Júpiter junta concilio de dioses, y determinando destruir á Tebas y á Argos, manda á Mercurio que baje al infierno por el alma de Layo, padre de Edipo, para que incite á Eteocles que, pasado el año, no permita que le suceda Polinices en la vez de reinar, al cual en este tiempo, que discurría por la Beocia, sobrevino de noche una tempestad, y compelido de la misma fortuna Tideo, príncipe de Calidonia, aportan juntos al alcázar de Larisa, corte de Adrasto, rey de los argivos; y recogiéndose en los zaguanes de su palacio, riñen los dos sobre la posada. Al rumor baja Adrasto y los pone en paz. Juzgándoles por personas nobles, los aposenta. Lleva Polinices vestido el despojo del león Nemeo, y Tideo el del jabalí de Calidonia. Repara Adrasto en ello, y certifícase de un oráculo antiguo de Apolo, que le dijo que dos hijas suyas casarían una con un león y otra con un jabalí. Hácelas venir á un convite que hizo á los forasteros, y en la mesa cuenta la causa de un sacrificio que este día se celebraba en Argos al dios Apolo.

Las armas, el furor de dos hermanos,
En pertinaz discordia divididos,
Contra ley natural, odios profanos,
Reinos á veces entre dos regidos,
Delitos sin disculpa, de tebanos,
Por injuria del tiempo, no sabidos,
Para que al mundo su memoria espante,
Me incita Apolo que renueve y cante.

¿Por dónde, oh musas, del Parnaso gloria,
Mandáis que dé principio al triste cuento?
Cantaré en el principio de mi historia
De esta gente feroz el nacimiento,
Traeré el róbo de Europa á la memoria,
La ley inviolable y mandamiento
De Agenor, y forzado del destino
A Cadmo, navegante peregrino.

Largo fuera el discurso si dijera,
Tomando tan de lejos la corriente,
De aqueste labrador la sementera,
Que tuvo por cosecha armada gente,
Cuando, no sin temor de que naciera
El fruto semejante á la simiente,
Dientes sembró en los surcos de esta tierra;
Que guerra nace donde siembran guerra.

Ni es bien agora que despacio cante
Con cuál pudo Anfión dulce armonía
Cercar de muros la ciudad triunfante,
Si tirios montes á su voz traía,
Ni el triste fin de Semel ignorante,
Obra de Juno, que celosa ardía,
Ni por cuál ocasión, con rigor grave,
Al propio hijo dió la muerte Agave.

Ni diré contra quién, con desatino,
Arco flechó Atamante desdichado,
Ni cómo, por huir sus furias, Ino
Las olas no temió del mar hinchado,
Y en los brazos del Jonio cristalino
Fiada, más que del marido airado,
Se arrojó con su hijo, do Neptuno
Dió nueva vida y nombre á cada uno.

Por tanto, pues, de Cadmo dejar quiero
La contraria fortuna ó suerte buena,
El mal presagio ó el feliz agüero,
La causa de su llanto y de su pena;
Que si otra lira le cantó primero,
La morada de Edipo, siempre llena
De confusos gemidos y de llanto,
Han de ser el principio de mi canto.

Agora, pues, mi mal templada lira
Armas de Tebas bastará que cante,
Cetro de dos tiranos, cuya ira
No halló en la muerte límite bastante;
Llama que juntos abrasar no aspira,
Reyes muertos en odio semejante;
Vivos sin reino, y sin sepulcros muertos,
Pueblos de gente viudos y desiertos.

Digo en aquel infausto y triste día
Cuando con griega sangre sus raudales
Tiñeron, Dirce bella, que solía
Adornar sus corrientes de cristales,
Y el claro y manso Ismeno, que corría
Mojando apenas secos arenales,
Que á Tetis admiró cuando á su seno
Llegó de tanto estrago y muertes lleno.

Musa, con cuyo aliento los afanes
Renovar de la antigua Tebas quiero,
Decidme á quién de tantos capitanes
Daré en mis versos el honor primero.
¿Al destemplado en iras y ademanes
Tideo, ilustre, si soberbio y fiero,
Ó al sacerdote que en la injusta guerra
Armado, vivo le tragó la tierra?

De Hipomedón me llama el gran trofeo,
Contra el rigor de un río opuesto en vano,
Y del de Arcadia el pertinaz deseo,
Que su muerte obligó á llorar temprano,
Y el soberbio furor de Capaneo,
Despreciador de Jove soberano,
Sujeto digno de inmortal memoria
Y de cantarse en más heroica historia.

Ya el lecho incestuoso había dejado
De Layo el sucesor, y á noche obscura
Él mismo había sus ojos condenado,
Quitando con sus manos su luz pura;
Y dando nombre de infernal pecado
A lo que fué ignorancia y desventura,
En parte obscura y lóbrega vivía
Con larga muerte, aborreciendo el día.

Allí donde esconder piensa su afrenta
Y llorar, aun sin ojos, sus delitos,
El triste día se le representa
Principio de sus males infinitos;
Y allí con viva muerte se atormenta,
Porque siempre en el alma dando gritos
Le está, hecha verdugo, la conciencia.
¡Duro castigo, extraña penitencia!

Y viendo que con ánimo insolente
Trunfan sus hijos de su pena y llanto,
Con la rabia y dolor que el alma siente,
Venganza pide al reino del espanto;
Y al fin, hiriendo la arrugada frente,
Sus ojos enseñando al cielo santo
(Castigo de su error), de luz vacíos,
Así dijo, haciéndolos dos ríos:

«Escuchad, negra Estige y Flegetonte,
Y vosotras, deidades infernales,
Que gobernáis el reino de Caronte,
Angosto reino para tantos males;
Tú, mi siempre invocada Jesifonte,
Para alivio en mis penas inmortales
Tu auxilio en mi crüel intento pido,
Si algún bien de tu mano he merecido.

»Tú, que cuando nací, mi cuerpo tierno
De la tierra en tu gremio recibiste,
Y después el amparo y el gobierno
De mi desamparada vida fuiste;
Tú, que con aguas de tu lago Averno
No esperada salud y fuerza diste
A mis heridas plantas traspasadas,
Porque seguir pudiera tus pisadas;

»Tú, que de Cirra en la corriente fría
Para buscar mi padre diste aliento,
Con Polibo pudiendo, á quien tenía
Por padre (aunque fingido), estar contento;
Y en Fócida, llevándote por guía,
La vida con injusto atrevimiento
Quité á mi viejo padre deseado,
Con daño suyo, por mi mal hallado.

»Si el enigma intrincado y los rodeos
Vencí por tí de Esfinge, y satisfecho
Con nobles, aunque infames himeneos,
Alegres furias escondí en mi pecho;
Si hijos te engendré que son trofeos
De tu maldad, y si el infausto lecho
De mi madre ocupé mil noches frías,
Con triste error gozando alegres días;

»Después, por castigar mi vida errada,
Si con mi mano, un tiempo tan temida,
Entre las de mi madre desdichada
Dejé mis ojos, luz aborrecida,
Oye mis ruegos, pues sin ser rogada,
Tan conforme á tu gusto y á mi vida
Es lo que pido, si aunque no me oyeras,
Por ser venganza, tú la concedieras.

»Aquellos que engendraron mis pecados,
Que no me excusa la ignorancia en esto,
Hijos propios al fin, pero engendrados
En lecho infame de nefando incesto,
Viendo mis ojos de la luz privados,
Y á mí del reino, que ocuparon presto,
En tanta pena ¡ay triste! y dolor tanto,
Alegres trunfan de mi amargo llanto,

»No los puede ablan lar mi desventura;
Antes, menospreciando mis gemidos,
Tratan ya de mi muerte y sepultura,
Soberbios más que nunca y atrevidos.
De mis hijos tambien ¡ay suerte dura!
Mis años han de ser aborrecidos;
Y ¿no hay castigo para tanta ofensa?
¡Oh flojedad de Júpiter inmensa!

»De tí, furia, de tí justicia espero,
Si no la hay en los dioses soberanos;
Mueve el infierno en mi venganza fiero
Contra estos insolentes dos hermanos;
Y la corona que manché primero
Con sangre de mi padre, tú en tus manos
Recibe, y con veneno del infierno
Pon en ella discordia y odio eterno.

»Vea yo ¡oh reina del tartáreo seno!
La ejecución que mi deseo encierra;
Siembra en ellos furor de ambición lleno,
Que de armas hincha la heredada tierra;
Ni has menester gastar mucho veneno,
Que en la facilidad con que esta guerra
Aceptarán, verás en pocos días
Cuán tuyos son; que al fin son prendas mías.»

Dijo; y la voz horrenda y lastimera
Llegó al infierno apenas, cuando oídos
Con grande agrado de la Diosa fiera
Fueron del ciego Edipo los gemidos.
Estaba de Cocito en la ribera,
Los cabellos, serpientes, esparcidos,
Dejándolos beber á su albedrío
Ardientes aguas del funesto río.

Al punto mueve la ligera planta,
Que no la vista tan veloz se aleja,
Ni ardiente exhalación con fuerza tanta
De polo á polo deslizar se deja,
Ni el rayo con que Júpiter espanta,
De quien las altas torres tienen queja,
Cuando dorado chapitel injuria,
Baja con tanta ligereza y furia.

Y al salir de los campos infernales,
Aquel sin vida vulgo miserable
Huye y le da lugar; que nuevos males
Aun teme en su tormento perdurable.
Ya ocupa de Tenaria los umbrales,
Y fácil el portero inexorable,
Aunque á nadie al salir abre la puerta,
Franca á la furia la ofreció y abierta.

Apenas puso en la región del día
Las plantas, cuando el mundo alborotado,
Al sol, que entonces claro amanecía,
Vido en un punto de su luz privado;
La negra noche, que del sol huía,
Habiendo vuelto atrás con pecho osado,
Llena de admiración, aunque contenta,
Mirando estuvo al sol con cara exenta.

De sus hombros la máquina pesada
Ya casi estuvo por dejar Atlante,
Que á tanto miedo la cerviz cansada,
Y á tanto peso apenas fué bastante;
Siguiendo, pues, la senda más usada
De Tebas la infernal furia arrogante,
Atrás se deja el valle de Malea,
Que en larga punta sobre el mar campea.

Ni otro camino con mejor aliento
Que este de Tebas, de ella apetecido,
Atravesara con mayor contento;
Porque un retrato de su infierno ha sido.
Cerastas mil que eriza por el viento,
Le hacen sombra al rostro denegrido,
Y de los ojos arrojar parece
Fuego, que más las sombras le obscurece.

Tal suele entre las nubes vez alguna
Con la fuerza de mágico veneno
Mostrar su rostro la encantada luna,
De negras sombras y de manchas lleno,
Y por la boca de infernal laguna
Encendido vapor lanza del seno,
Que engendra en los que toca de una suerte,
Sed, rabia, hambre, enfermedades, muerte.

Todo es veneno desde el pie á la frente
Cuanto la triste tez fogosa encubre,
Ni es del talle el vestido diferente,
Que hórrido y negro sus espaldas cubre.
Al pecho se le añuda una serpiente,
Que parte esconde y parte de él descubre,
Con que siempre Proserpina la adorna
Cuando al infierno victoriosa torna.

Viva culebra en una mano esgrime,
Que azota el viento, y con esotra mano
Rayo fúnebre arroja, con que oprime
La tierra, que su injuria llora en vano.
De esta suerte la cumbre más sublime,
Por donde más al cielo soberano
El Citerón soberbio se avecina,
Alegre ocupa, y toca su bocina.

Triste señal de su venida al suelo
Con fieros silbos sus culebras dieron,
Y cual si rayos enviara el cielo,
Llenas las fieras de temor, huyeron;
Las aves, olvidadas de su vuelo,
Atónitas de espanto se cayeron,
Y oyóse, al son con que amenaza guerra,
Turbarse el mar y retumbar la tierra.

Vióse el reino de Pélope alterado,
Creció Eurota, Parnaso alborotóse,
Con ser centro del mundo, y al un lado
Heta, de dos collados, trastornóse,
Y el Istmo, de dos mares azotado,
De suerte al fiero son estremecióse,
Que si menos pudiera reportarse,
Llegaran ambos mares á juntarse.

Las nereidas, turbadas y huyendo,
Miden ligeras la menuda arena.
Cayó Palemon al terrible estruendo
Desde un delfín que navegando enfrena;
La madre al punto, su peligro viendo,
De gran temor y sobresaltos llena,
Abrazada con él entre las ondas,
Se fué á esconder en las cavernas hondas.

Apenas puso en el umbral la planta
Del palacio de Cadmo, cuando luego
De los Penates la presencia santa
Inficionó el vapor de infernal fuego;
Engendra en los hermanos ira tanta
El nuevo movimiento y furor ciego,
Que cada cual en el soberbio pecho
Fabrica en daño ajeno su provecho.

Siembra la envidia triste su veneno,
Nace el torpe temor, que el odio cría,
Rompe el deseo de mandar el freno,
Con que el fraterno amor la paz regía;
De impaciente ambición cada cual lleno,
No admite ya en el reino compañía;
Salió al fin la discordia á la batalla;
Que donde reinan dos siempre se halla.

Cual suelen dos novillos escogidos
Del cauto labrador para el arado,
Que rasgando la tierra, al yugo unidos,
Si aun no bien las cervices han domado,
Difícilmente del gañán regidos,
Discordes, cada cual hacia su lado
Tirar del peso con rebelde pecho
Y confundir los surcos que habían hecho;

No de otra suerte la discordia lleva
A despeñar los míseros hermanos;
Condena el uno lo que el otro aprueba,
Causando mil motines inhumanos;
Resolviéronse al fin con traza nueva,
Por no venir á ensangrentar las manos,
Que uno solo reinase, y que el gobierno
Cada año se mudase y fuese alterno.

Que en tanto que uno reina el otro viva
En destierro, de Tebas apartado;
Y en cumpliéndose el año, que reciba
El cetro, y salga el otro desterrado.
¡Oh dura condición, fortuna esquiva,
Con qué pensión el reino les has dado!
¡Que venga un rey á gobernar por tasa,
Contando el año, que ligero pasa!

Esta fué su piedad, su amistad ésta,
Falsa, pues que durar aun no podía
Hasta el segundo rey; tregua molesta,
Que con nombre de paz discordias cría;
Y aun no el oro, que tantas vidas cuesta,
Soberbios techos adornar solía,
Ni salas de brocado entapizadas
En bello jaspe estaban sustentadas.

Aun no había de marfil soberbio lecho
En el palacio, aunque real, pequeño,
Donde adornaba al mal pulido techo
Humilde y sin primor desnudo leño;
Y aun no el temor entonces había hecho
Que estuviese á su rey guardando el sueño,
Seguro de asechanzas de traidores,
Escuadrón de vasallos veladores.

De nadie adulterados habían sido
Los frutos de la tierra, aun no cansada,
Ni aun entonces el gusto había sabido
Guisar engaños con industria osada;
No el metal más precioso, derretido
Se vido en los manjares, no adornada
La mesa con vajilla de oro fino,
Ni rica perla deshacerse en vino.

Un dominio desnudo, un pobre estado,
Un reino humilde, en infinitos males
La paz de dos hermanos ha trocado,
Y la amistad en odios inmortales;
Parece que á la tierra han trasladado
Su morada las furias infernales,
Mientras la suerte, en quien el pleito para,
Con destierro del uno al otro ampara.

La traición y mentira florecieron,
No quedó sin usarse algún engaño;
Con la vergüenza y la razón murieron
La justicia y verdad con igual daño.
¿Qué pretensiones poderosas fueron
Para engendrar con odio tan extraño
El furor que á la muerte un reino entrega?
¡Oh hermanos miserables! ¿quién os ciega?

¿Qué mayor ira con delito tanto
Vuestros pechos indómitos moviera,
Si cuanto cubre el estrellado manto
Vuestro ciego furor os prometiera,
Si con las armas pretendierais cuanto
Ve el sol desde que empieza su carrera
Hasta que llega á descansar adonde
Tetis lo abraza y su carroza esconde?

Y ¿qué, si conquistara esa fiereza
Desde el suelo del sol más abrasado
Hasta donde el Boreas la aspereza
Con soplo eterno aflige al scita helado?
¿Qué, si de Troya y Grecia la riqueza
Se hubiera para el uno amontonado,
Y tanto imperio á la fortuna avara
Con la muerte del otro se comprara?

Un infame lugar, ciudad maldita,
Con infelice agüero fabricada
Cuando ciego furor, ira infinita
Al fiero Cadmo señaló morada,
¿Para tantas maldades os incita,
Que la silla de Edipo desdichada
Por fuerza ha de manchar sangre de hermanos?
¡Oh maldad de los hados inhumanos!

Y Polinice, á quien la desventura
El imperio negó, su Tebas deja,
Y de haber puesto en suerte su ventura
En vano y tarde se arrepiente y queja;
Mas tú, soberbio, que con alma dura
Miras tu hermano, que de tí se aleja,
¡Con qué nueva arrogancia y alegría
La silla ocupas, de émulo vacía!

Ya nadie ves igual, todos menores
Son cuantos acompañan tu persona;
Tuyo es todo el gobierno y sus favores,
Sola tu frente ciñe real corona;
Mas ya comienza á haber nuevos rumores;
Que el vulgo, que á sus reyes no perdona
Si una vez pierde el miedo y la vergüenza,
Del nuevo rey á murmurar comienza.

Ya el año es largo y ya el imperio es duro,
Y el insolente pueblo lo aborrece;
Más noble, más piadoso y más seguro
Y amado el venidero rey parece;
Y alguno, adivinando lo futuro,
Cuya mala intención siempre le ofrece
Decir del que más vale alguna mengua,
Así soltó la venenosa lengua:

«Con sentencia tan áspera los hados
Vuelven de nuevo á perseguir á Tebas,
Con tan varios temores y cuidados
Hacen de nuevo en su paciencia pruebas;
Siempre hemos de servir á desterrados,
Sujetas siempre á voluntades nuevas
Nuestras cervices, con temor eterno
Las tiene de oprimir un yugo alterno.

»¿Tal novedad te agrada y tal violencia,
Oh gran Rector del cielo cristalino?
Mas ¡ay! que ésta sin duda fué la herencia
Que de su agüero antiguo á Tebas vino
Desde que, obedeciendo la sentencia
Del fiero padre, el tirio peregrino
El mar Carpacio navegó, buscando
Del toro celestial el peso blando.

»Halló reino, y sembró de la serpiente
Los dientes llenos de fraterna guerra,
Pues un fiero escuadrón de armada gente
Produjo luego la preñada tierra,
Y hoy de aquel triste agüero Tebas siente
El triste efecto que su paz destierra,
Y hasta hoy los nietos heredaron
El furor con que tantos acabaron.

»Este á quien hoy la suerte favorece,
Después que igual ninguno ve delante,
¿No veis con qué rigor se ensoberbece?
¿Qué intratable se ha hecho y qué arrogante?
¿Con qué gravedad mira, que parece
Que amenazando está con el semblante?
¿Con cuánta majestad, acaso injusto,
Hace y deshace leyes á su gusto?

»¿Es posible que al fin del año espera
Al nuevo sucesor este tirano?
¿Es posible que el cetro dejar quiera
Que agora ocupa su soberbia mano?
Pluguiera al cielo de su hermano fuera,
Que era, al fin, más piadoso y más humano,
Y de aplacar más fácil si enojado;
Mas ¿qué mucho? Reinaba acompañado.

»Nosotros, pueblo vil, vulgo oprimido,
Siempre hemos de vivir avasallados;
Siempre de uno soberbio y atrevido
Sujetos, de otro siempre amenazados,
Cual leño de dos vientos combatido,
Que soberbios, contrarios y obstinados,
Le hacen embestir con igual pena,
Ya en los peñascos altos, ya en la arena.»

Júpiter en su alcázar entretanto
Concilio de los dioses ha juntado,
Senado insigne, venerable y santo,
De mil varias deidades ilustrado.
Los que del cielo el estrellado manto
Adornan, los primeros han llegado,
Luego con su colegio soberano
El gran rector del húmido Oceano.

Cuál desampara el monte y cuál la fuente;
Nadie, aunque muy remoto, se detiene,
Ni el que vive en los reinos del Oriente,
Ni el que al Ocaso su morada tiene;
Tan presto allega el de la Libia ardiente
Como el que de la helada Scitia viene,
Tantos fueron al fin, que el viejo Atlante
A tanto peso apenas fué bastante.

Júpiter ocupó su rico estrado,
Y estando un poco los demás atentos,
Licencia que se asienten les ha dado;
Porque antes no ocuparan sus asientos.
Los sátiros y faunos se han sentado,
Callan de miedo al derredor los vientos,
Y al fin los ríos á sentarse vienen,
Que con las nubes parentesco tienen.

La rica sala de oro se estremece,
De tanta majestad y dioses llena,
Y en columnas y techo resplandece
Secreta luz, más pura y más serena;
Calla asombrado el mundo y enmudece,
Ningún rumor entre los dioses suena;
Y viendo el orbe todo tan atento,
Así propone Júpiter su intento.

Graves son y desnudas de clemencia
Las palabras que dice al gran Senado,
Y por ejecutor de su sentencia,
Tras de ellas sale inexorable el hado.
«De los mortales, dice, la insolencia
Es tal, que habiendo en vano procurado
Domar mil veces sus rebeldes cuellos,
Sólo os junté para quejarme de ellós.

»¿Hasta cuándo su pena merecida
Tiene de alborotar mi santo pecho?
Nunca para enmendar su infame vida
Tienen de ser mis rayos de provecho;
Ya á Vulcano, que es cosa nunca oída,
Falta el fuego, de tantos como ha hecho;
Y de lo que han sudado y padecido
Cansados los cíclopes, se han rendido.

»Por esto tuve tanto sufrimiento
Cuando el carro del Sol Faetón regía,
Aunque ví por su loco atrevimiento
Que en cenizas el mundo se volvía;
Mas ni el rayo ni el húmido elemento
Con que cubrió los montes otro día
El gran Neptuno, mi segundo hermano,
Nada enmendaron al linaje humano.

»Castigar á dos casas determino,
Aunque de mí descienden (no lo niego):
Argos y Tebas son, que ya el destino
Irrevocable está soplando el fuego.
¿Quién no sabe de Cadmo peregrino
La muerte y de su casa el furor ciego,
Contra quien tantas veces el infierno
Ha hecho guerra con rigor eterno?

»Los infames placeres y locuras
De las tebanas madres ¿quién ignora?
Culpas de más de un dios, y travesuras
Que yo por su respeto callo ahora;
Dejo otras tan enormes desventuras,
Que muchas veces se corrió el Aurora
De verlas; y son tantas, que en un día,
Si quisiese contarlas, no podría.

»¿Qué pena, qué castigo habrá que cuadre
A este, de los hombres monstruo fiero,
Temerario homicida de su padre,
Aunque de su corona el heredero?
Pues con infame incesto de su madre
El lecho profanó, y donde primero
La vida que aborrece ha recibido,
Hijos de sus maldades ha tenido.

»Mas ya paga á los dioses su pecado,
Pues no goza la luz de nuestro cielo;
Qué él mismo, á noche eterna condenado,
Sus tristes ojos arrojó en el suelo,
Y luego (¡extraño ejemplo!) que aumentado
Del afligido padre el desconsuelo,
Sus hijos atrevidos los pisaron
Y el cetro infame alegres heredaron.

»Mas, presto ¡oh viejo mísero! cumplido
Has de ver tu deseo y tu esperanza;
Presto verás tu reino destruído;
Que no puede en el hado haber mudanza.
Ya, ya tu noche obscura ha merecido
Que Júpiter procure tu venganza;
Yo mismo arrancaré con nueva guerra
Tu maldito linaje de la tierra.

»Adrasto y uno y otro casamiento,
Hechos con infelice y triste agüero,
El principio serán y el instrumento
Que para aquesta guerra elegir quiero;
Que aun no olvido el maldito atrevimiento
De Tántalo, y su mesa; y así, espero
Con esta nueva pena merecida
Castigar esta gente aborrecida.»

Así dijo el gran Padre omnipotente,
Y del peligro de Argos lastimada
Juno, que en su inflamado pecho siente
Nuevo dolor y pena no esperada,
«¿Cuál hado, respondió, cuál dios consiente,
Oh Júpiter justísimo, que armada
En las batallas entre mi persona,
El oficio usurpándole á Belona?

»Ya sabes cuánto debo al pueblo argivo,
Cuánto en fuego inmortal humo sabeo,
Cuántas honras y fiestas dél recibo,
Cuánta sangre en mis aras siempre veo;
Y así, contra el rigor del hado esquivo,
Porque temo su mal, su bien deseo,
Lo debo socorrer, cual siempre he hecho,
Con armas, con valor y osado pecho.

»Aunque por tí á la guarda vigilante
De mi enemiga, en vaca convertida,
Tu cauto ejecutor, nieto de Atlante,
Cerró los ojos y quitó la vida;
Y aunque entres hecho pluvia rutilante
Adonde en vano Danae fué escondida,
Mis agravios perdono, aunque celosa;
Que entraste al fin en forma mentirosa.

»Mas, que ofenderme quieras revelando
Tu gran poder y majestad inmensa,
Cercado de mis rayos y tronando,
No hay para tanto agravio recompensa.
Siempre de Tebas me estaré quejando,
Donde aun duran señales de mi ofensa;
Tebas lo pague, á Tebas aborrezco,
Y el daño que le ordenas te agradezco.

»Mas ¿por qué el instrumento de su llanto
Argos tiene de ser á costa mía?
Si en tan poco me tienes, y si tanto
Aborreces mis cosas cada día;
Si en el que siempre fué tálamo santo
Nuevos enojos la discordia cría;
Si al fin te pueden alegrar mis penas,
Asuela á Esparta, á Samos y á Micenas.

»No quede en todo el mundo pueblo mío,
Que altares me levante y templos haga,
Donde con sangre y con incienso pío
Al honor de tu esposa satisfaga.
Mejor merece aquestas honras Io,
Pues nunca el fuego de su altar se apaga,
Y del Nilo lloroso en la corriente
Siempre su nombre resonar se siente.

»Si porque te ofendieron sus pasados
Han de pagar las gentes su insolencia,
Y de antiguos delitos ya olvidados
Quieres tomar al mundo residencia,
¿Cuándo (si son aquestos tus cuidados)
Se ha de acabar tan larga penitencia,
Pues no habrá pueblo que inocente sea
En cuanto abraza el mar y el sol rodea?

»Si la inocencia, pues, á nadie excusa,
A ejecutar comienza tu deseo
Desde donde siguiendo á su Aretusa
Ligero corre el peregrino Alfeo;
Allí verás tu Arcadia, á quien acusa
La memoria de algún delito feo;
Y ¿no te da vergüenza ni reparas
Que en infame lugar te hagan aras?

»Allí el pisano rey, digno por cierto
De vivir entre fieros animales,
O del bárbaro Heta en el desierto,
O del Libia en los secos arenales,
Tanto rival dejó en el campo muerto,
Que aun duran de su estrago las señales;
Y ¿entre huesos de tantos no enterrados
Te agrada ver tus templos levantados?

»A Creta mentirosa y atrevida,
¿Cómo no das la pena que merece,
Pues ha hecho mortal tu inmortal vida,
Y con tu sepultura se ennoblece?
¿Cómo te agradan los curetes de Ida,
Si el mundo sus maldades aborrece?
Argos sola pecó; ¡qué desventura!
Su triste fin y mi dolor procura.

»Otros reinos malditos y otras gentes
Dignas de tu rigor tiene la tierra;
Lleven allá esos yernos insolentes
El estrago y furor de tanta guerra;
No paguen mis argivos inocentes.
Mira el dolor que aqueste pecho encierra,
O mira al menos que de tí descienden,
Que son tuyos también y no te ofenden.»

Esto con libertad responde Juno;
Ya ruega humilde, y ya arrogante y fiera
Dice otras mil injurias, que ninguno
Para decirlas libertad tuviera.
Júpiter, que al hablar tan importuno
Estuvo cual si dura roca fuera,
Con menos gravedad y más airado
Esta áspera respuesta á Juno ha dado:

«Siempre de tu soberbia he presumido
Que sola osaras oponerte á cuanto
Tiene de Argos el hado establecido
Con justísima causa y celo santo;
Y sé que (si les fuera permitido)
Baco y Venus hicieran otro tanto
Por Tebas; pero callan, que en efeto
Reverencia me tienen y respeto.

»Y porque de los dioses inmortales
Ninguno como tú con pecho osado,
Procurando el remedio á tantos males,
Ose contradecir lo que he hablado,
Yo juro por las aguas infernales
Que ha de cumplirse lo que ordena el hado,
Y que sólo el furor de dos hermanos
Ha de asolar argivos y tebanos.

»Por tanto, alado mensajero mío,
Diligente ministro de mi intento,
Vuela con tanta ligereza y brío,
Que atrás se quede, aunque te lleva, el viento.
Baja al profundo infierno, y á tu tío,
Rector de los lugares del tormento,
Díle que al viejo Layo dé licencia
Para que haga del infierno ausencia.

»Está agora de Lete á la ribera,
Que después de su muerte miserable
Pasar allende, por su ley severa,
Le prohibe el Erebo irrevocable
Vuelva á Tebas de nuevo, á quien espera
Con tanto estrago el hado inexorable;
Y porque lo ordenado tenga efeto,
Aquesto diga al arrogante nieto:

»Que á Polinice, ahora desterrado,
No consienta jamás que á Tebas llegue,
Aunque pida, en su suegro confiado,
Que el cetro al fin del año se le entregue;
Y pues el reinar solo ha deseado,
De su reino el alterno honor le niegue.
Este principio á tanto mal pretendo,
Por su orden lo demás se irá siguiendo.»

Obedeció al gran Padre soberano
Mercurio, y á sus plantas luego añide
Ligerísimas alas, con que ufano
Deja los cielos y los vientos mide;
La vara lleva en su derecha mano,
Con que sueño provoca y sueño impide,
Y por quien el infierno le permite
Que los muertos que quiere resucite.

El sombrero se pone que deshace
Las tempestades y serena el viento,
Adorno usado cuando ausencias hace
De su estrellado y cristalino asiento;
De aquesto prevenido, satisface
Del gran Rector del cielo el mandamiento,
Y con ligero y presuroso vuelo,
Cortando nubes, se avecina al suelo.

Y de Beocia Polinice en tanto
Vagando pasa la desierta tierra
Que tanta sangre humana y tanto llànto
Ha de beber en la vecina guerra;
Que el Sol en cada signo se esté tanto
Siente en el alma, porque en ella encierra
Cuidado eterno con inmenso daño
Del mal debido reino al fin del año.

Este, que nunca un punto de su pecho
(Esté velando ó duerma) se desvía,
Siempre, á pesar del tiempo libre, ha hecho
Larga la noche y perezoso el día;
Sólo con mil engaños satisfecho,
Que inventa su engañosa fantasía,
Con fingida esperanza y bien dudoso
Hace dulce el cuidado venenoso.

Finge que el año largo se ha cumplido,
Que á Tebas vuelve y que á su hermano aleja,
Y que dándole el cetro prometido,
El mismo humilde el reino y patria deja;
Ya se alegra de verse rey temido,
De verse desterrado ya se queja,
Y así entretiene en esperanza larga
De su deseo la pesada carga.

Y mientras llega el plazo deseado
Ir á pasarlo en Argos determina,
O en Micenas, do el Sol, avergonzado,
Un tiempo les negó su luz divina;
O que esto ordena el inmudable hado,
O Erimnis que á su pena así lo inclina,
O que Atropos le enseña este camino,
A Argos al fin lo lleva su destino.

Ya de Ogige se deja atrás las cuevas,
Albergue de aulladoras bacanales,
Y el alto Citerón, que á un lado á Tebas
Y á otro mira del mar los arenales,
Pasa por donde hizo tantas pruebas
De su crueldad Scirón, que aun las señales
Se ven en los peñascos y en la arena,
De sangre tintos y de huesos llena.

Llega al reino de Niso, á quien pudiera
Eternamente asegurar la vida
El cabello encantado, si tuviera
Hija más casta y menos atrevida;
Los campos pasa donde Scila fiera
Lloró su ceguedad mal conocida,
Y al fin deja á Corinto, donde oyendo
Estuvo de dos mares el estruendo.

Ya el fugitivo Sol había escondido
Entre las nubes del ocaso el día,
Y habiendo sus tinieblas esparcido,
El aire adelgazó la noche fría;
Calla el ganado ya, ningún rüido
En las ciudades ni en el campo oía;
Sólo se hace de la tierra dueño,
Lleno de olvido y de silencio el sueño.

Mas, dura tempestad prometió al suelo
Al esconder el Sol su rubia frente,
Cubriendo el carro de funesto velo,
Escasa luz ofrece al nuevo Oriente;
Tendiendo largos rayos por el cielo,
Llegó lleno de luto al Occidente,
Y apenas se escondió en el mar profundo,
Cuando la noche triste ocupó el mundo.

Espesa y negra más que nunca encubre
La hermosura y luz del cielo santo;
Ninguna estrella al mundo se descubre,
Que la salida impide el negro manto;
El torpe miedo vuela, el suelo cubre
Silencio, obscuridad, horror y espanto;
Y ya con ronco son, confusa y ciega,
La tempestad amenazando llega.

Los vientos, mal regidos y enfrenados
Del animoso rey que los gobierna,
Furiosos más que nunca y enojados,
Piden su libertad con rabia eterna;
Viéndolos tan soberbios y obstinados,
Las puertas les abrió de su caverna,
Estrecho albergue para tanta furia,
Y al fin salen haciendo al mundo injuria.

El confuso tropel la tierra hiere,
Tiembla el eje del cielo cristalino,
Cada uno alzarse con el mundo quiere,
Gime el mar, brama el fiero torbellino;
Triste del marinero que tuviere
Fuera del puerto el leño peregrino,
Pues ha de verse en tanto sobresalto,
Lleno de miedo y de esperanza falto.

Con espésos relámpagos el cielo
Por mil partes parece que se enciende,
Truena con brava furia y tiembla el suelo,
A quien tanto enemigo á un tiempo ofende;
De las nubes preñadas rasga el velo
El fiero rayo, y con rigor desciende,
Y en el más rico chapitel agravia
De Síria el cedro y el metal de Arabia.

Con más violencia el austro hace guerra,
Y de Arcadia las cumbres humedece,
En negras nubes su humedad encierra,
Y espesas gotas á la tierra ofrece;
Mas primero que lleguen á la tierra
El Alquilón las cuaja y endurece,
Cubre la nieve ya las montes fríos,
Entran hinchados en el mar los ríos.

Mil humildes arroyos que se vieron
Secos ayer, pasados á pie enjuto,
Ricos de tantas aguas, hoy pudieron
Quitar al campo el mal seguro fruto;
Ínaco y Erasino al mar corrieron,
Llevándole ya guerra, y no tributo,
Y de Lerna también el hondo seno
Derramó por los campos su veneno.

A las selvas su honor y su hermosura
Quita la tempestad con furia brava;
Yace midiendo ya la tierra dura
Planta que ayer al cielo amenazaba;
No aprovechó á Liceo su espesura,
Donde apenas la luz del Sol entraba;
Que ya la tempestad desembaraza
En sus obscuros senos ancha plaza.

El mancebo tebano, que oprimido
Se ve en tanto peligro, ya suspira
Con no usado temor; cada rüido
Flechas de miedo al corazón le tira;
Ya escucha de los vientos el bramido,
Ya desgarrarse un medio monte mira,
Y atónito y confuso queda, oyendo
De fugitivas peñas el estruendo.

Oye el rumor de algún arroyo fiero,
Y mientras más se acerca, más se espanta,
Cuando mira nadando un monte entero
Donde apenas mojara ayer la planta;
Nada la choza y huye el ganadero,
Dichoso al fin en desventura tanta,
Y el humilde ganado va nadando
Donde andaba la hierba ayer buscando.

Mas no por esto su camino deja,
Aunque entre tanta confusión dudoso,
Que el temor del hermano es quien le aqueja
Mas que el temor del tiempo riguroso;
Cual marinero incauto que se aleja
De la tierra, y al viento más furioso
Entrega de sus velas el gobierno,
Con el rigor del erizado invierno.

Combatido del viento en noche obscura,
No puede ver el norte, ni la Luna
Le puede dar en tanta desventura
Alguna lumbre ni esperanza alguna;
En vano en tanta obscuridad procura
Remedio contra la áspera fortuna,
Pues contra la tormenta en mar tan alta
Faltan las fuerzas y el gobierno falta.

Y mientras más está lejos del puerto,
Del viento teme más la rabia fiera,
O ya de algún peñasco, que encubierto
Las ondas tienen, su naufragio espera;
A cada parte ve el peligro cierto,
Que más se enoja el mar y más se altera,
Y al fin deja su vida y su navío
Del enemigo viento al albedrío.

Tal el tebano incierto va siguiendo
Por donde el hado y su rigor le lleva,
Ya espesos matorrales va rompiendo,
A donde hace de sus fuerzas prueba;
Ya fiera se le opone, que huyendo
Va por el monte á la segura cueva;
El ancho escudo embraza y cubre el pecho,
Que ya animoso su temor le ha hecho.

En esto, de Larisa en la alta cumbre,
Alcázar de Argos y de rey morada,
Resplandeció un farol, que con su lumbre
Descubrió la ciudad tan deseada;
Guardaba el pueblo argivo esta costumbre,
Tanto en la paz como en la guerra usada,
Y como alivio en desventura tanta,
El tebano adoró la lumbre santa.

A la antigua Prosina á un lado deja,
Rico templo de Juno, y á otro lado
A Lerna venenosa, que se queja
De Alcides, que sus aguas ha infamado;
Con esperanza nueva el miedo aleja,
Y vuela ya con paso acelerado;
Al muro llega al fin y á nadie encuentra,
Sigue la amiga luz y en Argos entra.

Del Rey en el palacio suntüoso
Halló el ancho zaguán desocupado,
Contra el furor del tiempo riguroso
Seguro albergue y sitio acomodado;
En él pensó tener algún reposo,
Y así, tendiendo el cuerpo fatigado,
Convida al blando sueño en cama dura,
Si haberle puede en tanta desventura.

El noble rey Adrasto aquí vivía,
De abuelos rico, en majestad temida,
Que gobernando en paz pasado había
Ya la mitad del curso de su vida;
Del mayor de los dioses descendía
De ambas partes su sangre esclarecida,
Mas no tiene, y en vano lo desea,
Hijo varón que su heredero sea.

Dos bellísimas hijas le dió el cielo,
Que han de heredar su reino y su nobleza,
Mas por lo que esperaba algún consuelo
Vive con más dolor y más tristeza;
Que el Dios que avisa lo futuro al suelo
Amenazada tiene su belleza:
«De una, dijo, un león será su esposo,
Y de otra un fiero jabalí cerdoso.»

Cual si se hubiera visto ya el efeto,
Gime el padre infelice el caso duro;
Ninguno de sus sabios el secreto
Pudo alcanzar de aquel enigma obscuro;
Ni el mismo Anfiarao, á quien sujeto
Apolo hizo todo lo futuro,
Lo pudo penetrar, y un caso raro
Hizo después aquel enigma claro.

Al portal que ocupaba ya el tebano
Vino acaso á parar el gran Tideo,
Que en el mismo rigor del tiempo insano
A Argos también le trajo un caso feo;
Huyendo, por la muerte de su hermano,
De Calidonia y de su padre Eneo,
Adonde estaba Polinice pára,
Siguiendo del farol la lumbre clara.

Turbóse luego, y de la tierra dura
Se levantó con ira acelerada,
Y porque de ninguno se asegura,
Quiso negarle la común posada.
Era grande el tebano de estatura,
De persona fornida y bien trazada;
Pequeño el calidonio, en vaso chico
Tiene de gran valor tesoro rico.

Cada cual fugitivo y desterrado,
Perseguido del tiempo, de ira lleno,
Huésped en tierra ajena, recatado,
Rompe atrevido al sufrimiento el freno;
Con amenazas el temor osado
Armó á entrambos las lenguas de veneno,
Las manos de furor, de injurias hecho,
De fuego el corazón, de rabia el pecho.

De tantas amenazas ofendidos,
Ya con rabia y furor llegan á asirse,
Con piernas y con brazos atrevidos,
Queriendo en fiera lucha preferirse;
Ya con desnudas manos desasidos,
Con tanta priesa llegan á herirse,
Que no el granizo de la nube espesa
Con tanta furia baja y tanta priesa.

Tal de valientes mozos deseada
Ve lucha el sacro Olimpo semejante,
Cuando el tiempo con planta acelerada
Sus lustros restituye al gran Tonante;
Arde la tierra, de sudor bañada,
Muestra la juventud pecho arrogante,
Y entretanto las madres desde afuera
Cada una el premio y la victoria espera.

Con no menos valor, si con más ira,
Aunque sin esperar premio ni gloria,
Cada uno de éstos insolente aspira,
Bañado ya en su sangre, á la victoria;
Este con rabia gime, aquel suspira,
Pierden con el enojo la memoria,
Pues sin echar de ver que traen espadas,
A bocados se ofenden y á puñadas.

A sacar las espadas, el tebano
Medido hubiera ya la tierra dura;
Muriera al fin por enemiga mano,
Que fuera menos mal y desventura;
Fuera al menos llorado de su hermano;
Y aun vengara su muerte por ventura;
Mas la maldad del enemigo hado
Para más triste fin lo ha reservado.

Al estruendo á tal hora nunca oído,
Que retumbaba en el soberbio techo,
No menos admirado que ofendido,
Pide el Rey lumbre y desocupa el lecho.
Hallóle recordado el gran rüido,
Que un cuidado inmortal, que se había hecho
De su memoria y de sus ojos dueño,
Le ahuyentaba el deseado sueño.

Las puertas abre, y con antorchas luego
Por el alto palacio discurriendo,
De los que perturbaron su sosiego
El miserable estrago estuvo viendo;
Encendidos en rabia, en ira, en fuego,
Dos furias infernales (¡caso horrendo!),
Monstruos de sangre llenos y furiosos,
Desgarrados los rostros y espantosos.

«¿Qué ocasión, oh extranjeros, dijo, ha sido
Bastante á tal furor, á ira tan loca?
Que no sois de Argos, pues me habéis tenido
Poco respeto y reverencia poca;
Pero decid de dónde habéis venido,
Quién sois, adónde vais y qué os provoca
A usurparle á la noche su derecho,
Para el reposo de los hombres hecho.

»¿Es tan pequeño por ventura el día,
Y el sueño y breve paz tan triste cosa,
Que en las tinieblas de la noche fría
Derramáis sangre ilustre y preciosa?
Tal imagino que es, que no se cría
Tal valor sino en sangre generosa,
Y en la que habéis vertido me parece
Que una oculta grandeza resplandece.»

«Oh príncipe el mejor del pueblo aqueo,
Ya ves que nuestra sangre el suelo baña,
¿Qué importará saber el caso feo,
Si enojo de algún dios nos acompaña?»
Esto responden ambos; y Tideo,
Deseando consuelo en tanta saña,
Mirando al noble rey con rostro fijo,
Ya más humilde y suspirando, dijo:

«Del reino y campos fértiles que riega
Aqueloo calidonio, aquí he venido,
Donde el error de aquesta noche ciega
Por extraña desgracia me ha traído;
Y éste, lleno de rabia, á quien se entrega,
La posada común me ha prohibido,
No sé con qué derecho ó con qué fuero,
Sino es decir que aquí llegó primero.

»Aunque fieros y de ánimo impaciente,
Juntos ya los Centauros se albergaron,
Y los bravos ciclopes, si no miente
La fama, en Etna juntos habitaron,
Tal vez rabiosas fieras juntamente
En la secreta cueva se hallaron;
Y éste la común cama de la tierra
Quiere estorbarme con funesta guerra.

»Pero ¿qué me detengo? Hoy de mi muerte,
Quienquiera que eres, triunfarás ufano,
Si no ha embotado la enemiga suerte
El antiguo valor de aquesta mano;
Verás que soy del tronco de Eneo fuerte
Generoso renuevo, y que no en vano
El dios Marte es mi abuelo verdadero,
Ya que de su valor no degenero.»

«Yo, respondió también, ¿qué me detengo
Escuchando arrogancia tal á un hombre?
Que no de sangre tan humilde vengo,
Que de la tuya y de tu honor me asombre;
Tronco también de que preciarme tengo.»
Dijo; mas de su padre calló el nombre,
Que pudo de su error la infamia y mengua,
Al pronunciarlo, enmudecer la lengua.

«Antes, dijo el rey noble, oh caballeros,
Á quien ira ó virtud demasïadá
Encendió de los pechos los aceros
O el rigor de la noche no esperada,
Cesen las amenazas y los fieros,
Y entrad ambos conmigo en mi morada;
Juntad las diestras, que tras ira tanta,
Nobles prendas serán de amistad santa.

»Tal vez se ha visto ya de un odio inmenso
Una inmensa amistad haber nacido;
No sin misterio me tenéis suspenso,
Que algún Dios á mi casa os ha traído;
Que de un amor inseparable pienso
Ira tan grande el fundamento ha sido,
Y que siempre del caso la memoria
Aumentará de la amistad la gloria.»

Llenas de verdadera profecía
Del viejo sabio las palabras fueron,
Porque después de aquella noche fría
Tanta amistad se dice que tuvieron,
Que no del Quersoneso en la porfía
Muestras mayores de amistad se vieron
Entre Orestes y Pílades, ni creo
Fué tal la de Perito con Teseo.

Con esto cada cual menos airado,
Aquel furor, mas no del todo, deja,
Cual suele cuando Bóreas enojado
Con brava tempestad el mar aqueja,
Que aunque ya su rigor ha mitigado,
Al despedirse entre las velas deja,
Después de su furor soberbio y loco,
Viento fácil, que muere poco á poco.

Entrambos, pues, siguiendo al Rey han ido
Al real palacio, que el alcázar era,
Donde el talle, las armas y el vestido
De ambos despacio Adrasto considera.
Cubre al uno de un fiero león temido
El gran despojo, vestidura fiera,
Que horrible á cada lado está pendiendo,
Inculta selva del cabello horrendo.

Era aqueste despojo horrible y feo.
Del león á quien Hércules dió muerte
De Teumeso en la selva, y por trofeo
Cubrió siempre con él el pecho fuerte;
Hasta que dando muerte al Cleoneo,
Trocó él despojo y mejoró la suerte,
Y en el primero sucedió el tebano,
Con que espantoso se mostró y ufano.

Y cerdosa piel del otro era el vestido,
Con que apenas cubrir los hombros pudo,
De un fiero jabalí que retorcido
Muestra en cada mejilla el diente agudo;
Fué en Calidonia en grande honor tenido,
Y por blasón de su real escudo
Lo heredó con el reino el padre Eneo,
De que arrogante se vistió Tideo.

Al punto el noble Rey, lleno de espanto,
Conoce del oráculo divino
La verdadera voz que temió tanto,
Que ya lloró el rigor de su destino;
Trueca su pena y su pasado llanto
En un horror alegre y peregrino,
Que por sus miembros presuroso vuela,
Y al pronunciar la voz la lengua hiela.

Siente que no sin orden han venido
Del cielo y de sus dioses soberanos
Los dos yernos que Apolo ha prometido
Con nombre de dos monstruos inhumanos.
Estuvo un grande rato enmudecido,
Y al fin, alzando al cielo entrambas manos,
Rompiendo aquel silencio tan prolijo,
Lleno de admiración, aquesto dijo:

«Noche, que abrazas en tus sombras frías
Del cielo y de la tierra las fatigas,
Que con ligero movimiento guías
Estrellas vagas, de inquietud amigas,
Y á los mortales tu reposo envías,
Alivio en sus congojas enemigas,
En tanto que el dorado carro suyo
Lleva, huyendo el Sol del negro tuyo.

»Noche, á cuya deidad están sujetos
Los misterios de Apolo soberano,
Que aclaras de su enigma los efetos
Y pones fe en su voz, buscada en vano;
Tú, que del hado antiguo los secretos
Que no pudo alcanzar ingenio humano
Sola descubres, antes que te alejes
Tus agüeros confirma y no me dejes.

»Será en aquesta casa eternamente
Cada año tu memoria respetada,
Y será tu deidad de gente en gente
Con mil honras y fiestas celebrada;
Por tí cada año el toro más valiente
Dejará suspirando su manada,
Y siempre nueva leche, si hoy me amparas,
Y ofrenda negra quemaré en tus aras.

»Salve, caverna y voz irrevocable,
Antigua fe y oráculo divino,
Y tú también, fortuna variable,
Que el rigor has trocado del destino.»
Aquesto dijo el viejo venerable,
Y luego con los dos guerreros vino,
Habiendo á cada cual la mano dado,
A un aposento oculto y retirado.

El fuego en un altar aun todavía,
Guardado entre cenizas, vivo estaba,
Y una ofrenda que en él ardido habia,
No gastada del todo aún, humeaba;
Y aunque ya el carro de la Noche fría
De la mitad del curso declinaba,
Renovar el banquete manda luego,
De nuevo olor enriqueciendo el fuego.

Al punto con un gusto extraordinario
Cada ministro alegre y diligente
Acude á prevenir lo necesario
A tanta fiesta y majestad decente;
El gran palacio con tumulto vario
A cada parte resonar se siente;
Quién previene las mesas, que es su oficio;
Quién la comida y quién el sacrificio.

Cuál la víctima ofrece al santo fuego,
Que otro ya de oloroso cedro enciende;
Cuál acude después, y al humo ciego
Con vario olor enriquecer pretende;
Este las mesas pone, y otro luego
Tapetes de oro y seda encima tiende;
En el aparador otro previene
Rica vajilla, que á su cargo tiene.

Los lechos otro en tanto aderezando,
Colchas tiende con oro recamadas;
Otro, la noche negra ahuyentando,
Bálsamo enciende en lámparas doradas;
De las muertas ovejas otro asando
Las entrañas está ya desangradas;
Este va, viene aquél, el otro torna,
Otro de blanco pan la mesa adorna.

Alegre el noble Rey, que obedecido
Con tanta diligencia ve su intento,
Venerable de rostro y de vestido,
Ocupa de marfil un rico asiento;
Los huéspedes también, que ya habían sido
Curados con precioso y rico ungüento,
Limpios de tanta sangre, se sentaron,
Y del Rey ambos lados ocuparon.

Mírase el uno al otro, y satisfecho
Del gran valor que á cada cual admira,
Perdonan los agravios que se han hecho,
Convirtiendo en amor la mortal ira;
Crece la gloria en el piadoso pecho
Del noble Rey, que su concordia mira,
Y porque su esperanza efecto tenga,
Manda que Acestes á la mesa venga.

Era una vieja sabia, que criaba
Sus hijas con cuidado y santo celo,
Y su sagrada honestidad guardaba
A los esposos que les diese el cielo;
Viniendo, pues, adonde Adrasto estaba,
Lleno, sin esperarlo, de consuelo,
Oye al oído lo que el Rey le ordena,
Y vuelve atrás, de nueva gloria llena.

Al punto con primor y con presteza,
Porque á su Rey obedecer desea,
De honestas galas, llenas de riqueza,
Las infantas bellísimas arrea;
Con ellas viene luego, y su belleza
Con tanta honestidad se hermosea,
Que á los ojos de todos (¡raro ejemplo!)
Diosas parecen, y el palacio templo.

Si ojo mortal á Palas y á Dïana
Alguna vez acaso vió en la tierra,
Ésta de Apolo cazadora hermana,
Persiguiendo las fieras de la sierra,
Con lanza aquélla y con escudo ufana,
Bella diosa abogada de la guerra,
Fuera de aquel terror que tienen ellas,
Tales pienso que son las dos doncellas.

Con simple honestidad, luego que vieron
Que eran de los dos huéspedes miradas,
Ya pálidas, ya rojas se pusieron,
De una vergüenza nueva salteadas;
Los ojos á su padre revolvieron,
Vergonzosas, humildes y turbadas,
Y en tanto que se da fin á la cena,
Esperan lo que el padre les ordena.

Vencida ya la hambre, el rey aqueo
Pide una rica taza, dedicada
Para los ministerios de Lieo,
Y de varias figuras adornada;
De Danao fué y del viejo Foroneo
En tales sacrificios siempre usada,
Hecha con tal primor y tal decoro,
Que vence en ella el artificio al oro.

Caballo alado, volador ligero,
En ella está rompiendo el aire vano,
Regido de un osado caballero,
Con la cabeza de Medusa ufano:
Tan al vivo se ve, que el monstruo fiero,
Lánguido, ensangrentando el verde llano,
Con graves ojos, el color perdiendo,
Parece que en el oro está muriendo.

El cazador troyano arrebatado
También se ve de un águila ligera,
Y monteros y perros, que han quedado
Atónitos, mirando al ave fiera;
Uno ladra á las nubes enojado,
Otro sigue á la sombra y no le espera;
Al vivo todo, y tal, que parecía
Que Ida se abaja y Troya se desvía.

La taza rica de figuras tales
Corona el Rey de vino generoso,
Invocando á los dioses inmortales,
Pero primero á Febo poderoso;
Con himnos y alabanzas celestiales
A Febo, á Febo invoca el Rey piadoso;
Febo, responden todos, coronados
Con ramos de laurel, de Febo amados.

Era de Febo aquel alegre día
Á él dedicado en todo el reino aqueo,
Y así, honrando á su nombre, enriquecía
El fuego de su altar humo sabeo.
«La causa, dijo el Rey, de esta alegría
Ya por ventura os pedirá el deseo,
Viendo con tanta fiesta y placer tanto
A Febo celebrar el nombre santo.

»Sabed, pues, oh mancebos, que no han sido
Aquestos sacrificios comenzados
(Sin que bastantes causas haya habido),
De santa religión aconsejados;
Mil desventuras son que ha padecido
El pueblo argivo en años ya pasados,
De aqueste sacrificio el fundamento:
Antentos escuchad, y os diré el cuento.

»El gran Fitón el mundo amenazaba,
Bestia fiera, engendrada de la Tierra,
Que á Delfos con sus roscas rodeaba,
Haciendo á la ciudad y al campo guerra;
La gente y el ganado ahuyentaba,
No hay seguro lugar en llano ó sierra,
Pues cubierto de escama y dura concha,
Derriba.muros y arboledas troncha.

»Si alguna vez alimentar quería
Á la insaciable sed de su veneno,
No de Castalia la corriente fría
Bastante era á henchir el ancho seno;
Toda con lenguas tres se la bebía,
Asolándole en pago el sitio ameno;
Mas no sufriendo Apolo aquesta injuria,
Osó oponerse sólo á tanta furia.

»Con una y otra flecha al monstruo hiere,
Que su concha y rigor no le aprovecha;
Apúntale primero, y donde quiere
La jara voladora va derecha;
Vacia toda el aljaba, el monstruo muere,
Llegando al corazón más de una flecha;
Tiéndese al fin, vencido por su mano,
Ocupando de Cirra todo el llano.

»Apenas tuvo muerto al monstruo fiero,
Cuando tomando de Argos el camino,
De nuestro rey Crotopo el rubio arquero
Al no rico palacio á parar vino:
Tenía una sola hija el rey Severo,
De hermosura y ejemplo peregrino,
Ya de perfecta edad, pero doncella,
Honesta por extremo como bella.

»Dichosa si de Febo nunca fuera
Para tanta desdicha conocida,
Y de su amor y hurtos no tuviera
Tanta noticia á costa de su vida.
Febo, pues, de Nemeo en la ribera
Gozó la flor, en vano defendida;
Forzó su honestidad, venció su llanto,
Y ofendió el hospedaje sacrosanto.

»Con lágrimas y ruegos importuna
Se rindió, ya cansada, á su porfía;
Que mal pudiera haber defensa alguna
Bastante á resistir tanta osadía;
Y ya que nueva luz la blanca Luna
Diez veces en sus cuernos visto había,
Acudiendo Lucina al grande aprieto,
Parió á luz á Latona un bello nieto.

»Temiendo de su padre la ira insana,
De quien en tal error nunca alcanzara
Perdón, por ser en él disculpa vana
Aunque de un dios la fuerza le halagara,
Sigue los ejercicios de Dïana,
Clavando ya con voladora jara
Al ciervo vividor que va volando,
Ya engaños á las aves fabricando.

»Y por cubrir mejor su desventura
El niño dió á un pastor secretamente
Para que lo criase en la espesura,
Entre el ganado, oculto de la gente.
¡Oh fortuna enemiga, oh suerte dura!
¡Bello hijo del Sol, niño inocente,
Que entre los cabritillos resplandeces,
Y apenas has nacido ya padeces!

»No tuvo lino en desventura tanta
Que le defienda del calor paterno;
Desnudo en cama vil, humilde planta
Con hojas le cubrió su cuerpo tierno;
Bala el ganado humilde y no se espanta,
Sujeto á suerte igual é igual gobierno;
Crece con él al fin, y en su bajeza
Su cuna fué de un tronco la corteza.

»Goza albergue común con el ganado,
Y al son de una zampoña, en lecho duro
Le halla el blando sueño descuidado,
En tanta desventura aun no seguro;
Que la maldad del enemigo hado,
Por dar triste principio al mal futuro,
No pudiendo á más mengua derribarlo,
De aquel pequeño bien quiso privarlo.

»Dejado á solas temerariamente,
Estaba entre unos céspedes durmiendo,
La boca abierta al sol, que su mal siente,
En ella el aire fresco recibiendo;
Dierón perros en él con rabia ardiente,
Y antes que recordase al grande estruendo,
Con la insaciable hambre que traían,
Medio vivo en sus vientres lo tenían.

»A la infanta afligida el nuevo espanto
De aquesta dura nueva echó del pecho
La vergüenza y temor, que en dolor tanto
No hubo consuelo alguno de provecho;
Baña la tierra con prolijo llanto,
Hiere con voces el paterno techo,
Y llena de furor, buscando al padre,
Su error confiesa la infelice madre.

»No se movió á piedad, aunque pudiera
Una roca mover helada y dura,
Y ablandar las entrañas de una fiera
Tanto dolor y tanta hermosura.
Con injusto rigor manda que muera,
Aunque ella, en tanto mal y desventura,
También la muerte elige, que la muerte
Sola podrá acabar su dolor fuerte.

»Tarde se movió Apolo á la defensa,
Aunque turbó el dolor su luz serena;
Mas ya el castigo de su agravio piensa;
Vano consuelo para tanta pena.
Un monstruo horrendo de crueldad inmensa
De Flegetón en la abrasada arena,
De un demonio engendrado y de una furia,
Vino á la tierra á castigar su injuria.

»El rostro y pecho de mujer tenía,
Pero con un eterno silbo horrendo,
Una culebra en su cerviz nacía,
Al rostro sus cabellos esparciendo;
En el silencio de la noche fría,
Cuando ya todo el mundo está durmiendo,
Este monstruo infernal, fiero y horrible,
Entraba en nuestras casas invisible.

»El niño tierno, que durmiendo estaba,
Recién nacido en el materno seno,
Con terrible furor arrebataba,
Y dél alimentaba su veneno;
Con hambre eterna allí se lo tragaba,
Dejando de su sangre el lecho lleno;
Llora la madre triste en dolor tanto,
Y el monstruo fiero engorda con su llanto.

»Viendo el daño común y la rüina
Del pueblo argivo, en lágrimas bañado,
A morir ó vengar lo determina
Corebo, un noble caballero osado;
Y cuando ya la noche se avecina,
Consigo algunos mozos ha juntado,
Amigos de morir ó ganar fama
Cuando el peligro ó la ocasión los llama.

»Y estando ya la gente sosegada,
De armas y de valor apercibido,
Cerca la ciudad triste y desdichada,
Con gran secreto y sin hacer rüido.
Buscando, al fin, en una encrucijada
De dos niños cargado al monstruo vido,
Hincando ya las uñas y los dientes
En los recién nacidos inocentes.

»Al punto de los suyos rodeado,
Al monstruo arremetió en el paso estrecho,
De un asta veloz que le ha tirado
El hierro todo le escondió en el pecho;
Y habiendo al triste corazón hallado,
Para aposento de la vida hecho,
La puerta al alma fugitiva abriendo,
Restituyó á Plutón su monstruo horrendo.

»La fama pregonera vuela al punto,
Hierven las calles con alegre espanto,
Que nunca tanto vulgo se vió junto,
Ni en Argos vimos regocijo tanto;
Salen á ver el monstruo ya difunto,
Principal ocasión de nuestro llanto,
Y tal era el temor de sus enojos,
Que apenas tienen crédito los ojos.

»No libre aun de temor la gente, mira
Los colmillos, el vientre, el pecho y boca,
Y aquel extraño horror (que aun muerto admira)
Al más cobarde á más furor provoca;
Muestra en un muerto el vulgo inmortal ira,
En tan grande dolor venganza poca,
Y ninguno se tiene por honrado
Si no llega á herir el monstruo helado.

»El monstruo, de Aqueronte en las riberas
Engendrado, en el campo se dejaron;
Mas ni el lobo hambriento ni otras fieras
Su rabia y hambre en él alimentaron.
Huyeron dél las aves carniceras,
Con miedo extraño al derredor ladraron
Los perros, que sintiendo su veneno,
A su hambre y su furor pusieron freno.

»No en aquesto paró la desventura,
Pues della otra desdicha nació inmensa
A la ciudad, del monstruo aun no segura,
Que ya aliviarse en sus trabajos piensa;
Que Febo con mayor rigor procura
Vengar al que tan bien vengó su ofensa,
Y desde la alta cumbre de Parnaso
Dió infelice principio al duro caso.

»A la ciudad, al campo, al llano y sierra
Flechas tiró que el aire inficionaron;
Mueren hombres y fieras, y á la tierra
Nieblas, de muerte llenas, ocuparon;
Igualmente la muerte hace la guerra,
Las parcas sus estambres le entregaron,
Y ella desplegó en Argos sus banderas
Al triste son de quejas lastimeras.

»Primero los humildes animales
A sentir comenzaron la inclemencia
Del crudo mal, y en cuerpos desiguales
Igual fuerza mostró la pestilencia.
Muere el perro fiel en los umbrales
Del amo, que ignorando la violencia
De aquel veneno que invisible hiere,
Lo llega á halagar, y con él muere.

»El soberbio animal, que ya se vido
Argentando de espuma el rico freno,
El cuello humilde ya gime herido
Con fuerza oculta de mortal veneno;
El pajarillo que al amado nido
Vuelve alegre, de cebo el pico lleno,
Rendido en la mitad de su camino,
Flojas las alas, á la tiera vino.

»Humilde el jabalí terrible y fiero,
El pecho ofrece al cazador osado,
Y cuando llega el enemigo acero
Halla ya muerto el corazón helado;
El ciervo antiguo volador ligero,
Que en vano de los perros se ha escapado,
Rinde en el monte al fin la amada vida,
Con pie ligero en vano defendida.

»Tal vez al yugo unidos mansamente
Tiraban dos novillos del arado,
Y cayó el uno de ellos de repente
Sin acabar el surco comenzado;
Afloja la coyunda de su frente
De presto el triste labrador, turbado
Y tímido del otro, y mal seguro
Descarga su cerviz del peso duro.

»Pues no porque el rigor de algún veneno
Probó en tazas de vino coronadas,
Ó enemigo manjar de muerte lleno,
Entre ricas comidas regaladas;
Su pasto fué la hierba y blando heno,
Aguas bebió entre peñas quebrantadas,
Y por vivir en desdichado suelo
Probó el rigor del enojado cielo.

»Tal vez también la víctima escogida
Por la mejor en toda la manada,
Cayendo en tierra muerta, aun no herida,
Del ministro burló la mano alzada.
La malicia del mal ya conocida,
En la ciudad renueva desdichada
Tristes quejas y lágrimas, que en vano
La gente ofrece al cielo soberano.

»De cuerpos no enterrados se ven llenas
Las calles y del monte la espesura,
Que en pueblo y campo ofrece iguales penas
En suerte desigual la desventura.
Tanta es al fin la mortandad, que apenas
Bastante es para tanta sepultura
Todo el suelo que ve nuestro horizonte,
Ni para tanto fuego todo el monte.

»Riñen por los sepulcros no ocupados
Los pocos vivos que la muerte esperan,
Y otros en los sepulcros heredados
Se encierran á morir antes que mueran.
Si al fuego son algunos entregados,
Ni parientes ni amigos hay que quieran
Llevar al venerable monumento
Las cenizas, que al fin se lleva el viento.

»Tal de un muerto atizaba el santo fuego,
De religión y de clemencia lleno,
Y cayendo dió el último sosiego
A su infelice cuerpo en fuego ajeno.
Lleno de espanto el vulgo, siembra luego
Un temor general mortal veneno;
Huyen todos al fin, sin que allí quede
Quien su piedad y religión herede.

»Huye la madre triste y desdichada
Del hijo, y el hermano del hermano;
Huye el marido de la esposa amada,
Que afligida, socorro pide en vano;
Doncella tierna, en vano recatada,
Descubre sin recato al cirujano
(Desnudo el cuerpo honesto) flor hermosa,
Que ya marchita estrella rigurosa.

»Ríndese el arte al mal, y sin provecho
Los remedios se ven y la experiencia;
Que más ofende en ésta lo que ha hecho
Que algún efecto en otra pestilencia;
Del sénico mortal que esconde el pecho,
Señales da del rostro la apariencia,
Que encendido color en él resulta
Del fuego que está ardiendo en parte oculta.

»Crece en el pecho el ávido elemento,
Enciéndese la sangre en cada vena,
Da el pulmón y recibe poco aliento,
Vese la lengua de vejigas llena;
La boca, abierta siempre al fresco viento,
De el refrigerio espera en tanta pena,
Y más la enciende el aire, porque luego,
Mudando calidad, se vuelve en fuego.

»Nunca sin escuchar funesto llanto
Al mundo amaneció sereno día,
Ni en la tierra tendió jamás su manto,
Que no oyese gemir la noche fría.
No con tanto rigor el cielo santo
Castigue gente religiosa y pía;
Use de otros azotes y castigos,
Padezcan tanto mal los enemigos.

»Viendo el rigor del mal contagioso,
Ricas prendas da al fuego la justicia
Antes que el heredero codicioso
Del mal herede en ellas la malicia;
Triunfa de todo el fuego poderoso,
Puede más el temor que la avaricia,
Pues nadie hay tan avaro que defienda
Del fuego y su rigor la mejor prenda.

»En vano el sabio, de experiencia lleno,
Defensivos antídotos previene;
Que á la inclemencia del mortal veneno
No hay diligencia alguna que refrene;
Y en mal tan grande, de remedio ajeno,
Pensando que el lugar la culpa tiene,
No del autor de tanto mal se quejan,
Mas culpan el lugar y dél se alejan.

»Salen huyendo dél, y donde quiera
Los sigue con rigor la suerte dura;
Que no puede haber planta tan ligera
Que alcance no le dé la desventura.
Dejan, huyendo de la muerte fiera,
La ciudad convertida en sepultura,
Y hallan también llenos los desiertos
De muertos animales y hombres muertos.

»El Rey, de tantos males fatigado,
Rey ya de muros y ciudad vacía,
De poco y triste pueblo acompañado,
De Cirra visitó la fuente fría;
Y hecho el sacrificio acostumbrado,
Remedio pide al que el azote envía,
O al menos, si el remedio es imposible,
Descubra la ocasión del mal terrible.

»Responde el mismo Dios que en sacrificio
Ofrezcan los que al monstruo muerte dieron,
Pues ellos con osado maleficio
De tanta mortandad la causa fueron.
¡Oh mancebo animoso, á quien propicio
Fué siempre el cielo y sus deidades fueron,
Digno que en todo el mundo eternamente
Tu gran valor y tu piedad se cuente!

»No por ver que el oráculo responde
Que él muera, se turbó, ni acobardado
Con ver la muerte tan cercana esconde
Las armas con que al monstruo muerte ha dado;
Antes, entrando con valor adonde
El santo altar está, con labio osado,
Que á Febo á más furor mover pudiera,
Desde el umbral habló de esta manera:

»—No vengo porque alguno acá me envía
A pedirte remedio en tantos males;
No á aplacar tu rigor, si al fin se cría
Rigor tan grande en pechos celestiales;
Mi valor, mi virtud, la piedad mía
Me han forzado á venir á tus umbrales;
Que si libro á mi patria con mi muerte,
¿Qué más bien pudo pretender mi suerte?

»Yo soy quien dando muerte al monstruo ho-
Eché del mundo tu maldad y afrenta; [rrible.
Que afrenta tuya fué, si ya es posible
Que un pecho celestial deshonra sienta;
Y por vengarlo con rigor terrible,
Que más tu infamia y tu maldad aumenta,
Con nubes que inficionan á la tierra
A un inocente pueblo haces guerra.

»Si es tan amado un monstruo que parece
Que más lo estima el soberano cielo
Que al humano linaje, pues perece
Y no hay piedad para el humilde suelo,
Argos ¿qué mereció que así padece?
¿Qué culpa tiene en tanto desconsuelo?
Yo, soberano Dios, yo solo he sido
El que tanto rigor he merecido.

»¿Es tu deleite ver sin moradores
Una insigne ciudad desamparada,
Y mirar viuda ya de agricultores
La tierra, de ninguno cultivada?
Pero ¿qué te detengo? Mis errores,
Mi atrevimiento y culpa confesada,
Mi muerte merecieron, y hablando,
Mi muerte estoy en vano dilatando.

»Ya las argivas madres en mi muerte
Esperan su remedio, y cobardïa
Podrán juzgar en mí si de esta suerte
Con mis palabras entretengo el día.
Mueve ya el arco, y á este pecho fuerte
Flechas mortales de tu aljaba envía,
Y en ocasión tan noble y tan piadosa
Salga del pecho el alma victoriosa.

»No merece perdón mi atrevimiento,
Pues de tan grande mal la causa ha sido;
La nueva gloria que en mi muerte siento
Es lo que mi piedad ha merecido.
Aqueste globo que inficiona el viento,
Vapor mortal sobre Argos detenido,
Sólo que aparte de mi patria ruego,
Pues yo por su salud la vida entrego.—

»¡Oh cuánto un pecho noble y virtud rara,
No fingido valor, estima el cielo!
Pues Febo en sus enojos no repara,
Viendo en Corebo aquel piadoso celo.
La vida le otorgó y el aire aclara,
Purga el contagio que asolaba el suelo,
Y á Argos alegre se volvió Corebo,
Lleno de admiración dejando á Febo.

»Desde entonces cada año celebramos
La memoria de aqueste beneficio,
Y con alegre fiesta renovamos
La cena y el solemne sacrificio,
Donde con nuevas honras aplacamos
Á Febo porque siempre esté propicio,
Y esta, por dicha, la ocasión ha sido
Que á esta tierra á tal tiempo os ha traído.

»Decid quién sois, pues muerta ya la saña
En vuestros pechos generosos veo,
Aunque si la memoria no me engaña,
Vos descendéis del calidonio Eneo;
Y vos, puesto que sois de tierra extraña,
Quién sois y á qué venís saber deseo,
Ya que es esta hora, al levantar de cena,
Para gastarla en varios cuentos buena.»

Aquesto apenas escuchó el tebano,
Cuando los ojos en la tierra dura,
Lleno de miedo y de vergüenza, en vano
Callar su infamia y su dolor procura;
Pero viendo que ya no está en su mano
Encubrir su pesar y desventura,
Venciendo su temor y su vergüenza,
Mirando al calidonio, así comienza:

«No en fiestas de tan grande reverencia,
En tan alegre y tan solemne día,
Se debiera contar mi descendencia,
Mi sangre, antiguo tronco y patria mía;
Mas, pues es tan forzosa la obediencia,
Porque menos se ofenda la alegría
Y el honor de estas honras celestiales,
Con brevedad os contaré mis males,

»Origen y principio de mi casta
Cadmo, de Tiro desterrado, ha sido;
Tebas mi patria, y me parió Yocasta,
Si ya acaso su nombre habéis sabido.»
«No más, respondió Adrasto; aquesto basta,
Que no á nuestras orejas ha venido
Tan dudosa la fama y sus rumores,
Que ignoremos de Tebas los errores.

»Los ojos arrojados en el suelo,
Las furias, de ese reino el llanto y pena,
¿Qué tierra los ignora en cuanto el cielo
Comunica su luz pura y serena,
Desde de Scitia el riguroso hielo
Hasta de Libia la abrasada arena,
Y desde el rubio Ganges hasta adonde
El fugitivo Sol su carro esconde?

»Al fin en Argos todo se ha sabido;
Pero no os sea el contarlo tan amargo,
Pues los errores que otro ha cometido
No los debéis poner á vuestro cargo;
Yerros también en nuestra sangre ha habido,
Que aun no puede borrar el tiempo largo;
Mas no de los abuelos la memoria
A los nietos usurpa alguna gloria.

»La piedad, el valor y bondad vuestra
Disculpe de los vuestros el pecado;
Que esta es obligación y deuda nuestra,
Pues no habemos sus culpas heredado;
Mas ya, flojo el timón, sin luz se muestra
Á los mortales el portero helado
De la Osa fugitiva, y ya la Noche
Declina al Occidente el negro coche.

»Por tanto, los cantares renovemos
De Febo, en quien ponemos la esperanza;
Nuestro conservador, por quien podemos
No temer de los hados la mudanza.
Vino en el fuego santo derramemos,
Y mientras yo pronúncio su alabanza
El vino derramando en sus altares,
Mis voces repetid y mis cantares:

»Febo, ya estés de nieve rodeado
De Licia en el collado Patareo;
Ya en Troya, do serviste al rey osado
Y donde el mundo te llamó Trimbeo;
Ya en el materno Cintio levantado,
Que cubre con su sombra el mar Egeo,
Ó ya de tu Castalia en la corriente,
Pues no Delo te agrada solamente;

»¡Oh tú, que de enemigos victorioso
Con flechas de tu aljaba siempre fuiste,
Y por favor el cielo piadoso
De eternas flores tus mejillas viste;
Tú, que á pesar del hado, el fin dudoso
Presente ves cual lo pasado viste,
Y antes que vengan sabes sus efetos,
Y de Júpiter sabes los secretos;

»Tú, que sabes del hilo de la vida
Cuándo han de echar las Parcas la tijera,
Cuál año es de cosecha más florida,
Cuál reino apunta la cometa fiera;
No vió Marsias tu cítara vencida,
Ni tu madre el castigo en Ticio espera,
Que en su honor y en venganza del delito
Extiendes en la arena de Cocito;

»Tu siempre victoriosa armada mano
Dió la muerte á Fitón, y á la tebana
Soberbia madre, orgullecida en vano,
Castigo justo á su jactancia insana,
Porque abrasó tu templo soberano,
Megera aflige, en tu venganza ufana,
A Flegia, ayuno siempre en mesa llena,
Donde es mayor la hambre que su pena.

»Ten en memoria siempre, oh Sol piadoso,
Este palacio tuyo, que algún día
Te sirvió de hospedaje venturoso,
Honra que lo ennoblece todavía;
Con rostro alegre y con amor piadoso
Á estos campos de Juno amparo envía,
Flechero poderoso, Apolo santo,
Que en tierra, infierno y cielo puedes tanto.

»Ó rosado Titán llamarte quieras,
Cual de Aquemenia te llamó la gente,
Ú Osiris, cual de Nilo en las riberas
Te llaman los que beben su corriente,
Ó cual de Persia entre las gentes fieras,
Que adoran por su dios tu llama ardiente,
Te llames Mitra, y con rigor eterno
Tuerzas del toro el indomable cuerno.»

LIBRO SEGUNDO.

ARCUMENTO.

Mercurio saca el ánima de Layo del infierno por una senda del monte Tenaro, que es promontorio de Caconia. Llega á Tebas hasta el palacio del rey Eteocle, que está durmiendo, y tomando Layo la forma de Tiresias, adivino, le amonesta que se arme contra su hermano y resista á la pretensión que trae, del reino. Adrasto en Argos ofrece sus dos hijas en casamiento á Polinice y Tideo. Celébranse los desposorios de Polinice con Argía y de Tideo con Deifile, y entrando en el templo de Minerva se manifestaron ciertos agüeros desgraciados, de que fué causa el collar de Harmonia, que llevaba puesto Argía. Píntanse los efectos y origen de este collar. Después de acabadas las fiestas, Polinice, con deseo de reinar, platica con Argía su pretensión, y aunque ella se lo estorba, se resuelve en ello y de pedir el reino á su hermano; y con parecer de Adrasto y su consejo sale Tideo con esta embajada. Siendo mal recibido y negada su pretensión, se vuelve amenazando de guerra á Tebas. Eteocle manda que le salgan á matar cincuenta soldados de noche. Hacen la emboscada junto á la peña de Esfinge, donde le acometieron. Tideo los vence. Vuelve á Tebas, y alegre de su victoria, cuelga todos los despojos de una nave, y canta un himno en alabanza de Minerva, á quien lo dedica.

Llevando del gran Jove el mandamiento
De Maya el hijo alado, deja en tanto
Las sombras y lugares del tormento,
Lleno de horror, de confusión y llanto;
Donde un inficionado y triste viento,
Que del callado reino del espanto
Nace, sopla en sus alas flojamente,
Que céfiro jamás allí se siente.

De nubes perezosas rodeado,
No ya tan presuroso el paso mueve;
Que un húmedo vapor, turbio y helado,
Humor pesado entre sus alas llueve;
Ya estorba su camino comenzado
Estige, que humedece campos nueve,
Y ya, arrojando llamas de sus senos,
Cocito y Flegetón, de espanto llenos.

Sigue tras de él la sombra temerosa
Del viejo rey tebano, aun todavía
Por su antigua herida perezosa,
Por quien dolor eterno padecía
Desde que con espada rigurosa
Su hijo mismo aquel infausto día
La vida le quitó, con cuya injuria
Sufrió de Tesifó la primer furia.

Va al fin, y del alado mensajero
La vara el paso débil le ha alentado;
Déjase atrás el bosque horrible y fiero,
Sólo de tristes almas habitado;
Y en ver que vuelve al mundo tan ligero,
El mismo bosque se quedó pasmado,
Y la tierra, que abierta atrás se deja,
Se admira en verse tal y que él se aleja.

La Envidia, aun entre muertos atrevida,
Sembró entre aquellas sombras su veneno;
Que envidiosas miraban su salida
Las tristes almas del tartáreo seno;
Y alguno, que viviendo en esta vida
Le afligió el corazón el bien ajeno,
De envidia lleno, suspirando en vano,
Dijo á la sombra así del rey tebano:

«Vé, sombra venturosa, ó ya llamada
Del mismo Jove soberana seas,
O vengativa Erimnis, enojada
Te apremie á que la luz del cielo veas,
O ya de sus conjuros ayudada,
Tesala, maga, con palabras feas
Del sepulcro te saque, venturosa;
Que al fin verás del Sol la luz hermosa.

»Vuelve dichosa á ver del santo cielo
Las estrellas hermosas y regado
De puras fuentes el alegre suelo,
De bellísimas flores matizado;
Mas poco gozarás de ese consuelo;
Que al fin, del mundo en vano deseado,
Volverás á vivir en llanto eterno
Entre aquestas tinieblas del infierno.»

Llegando ya á las puertas infernales,
Sus pasos siente el velador Cerbero,
Que de la ciega puerta en los umbrales
Estaba recostado, horrible y fiero.
Ladrando, lleno de iras inmortales,
Tres bocas abre el infernal portero,
Tres negros cuellos alza, el pelo eriza
Y al pueblo que va á entrar atemoriza.

Los huesos esparcidos por la tierra
De humanos cuerpos trilla con estruendo;
Pero Mercurio aquel furor destierra
Tocando con la vara al monstruo horrendo.
Tres cuellos inclinó, seis ojos cierra,
Tres lenguas enmudece, y no pudiendo
Al sueño resistir, que ya le oprime,
En lugar de ladrar, durmiendo gime.

Hay un monte de altura no creída,
Que Ténaro llamó la gente griega,
Donde Malea espumosa su temida
Cumbre, de nadie vista, al cielo entrega;
Nunca de aguas ó vientos ofendida;
Que nunca el agua ó viento al cielo llega;
Y así mira sereno el monte exento
Llover las nubes y bramar el viento.

En su cumbre, de alguno no pisada,
Descansa de luceros muchedumbre;
Los fatigados vientos su morada
Pusieron más abajo de su cumbre;
La falda está de nubes rodeada,
Por do pasan los rayos con su lumbre;
No hay ave que á su cumbre haya subido,
Ni aun llega allá de truenos el rüido.

Mas hacia donde el Sol, cuando declina,
Del monte sobre el mar la sombra alarga,
Y nadando parece que camina
Al paso que va el Sol, siempre más larga;
En un seno que forma en la marina
Tan altas olas quiebran de agua amarga,
Que parece, aunque el puerto se las bebe,
Que á igualarlas el monte no se atreve.

Aquí del mar Egeo, fatigados
(Como en lugar oculto y más caliente),
Sus caballos sacar suele mojados
El gran rector del húmedo tridente;
Caballos poderosos y alentados
En brazos, en cabeza, en pecho y frente,
Y desde el medio cuerpo al fin postrero
Peces de escama y conchas como acero.

De aquí es fama que va al tartáreo seno
Un oculto camino no pisado,
Lugar de sombras amarillas lleno,
De espíritus desnudos ocupado,
Donde labran las furias su veneno;
Y Plutón, que estos reinos ha heredado,
Ve llenos sus alcázares vacíos
De negros y funestos atavíos.

Mil veces del infierno los clamores,
En medio de estos campos se han oído,
Si dicen la verdad los labradores
De Arcadia, de quien esto se ha sabido;
Los gemidos de penas y dolores,
De las furias las voces y el rüido
En medio oyeron del sereno día
Y en el silencio de la noche fría.

Muchos, que los ladridos escucharon
Del informe infernal portero airado,
Huyeron los gañanes, y dejaron
Los bueyes en el campo y el arado;
Por aquí, pues al mundo al fin llegaron
El Rey de Tebas con el Dios alado,
Las nubes del infierno sacudiendo,
Obscuras sombras que le van siguiendo.

Con vivos aires del alegre suelo
Serena el rostro, y mueve presuroso,
Con el silencio de la Luna, el vuelo
Por medio del Arturo perezoso;
Lleno de olvido y sin ningún recelo
Encontró con el Sueño poderoso,
Que echado flojamente en negro coche,
Llevaba los caballos de la Noche.

Al punto se levanta, y bostezando,
El carro aparta, y con honor divino
Reverencia á Mercurio, y en pasando,
Vuelve á acostarse y sigue su camino.
Tras del alado Dios pasa volando
El Rey tebano, al suelo más vecino,
Mirando de los cielos las estrellas,
Y su principio conociendo en ellas.

Deja atrás la alta Cirra levantada,
Y con dolor en Fócida suspira,
Viendo que de la sangre está manchada
De su cuerpo, que aun no enterrado mira.
Al fin, de Tebas llega á su morada,
Y luego el paso del umbral retira,
Reacio, por no entrar con mil gemidos
Donde están sus penates conocidos.

Al fin entró; mas luego que colgado
Vió su famoso arnés, y en su presencia
Su carro aun con su sangre matizado,
Aquí perdió del todo la paciencia;
Turbado vuelve atrás, tan enojado,
Que apenas resistió tanta licencia
La vara que á Mercurio abre el camino
Ni el mandato de Júpiter divino.

La fiesta acaso entonces había sido
A Baco dedicada desde el día
Que Júpiter el hijo aun no nacido
Al muslo suyo trasladado había;
Y así, el pueblo tebano entretenido,
Gastaba, sin dormir, la noche fría
En regocijos de uno y otro juego,
Rompiendo su silencio y su sosiego.

Corros del pueblo alegre, derramados
Por calles, plazas, campos, fuentes, ríos,
Se ven á cada paso recostados
Entre frascos de vino ya vacíos;
Llenos del dulce Baco, y ya cansados
De vencer en su honor mil desafíos,
Tendidos, descuidados y anhelando,
Por todo el cuerpo al mismo dios sudando.

Óyense de zampoñas los acentos,
Música sólo usada en fiestas tales,
Y de liso metal mil instrumentos,
Que vencen sonorosos atabales.
Ofrece el Citerón frescos asientos
A las tebanas madres bacanales,
Que discurren por él más sosegadas,
De vino más doncel embriagadas.

Tales de Osa en los valles se hallaron,
Ó en Ródope nevado, los bistones
Cuando en grande concurso se juntaron
A algún banquete en varias ocasiones,
Para el cual de la boca arrebataron
Medio vivo el manjar á los leones,
Usando por bebida regalada
Sangre con nueva leche aderezada.

Pero si Baco enciende con su fuego
Alguna vez sus pechos inhumanos,
Volar tazas y piedras se ven luego
Y sangre derramar de sus hermanos;
Y ya que han aplacado el furor ciego
Con ver sangrientas sus airadas manos,
En la mesa de sangre humedecida,
Renuevan más alegres la comida.

En noche y ocasión de fiesta tanta,
En pueblo tan alegre y descuidado,
Entró el cilenio dios con libre planta
Del palacio real al rico estrado,
En reverencia de la fiesta santa
Con tapetes de Asiria aderezado,
Donde el Rey, retirado de la gente,
Durmiendo estaba descuidadamente.

¡Oh ciego y torpe entendimiento humano,
Y de sus hados ignorante y rudo!
¡Qué sin recato alguno está, qué ufano,
Pues que puede dormir y comer pudo!
La sombra, pues, del viejo Rey tebano,
Contra sus nietos mensajero crudo,
El divino precepto obedeciendo,
Se llega adonde el Rey está durmiendo.

Y porque de sus males ignorante,
No imaginase, sepultado el vino,
Que era, á sueño engañoso semejante,
Vana fantasma que á engañarle vino,
La voz fingió, y sin ojos el semblante,
Del gran Tiresia, en Tebas adivino,
No el pálido color ni barba cana,
Que ese él lo tuvo en su vejez anciana;

Pero finge el ornato y la persona,
La vénda á los cabellos rodeada,
Y de pálida oliva una corona,
Siempre del viejo sacerdote usada;
Y como sacerdote que pregona
De los hados la voz con lengua osada,
Parece que en el pecho un ramo ha puesto,
Que abre la boca y que pronuncia aquesto:

«No es tiempo de dormir, recuerda luego,
¡Oh flojo y descuidado Rey tebano!
Que de la noche gastas el sosiego
En el lecho, seguro de tu hermano.
Deja ya el sueño perezoso y ciego;
Que ha mucho que te llama el hado insano.
Gran novedad te espera y no lo sabes;
Grandes empresas y negocios graves.

»Y tú, como piloto descuidado,
Que en medio del mar Jonio mal seguro,
Cuando más lo alborota el Austro airado,
En el cielo poniendo un velo obscuro,
Reposa y el timón deja olvidado,
Sin prevenir remedio al mal futuro,
¿Tan descuidado duermes, olvidando
Las armas que te están amenazando?

»Tu hermano, según fama, ya insolente
Del nuevo casamiento no esperado,
Fuerzas adquiere y apercibe gente
Para quitarte el reino deseado.
¿Quién se lo ha de estorbar, si osadamente,
De tantos escuadrones rodeado,
En la silla que pide, y tuya ha sido,
Descansada vejez se ha prometido?

»Su atrevimiento anima y su deseo
Su fatal suegro Adrasto poderoso,
Y la argiva nación, donde Himeneo
Le ha dado dote rico y venturoso.
No esperanza menor le da Tideo
De verle rey de Tebas, deseoso
Desde que de amistad le dió la mano,
Manchada con la sangre de su hermano.

»De aquesto sólo la ambición le viene,
Que lejos ya del reino te destierra;
Mas el amor, la piedad que tiene
El Padre de los dioses á esta tierra,
Porque su gran soberbia se refrene
En el rigor de la vecina guerra,
Me manda á tí venir para que vivas
Recatado y con tiempo te apercibas.

»Del fiero hermano la ciudad defiende,
Osa lo que ha de osar si á reinar llega;
Goza tú solo el reino que pretende,
Pues la codicia de reinar le ciega;
Y no á las redes que á tu vida tiende,
No á sus engaños tu corona entrega,
No sufras que de Cadmo en las almenas
A ser reina con él venga Micenas.»

Dijo; y porque mostraba ya marchita
Su luz con la del Sol cada lucero,
Venda y corona de la frente quita,
Y muestra ser su abuelo verdadero,
Y echando, al parecer, sangre infinita
Por la herida que encubrió primero,
Sobre el dormido y descuidado pecho
Del nieto injusto, se acostó en el lecho.

Rómpese el sueño, y de sudor bañado
Recuerda el Rey, y con medrosa mano
Llega á tentarse el pecho no mojado,
La vana sangre sacudiendo en vano;
Ya del abuelo huye alborotado,
Y ya buscando el enemigo hermano,
Tal ira y rabia tal su pecho encierra,
Qúe ya quisiera comenzar la guerra.

Tal, si de cazadores el rüido
Tigre parida oyó desde su cueva,
Rabia, y el sueño torpe sacudido,
Las uñas templa y los colmillos prueba;
Y habiéndolos después acometido,
Medio vivo en la boca uno se lleva
A ser, que nadie su furor resiste,
De sus hijuelos alimento triste.

Ya del albergue de Titón saliendo,
Ahuyentaba la tiniebla fría
La Aurora, y todo el campo humedeciendo,
Los mojados cabellos sacudía;
Y tanto su beldad iba creciendo
Con la lumbre del Sol, que le seguía,
Que parece por todo el horizonte
Lleno de oro y resolado el monte.

Con ella en un caballo perezoso,
Cubierto de carbuncos, de oro y grana,
Sale el lucero alegre y amoroso,
Con su vista alegrando la mañana;
Y cuando ya del todo el Sol hermoso
La luz prestada le quitó á su hermana,
Cubrió la alegre suya flojamente,
Las espaldas volviendo al rojo Oriente;

Cuando de Jalaón el hijo anciano
En Argos deja el perezoso lecho,
Y luego el calidonio y el tebano,
Alegre cada cual y satisfecho;
Que cansados de haber con dura mano
El uno al otro mil agravios hecho,
El Sueño, lleno de oportuno olvido,
Sobre ellos todo el cuerno había vertido.

Poco el argivo Rey dormido había,
De un cuidado importuno fatigado,
Que siempre á la memoria le traía
El hospedaje nuevo comenzado;
Del cielo los misterios revolvía
Y el no esperado fin del libre hado;
Y así, tuvo en su pecho poco abrigo
El sueño, de cuidados enemigo.

Después que juntos otra vez se vieron,
Habiendo con debida reverencia
Saludado al buen Rey, los dos se dieron
Las manos otra vez en su presencia;
Y al fin á un aposento oculto fueron,
Do suele el Rey tener secreta audiencia;
Y habiéndose sentado el viejo sabio,
Movió primero de esta suerte el labio:

«Nobles mancebos, á quien ha ofendido
El rigor de los vientos enojosos,
No la confusa noche os ha traído
Sin orden de los cielos poderosos;
Que Febo estos nublados ha movido,
Lluvias mezclando y rayos luminosos,
Porque el rigor de aquesta noche fuese
La causa que á mis reinos os trajese.

»No en Grecia tan humilde soy, ni creo
Que es tan poco mi nombre conocido,
Que ignore alguno en todo el reino aqueo
Cuántos mi parentesco han pretendido;
Que herederas del cetro que poseo
Dos hijas me dió el cielo, que han crecido
Con favorable estrella, que asegura
Alegres nietos á mi edad madura.

»Cuánta su gravedad y cuánta sea
Su honestidad, de hermosura llena,
Pudisteis ver (al padre no se crea)
De aquesta noche en la pasada cena;
De éstas el dulce tálamo desea
El príncipe más rico, el rey que enfrena
Más pueblos y adquirió más heredades,
Más campos labra y goza más ciudades.

»Largo fuera contar del reino aqueo
Cuántas madres por nueras las quisieron,
Y cuánto Evalio, príncipe, ó Fareo
Su casamiento en vano pretendieron;
No tantos yernos despreció tu Eneo
Ni Enomao cruel, á quien hicieron
Suegro temido á mil competidores
Sus pisanos caballos voladores.

»Pero no lo permite el libre hado
Que rey de Elide ó príncipe espartano
Aunque con mil industrias procurado,
De este bien goce, pretendido en vano.
Sólo para vosotros ha guardado
Esta ventura el cielo soberano;
Que este reino, mi sangre, y más si puede,
El orden de los hados os concede.

»Gracias doy á los dioses inmortales,
Que sus respuestas han favorecido;
Pues no esperados á mi casa tales
Dé sangre y de valor, habéis venido.
Aquesté bien de los pasados males
El rigor de esta noche os ha adquirido,
Y esta de vuestra sangre derramada
Es la paga y merced no imaginada.»

Ya que atentos y alegres escucharon,
En tanto que esto el noble Rey hablaba,
Mudos el uno al otro se miraron
Por ver el responder á quién tocaba,
Callando un breve espacio, porfiaron
Que aquel honor el uno al otro daba,
Y al fin Tideo, en todo más osado,
Esta respuesta al sabio Rey ha dado:

«¡Oh cuán escaso, oh noble Rey, te ha hecho
Tu edad madura en pregonar tu fama!
¡Oh cuánto tu virtud doma en tu pecho
La fortuna, que al cielo te encarama,
Aunque no es mi alabanza de provecho!
¿Qué rey, en cuanto el sol su luz derrama,
Aventajarse á tu grandeza puede?
¿Quién en imperio y majestad te excede?

»¿Quién ignora en el mundo que tuviste
Tu antiguo Syción, reino heredado,
Donde querido de los tuyos fuiste
Y de los extranjeros respetado,
Hasta que á gobernar á Argos viniste,
Pueblo siempre en el mal desenfrenado,
Donde tus leyes son freno seguro,
Que en paz gobierna siempre el pueblo duro?

»Y ya pluguiera al cielo sacrosanto
Que sólo rey de toda Grecia fueras,
Ŷ que del Istmo gobernaras cuanto
Junta y aparta el mar con dos riberas;
Que no Micenas se infamara tanto,
Ñi al Sol huyendo de ella visto hubieras,
Ni estuviera manchada, horrible y fea
Con tanta sangre la campaña elea.

»Ni otro algún reino hubiera padecido
El rigor de las furias inhumano,
Como, mejor que yo, puede haber sido
Testigo el noble príncipe tebano.
Con alma, al fin, y pecho agradecido,
Oh sabio Rey, ponemos en tu mano
La voluntad, que ya por tuya tienes
Porque de entrambos á tu gusto ordenes.»

Aquesto dijo; y Polinice luego
Del gran Tideo el parecer aprueba.
«¿Quién, dice, podrá ser tan loco ó ciego,
Que á tales suegros despreciar se atreva?
Ŷ aunque á los dos con tal desasosiego
Huyendo de la patria el hado lleva,
Que apenas da lugar donde el contento
En nuestras almas tenga algún asiento;

»Mas ya, aunque siempre ha estado tan asido
Á nuestros pechos el dolor, nos deja;
Que el bien que tu bondad nos ha ofrecido
Cualquier tristeza y pesadumbre aleja;
Y no menor nuestro consuelo ha sido
Que el de la nave á quien el viento aqueja
En medio el mar, y al fin de su fatiga
Llega á seguro puerto en tierra amiga.

»Así que por dichosos nos tenemos
De haber en este reino tuyo entrado
Con tan buenos agüeros, pues habemos
Lo que nunca esperamos alcanzado.
Con bien ó mal, en guerra ó paz, queremos
Vivir en tu fortuna en cuanto el hado,
Ya nos sea favorable ó ya enemigo,
Vida nos diere que gastar contigo.»

Sin detenerse más, aquesto oyendo,
El noble padre alegre se levanta,
Sus abrazos á entrambos ofreciendo,
Que lazos han de ser de amistad santa;
Sus promesas confirma, prometiendo
De armas, gente y dinero ayuda tanta,
Que el uno y otro, ya más animoso,
Verse espera en su patria victorioso.

El cuento al punto en Argos se ha sabido,
Que toda la ciudad corrió ligero,
Y en alegres corrillos esparcido,
El caso cuenta el vulgo novelero.
Dicen que al Rey dos yernos le han venido
De gran fama y valor, y que al primero
Ya por esposa prometido había
El noble Adrasto á la hermosa Argía;

Y que al segundo ofrece por esposa,
No menos bella ó menos alabada,
A Deifile, honestísima y hermosa,
De ya madura edad para casada.
Vuela al punto la fama presurosa,
Publicando la nueva deseada
De los pueblos amigos en las calles
Y en los vecinos comarcanos valles.

A los montes Partenios y Liceos,
Aunque apartados, brevemente llega,
Con los nunca esperados himeneos,
Y lo que allí publica aquí lo niega;
A los valles y campos Efereos,
Ya con más variedad la nueva entrega;
Al fin por Tebas se entra alborotada,
Llena de más horror y más turbada.

Las alas en sus muros bate apriesa,
Atemoriza al vulgo, al Rey espanta,
Pues semejante al sueño, la promesa
Del reino, el hospedaje y bodas canta;
Llena de horror, las calles atraviesa.
¿Quién á un monstruo le dió licencia tanta?
¿Qué nueva furia es esta de la tierra?
Apenas llega, y ya publica guerra.

Ya de las bodas el alegre día,
Tanto del pueblo argivo deseado,
Llena de gente la ciudad tenía,
Que á ver la rica fiesta se ha juntado;
Crece el tumulto, el pueblo no cabía
En el real palacio aderezado,
Donde los simulacros se pusieron
De antiguos reyes que en la tierra fueron.

Allí, á pesar del tiempo fugitivo,
Llena la antigüedad de verdad era,
Pues más de un (ya pasado) rey argivo,
Sin nombres, pudo conocer cualquiera;
Que, aunque de bronce, estaba tan al vivo,
Que con lo vivo competir pudiera;
Dicen los rostros lo que no los nombres:
Tanto pueden las manos de los hombres.

Sobre la urna Inaco sentado,
Con dos cuernos disforme, horrible y feo
Está, y el viejo Jasio, y á su lado
El agradable y sabio Foroneo;
Vese el guerrero Avante, y enojado
Con Júpiter, Acrisio, á quien Perseo
En piedra convirtió con ira inmensa,
Vengando de su madre así la ofensa.

Del bravo Dánao, con sus yernos crudo,
La fiera imagen tan al vivo estaba,
Que de ella conocer cualquiera pudo
Que alguna gran maldad imaginaba;
Corebo, que fué de Argos firme escudo,
Parece que la espada desnudaba.
Vense, sin éstos, otros mil famosos
Reyes y capitanes valerosos.

Del vulgo entre la turba sediciosa,
Llena de confusión, rumor y estruendo,
Cual agua detenida que furiosa
Rompe el estorbo y sale al fin corriendo,
La gente más granada y poderosa
Estaba junto al Rey, primero habiendo
A cada uno dado al Rey licencia,
Según su calidad y preeminencia.

El lugar del palacio más oculto
Están los sacerdotes ocupando,
Y en los altares, con divino culto,
Está el fuego sagrado humeando;
En otra parte el mujeril tumulto
La deseada fiesta celebrando,
Con mayor gravedad y más decoro
Hace (corona casta) alegre coro.

Aquí de honestas madres rodeadas
Las doncellas se ven, que unas diciendo
Están la nueva ley á que obligadas
Quedan, el nuevo estado obedeciendo;
La obediencia y la fe que las casadas
Deben á sus maridos; y otras, viendo
Su pena y turbación, las aseguran
Y sus temores aplacar procuran.

Las dos, entre casadas y doncellas,
Venerables de rostro y de vestido,
Callando están, y sus mejillas bellas
De un rosado color se habían teñido,
Que aumenta más la hermosura dellas,
Aunque es color de su temor nacido,
Fe cierta, último amor, secreta nube
De su virginidad, que al rostro sube.

Hace la confusión clara apariencia,
Aunque el miedo en los pechos la sepulta;
Que pensando que es culpa su inocencia,
Confunde el rostro una modestia oculta;
Y al fin, hallando poca resistencia
El temor, tierno llanto de él resulta;
Pero alegran sus lágrimas en tanto
Al padre, enternecido con su llanto.

No de otra suerte Palas y Diana
Se pueden ver, si el estrellado cielo
Dejan alguna vez, y les da gana
De descender á nuestro humilde suelo;
Que con sus armas cada cual ufana,
Cubierta cada cual de un rojo velo,
Ambas fieras, aquélla á su Aracinto,
Y ésta sus ninfas lleve al monte Cinto.

Y si á vista mortal se concediese
Mirarlas, afirmar nadie pudiera
Cuál más honesta ó más hermosa fuese,
Más parecida á Jove ó más severa;
Y sin alguna duda, si las viese
Con las armas trocadas, ¿qué dijera?
Que á Palas le parece bien la aljaba
Y que á Diana el yelmo bien le estaba.

En cada casa están con alegría
El sordo cielo importunando en vano;
Porque en cada lugar se concedía
Sacrificar al cielo soberano;
Y alguno, que en ofrenda dado había
El animal ya muerto por su mano,
Contempla sus entrañas, y procura
Saber por ellas la verdad futura.

Otro en desnudo altar incienso ofrece,
No menos de los dioses recibido;
Que mucho un limpio corazón merece,
Y siempre de los dioses es oído;
Otro alegre las puertas enriquece
De ramos y de flores que ha traído
De las selvas vecinas, que gimieron
Cuando herirse y destrozarse vieron.

Tal se hallaba la ciudad argiva,
Cuando un triste prodigio de repente
(Cual quiso alguna furia vengativa,
Que bien tanto en la tierra no consiente)
Con nunca visto sobresalto priva
De aquel breve placer la alegre gente;
Y quitándole al vulgo su alegría,
Turbó las bodas y el solemne día.

Estaba de Larisa en las almenas
Un rico templo, á Palas dedicado,
No menos estimado que el de Atenas
Ni menos de la diosa visitado,
Donde los padres de Argos y Micenas,
De uso antiguo, de nadie quebrantado,
Al tiempo que casarlas pretendían,
Sus castas hijas presentar solían.

Sus cabellos aquí sacrificaban,
Cual la antigua costumbre les obliga,
Y sus primeras bodas disculpaban
Con la diosa de bodas enemiga.
El Rey, pues, y sus hijas aquí entraban,
Y otra gran multitud de gente amiga,
Haciendo todos el debido oficio
En el usado siempre sacrificio.

Apenas al altar había subido,
Cuando un escudo grande, que colgado
Estaba en lo más alto, y había sido
Del fuerte Enipo en otro tiempo usado,
Cayó en el suelo con tan gran rüido,
Que retumbó del templo cada lado,
Las hachas apagando en un instante,
Fuego nupcial que ardiendo iba delante.

Vuelve el pie atrás la gente alborotada,
Que detenerse alguno fué imposible,
Cuando de alguna cueva desviada
Una trompeta resonó terrible.
La gente al punto, del temor helada,
Vuelve á mirar al Rey con vista horrible,
Casi diciendo, aunque con muda boca,
Que el triste agüero á las esposas toca.

Mas luego, porque al Rey no es de provecho,
Niegan todos el son terrible y fiero,
Aunque en lo oculto cada cual del pecho
Revuelve con temor el triste agüero.
¡Oh cortes de los reyes, do se ha hecho
Hasta el vulgo ignorante lisonjero,
Y donde siempre la lisonja oprime
A la verdad, que siempre hollada gime!

Turbóse al fin aquel alegre día;
Mas ni milagro fué ni cosa nueva,
Pues ha nacido de un joyel que Argía
(Infausto don de su marido) lleva.
Fué primero de Harmonia, que ya había
Visto de su rigor la primer prueba;
De otras después, que en desventura y llanto
Pararon por la fuerza de su encanto.

Terribles é infinitos son los males
Que del triste joyel han procedido,
Y sólo contaré los principales
Porque es el cuento largo y muy sabido;
Mas primero diré de efectos tales
Cuál la ocasión tan poderosa ha sido,
Aunque para la historia que aquí toco
Fuerza será volver atrás un poco.

Dícese que Vulcano, no pudiendo
Disimular de Marte el adulterio,
Gran tiempo oculto padeció, gimiendo
De su enemiga el riguroso imperio;
Y al fin sus redes sin efecto viendo,
Que acrecentaron más su vituperio,
Perdida ya del todo la esperanza,
Procuró traza nueva á su venganza.

Del adulterio y su deshonra había
Nacido Harmonia, y ya de edad madura,
Del casamiento se llegaba el día
Por Venus concertado en suerte dura.
El dios celoso, pues, que pretendía
Vengarse en ella, á Venus asegura
Mandando que en su fragua se hiciese
Un joyel rico, que á su hija diese.

A labrar en efeto comenzaron
El oro sus ciclopes codiciosos,
Y con manos amigas ayudaron
Los telquines, artífices famosos;
Y no ellos solos son los que sudaron,
Que, aunque en cosas mayores ingeniosos,
Quiso también el mismo dios Vulcano
Poner en su joyel su industria y mano.

Mezcla con esmeraldas que ha labrado,
Llenas de oculto fuego radïante,
Cenizas que en su yunque se han quedado
Cuando rayos fabrica al gran Tonante;
Y entre infaustas figuras que ha entallado,
Sobre más de un durísimo diamante
Puso el infame rostro de Medusa,
Cuya crueldad inmensa Libia acusa.

Del infausto joyel el oro fino
(Aunque no era de aquel que el Tajo cría)
Era de aquel dorado vellocino
Que en Colcos tanto mal causó algún día,
O del que á las Hespérides contino
Un terrible dragón guardar solía;
Oro de escamas duras, relucientes,
Que tienen los dragones en las frentes.

Entretejido con el oro bello,
Lleno de alegre, aunque mortal veneno,
De Tesifón cortó el peor cabello,
De muerte y varias pestilencias lleno;
Echó la espuma de la Luna el sello,
Que mano astuta la cogió al sereno
De alguna muda noche, que se halla
Presente á tanto mal, y siempre calla.

No se halló presente Pasitea,
Ni Eufrosina ni Aglaye se hallaron;
Que mientras el joyel Vulcano arrea,
El placer y el amor se retiraron.
Ira, llanto, dolor y muerte fea
A la ciega Discordia acompañaron,
Porque ella puso su derecha mano
Y trabajó en el yunque de Vulcano.

Hizo Harmonia primero la experiencia,
Que, casada con Cadmo, ambos sintieron
Del joyel enemigo la potencia,
Cuando en culebras convertir se vieron;
Y dejando á su triste descendencia
El reino suyo y el joyel, se fueron,
Los cuellos y los pechos alargando,
De Iliria por los campos arrastrando.

De Jove estando Sémele preñada,
Desvergonzada y sin temor alguno,
Apenas del joyel se vió adornada,
Cuando entró á verla la celosa Juno,
Y en traje mentiroso disfrazada,
Dándole la ocasión tiempo oportuno,
Con su apariencia la engañó de suerte,
Que vengó sus agravios con su muerte.

Fué después de Yocasta poseído,
Triste reina tebana, sin ventura,
Que ufana del joyel mal conocido,
Su beldad aumentaba mal segura;
Mas ¡ay incauta! ¿para qué marido
Procuras aumentar tu hermosura?
¡Ay desdichada, que el joyel te pones
Y para el propio hijo te compones!

Al fin en otras muchas, que sería
Cosa prolija detenernos tanto,
Sin reservar alguna, hecho había
Su triste efecto el poderoso encanto.
Aqueste, pues, llevaba agora Argía,
Amenazada ya de triste llanto;
Y adornada con él, excede ufana
El vil y pobre ornato de su hermana.

Vió acaso este joyel, aun no temido,
La mujer de Anfiarao, de envidia llena,
Y luego ni á los juegos ha podido
Estar alegre, ni en la mesa ó cena;
Sólo imagina ya, si concedido
Le fuera el joyel rico, prenda ajena,
¡Qué ufana que se viera! mas ¡ay triste!
¡Qué poco del agüero el fin temiste!

¡Qué de muertes y estragos de tu gente
Deseas, qué de penas y dolores!
¡Qué de llanto y gemidos neciamente,
Debido galardón á tus errores!
Mas ¿qué tu hijo mereció, inocente,
Que ha de pagar sin culpa tus furores?
¿Qué tu adivino esposo, á quien tu engaño
Buscó la muerte y procuró tu daño?

Después que ya del vulgo se acabaron
Las fiestas, los placeres y alegrías,
Pasadas ya las bodas, que duraron
De juegos y banquetes doce días,
De nuevo los cuidados comenzaron,
Llenos de mil temores y agonías,
A afligir al tebano, y ya procura
Para cobrar su reino coyuntura.

Presente la memoria está en su pecho
Del infelice día en que excluído
Se vió de Tebas, y á su hermano hecho
(Del reino que era de ambos) rey temido,
Cuando huyendo del paterno techo,
A los que sus amigos habían sido
Dejó afligidos, sin defensa alguna,
Sujetos al rigor de su fortuna;

Y salió de ninguno acompañado,
Que aun una hermana suya, que atrevida,
Llena de su dolor, con pecho osado
Le quiso acompañar en su partida,
En el primer umbral había dejado,
Llorando su destierro y su caída,
Donde pudo el dolor y su ira tanto,
Que en las entrañas encerró su llanto.

Acuérdase de haber en aquel punto
Notado en sus vasallos la apariencia;
Cuál muy alegre, y con su hermano junto,
Celebrando su suerte y nueva herencia;
Cuál, afligido y de color difunto,
Le vió gemir en su forzosa ausencia.
Todo esto en la memoria revolvía,
Sin descansar de noche ni de día.

Tiene la ira en su memoria asiento,
Crece el dolor con la esperanza larga,
Que es de los hombres el mayor tormento,
Más insufrible mientras más se alarga.
Aquesto revolviendo el pensamiento,
Nube de confusión, pesada carga,
Se determína al fin con pecho osado
De volver á su reino deseado.

Cual toro que el amado valle deja
Después que, victorioso su enemigo,
La amada vaca le quitó, y lo aleja
Del campo de su bien y mal testigo,
Celoso brama y con dolor se queja,
Ausente de su vaca y campo amigo,
Hasta que nueva furia y sangre nueva
La antigua fuerza en su cerviz renueva;

Entonces, por vengar con pecho fiero
Su afrenta y su destierro mal sufrido,
Mejor de pie y de cuerno y más ligero
Vuelve al ganado y campo conocido;
Témele el vencedor, y el ganadero,
Que conocerlo apenas ha podido,
Viendo de nuevo en él fiereza tanta,
Atónito lo mira y de él se espanta:

Tal Polinice en su callado pecho
Atiza su dolor y su ira ardiente;
Mas su afligida esposa, que en el lecho
Siente su pena y sus congojas siente,
Haciendo de su abrazo un lazo estrecho,
Casi temiendo ya de verse ausente,
Ya que la Aurora á su balcón salía,
Así le dijo, suspirando, un día:

«¿Qué partida, qué nuevo movimiento
(Que de helado temor mi pecho cubre)
Siempre estás maquinando? Bien lo siento;
Que nada á los amantes se le encubre.
Conozco tu importuno pensamiento,
Que tu misma inquietud me lo descubre;
Pues aun durmiendo, avivan tus gemidos
Veladores suspiros encendidos.

»¡Cuántas veces en lágrimas bañado
Este rostro, halló mano medrosa!
Y ¡cuántas en tu pecho alborotado,
Adonde nunca el corazón reposa,
Del importuno y velador cuidado
La fuerza he conocido poderosa!
¿Qué mucho que á temer me obligue tanto
Suspiros, ansias, inquietud y llanto?

»No el juramento ni la fe quebrada,
Ni esta mi juventud pudo moverme,
Aunque al principio de mi edad dejada,
Eternamente viuda habré de verme;
Ni el lecho me ha movido, aunque obligada
Pudo ya en él el crudo amor hacerme;
Pero tan poco en él dormido habemos,
Que aun apenas caliente le tenemos.

»Tu vida sola y tu salud me obliga;
Confieso mi temor y desventura.
Solo á tierra (aunque patria) ya enemiga
Y desarmado vas ¿Quién te asegura?
Pues cuando buen efecto no consiga,
Tu justa pretensión y mi ventura,
Claramente se ve que te habrás puesto
A peligro de muerte manifiesto.

»La fama pregonera, que en olvido
Nunca tiene á los reyes, de tu hermano
Dice cuán ambicioso siempre ha sido,
Cuán difícil contigo y qué inhumano,
Y aun no entonces el año había cumplido;
Agora ¿qué hará, que ya es tirano,
De más rigor y más soberbia lleno,
Injusto usurpador de cetro ajeno?

»Y sin esto, adivinas de mis males
(En más cuidado y confusión me han puesto)
Las entrañas de muertos animales,
Sacrificados para solo aquesto,
De algún nuevo dolor me dan señales,
Ya de las aves el cantar funesto,
Ya alguna vez, en tanto que dormía,
Turbada imagen de la noche fría.

»No sin causa me acuerdo, vez alguna
Soñando, haberme Juno aparecido,
Que con mil apariencias importuna,
A turbarme estas noches ha venido.
¿Adónde vas? ¿Qué imperio, qué fortuna
Este nuevo furor te ha prometido?
¿En qué fundada tu esperanza llevas?
¿Qué mejor suegro has de hallar en Tebas?»

Con breve risa, aunque fingida en vano,
Con que el cuchillo á su dolor afila,
A su esposa bellísima el tebano
De su temor las causas aniquila;
Y bebiendo el aljófar soberano
Que por sus ojos el amor destila,
Tras mil besos y abrazos, en que esconde
Su pena y su dolor, así responde:

«Desata ¡oh solo bien del alma mía!
De tu hermoso pecho el miedo helado;
Que al fin mi pretensión y mi osadía
Han de llegar al puerto deseado.
Vendrá sin duda el esperado día;
Olvida, aunque importuno, este cuidado;
Que por ventura el cielo lo gobierna,
Y es grave pecho para edad tan tierna.

»Si el Padre eterno, que los cielos huella,
La tierra mira y la razón ampara,
Mire él mi causa y juzgue mi querella;
Que en su justicia mi defensa para.
Y vendrá por ventura, esposa bella,
El tiempo que en mi reino y patria cara,
Ya sin temores, te verás ufana
Reina de dos ciudades soberana.»

Esto dijo; y con paso arrebatado
Va luego al aposento de Tideo,
Que tiene parte igual de su cuidado,
Y amigo y compañero en su deseo.
Tanto ha podido amor, que se ha trocado
En inmensa amistad el odio feo;
Juntos de allí se fueron, y despacio
Hablan al suegro Adrasto en su palacio.

Junta consejo el Rey sabio y severo,
Y habiendo varios pareceres dado,
Todos determinaron que primero
(Porque aun no es enemigo declarado)
Vaya al tebano Rey un mensajero,
Que en nombre del hermano desterrado
Le pida, pues el año ya es cumplido,
Seguridad y el reino prometido.

Pide la empresa el calidonio dura,
Y ser embajador de ella se encarga,
Aunque estorbarlo Deifile procura,
Llorando en vano su partida amarga;
Mas, viendo que su padre le asegura
De que la ausencia no será muy larga,
Y que es seguro embajador, se allana,
Rendida al justo ruego de su hermana.

Luego el viaje comenzó atrevido
Por ásperos caminos; y pasando
Más de un arroyo lleno de rüido,
Y más de un monte y selva atravesando,
A Lerna allega, que temida ha sido
Con la abrasada sierpe aún humeando,
Y á Nemea, en que apenas han osado
Acercar los pastores su ganado.

Por donde el Euro á Efiris hace guerra
Se deja atrás el puerto Sisifeo,
Y el agua, que enojada con la tierra,
Entre peñascos encerró Tequeo;
Pasaje halla en la empinada sierra,
Y dando priesa siempre á su deseo,
A la ciudad que á Niso llora en vano
Y á Eleusis deja á la siniestra mano.

Ya de Teumeso la arboleda espesa,
A quien Alcides tan famosa ha hecho,
Se deja atrás, y al fin se da tal priesa,
Que entra por Tebas con osado pecho;
Sus calles y sus plazas atraviesa,
Y al alcázar de Cadmo va derecho,
Donde al fiero Eteocle vió sentado,
De armados escuadrones rodeado.

Oyendo diferencias de su gente,
Contra la ley y término del año,
Justicia administraba injustamente,
Solicitando así su propio daño;
Mas el semblante y su orgullosa frente
Daba de su crueldad indicio extraño,
Pues sólo con mirar su horror, cualquiera
Que era traidor tirano conociera.

Hablando estaba acaso de su hermano,
Y lleno de ambiciosa confianza,
Llamando sinrazón su intento vano,
Celebraba con risa su tardanza,
Cuando mostrando en su derecha mano
Ramo de oliva, y no derecha lanza,
Señal de embajador, á su presencia
Entra Tideo sin pedir licencia.

Párase en medio, y luego manifiesta
Su nombre y la ocasión de su venida;
Pero no con retórica y compuesta
Oración grave, humilde y comedida;
Que es rudo de lenguaje, y así, aquesta,
Desnuda de lisonjas y atrevida,
Con alta voz y con soberbia mucha
Dice, y en tanto el Rey rabiando escucha:

«Si hubiera fe en tu pecho, y si cuidado
Del concierto y promesa en tí viviera,
En cumpliéndose el año concertado,
Tú mismo (que justicia y razón fuera)
A tu hermano le hubieras enviado
Embajador que el reino le ofreciera,
Dejando luego sin tardanza alguna
Tu alegre reino y próspera fortuna.

»Y el pobre desterrado, que ha sufrido
Mil indignos trabajos por el mundo,
Volviera al fin al reino prometido,
Y descansara un año rey segundo;
Mas, porque dulce cosa siempre ha sido
El amor de reinar (sueño profundo),
Vengo á pedirte, argivo mensajero,
Lo que debieras ofrecer primero.

»Ya el padre de Faetón del ancho cielo
Los signos ha corrido, y ya estuvieron
Llenos del sol los valles, ya del hielo,
Y obscuras sombras ocupar se vieron,
Después que ausente del paterno suelo
Tu pobre hermano, á quien los hados fueron
Tan rigurosos, afligido ha andado
Por no sabidos pueblos desterrado.

»Ya el mismo tiempo y la razón te obliga
A pasar al sereno algunos días
Y á probar en tus miembros la fatiga
De noches largas del invierno frías;
Vuelva tu hermano ya á la patria amiga,
Deja el palacio y salas ya vacías;
Y pues has dado un año á Tebas leyes,
Vé agora á obedecer á extraños reyes.

»Pon modo á tu alegría y tu riqueza,
Pues de oro rico y púrpura cubierto,
Reíste de tu hermano la pobreza
Mientras fué un año peregrino incierto.
Aconséjote al fin que esa grandeza
Renuncies, pues cumpliendo así el concierto,
Su año apenas estará cumplido,
Cuando á tu reino vuelvas merecido.»

Así dijo; mas ya en su pecho airado
Estaba el-Rey el corazón ardiendo,
Cual sierpe á quien tiró pastor osado
Furiosa piedra, y se alejó huyendo;
Que el pecho de la tierra levantado,
Do larga sed estuvo padeciendo,
Su veneno y furor muestra, enojada,
En el cuello escamoso y boca airada.

«Si antes de agora, dice, no tuviera
De mi hermano el intento conocido,
Y si tan manifiesta no me fuera
La enemistad que siempre me ha tenido,
Bastante indicio de su pecho diera
La arrogancia y furor con que has venido.
Parece que en tu pecho al mismo tienes;
Tan brayo y lleno de arrogancias vienes.

»Si los muros de Tebas coronados
Batieran ya enemigos escuadrones,
O en sus montes y campos ya abrasados,
Tremolando estuvieran sus pendones,
¿Qué más furor tuvieras si entre helados
Bistones ó entre pálidos gelones
Estuvieras? Hablaras por ventura
Con más comedimiento y más cordura.

»Pero no (porque al fin mandado fuiste)
Culparé tu furor y atrevimiento;
Mas, pues tan á la clara descubriste
De mi enemigo hermano el fiero intento,
Y lleno de amenazas me pediste
El reino con furor libre y exento,
Casi empuñando el hierro vengativo,
Esto dirás al nuevo rey argivo:

»El cetro y el honor que á mí debido,
Por ser mayor de edad, me dió la suerte,
Tengo con justa causa; lo he tenido
Y lo pienso tener hasta la muerte.
Goza tú en tanto, pues dichoso has sido,
De Argos, ciudad más rica, grande y fuerte,
A tí amontone tus riquezas ella,
Dote famoso de tu esposa bella.

»Que yo, ¿por qué á tu suerte venturosa
He de tener envidia? En paz gobierna
Y en buen agüero tu ciudad famosa
Y cuanto baña la abrasada Lerna;
Reines en Grecia, al fin tierra dichosa,
Y haga el cielo tu ventura eterna;
Que yo con mi bajeza, rey tebano,
Sin envidiar tu gloria, estaré ufano.

»Yo los hórridos campos que humedece
La humilde Dirce gozaré, y la tierra
Cuya orilla ensangosta y enflaquece
De Eubea el mar con tan eterna guerra;
Y en tanto que ese honor te ennoblece,
Nuestra infamia y dolor de tí destierra;
Que yo, que tanto bien no participo,
Confesaré por padre al ciego Edipo.

»A tí Pélope y Tántalo, que han sido
De la nobleza de tu esposa autores,
O Jove, de quien ellos la han tenido,
Te ennoblezcan allá con sus favores;
Que una reina que en Argos ha vivido
En la grandeza, al fin, de sus mayores,
¿Cómo podrá venir de esa grandeza
A sufrir de este reino la pobreza?

»¿Será razón que en el paterno techo
Nuestras hermanas por criadas tenga,
Y aunque quiera humillar su altivo pecho,
A ser humilde reina en Tebas venga?
Mi madre, á quien el llanto ha ya deshecho,
¿Querrá que al lado suyo se entretenga?
O ¿sufrirá que ofendan sus oídos
De un suegro miserable los gemidos?

»El vulgo ya á mi imperio no pesado
Está hecho, y contento está en efeto,
Y es vergüenza también que este Senado
Siempre á incierto señor esté sujeto.
De él soy obedecido y respetado,
Y yo también le trato con respeto,
Y ha de ofenderle nuevo rey, si viene,
De quien ignora la intención que tiene.

»No reyes libres son, pero tiranos,
Los que un año gobiernan solamente,
Pues no perdonan sus avaras manos
En cosa alguna la afligida gente;
Mira entre los confusos ciudadanos
Murmurando el rumor que ya se siente;
¿Téngolos de entregar á quien ya ordena
En su inocencia rigurosa pena?

»Airado, hermano, vienes, pero advierte,
Según el pueblo la afición me tiene,
Que, aunque yo quiera el reino concederte,
El Senado dirá que no conviene.»
Más quisiera decir, pero de suerte
(Sin que haya quien su cólera refrene)
La rabia al calidonio fué creciendo,
Que las palabras le atajó, diciendo:

«Daráslo á tu pesar, que ya te espera
El castigo debido á tanta ofensa;
Darás el reino, digo, aunque estuviera
De hierro duro un monte en tu defensa;
Y aunque con otro canto Anfión ciñera
De tres murallas, fortaleza inmensa,
Esta ciudad, ni el fuego ó hierro duro
De nuestras manos te harán seguro.

»Y por aquesta espada vengativa,
Pues ya la paz de Tebas se destierra,
Que has de tocar con tu diadema altiva
El duro suelo y abrazar la tierra;
Pagarás con razón, que al fin se priva
Tebas por tí, ocasión de aquesta guerra,
De la paz, quien sus campos hoy florece;
Pero esta pobre gente ¿qué merece?

»De ellos me pesa, oh rey piadoso y bueno,
Que han de perder sus hijos y mujeres,
Pues entregarlos, de injusticia lleno,
A tanto mal y desventura quieres.
Tú, si de sangre tinto, oh claro Ismeno,
Llena de muertes tu corriente vieres,
Que es aquesta, dirás al Oceano,
Una gran piedad de un rey tebano.

»Mas ¿qué me admiro, si el delito ha sido
De padres y de abuelos heredado?
¿Qué ha de esperarse de quien ha nacido
De tal incesto en lecho profanado?
Aunque no herencia igual, de sangre habido,
Ni todos heredaron su pecado;
Tú solo, el más injusto de la gente,
Eres del ciego Edipo descendiente.

»Tú el premio llevarás, pues por tu daño
Eres de su delito el heredero;
Y agora solamente pido el año
Debido á Polinice; mas ¿qué espero?»
Aquesto dijo, y con furor extraño
Desocupa la sala osado y fiero,
Y dando voces, se partió volando,
Aquí y allí la gente atropellando.

No de otra suerte el jabalí cerdoso
Que de Dïana castigó la ofensa,
Todo erizado, arremetió furioso
Contra el griego escuadrón con rabia inmensa,
Ya mostrando el colmillo riguroso,
Ya peñas arrancando en su defensa,
Y ya quebrando como frágil caña
Las plantas que en su orilla Aqueloo baña.

Este se ve animoso, aquel huyendo
Del fiero jabalí por llano y sierra,
Ya deja á Telamón allí gimiendo,
Y aquí al bravo Igićn tiende en la tierra;
Al fin, á Meleagro arremetiendo,
Paró en su lanza y concluyó la guerra,
Pues abierto con ella el hombre fiero,
Humilló su cerviz al duro acero.

Con furia tal el calidonio deja
Temeroso al Senado, y cual si fuera
Suyo el cetro que pide, así se queja
De que negado el reino se le hubiera;
De olivo el ramo humilde de sí aleja,
Y de nuevo los pasos aligera,
Dejando los tejados y ventanas
Llenos de las atónitas tebanas.

Échanle rigurosas maldiciones,
Y en su callado pecho temeroso
Al cielo dan las mismas peticiones
Contra el tirano injusto y ambicioso.
Mas él, que para engaños y traiciones
Nunca tuvo el ingenio perezoso,
A cincuenta mancebos ha escogido,
Los que mejores en la guerra han sido.

Con dádivas aquel, y este obligado
Con alguna promesa mal segura,
Obedece al injusto Rey airado,
Que así su infamia y perdición procura;
Tantos contra uno solo se han armado,
Solo y embajador en noche obscura,
Y el nombre ofenden respetado tanto
En todo el mundo religioso y santo.

¿Qué vileza no intenta el que es tirano,
Si el deseo de reinar le enciende el pecho?
Si en vez del mensajero, al mismo hermano
Tuviera en su poder, ¿qué hubiera hecho?
¡Oh grande ceguedad del hombre insano,
Que busca con infamia su provecho!
Pues su misma maldad, de temor llena,
Es en su pecho rigurosa pena.

Cual campo que presenta la batalla
A otro enemigo campo armado y fiero,
Ó cual el que á batir va la muralla
Del que en el campo le huyó primero;
Así, vestidos de menuda malla,
Contra uno solo sale un pueblo entero,
Y aunque no al son de cajas alistados,
En orden salen por la puerta armados.

¡Oh flor de aquella edad y el más valiente,
Pues tanta fama y crédito tuviste,
Que ves contra tí solo tanta gente,
Y de tantas espadas digno fuiste!
Sigue el camino, pues, calladamente
El escuadrón tebano en suerte triste,
Para ocuparle el paso á toda priesa
Por el atajo de una selva espesa.

Para traición tan grande han escogido
Un valle algo de Tebas apartado,
Estrecho á las entradas y ceñido
De un altísimo monte á cada lado,
Por cuya eterna sombra nunca ha sido
Del claro sol el valle visitado,
Y la selva obscurece al lugar tanto,
Que añade en él horror, miedo y espanto.

Parece que el lugar insidïoso
Fué de Natura para engaños hecho,
Ciego, inútil, oculto y temeroso,
Sólo para asechanzas de provecho.
A un lado el monte es áspero y fragoso,
Y entre sus peñas va un camino estrecho,
Debajo un campo llano y apacible
A las faldas se ve del monte horrible.

Al otro lado un gran peñasco había,
Más áspero y más alto, en cuyo seno
Esfinge en otro tiempo estar solía,
Alado monstruo, fiero, de horror lleno;
Horrible el rostro y pálido tenía,
La boca llena siempre de veneno,
Los ojos como brasas encendidas,
Y las alas de sangre humedecidas.

De allí, sobre los huesos mal roídos
De los que muertos en la cumbre estaban,
Miraba por los campos extendidos
Si algunos caminantes asomaban,
O ya del hado por error traídos,
Porque de animosos le buscaban,
Queriendo con ingenio mal seguro
Vencerlo y desatar su enigma obscuro.

Y apenas al enigma obscuro y ciego
El engañado huésped dado había
No acertada respuesta, cuando luego
Pagaba al monstruo fiero su osadía;
Por los ojos echando vivo fuego,
Con uñas y con dientes lo hería,
Ó bajaba escapando de sus brazos,
Por las peñas haciéndose pedazos.

Duró aquella crueldad hasta que vino
Edipo con dichoso atrevimiento,
Y con sutil ingenio y peregrino
Desató su obscurísimo argumento;
Y el monstruo, victorioso de contino,
Sin usar de sus alas, al momento
Se despeñó, y sus huesos divididos
Quedaron por las breñas esparcidos.

Quedó todo el lugar inficionado,
Tanto, que no hay novillo que apetezca
Los pastos de aquel campo, ni ganado
Que sus hierbas odiosas no aborrezca;
No las ninfas ó faunos han osado
Hacer sus coros á la sombra fresca,
Ni osan entrar en él algunas fieras,
Ni entran en él las aves carniceras.

A este infame lugar, en triste agüero,
Con secreto y silencio, á la ligera,
El escuadrón llegó perecedero,
Y al enemigo descuidado espera.
Cuál se arrima á una pica, y cuál ligero
La vega corre, el campo y la ladera;
Coronan valle, monte y arboleda,
Y nada al fin desocupado queda.

Ya al Occidente el sol se retiraba,
Y de la noche el húmedo vestido
Sus sombras en la tierra derramaba,
Mojadas en las aguas del olvido;
Cuando, ya que á las selvas se acercaba,
Escuchó el calidonio algún rüido
De armas que entre los árboles parecen,
Y al rayo de la luna resplandecen.

Pero no, aunque admirado, se detiene,
Mas, porque algún peligro ya imagina,
De dos dardos que lleva se previene,
La espada tienta, y sin temor camina,
Y al fin, sin miedo, que ninguno tiene,
Ya que un poco á la selva se avecina,
«¿Quién sois? pregunta, y ¿qué esperáis, soldados?
¿Por qué os escondéis estando armados?»

Nadie de responder tuvo osadía;
Pero en aquel silencio sospechoso
Vido la paz segura que podía
Esperar de un tirano cauteloso.
En esto el fiero Cromio, que venía
Por capitán del escuadrón furioso,
Puso en el arco una ligera punta,
Y el un extremo con el otro junta.

La flecha vuela, pero no ha podido
Alcanzar el efecto deseado,
Que fortuna, que suele al atrevido
Dar favor, esta vez se lo ha negado.
Al pellejo del puerco que vestido
Llevaba, el hombro izquierdo le ha pasado,
Y rayendo la carne al fin la flecha,
A herir en un tronco fué derecha.

Al punto, con furor de inmortal ira,
Fuego de enojo en sus entrañas arde,
Aquí y allí descolorido mira,
Por ver de cuántos ó de quién se guarde;
Con rabia gime y con dolor suspira,
Y sin saber que el escuadrón cobarde
De tantos juntos es, verlo desea,
Y erizado el cabello así vocea:

«¿Qué os acobarda tanto ó qué os detiene?
Mostrad ya el rostro infame descubierto;
Salid; que nadie en mi defensa viene;
Solo espero; salid en campo abierto.»
Cual suele, cuando ya en el campo tiene
Puesta la red el cazador experto,
Que salen, de su voz amedrentadas,
De aquí y de allí las fieras á manadas;

Tal á su voz el escuadrón tebano
El valle desocupa y la espesura,
Resplandeció con armas todo el llano,
Y el peso estremeció la tierra dura.
Turbado en ver que con armada mano
De tantos es el escuadrón, procura,
Por herirlo más bien y asegurarse,
Al peñasco de Esfinge retirarse.

Rompe con pies y manos, atrevido,
Los matorrales, de aspereza llenos,
No de sus enemigos bien seguido,
Que pocos son allí sin alas buenos;
Y sobre un peñón alto se ha subido,
Que las espaldas le asegura al menos,
Desde donde más bien y sin trabajo
Puede ofender á los que están debajo.

Una peña de esotras arrancada,
De tanto peso, que difícilmente
Pudiera por lo llano ser llevada
Por el par de novillos más valiente,
Sobre sus fuertes hombros levantada,
Adonde más espesa ve la gente,
Con tal furia arrojó, que no ofendiera
Tanto si un muro encima se cayera.

Cual el vaso que Eolo tiró un día
A los lapitas bárbaros, airados,
Tal, y con más vigor, bajar se vía
La peña á los tebanos admirados;
Deja deshechos en la tierra fría
Pechos de hierro duro en vano armados,
Escudos, brazos, piernas y cabezas
Ya divididos en menudas piezas.

Debajo de la peña padecieron
Cuatro, que allí enterró su desventura,
Aunque por su virtud y sangre fueron
Dignos de más honrada sepultura;
Dorilo fué y Terón, que descendieron
De aquellos que parió la Tierra dura
Cuando sirvió en sus surcos de simiente
Aquel de Cadmo serpentino diente.

Halis, que el más famoso en Tebas era
Domador de caballos, fué el tercero
Que quiso la fortuna que á pie muera,
Si anduvo siempre en corredor ligero;
Y el cuarto, cual si fuera blanda cera
Que en la tierra selló el peñasco fiero,
Edimo es, de Penteo descendiente,
Que heredó la desgracia del pariente.

Con escarmiento y con temor helados,
Apagado el furor, la sangre fría,
Huyen del escuadrón los más osados
Con nunca imaginada cobardía;
Viéndolos divididos y apartados,
Tirándoles dos dardos que tenía,
Los hizo contra dos volar de suerte,
Que le sirvieron de alas á la muerte.

Y viendo en la empezada infame guerra
No tan espeso el escuadrón tebano,
El gran peñasco y la fragosa sierra
Desocupa de un salto y baja al llano,
Donde el famoso escudo vió en la tierra
Que al ya muerto Terón armaba en vano
Que, arrojado ó rodando por ventura,
Pudo escaparse de la peña dura.

Embrazólo, y así con él se vía
De todo punto armado y más seguro,
Pues ya el pecho y espaldas le cubría
Del fiero jabalí el despojo duro.
Vuelve á hacer la gente que huía,
Cerrándose de nuevo un fuerte muro,
Y viendo el temor que la acobarda,
Afirma el pie y al enemigo aguarda.

Saca la espada al punto el gran Tideo,
Que tinta en sangre de bistones era,
Que en premio ofreció Marte al fuerte Eneo
Cuando triunfó de aquella gente fiera.
Con ésta, que era igual á su deseo,
Embiste al escuadrón, que junto espera,
Y aquí y allí la esgrime tan ligero,
Que despedaza el más templado acero.

Tantos son, tan espesos y cerrados,
Que unos de otros impiden las heridas,
Y algunos, en los hierros arrojados
De hermanos, pierden las amadas vidas;
Otros, ya por el suelo derribados,
Reciben daño en armas conocidas,
Y tal tiñó en la sangre del amigo
La flecha que tiraba al enemigo.

Y él, con ajena sangre ya teñido,
Resiste á tantas armas invencible,
Lleno todo el escudo y el vestido
De flechas, que le hacen más horrible.
Tal la gética Flegra, embravecido
(Si ya tal caso puede ser creíble)
Vió al inhumano y grande Briareo,
Armado contra el cielo, horrible y feo.

Ya Apolo con las flechas de su aljaba,
Ya con las suyas Delia el arco tiende,
Ya el escudo gorgonio, airada y brava,
Esgrime Palas, que la vista ofende,
Ya Marte el pino que teñido estaba
En sangre de bistones, y ya enciende
Jove el suelo, cansándose Vulcano
De darle tantos rayos á la mano.

Y con ver tanto rayo y tanto trueno,
Y á un tiempo tantas armas, le parece
Que es todo poco, y que su inmenso seno
Más armas y enemigos más merece;
De furia igual el calidonio lleno,
Á mil heridas el escudo ofrece,
Ya se retira un poco, y ya más fiero
Da nueva sangre al ya manchado acero.

Armas le da su escudo y su vestido,
Con mil flechas y dardos enclavado,
Y ya arrancando alguno, ha sucedido
Que al propio dueño el hierro muerte ha dado;
Ya en mil partes también está herido,
Mas no ha sido algún hierro tan osado,
Que llegue á penetrar con su herida
El secreto aposento de la vida.

Deiloco, que airado arremetía,
Mortalmente herido va rodando;
Muere con él Egeo, que venía
Con una gran segur amenazando;
Con un volador dardo mata á Gía,
Con otro á Licofonte, que sacando
Estaba agudas flechas de su aljaba,
Y el fuerte brazo en el pecho enclava.

Ya se buscan y cuentan temerosos,
No con tanto furor y amor de guerra,
Viendo que los más fuertes y animosos
Muertos ocupan ya la dura tierra;
Temen del escuadrón los más famosos,
En cada pecho igual temor se encierra;
Sólo Cromio, de Cadmo descendiente,
Tuvo valor para animar la gente.

Dicen que éste nació de una tebana,
Hermosísima ninfa, que preñada,
Estando ya á su parto muy cercana,
Á las fiestas de Baco fué llevada,
Y viendo el baile de la gente ufana,
De esotras bacanales incitada,
Olvidada del vientre entró en el coro,
Y asió, bailando, por el cuerno á un toro.

El por soltarse, y ella, de atrevida,
Porque no se le fuese porfiando,
Al fin del animal fué sacudida
Lejos, en tierra un grande golpe dando;
Y allí, no sin peligro de la vida,
Turbada, sin sentido y anhelando
Parió un infante en la desnuda tierra,
Que fué después famoso por la guerra.

Este, pues, más que esotros animado,
La cobardía de los suyos viendo,
Con el despojo de un león armado,
Y una nudosa lanza sacudiendo,
«Volved, dice, volved con pecho osado,
Volved, que un hombre solo os va siguiendo;
¿No hay honra ya? ¿No hay armas ya ni manos?
¿A dónde vais, oh míseros tebanos?

»Que un hombre solo victorioso sea
De tan lucida y tan famosa gente,
¿Quién en Argos habrá que se lo crea
Cuando su gloria y nuestra infamia cuente?
No sin que el rostro el enemigo os vea
Volved á Tebas, oh Cidón valiente,
Oh noble Lampo. ¿A aquesto acá venimos?
¿Es esto lo que al Rey le prometimos?»

Así de cada cual el nombre invoca,
Cuando un dardo llegó, que en la espesura
Se cortó de Teumeso, y por la boca
Entró, lleno de muerte y amargura;
En los dientes halló defensa poca,
Y rompe el paladar la punta dura,
De donde al fin la lengua desatada,
Perdida ya la voz, en sangre nada.

Estábase aún en pie, y un mortal hielo
Del paladar al pecho descendiendo,
Le hizo que midiese el duro suelo
Con la mordida lanza enmudeciendo.
Levante por mi voz la fama el vuelo,
Pues no vosotros la perdéis muriendo,
Hijos de Tespio; que si puedo tanto,
Aunque muertos, tendréis vida en mi canto.

Perito el cuerpo de su hermano alzaba
De la tierra, á la muerte ya cercano,
Con la derecha el lado sustentaba,
Y el flojo cuello con la izquierda mano.
No se vió igual piedad; llorando lava
El ya pálido rostro de su hermano,
Sin que el almete, aunque cerrado, impida
A sus lágrimas tiernas la salida;

Cuando llegó una lanza á su costado,
Y tan furiosa entró la dura punta,
Que pasando del uno al otro lado,
El un hermano con el otro junta.
Con lazo más estrecho ya abrazado,
Muere aquél, y la cara ya difunta
Parece que á su hermano está esperando,
Que al fin muere con él, así hablando:

«Dente, fiero enemigo, abrazos tales
Tus hijos, si los hados te los dieron.»
Con esto entrambos mueren, y así iguales
En muerte son como en la vida fueron;
De un vientre, de una edad, de unas señales,
Juntos, iguales en amor, crecieron
Con esperanza igual, y al fin la suerte
También los hizo iguales en la muerte.

Huye Meneto con ligera planta
Del enemigo airado y victorioso;
Mas cayó por estar de sangre tanta
Húmedo todo el suelo y resbaloso;
Sobre él el fiero vencedor levanta
Con una lanza el brazo riguroso,
Y asiéndola con una y otra mano,
Así le ruega el mísero tebano:

«Perdona aquesta vida desdichada,
Detén por Dios la mano poderosa,
Por las estrellas y la sombra helada
De aquesta noche, para tí dichosa;
Deja que esta victoria no esperada
Cuente en Tebas mi lengua temerosa,
Donde luego, á pesar del Rey infame,
Por las lenguas del vulgo se derrame.

»Así en la tierra caigan sin provecho
Las armas nuestras y jamás te hieran,
Y victorioso y sin herida el pecho
Vuelvas á los amigos que te esperan.»
Dijo; mas él, inexorable hecho,
Cual si de piedra sus entrañas fueran,
Responde: «En vano, sin provecho y tarde
Derramas esas lágrimas, cobarde.

»Que tú al injusto Rey, si no me engaño,
Mi cabeza también le prometiste;
Mas fué promesa bárbara, fué engaño,
Pues á pagarlo con morir viniste.
¿Qué buscas dilaciones á tu daño?
¿No ves que aquesta espada que hoy temiste
Mañana ha de volver con nueva guerra
Contra aquesta perjura, infame tierra?»

Así dijo; y del pecho ya teñida
Sacó la dura lanza, y en saliendo,
La muerte helada entró por la herida,
Y él sigue á los demás, así diciendo:
«Pensaste, gente infame, aborrecida,
La obscuridad de aquesta noche viendo,
Que era de las de Baco deseada,
Y de tres á tres años celebrada.

»No penséis que de Cadmo son los juegos,
Donde al son de lascivos atabales
Usáis incestos bárbaros y ciegos
Con vuestras propias madres bacanales;
Otros son, otras músicas y fuegos
Son los de estos funestos matorrales;
No con hembras la guerra aquí se tiene,
Ni aquí con tirsos frágiles se viene.

»Otro furor es este y otra guerra,
Hecha al son de instrumentos temerosos;
Morid, infames, ocupad la tierra,
Ó cobardes, ó pocos y medrosos.»
Esto diciendo, el llano, el valle y sierra
Discurre, no con pies tan presurosos,
Que cansada la sangre ya en las venas,
En ellos puede sustentarse apenas.

Ya con menos furor y menos brío
La espada esgrime, y ya pesado hecho
El escudo, de hierros no vacío,
Le hace ya más daño que provecho,
Y ya un helado y húmedo rocío
Cansancio añade al fatigado pecho,
Y de sangre enemiga humedecido,
Del cabello á los pies está teñido.

Tal suele de Masilia entre el ganado,
Después que á su pastor con pie ligero
Ahuyentó, hallarse fatigado
Entre muertas ovejas león fiero,
Que vencida la hambre, y sosegado,
Menos hambriento y menos carnicero,
No ya erizado el cuello, ni tan alta
La cerviz coronada, á nadie asalta.

Párase en medio del ganado muerto,
Anhelando, cansado y ya vencido
De sus mismos manjares, y cubierto
De la ya helada sangre que ha vertido;
A nadie sigue ya por el desierto,
Y en la secreta cueva al fin tendido,
Sin que el hambre á mas furor lo llame,
Las blandas piernas con la lengua lame.

No con aquesto el vencedor contento,
Lleno de los despojos, bien quisiera
Volver á la ciudad, y que sangriento
El Rey y el pueblo atónito le viera;
Y cumpliera sin duda el fiero intento,
Si otro mejor consejo no le diera
Palas, que, su cansancio conociendo,
Le sosegó el furor, así diciendo:

«¡Oh descendiente del famoso Eneo,
A quien ahora concedido habemos
Vencer á Tebas, y con tal trofeo
La fama de tu sangre ennoblecemos!
Enfrena tu furor y tu deseo,
Que aun en el bien son malos los extremos;
Vuelve á Argos á contar tu gran victoria,
Baste ya tanto bien y tanta gloria.»

Ya todo el escuadrón de tanta gente,
Que tan soberbio y confiado vino,
Muerto estaba, quedando solamente
Vivo Meonte, en Tebas adivino;
Bien el estrago y mortandad presente
Con tiempo adivinó, mas el destino
No quiso que algún crédito tuviese,
Por más veces que al Rey se lo dijese.

Aqueste, no cobarde ó fugitivo,
Pues vivo á su pesar quedado había,
Perdona solo el vencedor altivo,
Y á la ciudad, diciendo así, lo envía:
«Oh tú, quienquiera que eres, á quien vivo
Verá la luz del venidero día,
Libre de mi furor á Tebas parte,
Y esto dí al Rey tebano de mi parte:

«Ciñe de foso tu ciudad, perjuro,
Todas sus puertas cierra diligente,
Armas busca, renueva el viejo muro,
Y junta sobre todo mucha gente;
Mira de sangre aquéste campo duro
Bañado por mi espada solamente,
Y en este fiero estrago el tuyo advierte,
Que tal cual vine he de volver á verte.»

Pártese aquél, y luego el gran Tideo,
A la tritonia diosa agradecido,
Del despojo levanta un gran trofeo,
Honor por sus favores merecido;
De muertos un montón horrible y feo
Del espacioso campo ha recogido,
Y en él alegre sus hazañas mira,
Y viendo tanta mortandad se admira.

Estaba fuera de la selva obscura,
En medio un campo, de otras apartada,
Una robusta encina, antigua y dura,
Ya de su mocedad muy olvidada,
De no vista grandeza y espesura,
Espaciosa de ramos é intrincada,
Cuyos torcidos brazos á la alfombra
Hacen del verde campo eterna sombra.

De aquí cuelga por orden las espadas,
Trozos de lanza, yelmos, morrïones,
Dardos, escudos, golas y celadas,
Arcos y aljabas llenas de arpones;
Y viendo así las ramas adornadas,
Y de armas y de cuerpos los montones,
Este, en honra de Palas, himno santo
Dice, y el valle escucha y calla en tanto:

«Guerrera diosa, ingenio peregrino
De tu gran padre al fin, y honra primera,
Que con semblante airado, aunque divino,
En guerras eres poderosa y fiera,
Y á cuyo rostro el yelmo de oro fino
Añade horror y majestad severa,
No menos que el gorgonio escudo fuerte,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte.

»Tú, que entre las batallas, de horror llenas,
Cual Marte y cual Belona has encendido
Igual furor en las heladas venas
De aquellos á quien has favorecido,
Esta ofrenda recibe, ó ya de Atenas
A ver aqueste estrago hayas venido,
Ó de los coros del Itón aonio,
Ó de tu antiguo líbico tritonio.

»Aquí sólo te ofrezco por trofeo
Tristes despojos, rotos y bañados
En sangre de hombre; mas si al fin poseo
Los partaonios campos deseados,
Y á Pleutrón, mi querida patria, veo
No ya tan perseguido de los hados,
Te haré un rico templo de obra bella,
Dorado todo, en el alcázar de ella;

»Desde donde el Jonio proceloso,
Y en medio de él la peregrina flota,
Alegre mires, golfo riguroso,
Que con cualquiera viento se alborota;
Y lo que por Alcides tan famoso
Aquello levantando el mar azota,
Hasta donde su túrbida corriente
Baña á las cinco Equínadas la frente.

»De mis pasados los famosos hechos
En él por orden se verán pintados,
Y los reyes vencidos y deshechos,
Bravos de rostro, al vivo retratados;
En sus columnas y dorados techos
Armas y escudos se verán colgados,
Y algunos adquiridos por mi espada,
A costa de mi sangre derramada.

»Las ricas armas que quitarle espero,
Con tu favor, de Tebas al tirano,
Aquí colgadas se verán primero,
Ganadas y ofrecidas por mi mano;
Y al fin, colgando el vencedor acero,
Ya en paz alegre descansando ufano,
Servirán en tus aras cien doncellas,
De toda Calidonia las más bellas.

»Emplearán en tejer su hermosura,
Y no habrá tela alguna que no sea
De color varia y varia de pintura,
Donde su industria y tu poder se vea;
Sacerdotisa allí de edad madura,
Que ya segura honestidad posea,
Tendrá de tus altares el gobierno,
Guardando el fuego velador eterno.

»Al fin en paz y en guerra, de contino
De mí recibirás ofrenda rica,
Sin que se enoje por tu honor divino
La bella diosa que á cazar se aplica.»
Dijo; y tomando de Argos el camino,
Pasa pueblos y campos, y publica
Por donde pasa la vecina guerra,
Tiembla debajo de sus pies la tierra.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Aflígese Teocles en ver que se tardan los cincuenta que envió á matar á Tideo. Llega Meonte, sacerdote, á dar la nueva de la victoria de Tideo y muerte de sus compañeros; habla con libertad al Rey, reprendiendo su maldad. Levántanse Flegias y Labdaco para castigar su atrevimiento. Saca Méonte la espada, y atraviésasela por el pecho. Manda Teocles que no se le dé sepultura. Salen los tebanos á sepultar y llorar sus muertos. Júpiter manda á Marte que incite á guerra á los argivos contra Tebas. Baja Marte. Sálele al encuentro Venus pidiendo no destruya á Tebas. Consuélala y obedece á Júpiter. Tideo llega á Argos. Cuenta la traición de Teocles. Provoca á guerra á los de Argos. Adrasto los procura sosegar, ofreciendo la venganza para su tiempo. Marte va por toda Grecia incitando los pueblos á guerra contra Tebas. Adrasto consulta sus agoreros. Anfiarao y Melampo, sacerdotes, hacen sacrificio á los dioses. Hallan contrarios agüeros. Previénense los griegos de armas. Procura Anfiarao desistirles del propósito de guerra. Capaneo le reprende, atribuyendo su ciencia á cobardía. Argía, esposa de Polinice, pide á su padre Adrasto apresure la guerra por consuelo de su esposo. Consuélala Adrasto, prometiéndole brevedad en la jornada.

Dormir en tanto en Tebas no podía
El Rey, que á su pesar velando estaba,
Aunque ya el carro de la Noche fría
De la mitad del curso declinaba;
Faltaba mucho para el nuevo día,
Y así en tanto su pecho atormentaba
Cuidado velador, que trae consigo
De la maldad que cometió el castigo.

Mucho un temor helado le molesta,
Que en negocios de duda es agorero,
Pues sin saber lo mucho que le cuesta,
Ni que es tan bravo el enemigo fiero,
«¡Ay de mí! dice, ¿qué tardanza es esta?
Que ya de esperar tanto desespero;
¿Si por tomar camino diferente,
Ha podido alejarse de mi gente?

»¿Si adivinando allá el furor tebano,
A socorrer los de Argos han venido,
O acaso de algún pueblo comarcano,
Adonde mi maldad ya se ha sabido?
Si por ventura, oh Marte soberano,
Pocos y flojos son los que he escogido
Para asir la ocasión de los cabellos
Cromio, pues, y Dorilo fué con ellos.

»De Tespio el uno y otro descendiente,
Cual dos torres que en vano azota el viento,
Pues nadie más osado ó más valiente,
Fueron también á ejecutar mi intento;
A Argos estos cuatro solamente
Pudieran derribar por el cimiento;
Pues ¿qué harán de tantos ayudados,
Todos en casos arduos aprobados?

»No el enemigo, de diamante hecho,
Es tan impenetrable y tan seguro,
Para que no haya sido de provecho
Acero tanto y tanto hierro duro.
¡Oh gente floja y de cobarde pecho,
Aunque de Tebas sois el fuerte muro!
¿Tanto, si al fin sacasteis los aceros,
Un hombre solo puede deteneros?»

Aquesto discurriendo está consigo,
Juzgando por segura aquella empresa,
Porque no el gran valor del enemigo
Al número de tantos contrapesa;
No espera á su maldad tan gran castigo,
Mas cúlpase á sí mismo, y ya le pesa
De no haber con su espada dado muerte
En su palacio al mensajero fuerte.

Pésale de que pudo en su enemiga
Sangre satisfacer ira tan fea,
Contraviniendo á la razón, que obliga
Que tan seguro el mensajero sea;
De esta suerte se aflige y se fatiga,
Ya teme y ya la luz del Sol desea,
Ya de lo comenzado se arrepiente,
Y ya tiene vergüenza de la gente.

Cual compele al experto marinero
La estrella Olenia con su luz más pura
Que saque el leño calabrés ligero
Del puerto amigo al agua mal segura,
Y luego de repente el viento fiero
Comienza amenazarle en noche obscura;
Los polos inclinando Orión le oprime,
Truena el cielo, el mar brama, el viento gime;

Y viéndose acosado y tan remoto
Del dulce puerto, de quien ya se aleja,
Quisiera atrás volver el leño roto;
Mas mientras más la tempestad le aqueja,
E hiriendo la popa el fiero Noto,
El arte y el timón gimiendo deja,
Y al fin, turbado, su salud entrega
Al viento y al rigor del agua ciega;

De esta suerte el tirano congojoso
Culpa al lucero porque tanto tarda,
Para quien no le espera, presuroso,
Y flojo para el triste que le aguarda;
Con un prodigio en esto temeroso,
Que más lo atemoriza y acobarda,
Indicio claro dió la tierra dura
De su no imaginada desventura.

Ya que iba al Occidente recogiendo
La Noche su tiniebla y sombra fría,
De la hermosa luz del Sol huyendo,
Que ya el alba avisaba que venía,
Tembló la tierra con tan grande estruendo,
Que Tebas pareció que se hundía,
Y el alto Citerón su antigua nieve
Sacudió de su cumbre en tiempo breve.

Arrancados parecen de su asiento
Los techos á las nubes levantarse,
Y en Tebas con ligero movimiento
Correr las siete puertas á encontrarse;
Cerca estaba la causa del portento,
Y así fué luego fácil de aclararse:
Es Meonte, que triste vuelve á Tebas,
Embajador de desdichadas nuevas.

Airado viene por haberle el hado
A su pesar la muerte prohibido,
Pero tan diferente y tan trocado,
Que fué difícilmente conocido;
No quién es aún de cerca ha declarado,
Mas el llanto, el sollozo y el gemido
Daban, ya que á los muros se avecina,
Indicio claro de una gran rüina.

Tal el triste pastor vuelve, gimiendo
Del estrago cruel de su manada,
Cuando nocturna tempestad huyendo,
Ó nieve de los montes desatada,
Aquí y allí turbada fué corriendo,
Donde de lobos fué despedazada,
Y al fin, de aquel rigor y noche fría
Descubre el daño el venidero día.

Teme ofender del dueño los oídos,
Llevándole antes nuevas que la fama;
Y así llenando el campo de alaridos,
Tierra en su rostro y lágrimas derrama;
Echa menos sus toros conocidos,
A quien en balde por sus nombres llama,
Y del tinado en que vivir solía
El silencio aborrece y más porfía.

Las madres, que en la puerta amontonadas,
Le vieron venir solo y tan horrible,
Espantosas reliquias desdichadas
De un escuadrón que pareció invencible,
Nada osan preguntar, de miedo heladas,
Y al fin levantan un clamor terrible,
Cual se oye en el navío que se anega
Ó en ciudad asaltada que se entrega.

Entrando, pues, airado, horrible y feo,
Ante el infame Rey, con voz turbada,
«Aquesta sola, dice, el gran Tideo,
Ánima aborrecible y desdichada,
Reliquia sin ventura del empleo
De tu maldad, de nadie imaginada,
Lleno de gloria, ufano de tu afrenta,
De un escuadrón tan grande te presenta.

»Ó ya sentencia fué del hado fiero,
Ó fortuna ó del cielo fué castigo,
Ó el gran valor (y confesarlo quiero,
Aunque vergüenza es) del enemigo;
Que apenas, aunque soy el mensajero,
Puedo crédito dar á lo que digo;
Todos, todos han muerto, ¡ay dura suerte!
Y sólo soy aviso de su muerte.

»Testigos hago estrellas y luceros
De aquesta temerosa noche obscura,
Y las almas de tantos compañeros
Que ocupan, muertos ya, la tierra dura,
Y de las malas aves los agüeros,
Por quien vuelvo á contar mi desventura,
Que no fué aquesta infame y triste vida
Con lágrimas ó ruegos merecida;

»Ni en pies ligeros la escapé, queriendo
Deshonrado vivir eternamente;
Mas quedé vivo, al cielo obedeciendo,
Que quiere que este mal en Tebas cuente,
Y porque Atropos fiera, que huyendo
Va del que más desesperado siente,
Dándome vida infame y desdichada,
Me quitó aquella muerte deseada.

»Y para que conozcas que en mi pecho
No cabe de la muerte miedo insano,
Y que amor de la vida no me ha hecho
Honrosa muerte dilatar en vano,
Tú, con el más injusto y torpe pecho
Que jamás tuvo bárbaro tirano,
Moviste por tu gusto solamente
Guerra crüel en odio de tu gente;

»El reino usurpas, y á tu hermano en tanto
Destierras de la patria deseada,
Y desprecias, injusto, el honor santo
Del juramento y de la ley sagrada;
Y así, el eterno y miserable llanto
De tanta casa ya desamparada
Te tiene de afligir, pidiendo al cielo,
En la venganza, de su mal consuelo.

»Cincuenta almas, en torno de la tuya
Volando con horror de noche y día,
Te han de seguir para venganza suya,
Y entre ellas cuento aquesta triste mía;
Que antes que á mi honra se atribuya
Alguna mancha vil de cobardía,
Cumpliré con mi muerte y con tu afrenta
El número cabal de los cincuenta.»

Esto dice con lengua libre y sabia
El tebano adivino osadamente,
Y el fiero Rey, movido con la rabia,
Mostró el rostro teñido de ira ardiente;
Y en ver que de esta libertad se agravia,
Flegias, y el siempre en males diligente
Labdaco, se levantan de su asiento
Por castigar aquel atrevimiento.

Cada cual de éstos, insolente y fiero,
Del Rey las veces y el poder tenía;
Y viéndolos venir el agorero,
La espada desnudó con osadía.
Ya al Rey airado y ya al desnudo acero
Los ya mortales ojos revolvía,
Y al fin, en el tirano rostro fijo,
Con nueva libertad aquesto dijo:

»No en la sangre de aqueste osado pecho,
Aunque mi lengua á más furor te llame,
Procures tu venganza sin provecho,
Que en mí no cabe amor de vida infame;
No en ella han de tener algún derecho,
Ni es bien que por tu mano se derrame
Sangre que ha perdonado el gran Tideo,
Si ya en vano esta espada no poseo.

»Yo muero alegre al fin, y el hado sigo,
Término del discurso de mis males,
Pues ya las almas de uno y otro amigo
Me esperan en las sombras infernales;
Queda tú vivo en Tebas, enemigo
Del cielo y de los dioses inmortales,
Que á su rigor remito tu osadía,
Y al de tu hermano la venganza mía.»

Esto postrero apenas dijo, cuando
Sobre su misma espada atravesado,
Cayó en el dúro suelo, derramando
La sangre por el uno y otro lado;
Con el dolor el alma agonizando,
Dejó el cuerpo, en su sangre revolcado,
Al suelo, de sus venas ofrecida,
Ya por la boca, ya por la herida.

Los nobles senadores, que presentes
Se hallaron al caso sucedido,
Atónitos quedaron, y entre dientes
Murmuraban, hablándose de oído;
Y la amada mujer y los parientes,
Que apenas alegrarse habían podido
De ver que á Tebas vivo se volvía,
En lágrimas trocaron su alegría.

De semblante, aunque muerto, venerable,
Al son lo llevan de un cantar funesto,
Mas del airado Rey la ira indomable
Sosegar no ha podido con aquesto;
Que á los ruegos y al llanto inexorable,
Manda que en medio el campo quede puesto
Sin honra alguna y sin la paz segura
Del fuego y mal negada sepultura.

Y tú, de Apolo sacerdote santo,
Digno de fama y de inmortal memoria,
Que en desprecio del Rey, con valor tanto
Ganaste con morir tan gran victoria,
¿Qué nuevos nombres te daré en mi canto,
Que puedan igualar á aquella gloria
Que tú adquiriste con tu propia mano,
En tu muerte triunfando de un tirano?

No en balde Apolo coronó tu frente
Del sagrado laurel, y los secretos
Te descubrió del cielo abiertamente,
A que están los mortales tan sujetos;
Cirra y Dódona en bosques eminente
De hoy más en sus oráculos y efetos,
Muerto tú, callarán, porque sin duda
Eras la viva voz de su voz muda.

Ve, pues, no á los lugares del infierno,
De sombras infelices habitados,
Sino al descanso y al regalo eterno
De los elisios valles apartados,
Sin que el injusto Rey algún gobierno
Tenga en aquesos campos, no gozados
De alma alguna tebana; que á tí solo
Tan grande bien ha concedido Apolo.

Quedó privado al fin de sepultura,
Pero no de su adorno despojado,
Reverenciado de la tierra dura,
Y de aves y animales respetado;
Mas ya para buscar su desventura
Los huérfanos y viudas se han juntado,
Tristes dejan sus casas, y esparcidos
Corren, llenando el campo de gemidos.

Salen acompañando su tormento,
Unos por consolar las afligidas,
Otros por ver del enemigo exento
Hazañas de una noche aun no creídas;
Resuena el campo triste y gime el viento,
Llevando sus querellas esparcidas,
Y el valle, que en sus senos las esconde,
Lleno de horror á su dolor responde.

Ya que á la selva, á la ciudad tan cara,
Y al infame peñasco se acercaron,
Cual si la causa entonces comenzara,
Las lágrimas de nuevo comenzaron;
Que viendo ya su desventura clara,
Nuevo clamor al cielo levantaron,
Y llenos de ira y de furor extraño,
Llorando corren á abrazar su daño.

Pálido del dolor y estrago hecho,
Presente el duelo atroz estaba en tanto,
Suelto el cabello y lastimado el pecho,
Convidando á las madres á otro tanto;
Cuál del rostro ya helado el yelmo estrecho
Desata y lo calienta con su llanto,
Y cuál hinche, del mucho que vertía,
La herida, de sangre ya vacía.

Cuál mancha en el del muerto el rostro bello,
Sin culpa por sus manos ya herido,
Y cuál en sangre tiñe su cabello,
Por limpiar la del muerto conocido;
Cuál junta la cabeza al roto cuello,
Y cuál al hombro el brazo dividido,
Y cuál haciendo de sus ojos ríos,
Los muertos cierra, ya de luz vacíos.

Corre la turba airada y presurosa,
Buscando al padre, al hijo y al hermano,
Y á su marido la afligida esposa,
Que vivo y vencedor esperó en vano;
Y tal de la herida rigurosa
El hierro arranca con osada mano,
Quedan de pena y de correr cansados,
Sobre propios ó ajenos arrojados.

Mas Ida, madre de los dos hermanos,
Los ya blancos cabellos ofendiendo,
El campo corre, y con osadas manos
Su miserable rostro va hiriendo;
Busca entre esotros míseros tebanos
Sus dos hijos, de suerte humedeciendo
Cada cuerpo que encuentra, que su llanto
No ya á lástima obliga, sino á espanto.

Tal después del rigor de una batalla,
Que de cuerpos el suelo dejó lleno,
Cuando cesa el rumor y el campo calla
En noche obscura y cielo mal sereno,
Entre ellos maga tésala se halla,
Y alma de alguno del tartáreo seno,
Con su fuerte conjuro y canto usado,
Quiere volver al cuerpo no enterrado.

A la lumbre del cedro, antiguamente
Usada como fuego más seguro,
Pasa buscando entre la muerta gente
El que ha de obedecer á su conjuro;
Su canto empieza al fin, y su voz siente,
No sin grande alboroto, el reino obscuro;
Muérdese el negro rey de enojo el labio,
Quejándose las almas de este agravio.

Estaban los hermanos apartados,
Entre unos matorrales encubiertos,
Juntos al pie del monte y abrazados,
Los pechos de una misma suerte abiertos,
Por una misma lanza atravesados,
Y de una misma mano á un tiempo muertos.
¡Dichosos, que abrazándose murieron,
Pues también abrazándose nacieron!

Como los vió, enjugando un poco el llanto,
Dando á la voz lugar el dolor fuerte,
«¡Qué abrazos miro, dice, oh cielo santo!
¡Qué besos vengo á ver, ay dura suerte!
¿Qué fiera mano tuvo ingenio tanto,
Que así pudo juntaros en la muerte?
¿Cuál antes besaré en dolor tan fiero?
¿A cuál herida llegaré primero?

»Mi gloria sois vosotros, envidiada,
Y de mi parto la feliz fortuna,
Con que á los altos dioses comparada
Creí que fuera tan dichosa cuna.
Vosotros sois por quien viví estimada,
Que nunca me igualó tebana alguna;
¡Ay gloria! mas no gloria, sino infierno,
Por quien tiene de ser mi llanto eterno.

»¡Dichosa aquella estéril que, gimiendo,
Nunca invocó á Lucina, ni en su lecho
Los pequeñuelos hijos vió creciendo,
Ni colgados jamás del libre pecho;
Que yo mi propio mal parí en pariendo!
Y desdichada el mucho bien me ha hecho,
Pues que fué tanta gloria y honor tanto
Causa de mi dolor y de mi llanto.

»Aun ya si en campo abierto á luz del día
Ó en otra guerra aqueste daño fuera,
A donde el valor vuestro y osadía
Nombre inmortal y fama eterna os diera,
Pudiera ser menor la pena mía,
Y algún consuelo en mi dolor tuviera;
Pero mi no temida desventura
En guerra infame fué y en noche obscura.

»Y pues tan sin honor, en todo iguales,
Os ha postrado la enemiga suerte,
No es bien que yo divida abrazos tales,
Ni el amor que os tuvisteis en la muerte;
Id juntos á las honras funerales
Antes que á mí me acabe el dolor fuerte,
Ambos cuerpos reciba un solo fuego,
Y una urna sola las cenizas luego.»

No con menos dolor ni menos llanto
A Cronio su mujer, y á su Penteo
La madre llora, y con igual espanto
Marpisa, aun no casada, á su Fileo;
Lavan las dos hermanas de Acamanto
El cuerpo, de la sangre horrible y feo;
Lloran sus hijos á Tidemo en vano,
Que aprendieron á estar sin él temprano.

Mientras unos aparte están llorando
Su pena, su dolor y desventura,
Otros con duro hierro están quitando
A la selva su honor y hermosura;
Tristes gemidos por el aire dando,
Caen sus plantas en la tierra dura,
Que ya testigos de la noche fueron,
Y tanto estrago y tantas muertes vieron.

Enciende aparte cada cual su fuego,
Poniendo en medio de él al muerto amado,
Y alguno encima se arrojara luego,
Si no fuera de esotros estorbado.
A las estrellas sube el humo ciego;
Y en tanto el viejo Aletes, que ha dejado
Un siglo atrás con su vivir prolijo,
Por consolarlos, de esta suerte dijo:

«Del hado ejercitada de contino
Fué mal en varios males nuestra gente,
Desde que aquel sidonio peregrino,
Arrojado del mar infaustamente,
A sembrar los aonios campos vino,
Y vió nacer de aquel sembrado diente
Un escuadrón que con armada diestra
Principio fué de la desgracia nuestra.

»Mas ninguna fué á aquesta semejante:
Ni cuando vió el rëal palacio ardiendo,
Engañada por Juno, la ignorante
Sémele, que su mal pagó muriendo;
Ni aquel llanto fué igual, cuando Atamante
Furioso por el monte fué corriendo,
Llevando con alegre règocijo
A despeñar el medio muerto hijo.

»Ni Tebas escuchó clamores tales,
Como cuándo movida á los clamores
Y lágrimas de esotras bacanales,
Venció Agabe, cansada, sus furores;
Solas aquellas lágrimas iguales
Pudieron ser, é iguales los dolores,
Cuando su gran soberbia al fin pagando,
Niobe estuvo su dol r llorando,

»Cuando vió de sus hijos el estrago,
Dolor ni imaginado ni temido,
Y el suelo de su sangre hecho un lago,
Y el fuego para tantos encendido;
Que aunque este fué su merecido pago
De haberse con los dioses atrevido,
Nadie hubo en la ciudad que no culpase
De los dioses la envidia, y no llorase.

»Todos á la ciudad desampararon,
Llenos de admiración, horror y espanto;
Todos después á la ciudad tornaron,
Gimiendo el caso con inmenso llanto;
Por cada puerta á un mismo tiempo entraron
Dos lechos funerales, y era tanto
El tropel de las gentes que venían,
Que por las siete puertas no cabían.

»Y aunque yo tan pequeño entonces era,
Que algún dolor ó pena no sentía,
Y conocer entónces no pudiera
La desventura grande de aquel día,
Sin que del llanto la ocasión supiera,
Como llorando á todo el mundo vía,
Lloraba yo también, y lloré tanto,
Que igualaba á mis padres con mi llanto.

»Grande también la turbación tebana
Fué entonces, mucho el llanto y el gemido,
Cuando por el enojo de Diana
Quedó Acteón en ciervo convertido;
Y luego de sus perros la ira insana,
No pudiendo ser de ellos conocido,
Dió muerte á su señor incautamente,
Solicitada de su propia gente.

»Mucho en Tebas también se lloró cuando
Su reina Dirce, en fuente convertida,
Hecha agua de su sangre, fué regando
La tierra de quien era obedecida.
Todas estas desdichas que llorando
Tuvieron la ciudad tan afligida,
Fueron (que al fin es este algún consuelo)
Castigo de algún dios, ira del cielo.

»Mas ésta que presente aquí tenemos,
Excede á las demás por un tirano,
Por cuya culpa todos padecemos,
Perdiendo tanto noble ciudadano;
Que aun no la guerra comenzado habemos,
Y al mal que llegar puede vemos llano,
Ni aun en Argos la fama ha dado nuevas
De la fe que ha quebrado el Rey de Tebas.

»¡Oh cuánta sangre humana en su corriente
Al mar ha de llevarle cada río,
Y de hombres y caballos juntamente
Cuánto sudor caerá en el suelo frío!
Vea otra edad robusta y más valiente
Aquesto, y no el cansado cuerpo mío,
Y antes en propio fuego en paz sosiegue
Que á ver el mal de aquesta guerra llegue.»

Esto, sin que algún miedo le refrene,
Dijo, llamando al Rey, con labio osado,
Cruel, tirano, injusto, y que al fin tiene
De pagar su maldad y su pecado.
¿De dónde tanta libertad le viene?
De ver cerca su fin, y haber dejado
Muchos años atrás, y de esta suerte
Procura algún blasón para su muerte.

Aquesto en Tebas Júpiter miraba
Con el enojo que en su pecho encierra,
Y viendo cómo ya encendida estaba
Con la primera sangre aquella guerra,
Manda venir á Marte, que llegaba
Ufano y victorioso de la tierra,
Triunfando de las bárbaras naciones
De los vencidos getas y bistones.

Lleno el yelmo de rayos rigurosos,
Resplandece y con oro su armadura,
Sembrada de animales espantosos,
Añadiéndole horror cada figura;
Hacen tronar los polos temerosos
Sus ruedas, y del Sol la lumbre pura
Turba con la sangrienta de su escudo,
Émulo que con él competir pudo.

Y viéndolo que airado, horrible y feo
Está representando aun todavía
De la guerra sarmática el trofeo,
Donde su horror y tempestad se vía,
«Tal, dice, oh hijo, como aquí te veo
Vuelve á sembrar tu furia y tu osadía,
Y con aquesa espada mal enjuta
Mi voluntad en Argos ejecuta.

»Baja del cielo, y corre presuroso
Por los argivos campos, de ira lleno,
Y al pasar alborota el pueblo ocioso,
Rompiendo de la paz el blando freno;
Pida ya guerra el menos belicoso,
Las treguas rompe y siembra tu veneno,
Abrasando sus pechos, porque insanos
Sus ánimas te ofrezcan y sus manos.

»¡Qué mucho que esto puedas en la tierra,
Si puedes con enojo y furor ciego
Mover entre los mismos dioses guerra
Y perturbar mi paz y mi sosiego!
El ocio, indigno á tu valor, destierra,
Que ya he dado principio á aqueste fuego,
Pues de esta guerra lleva al pueblo aqueo
Con sangre escrita la ocasión Tideo.

»El infame principio que ha tenido,
La traición, el engaño y la asechanza
Publica á donde fueres, y que ha sido
Del Rey tan sin disculpa la venganza.
Sépase que las treguas ha rompido,
Y que no hay de más paces esperanza;
Da crédito á Tideo, cuyas pruebas
Podrán decir la gran maldad de Tebas.

»Vosotros, moradores soberanos
Del cielo, y de mi sangre descendencia,
Dejad los odios ciegos y profanos,
No entre vosotros haya competencia
Ni conmigo os valgáis de ruegos vanos,
Que aquesta es de los hados la sentencia
Desde el principio de las cosas dada,
Y de las negras parcas ya jurada.

»Y si agora en los nietos insolentes
No consentís, oh dioses, que castigue
Los antiguos delitos de las gentes,
Queriendo al fin que mi rigor mitigue,
Testigos hago á las elisias fuentes,
Porque nadie en rogarme se fatigue,
Que en Tebas, á pesar del Rey perjuro,
Con esta mano asolaré su muro.

»Y por la misma vengativa mano
Ha de ver sus castillos coronados
Argos también, favorecida en vano,
Sobre sus altas casas derribados;
Sus estanques serán un oceano,
Con un diluvio de aguas aumentados,
Aunque se abrace sin provecho alguno
A sus castillos y á su templo Juno.»

Esto diciendo, estremecióse el cielo,
Y atónitos los dioses, olvidaron,
Cual si fueran mortales y de hielo,
La voz, en gran silencio se quedaron;
Suspenso así tal vez se quedó el suelo
Y el mar cuando los vientos lo dejaron,
Que el sol de Julio y su vigor temieron,
Y á su caverna á refrescarse fueron.

Hace callar al monte el flojo estío,
Calla el ave, sus alas olvidando,
Vese el cielo de nubes ya vacío,
Silenció, sueño y llamas derramando;
El estanque, la fuente, el lago, el río,
Agotados del sol, están callando,
Y el mar, con larga paz enmudeciendo,
Parece que en su orilla está durmiendo.

Alegre y arrogante el fiero Marte,
A Jove obedeciendo, ocupa ufano
El pértigo aun no frío, y luego parte,
Torciendo el carro á la siniestra mano;
Ya que llegaba á la postrera parte,
Luciente umbral del cielo soberano,
Sin miedo alguno á Venus vió parada
Delante de su carro, alborotada.

Retrechan los caballos, y al instante
Las erizadas crines abajaron,
Y mitigando su feroz semblante,
El fuego ardiente y el furor templaron;
Los espumosos frenos de diamante
Tascando humildes, á sus pies postraron,
Y ella en tanto así dice al dios guerrero,
Enjugando sus lágrimas primero:

«¿A Tebas guerra anuncias? ¿Guerra á Tebas?
Hermoso suegro para Cadmo eres.
¿Contra tu misma sangre guerra llevas?
¿De tus nietos borrar el nombre quieres?
¡Y que tan poco á mi dolor te mueyas!
¿Posible es que á mi llanto no te alteres?
¿Ni Harmonia ni mi amor pueden moverte,
Ni lástimas ni llanto detenerte?

»¿Aqueste el galardón y el premio ha sido
Del adulterio que la fama cuenta?
¿Aqueste el de mi honor, por tí perdido,
Y el de la red testigo de mi afrenta?
Pero mucho tu curso he detenido;
Vete, no hagas de mi llanto cuenta,
Que de otra suerte, si ocasión se ofrece,
Vulcano, aunque ofendido, me obedece.

»Si le mandara yo que eternamente
En la yunque sudara, obedeciera,
Y por hacerme galas nuevamente
Las noches desvelado consumiera;
Labrárame mil joyas obediente,
Y aun armas para tí si yo quisiera;
Y tú... mas ¿qué me canso, si tu pecho
Es de metal y de peñascos hecho?

»Sólo quiero que adviertas, como es justo,
Que eres tú la ocasión de mi tormento,
Pues que yo solamente por tu gusto
Hice aquel desdichado casamiento;
Si nunca imaginaste, abuelo injusto,
Favorecer tus nietos, ¿con qué intento
Al sidonio marido en suerte triste
A Harmonia, nuestra amada hija, diste?

»¿No me dijiste entonces que sería
Famosa por la guerra aquesta gente,
Que, aunque de una serpiente descendía,
Era también dé Jove descendiente?
Si en tu nevada Tracia ó Citia fría,
De Bóreas azotada eternamente,
Casara yo mi hija, por ventura
Viviera más contenta y más segura.

»Fué pequeño dolor, fué afrenta poca
Ver hecha sierpe á Harmonía y arrastrando
Por el campo esclavón, y por la boca
Veneno entre las hierbas derramando;
Y que agora esta gente te provoca
Sin culpa á que la estés amenazando,
Y que tú.....» Pero Marte, enternecido,
Sufrir su llanto y pena no ha podido.

La lanza, que la diestra le embaraza,
Trueca y del carro se arrojó ligero,
Lastimando á la diosa, aunque la abraza,
Del fuerte escudo el descortés acero;
Para aplacarla el yelmo desenlaza,
Queriendo renovar su amor primero,
Y el semblante feroz al bello opuesto,
Tras de muchos halagos dijo aquesto:

«¡Oh triunfo de mi guerra y paz dichosa,
Unico bien y gloria de mis penas,
Más que todos los dioses poderosa,
Pues mi braveza y mi furor refrenas,
Y en medio de la guerra más furiosa,
Cuando más encendido está en las venas
Mi fuego, puedes sola, si te agrada,
Parar mi carro y detener mi espada.

»No tu fe ni los nietos de mi yerno,
Tuyos al fin y descendientes míos,
Puedo olvidar; enjuga el llanto tierno,
Que no en balde has mostrado esos desvíos;
Primero, aunque soy dios, en el infierno
Pena me den los cenagosos ríos,
Y desarmado, ocupe las orillas
De Cocito entre sombras amarillas.

»Mas si el destino y Jove soberano
Por fuerza, con rigor y ley severa,
Me eligen para aquello que Vulcano
Ni suficiente ni elegido fuera,
¿Puedo no obedecer? ¿Está en mi mano
Estorbar esta guerra que se espera?
¿He de contradecir con pecho osado
Lo que Jove mandó y ordenó el hado?

»A cuya voz agora ví temblando
Ancho cielo, mar hondo y dura tierra,
Y tanto dios atónito y callando,
Que nadie osó contradecir la guerra.
Mas mitiga el dolor que te está helando,
Tu pena templa y tu dolor destierra;
Que no en la guerra inútiles seremos,
Si del todo estorbarla no podemos.

»Y cuando con los nuestros á las manos
Lleguen los enemigos escuadrones,
Verásme ensangrentar los campos llanos,
Sus armas destrozar y sus pendones;
Los más flacos é inútiles tebanos,
Llenos de mi furor, serán leones,
Que el ser al que quisiere favorable
No me prohibe el hado inexorable.»

Dijo; y habiendo con algún consuelo
Mitigado el temor del pecho amado,
El carro ocupa, y desocupa el cielo,
De muerte, ira y furor acompañado;
No con menos rigor desciende al suelo
Que el rayo, ira de Jove, si enojado
Desde Osa y desde Olimpo hace guerra
Con armados nublados á la tierra.

Desciende la fogosa pesadumbre,
El mandato del dios obedeciendo,
Y al cielo atemoriza con su lumbre,
En tres ramos su cola dividiendo;
Y en ver salir de la nevada cumbre
Tras del horrible trueno el rayo horrendo,
Teme en el mar el leño mal seguro
Y en fértil campo el fruto ya maduro.

Lleno en tanto de sangre el gran Tideo,
Vuelve por su camino fatigado,
Y va con priesa igual á su deseo,
Habiéndose á Prosina atrás dejado.
Espantoso de rostro, horrible y feo,
Con el cabello espeso y erizado,
Todo lleno de polvo y sangre fría,
Llenos también los lábios de sequía.

Sus ojos, como brasas encendidos,
Añaden á su rostro más espanto,
Airados, soñolientos y hundidos
De haberlos sin dormir tenido tanto;
Bajan arroyos de sudor crecidos
A sus grandes heridas, y él en tanto
Mirándolas, á honor más alto aspira,
Como el que en verlas sus hazañas mira.

Tal toro vencedor que vuelve airado
Al verde pasto en la dehesa amena
Después de la batalla, fatigado,
Manchado de su sangre y de la ajena,
Arrogante y soberbio, aunque cansado,
Se goza en ver que en la desierta arena
Gime el competidor su grande afrenta,
Sin que el dolor de sus heridas sienta;

Tal vuelve el calidonio, aunque gimiendo,
Que ufano y arrogante de contino,
En odio las ciudades encendiendo
Que encuentra desde Asopo en el camino,
Cuenta á todos, el caso encareciendo,
Que embajador de Polinice vino
A pedir la corona al Rey tebano,
Por ley debida al desterrado hermano;

Y que al volverse, habiendo injustamente
El Rey á su embajada respondido,
Le esperó un escuadrón de armada gente
En noche obscura y paso mal sabido;
Que le embistió á traición y de repente,
Que vuelve vencedor, aunque herido,
Y que, en efecto, el Rey perjuro había
Negado la corona que pedía.

Muévese al punto el vulgo novelero,
Maldiciendo del Rey la fe perjura,
Y del mal recibido mensajero
Marte el agravio encarecer procura;
Danle crédito al fin, que el dios guerrero
Todo lo facilita y lo asegura;
Aquí y allí la fama el caso cuenta,
Y cada vez los miedos acrecienta.

De muchos capitanes rodeado
En Argos halla al Rey entretenido,
Y apenas al umbral había llegado
Cuando desde él, no visto antes que oído,
«¡Armas! á voces dice, ¡armas, Senado!
Y tú, siempre famoso Rey temido,
Si en tí el valor de tus pasados vive,
Tus armas y tus gentes apercibe.

»No hay piedad ni justicia ya en la gente,
Ni hay fe ni religión sino en el cielo:
Si al ávido saurómata inclemente,
Siempre afligido con eterno hielo,
Ó al bosque de Bebricia, que caliente
Tiene de humana sangre yerto suelo,
Y no al reino de Tebas, ido hubiera,
Más respetado y más seguro fuera.

»Y no me pesa, no, ni me arrepiento
De haber ido á hablar al Rey tebano;
Alegre estoy, pues hice á mi contento
Experiencia de Tebas con mi mano;
Escuchadme y dad crédito á mi cuento:
Cual si fuera yo torre, aquel tirano,
O cercada ciudad, de aquesa suerte
Armó contra mí solo un campo fuerte.

»Entre los más valientes escogido,
Salió vestido un escuadrón de acero,
De máquinas de guerra apercibido -
Y bien impuesto en la traición primero;
De tantos fuí, en efecto, acometido,
Y solo, desarmado y mensajero,
Del camino ignorante y descuidado,
Me vide sin pensarlo rodeado.

»Mas ya dí el galardón á su osadía
Y el debido castigo á su locura:
Todos delante la ciudad vacía
Muertos quedaron en la tierra dura.
Agora, pues, que el miedo los enfría,
Y mi mano aun se está en la empuñadura,
En sepultar se ocupan tanto amigo,
Es tiempo de embestir al enemigo.

»Que aunque tan fatigado de haber hecho
A cincuenta morir con esta espada,
Y con estas heridas en mi pecho,
Donde apenas está la sangre helada,
Perdonando el regalo de mi lecho,
Armado iré el primero á la jornada.»
Pero no sin temor, oyendo aquesto,
Corrieron todos á abrazarle presto.

Pero primero el príncipe tebano
Alborotado llega y afligido.
«¿Qué es esto? dice; ¡oh cielo soberano!
¿Tanto de Jove soy aborrecido?
¿Yo puedo ver exento, libre y sano
Heridas que yo solo he merecido?
¿Este es el cetro, hermano, que me dabas
Y este recibimiento me guardabas?

»¿Contra mí aquesta gente apercibías?
¡Oh vil deseo de vivir, sediento,
Que estorbé la maldad que pretendías,
Por temer un dudoso detrimento!
Quédese, pues, en paz eternos días
Vuestra ciudad en tanto que me ausento;
Que huésped soy, y no es razón que vea
Tumulto en ella y que la causa sea.

»Ya sé cuán triste y miserable cosa
Es arrancar al hombre de su tierra,
De sus hijos al padre, y de su esposa
El triste esposo que se va á la guerra;
No es bien que alguna madre congojosa,
Viendo que el padre ó hijo se destierra,
Llamándome ocasión de sus enojos,
Me mire mal y con airados ojos.

»De grado voy á la segura muerte,
Sin que el respeto de mi suegro anciano,
Ni de mi bella esposa el llanto fuerte,
Me puedan detener, que será en vano.
Aquesta es la sentencia de mi suerte,
Aquesto debo á Tebas y á mi hermano,
Y esto debo también al gran Tideo,
Que sin culpa y por mí herido veo.»

Así de cada uno mueve el pecho,
Y cada cual sin ruegos se enternece;
Hierve el dolor, con lágrimas deshecho,
Y más la ira con las quejas crece;
Y tal efecto su humildad ha hecho,
Que ya todo el Senado se le ofrece:
No sólo los mancebos esforzados,
Pero los viejos, de vivir cansados,

A una voz piden guerra á sangre y fuego,
Vese un deseo en todos de venganza,
Quieren luego partir y hacer luego
Con los vecinos pueblos alïanza;
Mas viendo el noble Rey su furor ciego,
Lleno de mal segura confianza,
Con lengua sabia y de experiencia llena
Así les dice, y su furor refrena:

«Remitid á los dioses inmortales
La pena que merece este pecado,
Y el castigo debido á agravios tales
Remitidlo también á mi cuidado;
Pon tregua tú á tus ansias inmortales,
Que de tu hermano te verás vengado,
Y vosotros, amparo de esta tierra,
No de esa suerte apreciaréis la guerra.

»No perderá ocasión nuestro deseo,
Que brevemente se verá cumplido;
Mas cúrese primero el gran Tideo,
Cobre la mucha sangre que ha perdido;
Descanse agora y logre su trofeo,
Pues vencedor á tanta costa ha sido;
Que el dolor general que nos alcanza
Sabrá trazar la forma en la venganza.»

Turbados los amigos con aquesto,
Y más que todos la hermosa Argía,
Cércanle en torno, y vióse manifiesto
La multitud de heridas que traía;
Mas él, en medio de la sala puesto,
Porque el cansancio ya lo requería,
Las espaldas arrima á una coluna,
Nunca ofendidas de herida alguna.

Mientras el Epidauro Idmón famoso
Le lava las heridas y le cura,
Ya con hierro liviano riguroso,
Que la larga experiencia lo apresura,
Ya con hierbas, más blando y más piadoso,
La medicina aligerar procura,
Él á todos de nuevo el caso cuenta,
Y á la amada mujer, que escucha atenta.

La causa entre los dos ya referida,
Que fué principio de la ira ardiente,
Le cuenta la respuesta desabrida
Del Rey y la emboscada de su gente;
Cuál le puso á más riesgo de la vida,
Cuál le cubrió de más sudor la frente,
Y el lugar engañoso que ocuparon
Para la gran traición que ya pagaron.

Y cómo al fin, de industria, solamente
Dejó vivo á Meonte el agorero,
Porque de tanto capitán valiente
Volviese á Tebas triste mensajero.
Llena de admiración oye la gente,
Y atónito escuchaba el Rey severo,
Y el desterrado Polinice en tanto
Saca fuego mayor de aquel espanto.

Ya el Sol al mar de Hesperia había llegado,
Donde ya sus caballos desataba,
Y el rostro ardiente y de sudor bañado
Entre las frescas ondas regalaba;
Ya de hermosas ninfas rodeado,
Del trabajo ordinario descansaba,
Y ya corriendo y sin algún sosiego
Llegan las Horas á servirle luego.

Cuál quita el rico adorno de su frente,
Tejido de oro y de luceros lleno,
Y cuál con los caballos diligente,
En los pesebres pone el blando heno;
Esta enjuga el sudado pecho ardiente,
La cincha afloja aquélla y cuelga el freno,
Y otra, en tanto que pasa el de la Noche,
Alza el rollizo pértigo del coche.

La Noche de una negra vestidura
Cubrió el suelo y los polos celestiales,
Y en dulce sueño universal procura
Sepultar los cuidados inmortales;
Llena de piedad su sombra obscura,
Hace dormir los hombres y animales,
Mas no al argivo rey ni al triste yerno,
Vencidos ambos de un cuidado eterno.

Descansa el calidonio victorioso,
Que un largo y dulce sueño en la memoria
Le formaba, aumentando su reposo
Sombras de su virtud y de su gloria;
Y en tanto el dios guerrero, bullicioso,
Encareciendo la feliz victoria,
Entre las sombras de la noche espesa,
De Grecia los confines atraviesa.

Déjase atrás la Arcadia, y pasa luego
La cumbre de Tenaro, y cuanta tierra
Riega Nemeo en todo el campo griego,
Y el llano de Teramnas y alta sierra;
Y sacudiendo de sus armas fuego,
Llena de un general amor de guerra
Los pechos más cobardes y más fríos,
Llenos de ira, y de temor vacíos.

Del yelmo le componen el plumaje
La Ira y el Furor, su compañero;
Llévale, hijo de ambos, el Coraje
El grande escudo de templado acero;
Es el Asombro de su lanza el paje,
Y el Espanto le sirve de cochero,
Y de todos la Fama vigilante,
Vestida de novelas, va delante.

Vuela delante el carro, y del aliento
De los mismos caballos compelida,
Con gran rumor sacude por el viento
Las torpes plumas de que está impedida;
Volar la hace el aguijón sangriento
Del cochero enojado, y de él herida,
Publica por los campos y ciudades
Con vario son mentiras y verdades.

Y desde el alto carro la compele
El mismo dios y acusa la tardanza,
Y porque con mayor presteza vuele,
La aguija á las espaldas con la lanza;
No de otra suerte el gran Neptuno suele
Llevar delante, con veloz pujanza,
Los vientos que soltó de prisión dura,
Cuando al Egeo descender procura.

Alrededor del cual suena gimiendo
La triste escuadra del invierno frío,
Nubes y torbellinos despidiendo
Por cada lado un caudaloso río,
Mil truenos y relámpagos ardiendo;
Y al fin la tempestad, con mayor brío
Que entre las nubes de su espuma blanca,
Ya sube al cielo y ya la tierra arranca.

Tal, que las firmes Cícladas turbadas,
Viendo revuelto con el mar el cielo,
Dudan de su firmeza, y derramadas
Temen de verse en peregrino suelo;
Teme también de ver desapartadas
A Giaro y Micón la antigua Delo;
Y así, del grande Apolo, en temor tanto,
Pide el favor é invoca el nombre santo.

Ya siete veces de Titón la esposa
La negra noche ahuyentado había,
Desde el Oriente, alegre y amorosa,
A la tierra trayendo el nuevo día;
Y ni el tebano príncipe reposa,
Ni el rey argivo reposar podía,
Agora más que nunca fatigado
De un importuno y velador cuidado.

Mil cosas piensa y nunca determina,
Mirando sus dos yernos abrasados
En fuego de la guerra ya vecina,
Y á las armas los pueblos inclinados;
Ya á la venganza y ya á la paz se inclina,
Incierto si estos fuegos comenzados
Será bien atizar, ó poco á poco
Del vulgo refrenar el furor loco.

Ya la paz con regalos y sosiego
Lo mueve, y ya de nuevo le parece
La paz infame y vergonzosa, y luego
Su descanso y regalos aborrece,
Y tanto más el comenzado fuego
Con la memoria de la injuria crece
Que mal la paz persuadirá á su tierra
A quien ceba ya el gusto de la guerra.

Por última elección y más segura
Eligió consultar los agoreros;
Ya sacrificios comenzar procura
Para saber los casos venideros;
Y á Anfiarao, á quien la edad madura
Y la larga experiencia en los agüeros
Le hizo en toda Grecia respetado,
Le encomendó que mire el fin del hado.

No lejos de él sus pasos sigue ufano,
Que el mismo intento averiguar quería,
El gran Melampo, que aunque más anciano,
Robusta fuerza en su vejez tenía;
En ambos sabios con tan larga mano
Su espíritu infundido Apolo había,
Que hay duda cuál bebido en Cirra hubiese
Más agua, ó más espíritu tuviese.

Primero, con debida reverencia,
De los sacrificados animales
Miran en las entrañas la sentencia
Que han dado ya los dioses celestiales;
Pero en esta primera diligencia,
En manchadas entrañas ven señales
Tristes y temerosas, y las venas
Llenas de horror y de amenazas llenas.

Turbado cada cual y arrepentido,
Viendo de grandes males venideros
Tanta señal, al campo se han salido
A mirar de las aves los agüeros.
Hay un monte tan alto y atrevido,
Que á besar llega estréllas y luceros,
Llamado de las gentes Afesanto,
En Argos siempre venerable y santo.

Dicen que desde aquí, rompiendo el viento,
Salió Perseo en el caballo alado,
Dejando con no visto atrevimiento
El pecho de su madre alborotado;
La cual, desde una peña, sin aliento,
Viendo cortar el aire al hijo amado,
Le siguió con la vista, y le siguiera
Con pecho osado, si volar pudiera.

Coronados aquí de blanca oliva,
Y de vendas las sienes adornadas,
Los adivinos llegan, y allá arriba
Suben al fin por sendas no pisadas,
Al tiempo que el dorado Apolo priva
Las hierbas, del rocío aljofaradas,
De aquel humor helado que desata
Su nueva luz cual fugitiva plata.

Con su oración usada á Dios primero,
Anfiarao, adivino, así procura:
«Júpiter, dice, eterno y verdadero,
Pues á las aves, con tu lumbre pura,
Del caso más oculto y venidero
Descubres siempre la verdad futura,
Haz que de ellas agora conozcamos
El fin de aquesta guerra que esperamos.

»Que no mayor verdad Cirra dijera,
Ni á los Molosos su robusta encina,
Por mucho que la fama pregonera
Su paloma encarece peregrina;
Ni el árido Hamón decir pudiera
Mayor verdad, ni Branco así adivina
Futuros casos, aunque tenga él solo
La misma honra que su padre Apolo.

»Ni pueden á las aves igualarse
Las suertes que da Licia, ni ha podido
El buey que adora el Nilo aventajarse,
Ni Pan de noche en Licaonia oído;
Sólo rico de espíritu llamarse
Puede aquel á quien has favorecido,
Enviando por aire alegre y puro
Aves que le revelen lo futuro;

»Quién de las aves el ligero vuelo
Tanto favoreció, de dónde vino,
No sin muy grande admiración del suelo,
Aqueste honor antiguo y peregrino;
Ó fué que el mismo Formador del cielo,
Con sabia mano y con poder divino,
Cuando deshizo el caos tan confuso,
De materia más noble las compuso;

»Ó ya son cuerpos de hombres transformados,
Que al cielo de la tierra se huyeron,
Ỹ sus claros ingenios alentados
Con acercarse al cielo enriquecieron,
Ó porque de la tierra desviados,
Aire más puro en su favor tuvieron,
Y olvidando del cielo las maldades,
Allí aprendieron á decir verdades.

»A tí solo, Criador de cielo y tierra,
Este grande misterio está sujeto:
Que de aquesta verdad que en tí se encierra
Ñosotros no alcanzamos el secreto;
Sólo queremos que de aquesta guerra
Agora nos descubras el efeto,
Y los trabajos que promete el hado,
Que Argos los teme ya, y aún no han llegado.

»Si acaso el hado inexorable y duro
A Argos permite que con dura lanza
Las puertas rompa á Tebas, y en su muro
Tome de nuestro agravio la venganza,
Da un trueno al lado izquierdo, que seguro
Haga el dudoso bien de esta esperanza,
Y aves tras de él, alegres mensajeras,
Vengan con dulce murmurar ligeras.

»Y si Argos en vano aquesto intenta,
Aquí repara, y del derecho lado
Vuelen aves que anuncien nuestra afrenta
Y obscurezcan la luz del Sol dorado.»
Esto diciendo, á descansar se asienta
Sobre un peñasco en alto levantado,
Dioses no conocidos invocando,
Del mundo inmenso desde allí gozando.

Partieron luego entre los dos el cielo,
Y cada cual, á su mitad atento,
Ya el cielo mira, y ya el humilde suelo,
Y ya con vista seguidora el viento;
Pero lleno de un nuevo desconsuelo,
Y salteado de un temor violento,
Habiendo el aire líquido y el campo
Considerado bien, dijo Melampo:

«¿No ves de tantas aves, que ninguna
Del aire en la región más levantada
Vuela serena, y torpe cada una,
Parece que del cielo está colgada?
Y si les es contraria la fortuna,
Pues no hay alguna que no esté turbada,
¿Cómo no huyen? que en efecto fuera
Agüero en quien remedio alguno hubiera.

»Ave ninguna en todo el aire veo
Que con vuelo sereno ó dulce canto
Pueda favorecer nuestro deseo
Tras tanta dilación y esperar tanto;
Ni la que á Febo el adulterio feo
Dijo, ni aquella que en el cielo santo
Rayos ardiendo á Júpiter ofrece,
Ni el ave de Minerva aquí parece.

»Nocturnas aves por el aire gimen,
Cernícalos y buitres van volando,
Que, alegres con sus robos, en mí imprimen
Un no usado temor que me está helando;
Aves no miro algunas que me animen,
Todas gran daño están pronosticando,
Monstruos vuelan al fin, y el buho triste,
Entre ellos ave funeral, asiste.

»De aquesta suerte, oh Febo verdadero,
Las desventuras por venir ordenas;
¿Cuál hemos de seguir de tanto agüero
Que han ya helado la sangre de mis venas?
¿No ves cómo con pico carnicero
Se hieren, de furor y rabia llenas,
Y cómo hacen con terrible espanto
Un son las alas que parece llanto?»

Replicó Anfiarao: «Oh padre mío,
Grandes cosas he visto desde el día
Que, comenzando con la edad el brío,
Seguí del gran Jasón la compañía;
Que aunque era tan pequeño, que vacío
Del nuevo bozo el rostro parecía,
Aquellos medio dioses fuí admirando,
Casos del mar y tierra adivinando.

»¿Dónde tan verdaderos y dichosos
Mis pronósticos fueron, que no oído
Fué Mopso en casos por venir dudosos
Con más aplauso, aunque famoso ha sido?
Mas nunca agüeros ví tan prodigiosos,
Ni temor semejante me ha vencido,
Y aun temo de mayores los enojos;
Vuelve á esta parte los atentos ojos,

»Y mira cuántos cisnes se han parado
En la región más clara al aire puro,
Que representan escuadrón formado
Ó cercada ciudad de fuerte muro;
Ó ya los arrojó con soplo airado
Bóreas del Estrimón y helado Arturo,
Ó del templado Nilo ya vinieron;
Al fin allí su curso detuvieron.

»A Tebas en aquestos considera,
Porque están sin moverse y sosegados,
Callando en dulce paz, como si fuera
Ciudad con foso y muros levantados;
Mas mira otro escuadrón y otra hilera
Que muestra más valor en los soldados;
Aguilas siete son, que van armadas,
Más alegres volando y confiadas.

»Estos los capitanes representan
Que Argos ha de juntar en esta guerra,
Y ya romper la escuadra blanca intentan,
Y ella por defenderse más se cierra;
Mira cómo las uñas ensangrientan
Las águilas, y mira ya la tierra
(Ya que el blanco escuadrón se desordena),
De blancas plumas y de sangre llena.

»Mas mira de repente el duro estrago
Que hace en los soberbios vencedores
El enojado cielo, y mira el pago
Que da Jove á sus iras y furores.
Aquel que sube por el aire vago,
Quizá para intentar cosas mayores,
Ya pierde el gran valor que en vano tiene,
Y abrasado del Sol, al suelo viene.

»Aquel que en tierna edad quiso, atrevido,
Competir con el más osado y fuerte,
Al fin sus tiernas alas no han podido
Hacer defensa á la temprana muerte;
Aquel también, al enemigo asido,
Muerto baja, igualándole en la suerte,
Y aqueste vuelve atrás, desamparado
De su cuadrilla, á quien acosa el hado.

»A aquel derriba un torbellino, y luego
Las alas pierde, y ya mortal desciende;
Muere aquel, y al morir, con furor ciego
Al vencido enemigo, aun vivo, ofende;
No el llanto disimules, que es un fuego
Que ya me hiela ¡ay triste! y ya me enciende;
Que ya, noble Melampo, he conocido
Aquel que al suelo baja aun no herido.»

Así de tantos males venideros,
Llenos de miedo, el caso están gimiendo,
Pues en su pecho son tan verdaderos
Cual si los estuvieran padeciendo;
Pésales ya de haber en sus agüeros
Consultado las aves, inquiriendo
La voluntad del cielo, y ya quisieran
Que no escuchados de los dioses fueran.

¿De dónde así á los míseros mortales
Este amor de saber les ha nacido?
¿Fué dado de los dioses celestiales,
O de los mismos hombres adquirido?
Sin duda que produce efectos tales
Nuestra codicia, que insaciable ha sido,
Que apenas nace el hombre, y ya procura
Saber los casos de su edad futura.

¿De qué sirve saber el fin del hado,
Y los planetas que al nacer tuvieron,
Y lo que de su vida y de su estado
Cloto y el Padre eterno establecieron?
De aquí el muerto animal fué escudriñado,
Y al canto de las aves atendieron,
Y en Tesalia, á la mágica importuna,
Y contados los pasos de la Luna.

No en aquella dichosa edad dorada,
Que sus primeros hombres producía
Hechos de tronco duro ó peña helada,
Tan temerario atrevimiento había;
La selva era su amor y su morada,
Su gloria el cultivar la tierra fría,
Teniendo por maldad y empresa vana
Querer saber lo que será mañana.

Nosotros, vulgo flaco y miserable,
Escudriñar el cielo pretendemos,
Y lo que ordena el hado inexorable,
Antes que venga, adivinar queremos;
De aquí nace temor, ira indomable,
Traiciones y asechanzas que tememos,
Y el nadie contentarse en este suelo,
Queriendo más, importunando al cielo.

El sacerdote, pues, arrepentido,
Arrojando el adorno de su frente,
Baja del alto monte aborrecido
Sin corona y sin vendas, indecente;
Y habiendo sido á la ciudad venido,
Vió á Tebas en los pechos de la gente
Creciendo de la guerra los furores
Al son de las trompetas y atambores.

Mas él en una estancia tenebrosa,
Del Rey, del vulgo y príncipes se esconde,
Ni osa á nadie mirar, ni hablar osa,
Y aunque más le preguntan, no responde;
Lejos Melampo en soledad reposa,
Que al campo huye vergonzoso, adonde
Divirtiéndose, olvida sus enojos,
Ya que no puede desmentir sus ojos.

Ya doce veces de la tierra había
La noche ahuyentado al sol hermoso,
Después que el sacerdote al Rey traía
De un plazo en otro plazo, mentiroso;
Mas de las armas el amor crecía
Con el furor del vulgo bullicioso,
Y al nuevo son de la vecina guerra,
No tiene labradores ya la tierra;

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
Llenos de su furor delante lleva
Mil escuadrones, que de cada parte
Salen corriendo á la primera nueva;
El recién desposado alegre parte,
Sin que el amado tálamo le mueva,
Y el duro padre al hijo, que se queja,
En el primer umbral llorando deja.

Descuélganse las armas que dejaron
Sus abuelos fijadas en el techo,
Y aun carros que á los dioses dedicaron
Sacan del templo con osado pecho;
Los cansados aceros renovaron,
Que ya es cualquiera hierro de provecho,
Y la piedra al alfanje corvo añide
Los filos que el antiguo moho impide.

Cuál el yelmo renueva y la celada,
Cuál el escudo de pesado acero,
Cuál la coraza antigua y abollada,
Llena de orín, ajusta al pecho fiero;
Cuál de malla mohosa mal usada
Vestido hace al corredor ligero,
Y cuál el arco renovar se vía,
Y enriquecer la aljaba, ya vacía.

La azadá que labraba ayer la tierra,
La hoz que segó el pan, y el corvo arado,
En duros instrumentos de la guerra
En las fraguas y yunques se han trocado;
Tanto el temor de todos se destierra,
Que á las sagradas plantas han osado
Herir sin el respeto que les deben,
Cortando lanzas que á la tierra lleven.

Y alguno por cubrir su viejo escudo
Al inocente buey la vida quita,
Que ya favorecer arando pudo
Al que ingrato su muerte solicita;
Al palacio del Rey el vulgo rudo
Corre armado y furioso, y «¡Guerra!» grita;
Suben las voces á herir el cielo,
Y al confuso clamor retumba el suelo.

Así suele bramar el mar Tirreno
Cuando el soberbio Encélado, enojado,
Lleno de ira y de impaciencia lleno,
Quiere mudar el peso al otro lado;
Etna vomita llamas de su seno,
Vese el mar de Peloro retirado,
Y Sicilia, otro tiempo dividida,
Verse espera otra vez á Italia unida.

Entre otros aquí venido había,
Siguiendo á Marte, el fiero Capaneo,
Enemigo de paz, que descendía
De la sangre mejor del suelo aqueo;
Pero con sus hazañas excedía
De sus abuelos el mayor trofeo,
Impaciente, soberbio, injusto, insano,
Despreciador de Jove soberano.

Fácil, si está enojado, de arrojarse,
Sin temor de la muerte, á mil aceros,
Tanto, que en el furor pudo igualarse
A los centauros bárbaros y fieros;
Y aun pudiera entre aquellos señalarse
Que llenos de amenazas y de fieros,
Amontonando montes en la tierra,
Al mismo cielo le hicieron guerra.

Mas luego que parados á la puerta
De Anfiarao vió tantos soldados
Que aguardaban saber la verdad cierta
Y el fin de los agüeros y los hados,
«¿Qué infamia es ésta, dice, gente muerta?
¿Cómo no estáis corridos y afrentados
De esperar tantos de uno la respuesta?
¿Qué flojedad, oh griegos, es aquesta?

»¿A un sacerdote armada gente espera,
Colgada de su boca mentirosa?
Si el mismo Apolo la respuesta diera,
Fingido dios de gente temerosa,
Y si de Cirra en la caverna oyera
Su doncella amarilla y engañosa,
No pudiera esperar un punto solo
Que ella mintiera y que gimiera Apolo.

»No hay dios alguno á quien respeto tenga;
Mi dios es mi valor y aquesta espada;
Aquí delante el sacerdote venga
Con su falsa respuesta deseada;
No inventando mentiras se detenga;
Que hoy tiene de quedar averiguada
La potestad que un pájaro ligero
Tiene para saber lo venidero.»

Dijo; y el vulgo, vario en el instante,
Con voz alegre en su furor consiente;
Creció el clamor y pareció delante
El sacerdote, que su infamia siente.
«No, dice, mi reposo, aunque importante,
Me ha estorbado el salir, oh griega gente,
Ni las blasfemias de un mancebo loco;
Que su furor profano estimo en poco.

»Aun no el fin de mis años ha llegado,
Libre de su furor está mi vida;
Muerte más noble me promete el hado,
Y no á mortales armas concedida;
Pero el amor que os tengo me ha obligado
Para que la verdad no agradecida
(Que al fin amarga) á mi pesar descubra,
Pues ya no quiere Apolo que se encubra.

»Oíd al fin los venideros males
Que ha de ofreceros el rigor de Marte,
Si ya para estorbar desdichas tales
Mis avisos no son alguna parte;
Pero tú desocupa estos umbrales,
Pues ya fuera maldad aconsejarte,
Y no me escuches tú, pues que á tí solo
Tiene de callar siempre nuestro Apolo.

»¿Adónde, miserables, vais armados?
¿Qué infernal furia os alborota y ciega?
¿Quién, á pesar del cielo y de los hados,
A tantas desventuras os entrega?
¿Tanto estáis de la vida ya cansados,
Y vuestra ceguedad á tanto llega,
La dulce patria es ya tan enfadosa,
Que no hay en Argos agradable cosa?

»Si no os daban cuidado los agüeros,
¿Por qué al monte quisisteis que subiese,
Para que de los dioses verdaderos
Ó nuestro bien ó nuestro mal supiese?
Como supe los casos venideros,
También pude ignorarlos, sin que viese,
Para mayor dolor y mayor pena,
El mal principio que este día ordena.

»Que cosas vide, pues que aun no han venido,
Por los secretos de este mundo os juro,
Y por aquellas aves que han traído
Triste embajada de este mal futuro,
Y por Apolo, que jamás ha sido
Tan temeroso para mí y tan duro,
Que vi con luz, á mi pesar, divina,
Prodigios ciertos de una gran rüina.

»Maldades de los dioses vi en el cielo,
Y al mundo con las suyas vi confuso
Volar Megera con alegre vuelo,
Y Laquesis vaciar aprisa el huso;
Arrojad vuestras armas en el suelo,
Las fuerzas aplicad á mejor uso;
Ved que refrena, oh miserables griegos,
Algún dios el furor que os tiene ciegos.

»¿Qué gloria os será, oh griegos mal regidos,
Hartar de sangre la tebana tierra
Y los surcos infames y temidos
Donde de Cadmo la maldad se encierra?
Mas ¡ay, que están del hado establecidos
Los venideros casos de esta guerra!
Mal los podrá estorbar ingenio humano;
Al fin iremos, y os aviso en vano.»

Esto gimiendo dijo, y Capaneo,
«Tu furor, le responde, ó cobardía
Tu paz conserve y logre tu deseo,
Sin que agravies con él nuestra osadía;
Y tú, sin gloria ó militar trofeo,
Ampara solo la ciudad vacía,
Y nunca el son de belicosa trompa
Tu paz estorbe y tu silencio rompa;

»Mas no dilates con astuto labio
Nuestro mejor y más honrado intento;
Que no se ha de olvidar el grande agravio
De la fe y mal cumplido juramento
Porque tú, como astuto ó como sabio,
Con las aves hablando y con el viento,
Goces en blando lecho y paz ociosa
El tierno hijo y la mujer hermosa.

»Y porque aquesta guerra no te ofenda,
Vé nuevo embajador al Rey tebano,
Que allí aquesa corona y esa venda
Darán la paz, aconsejada en vano.
Bueno es que quieras tú que el mundo entienda
Que á tí te avisa el cielo soberano
Las cosas por venir, y que sujetos
A tí están sus misterios y secretos.

»Grande lástima tengo al cielo santo,
Que no está de los hombres bien seguro,
Pues mover á los dioses puede tanto
La rigurosa fuerza de un conjuro;
A otros pechos podrás poner espanto,
Que mal se imprimirá en el nuestro duro;
Que yo sé bien que el miedo fué el primero
Que hizo dioses é inventó el agüero.

»Aquí puedes hablar, mas cuando en Tebas
De la enemiga Dirce el agua fría
Ó la de Ismeno en la celada bebas,
No cures de enfrenar nuestra osadía;
Que no consentiré que allí te atrevas
A suspender las armas sólo un día,
Y aunque más aves por el viento veas,
No allí me enojes, si vivir deseas.

»Que no allí ablandará mi pecho fiero
Tu Ápolo ni ese adorno de tu frente;
Yo allí seré adivino y agorero,
Y conmigo el que fuere más valiente.»
Dijo; y el vulgo luego lisonjero
Otra vez con aplauso alegremente
Su voz repite y su temor refrena,
Y el confuso clamor el aire atruena.

Estruendo tal crecido arroyo frío
Lleva cuando al furor de su avenida
Las aguas del invierno añaden brío,
Ó nieve de los montes sacudida;
Y ya trocado en caudaloso río,
Sienten su furia, en vano resistida
De altos vallados y peñascos duros,
Campos, aunque apartados, no seguros.

Lleva desvergonzado y atrevido
Las chozas, el ganado y los pastores,
Hasta que de algún monte detenido
Mayor estruendo hace y más rumores;
Así el confuso vulgo embravecido
A los cielos levanta los clamores,
Viendo favorecido su deseo
Y el resuelto furor de Capaneo.

Puso treguas la noche á aquel estruendo,
Y aqueste tiempo la hermosa Argía,
De Polinice el desconsuelo viendo,
Cuyo dolor el sueño le impedía,
A buscar á su padre va gimiendo,
Que menos que ella reposar podía,
Suelto y enmarañado su cabello,
Y de lágrimas lleno el rostro bello.

Y al tiempo que al Océano espumoso
Bajaban á bañarse las estrellas,
Quedando con Bootes perezoso
Calixto sola y envidiosa de ellas,
Rompe del padre el sueño y el reposo,
Con llanto acompañando sus querellas;
Y habiendo en brazos del abuelo puesto
Al pequeño Tevandro, dijo aquesto:

«Si el tálamo á estas horas he dejado,
Y sin mi esposo vengo á tus umbrales,
Bien sabes la ocasión, oh padre amado,
Pues sabes el origen de mis males;
Y porque ya conoces mi cuidado,
Yo juro por los dioses celestiales,
Por tí y por el respeto que te tengo,
Que no mandada de mi esposo vengo.

»Pero desde la noche desdichada,
Desde que en hora triste encendió Juno
Las hachas de mi boda no esperada,
No hay para mí reposo ó bien alguno;
Siempre estoy con mi esposo desvelada,
Y lleno de congojas, importuno,
El velador cuidado que lo aqueja
Nunca dormir ó descansar lo deja.

»Si yo tuviera de una tigre el pecho,
Ó si de alguna roca helada y dura,
Donde el mar siempre bate, fuera hecho;
No pudiera sufrir su desventura.
Tú eres sólo en aquesto de provecho;
Algún remedio á tanto mal procura;
Haz que la guerra y tu favor anime
Al yerno humilde, que abatido gime.

»Mira este infante pequeñuelo y triste,
Tierno renuevo de infelice planta,
De un desterrado al fin, á quien ya diste
Mano y jurada fe de amistad santa;
Aqueste el huésped es que recibiste
Con tanto regocijo y gloria tanta,
Queriendo por su honor que le saliera
Á recibir mi honestidad primera.

»Que este es aquel del hado irrevocable
Y de tu mismo Apolo prometido;
Que no yo, desdichada y miserable,
Con ciego amor me procuré el marido;
Tu gusto y mandamiento venerable,
Que obedecí, á tal punto me han traído;
¿Qué mucho, si es mi esposo, que me ablande
Su desconsuelo y su desdicha grande?

«Bien sabes que de amor el blando fuego
Más en las desventuras va creciendo,
Y yo triste demando un don que luego
Lo he de gemir y ya lo estoy temiendo;
Que bien sé que el efecto de mi ruego
Y lo que estoy con lágrimas pidiendo,
Después de haberte importunado tanto,
Nueva ocasión será de mayor llanto.

»Pues cuando llegue el día temeroso
Y la gente se halle apercibida,
Y el son de la trompeta riguroso,
Que ha de ser la señal de la partida;
Cuando aparte los brazos de mi esposo,
Entonces, de mayor temor herida,
Te rogaré de nuevo, por ventura,
Que estorbo pongas á la guerra dura.»

Dijo; y besando sus mejillas bellas,
Responde el viejo padre: «Yo no puedo
Culpar, oh hija amada, tus querellas;
Dignas son de alabar, enfrena el miedo;
Justicia pides y razón con ellas,
Y si despacio has visto que procedo
A disponer la guerra, no te admires,
Ni por aquesta dilación suspires.

»Que el miedo y de mis reinos el cuidado,
Carga pesada y puesta ya en balanza,
Y los dioses también que he consultado
Han sido la ocasión de mi tardanza;
Mas vendrá al fin el medio deseado,
No pierdas por aquesto la esperanza,
No en vano habrás tus lágrimas vertido;
Pero en tanto consuela á tu marido.

»No por esto reciba tanta pena,
Su desconsuelo y su dolor reporte,
Que con aquesta dilación se ordena
El aparato que á la guerra importe.»
Dijo; y porque del sol la luz serena
Los bélicos rumores de la corte
Ya renovaba, desocupa el lecho;
Que sus cuidados levantar le han hecho.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Belona publica la guerra. Despídense los soldados de sus casas. Hácese memoria de los capitanes y naciones que fueron á la jornada de Tebas. La mujer de Anfiarso recibe de Argía su hijo y el de Harmonia. Atalanta procura estorbar la ida á su hijo Partenopeo. Atemorízase Tebas con la nueva de la venida de los griegos. Viene de los montes una sacerdotisa. Auméntales el temor, profetizando la muerte de los dos hermanos. Temeroso Eteocles, comunica á Tiresias, agorero, el cual, con ayuda de Manto, su hija, conjura las furias infernales. Salen las almas del infierno á su llamada, y entre ellas el alma de Layo, la cual les declara obscuramente los sucesos de la guerra. Marcha al campo griego. Viene Baco en su carro, y viendo el campo que va contra su patria, pide á las ninfas y dioses de las aguas que por algún tiempo sequen las fuentes, ríos y lagunas de la tierra de Nemeo, por donde marchan los griegos. Obedécenle, y sécanse las aguas. Padece el campo argivo cruel sed. Envía Adrasto á buscar aguas al fin de grandes fatigas. Hallan á Hisípile, ama de Ofeltes, hijo del rey Licurgo, la cual les enseña el río Langía con agua. Bebe el campo griego y satisface la sed, y agradece el Rey á las aguas el beneficio recibido.

Tres veces ablandado el duro invierno
Febó con mansos céfiros habia,
Y dando vuelta con su curso eterno
Por el Tauro, alargaba el breve día,
Cuando ya de la paz roto el gobierno,
Venciendo de los hados la porfía,
Al gran rigor de la temida guerra
Se dió principio y pregonó en la tierra.

Dió de la guerra la señal primera
Belona, cual lo tiene de costumbre,
Con una hacha ardiendo airada y fiera,
Subida de Larisa en la alta cumbre;
De allí una lanza sacudió ligera,
Llena (cual rayo) de espantosa lumbre,
Que rechinando por el aire frío,
En Dirce fué á parar, tebáno río.

Luego entre las escuadras ya formadas,
Donde el hierro y el oro resplandece,
Corre, llena de lanzas y de espadas,
Armando al que las armas apetece;
Brama y llama á las puertas no cerradas,
Mueve caballos, y al pasar, ofrece
Ingenio al animoso, y al cobarde
Un furor que (aunque breve) tambien arde.

Llegado el plazo al fin de la partida,
El sabio sacerdote ve primero
En cada altar la víctima ofrecida
A la deidad mayor y al dios guerrero;
Y aunque halla en la sangre ya vertida
Y en las entrañas infelice agüero,
Disimula el temor que lo atormenta
Y con vana esperanza el campo alienta.

Cercan á los que tienen de partirse
La esposa, el padre, el hijo y el pariente;
Y ya ninguno acierta á desasirse
Con el dolor que en la partida siente;
Vese el más duro pecho derretirse,
Y en cada rostro una abundosa fuente,
Sin que hablar al despedirse pueda
El triste que se va ó el que se queda.

Golas y escudos humedece el llanto,
Y suspendida está de cada armado
La triste casa, que con nuevo espanto
Vuelve á besar, el yelmo ya cerrado;
Y los que ayer con gusto y placer tanto
La misma muerte hubieran abrazado,
Quebradas ya las iras y rendidos,
Llorando dan sollozos y gemidos.

Tal suele estar del mar á la ribera
La familia de aquel que ha de embarcarse,
Cuando ven que alza ferros la galera
Y las velas al viento desplegarse;
Hace otro nuevo mar la pena fiera,
Y apenas hay lugar para hablarse;
Danse besos y abrazos mal formados,
Que nudos son apriesa desatados.

Vase la nave, y la afligida gente
Sobre algún alta roca está siguiendo
Con ojos y con alma atentamente
Las blancas velas que se van huyendo;
Y en aquel breve gusto enojo siente,
Porque va el viento en su favor creciendo;
Estáse al fin en el peñasco frío,
Saludando con señas al navío.

Fama, que conservada en tu memoria
Tienes la antigua edad y sus secretos,
Por dar á nobles muertos nueva gloria
Si una vez fueron á morir sujetos,
Para que resuciten en mi historia
Préstame de tu pluma los efetos,
Y dí, pues tú los viste y te sirvieron,
Qué capitanes á esta guerra fueron.

Tú, del sonoro monte reina santa,
A quien dió Febo aqueste honor divino,
Caliope, al son de tu vihuela canta
Qué gente y cuánta en esta guerra vino,
Qué armas bastaron para empresa tanta
Y qué pueblos quedaron sin vecino,
Pues de tu sacra fuente el licor santo
A otro ninguno ha dado favor tanto.

El noble rey Adrasto fué el primero
Que, tras de tantos años ya olvidados,
Salió vestido de pesado acero
Sobre el peso mayor de sus cuidados;
Incierto del suceso venidero,
Y como amenazado de los hados,
Tan triste va, que pudo ver cualquiera
Que sigue á su pesar la guerra fiera.

Sin lanza va, sin yelmo y sin escudo,
Pero llévale un paje cada pieza,
Que por dejarse ver lleva desnudo
El rostro y desarmada la cabeza;
Y en tanto que él anima al vulgo rudo,
Del carro los caballos le adereza
Delante del alcázar su cochero,
Y más que todos, á Arión ligero.

Síguenle aquellos que Larisa arrea
De armas y galas para aquesta guerra;
Los de la alta Prosinne y de Midea,
Buena para novillos, por su sierra;
Los de File también, que se recrea
En el mucho ganado de su tierra,
Y los que están temiendo eternamente
Del Caradro espumoso la corriente.

Los que Cleone torreada envía,
Cón el trabajo de Hércules ufanos,
Y los que Neris entre selvas cría,
Aunque siguiendo á fieras, no inhumanos;
Síguenle los de Tire, que algún día
Beberá mucha sangre de espartanos,
Y aunque el premio tendrá de la victoria,
Comprará á mucha costa aquella gloria.

Pasan en una escuadra juntamente
Los de Sición y Drépano erizado,
Que ambos á dos descienden de una fuente,
Aunque el uno del otro está apartado;
Aquéste padre de robusta gente
Y de peñascos altos rodeado,
De entrar difícil, áspero y terrible,
Y aquél fértil de olivos y apacible.

Siguen los que al pasar baña Langía,
Cállado arroyo, oculto y perezoso,
Y los que beben la corriente fría
De Elisio, por su infamia tan famoso;
Dicen que en él las Furias cada día
Suelen bañar el rostro venenoso,
Cuyas culebras su corriente beben,
Aunque á pesar de Flegetón se atreven.

Y después que en los traces han movido
Algún furor y miran sus almenas
Y casas derribadas, ó encendido
El fuego en las de Tebas ó Micenas,
Vanse á bañar en él; pero ofendido,
Viendo sus aguas de veneno llenas,
Su grande injuria y su deshonra viendo,
Más presuroso al mar se va huyendo.

Pasaron los de Efire, que piadosa
Consoló un tiempo las desdichas de Ino
Y luego los de Concre poderosa,
Que ofreció á Meliserta honor divino,
Y los que el agua beben tan famosa
Donde el caballo alado á herir vino,
Y nació aquella fuente cristalina
Que por él se llamó la Cabalina.

Y al fin van los del campo que, ceñido
De dos riberas, en el mar se encierra,
Digo, donde del istmo dividido
Entre dos mares se asentó la tierra.
De todos estos pueblos han venido
Para servir á Adrasto en esta guerra,
Tres mil son escogidos y valientes,
De armas, vestido y lenguas diferentes.

Cuál al arco y aljaba más se aplica,
Cuál la espada y rodela va empuñando,
Y cuál sin hierro una nudosa pica
Con la punta tostada en fuego blando,
Y cuál, desnudo de armadura rica,
La honda á la cabeza rodeando,
Al que más del peligro se desvía
La muerte en piedra voladora envía.

Delante el venerable Adrasto viene,
Con su cetro témido y respetado,
Cual toro antiguo á quien el campo tiene
Respeto y reverencia su ganado;
Que aunque el furor nativo le refrene
Su mucha edad, y tenga ya arrugado
El viejo cuello y la cerviz cansada,
Va al fin por capitán de su manada.

No hay novillo en el campo que se atreva,
Viendo tantas heridas en su pecho
Y cicatrices que en la frente lleva,
Y en cada cuerno inútil ya y deshecho,
A entrar con él en peligrosa prueba,
Y él, con aquesto ufano y satisfecho,
Con la cerviz enhiesta y arrogante,
Seguido de sus vacas va delante.

Tras del argivo rey luego parece
Polinice gentil, su yerno ufano,
A quien el campo todo favorece
Por castigar á su enemigo hermano;
Entre la gente que favor le ofrece
Pasa primero un escuadrón tebano,
Que habiéndose salido de su tierra,
A Polinice sigue en esta guerra.

Unos, de amor ó de piedad movidos,
Que la fe en los trabajos aumentaron,
Y algunos que á ensalzar los abatidos
Y á derribar soberbios se inclinaron;
Unos por ser del Rey aborrecidos,
Y otros con mejor causa, porque amaron
La justicia y razón, que muchas veces
Han servido en las guerras de jüeces.

El suegro, sin aquéstos, porque fuese
De más gente seguido y más honrado,
Y porque menos el dolor sintiese
De verse de su reino despojado,
Pueblos le dió que cual señor rigiese;
Y así, tras de él por orden han pasado
Los de Egión y Arane populosa
Y de Trecena, por Teseo famosa.

Las mismas armas lleva y el vestido
Que trajo aquella horrible noche obscura
Cuando entró, de los vientos perseguido,
En Argos con dichosa desventura;
Lleva, sin el teumeso león temido,
Que sirve de vestido y de armadura,
Dos dardos y la espada, que sangrienta
El gran horror de Esfinge representa.

Ya le parece que de hecho alcanza
El reino suyo y tierras mal negadas,
Y ya abraza con nueva confianza
Su madre y sus hermanas deseadas;
Mas luego olvida el bien de esta esperanza,
Volviendo á ver las torres coronadas
De Argos, adonde la hermosa Argía
Mirando el campo atónita se vía.

Al punto tal mudanza en él ha hecho
Con el dolor de ver que así se ausenta,
Que atrás le vuelve el alma, y de su pecho
La amada y dulce Tebas le ahuyenta;
Amor las glorias de su viudo lecho
De suerte en la memoria le presenta,
Que, vuelto de soldado en tierno amante,
Apenas puede echar el pie delante.

Tras de él con sus escuadras bien regidas
En orden pasa el sin igual Tideo,
Alegre y sano ya de sus heridas,
Bien manifiestas, por mayor trofeo;
Que con las nuevas fuerzas adquiridas,
Le hizo más que nunca su deseo
Que cualquier dilación y estorbo rompa
Al primer son de sonorosa trompa.

Tal del pellejo antiguo despojada,
Al blando sol de Abril deja su cueva
Sierpe de escamas nuevas adornada,
De nueva fuerza y vestidura nueva;
¡Triste de aquel pastor que su manada
A apacentar por aquel campo lleva,
Si es el primer encuentro miserable
De su sed y veneno insaciable!

Brava gente le sigue, que la fama
De los campos de Etolia le ha traído,
Que apenas por sus pueblos se derrama,
Cuando á servirle armados han venido;
Pilene ha sido á quien primero llama,
Y sin ella, sus gentes le ha ofrecido
La gran Pleurón, fatal á Meleagro,
Que vido en sus hermanas el milagro.

Viene el fragoso Calidón y Oceno,
Que se ha atrevido á competir con Ida
Sobre cuál fué de Jove cuna y seno
En los primeros años de su vida;
Y Calcis, de extranjera gente lleno,
En su abrigado puerto defendida
Del mar Jonio, que enojado gime
Porque en sus senos su rigor reprime.

La gente vino que las aguas bebe
Del gran Aqueloo, calidonio río,
Que alzar la frente al cielo no se atreve
Después que Alcides le domó su brío;
Y así, en su cueva entra la helada nieve,
Segura siempre y libre del estío;
Viéndose despojado de el un cuerno,
Gime su afrenta con dolor eterno.

Todas estas escuadras van armadas
Con fuertes armas de bruñido acero
Y voladoras lanzas, que arrojadas,
No aprovecha al contrario ser ligero;
Llevan al fiero Marte en las celadas,
De la sangre real tronco primero;
Iba cercado el capitán valiente
De la más noble y más lucida gente.

Alegre en verse amado va y ufano,
Por gloria sus heridas descubriendo,
Pues en ellas, vengadas por su mano,
Su gran valor se ve resplandeciendo;
Tan igual en las iras al tebano,
La victoria los suyos prometiendo,
Que apenas pudo conocer la tierra
Por cuál es de los dos aquella guerra.

Pasa tras de la gente de Tideo
El dórico escuadrón bien ordenado,
Los que labran los campos de Linceo,
Que mira en sus orillas tanto arado;
Y los que Inaco baña, rey aqueo,
De todos los arroyos respetado,
Que como capitán las aguas guía
Que Acaya por tributo al mar envía.

Porque ninguno en Grecia más famoso,
Ni otras algunas aguas tanto crecen,
Cuando visita al Toro el Sol hermoso
Ó al suelo humor las Pléyadas ofrecen;
Que entonces más hinchado y espumoso,
Lleno de arroyos va que lo enriquecen
Con mayor arrogancia, y más ufano
Por ser suegro de Jove soberano.

Van los que Asterión veloz rodea
Y los que ofende á veces Erasino,
Que enojado por Julio, el campo afea,
Quitándole sus mieses de camino;
Van los de Dime, estéril tierra aquea,
Que aunque abundante de oloroso vino,
Como Ceres allí su ayuda niega,
Nunca rubias espigas ve en su vega.

Pasan los de Epidauria, que rompida
Con espesos arados ve su tierra,
Y de Pileno entonces conocida,
Como después en la troyana guerra;
Néstor en su segunda edad florida,
Alegre con la paz, aquí se encierra
Sin querer empuñar el duro acero,
Y en el triste escuadrón perecedero.

Lleva por capitán aquesta gente,
Su valor imitando y su grandeza,
A Hipomedonte, capitán valiente,
De gran virtud y de mayor nobleza;
Un rico yelmo lleva, que á su frente
Arma y adorna, y con igual riqueza
Blanca pluma, del céfiro herida,
Sobre el yelmo en tres partes dividida.

Ceñido lleva el uno y otro lado
De bien templado acero, á prueba hecho,
Y un fuerte y rico escudo, que embrazado,
Los hombros le defiende y cubre el pecho;
Adonde en campo de oro dibujado,
Para tantas figuras campo estrecho,
Se ve Danao y la noche lastimera,
Testigo triste en su venganza fiera.

Arde en cincuenta tálamos el fuego
Que atizan las tres Furias infernales,
Y parece que el sueño y el sosiego
Favor ofrecen para tantos males;
El fiero padre, en su venganza ciego,
Atento está esperando en los umbrales;
Su gran maldad alaba, y lleno de ira,
Tintos en sangre sus cuchillos mira.

De la roca de Palas baja al llano
Con estas armas y con este arreo,
Corriendo un ligerísimo alazano,
Criado entre las selvas de Nemeo;
Tan veloz, que le sigue el aire en vano,
Y atónito lo mira el campo aqueo,
Y él con furiosa y voladora planta
Del polvo nubes al pasar levanta.

Tal Hileo, gran centauro alborotado,
Con dos pechos y espaldas, monstruo horren
De los montes bajó precipitado,
Con ligereza y con furor corriendo;
Huye por todas parte el ganado,
Y aun las fieras también se van huyendo;
Entre peñas y troncos hace calle,
Y retumba al estruendo el hondo valle.

Mirando al monstruo horrible, airado y fiero,
El monte de Osa atónito se espanta,
Y aun los mismos hermanos de Hileo
Temieron, viendo en él fiereza tanta;
Hasta que la corriente de Peneo
Vino á enfrenar su voladora planta;
Que, como el vado tan difícil era,
Se paró á su pesar en la ribera.

¿Qué lengua, si es mortal, qué voz, qué pluma
Podrá decir las armas y banderas
Que lleva Hipomedonte en breve suma,
Y las gentes que van tras las primeras?
La lengua y voz aquí que más presuma
Se cansara en contar tantas hileras,
La diferencia de armas y vestidos,
Y los nombres de pueblos nunca oídos.

La gente bien armada y animosa
De la antigua Tirinta en orden viene,
Patria de Alcides, y por él famosa,
Pues por patrón su mismo hijo tiene;
Fértil, de noble gente belicosa,
Que siempre en duras guerras se entretiene,
Y corre á los peligros la primera,
Que de su gran patrón no degenera.

Mas riquezas Fortuna no le ha dado
Que á su grande valor añadan brío,
Porque su estéril campo, mal arado,
De labradores siempre está vacío,
Y de tan pocas mieses adornado,
Que aun apenas se halla en el estío
Quien el alcázar muestre al caminante,
Obra de los Cíclopes arrogante.

Trescientos son los que de aquí pasaron
Sin corazas de acero ó morriones,
Mas cubiertos de pieles que quitaron
Con industria y valor á los leones;
Honra gentil y adorno que heredaron
De Alcides para tales ocasiones;
Mazas llevan también, pesada carga,
En vez de espada aguda ó pica larga.

Y por irle en las armas imitando,
Usan también el arco y la saeta,
Porque si fuere menester, volando
Muerte al contrario corredor prometa;
Alabanzas de Alcides van cantando,
Y él los escucha de la cumbre de Eta,
Donde con pecho osado y brazo fuerte
A tanto monstruo fiero dió la muerte.

Pasaron los soldados de Nemea,
Que usan también el arco y el aljaba,
Y los que habitan la región Cleonea,
Donde la viña de Molorco estaba;
De fuerte escudo cada cual arrea,
Donde pintada al vivo se miraba
La piedad de Molorco, cuya historia
Dió á su casa, aunque pobre, eterna gloria.

Esta humilde choza en campo de oro,
Con hojas y con ramos mal tejida,
La pobre mesa de ningún tesoro,
Pero de libertad enriquecida;
Las armas de su huésped, que el decoro
Perdió á su voluntad no agradecida,
La maza está y el arco vengativo,
Y el lecho humilde dibujado al vivo.

A pie pasó tras de éstos Capaneo,
Disforme y casi al parecer gigante,
Pues á ninguno en todo el campo aqueo
Que le llegue á los hombros ve delante;
Lleno de horror, soberbio, airado y feo,
A sus miembros disformes semejante,
De piel de cuatro bueyes lleva hecho
Un grande escudo, que le cubre el pecho.

De metal una plancha encima lleva,
Y en el campo de plata, dibujada
La hidra con quien en peligrosa prueba
Entró de Alcides la temida espada;
Cada cabeza al vivo se renueva,
Hasta que por Alcides abrasada,
Se ve cómo las uñas encogiendo,
Rendida al hierro y fuego va muriendo.

Alrededor se ve Lerna espumosa
Cómo sus aguas humeando aúna,
Y cómo su corriente perezosa
Separó al fin y convirtió en laguna;
Una loriga lleva tan famosa,
Que en todo el campo no le iguala alguna,
Hecha de escamas de menudo acero
En las yunques del cojo dios herrero.

Del sol herida la celada rica,
Parece un alto chapitel su frente,
Y lleva un gran ciprés en vez de pica,
Privado de sus hojas solamente;
Todo su gran soberbia significa,
Y admirada al pasar deja la gente;
Pasando al fin, la gente le seguía
De la fértil y rica Anfigenía.

Los de la áspera Itón luego pasaron
Y de Mesena llana y apacible;
Los que en los montes de Apis se criaron,
Ciudad, aunque sin muros, invencible;
Los de Elos y Pteleón, que se ocuparon
En seguir siempre al jabalí terrible,
Y los de Dorión, que infausto ha sido
Al gético Tamiris atrevido.

Dicen que éste á las nueve Musas bellas
Quiso vencer con su atrevido canto,
Pero el seso perdió, vencido de ellas,
Que el premio fué de atrevimiento tanto;
Convirtió sus canciones en querellas,
Y su voz en amargo y triste llanto,
Quedando mudos él y su instrumento,
Porque sirvan, cual Marsia, de escarmiento.

El fatal adivino, en vano sabio,
Que vió los males por venir, y en vano
Quiso estorbar la guerra, y movió el labio
Refrenando el furor del vulgo insano,
Sufrió al fin de los hados el agravio,
Y las Furias le armaron de su mano,
Ofuscándole el alma y lumbre pura
Con que alcanzaba la verdad futura.

Y no de culpa su muier carece,
Llena ya de asechanzas y de engaños,
Mas el oro en su cuello resplandece,
Que fué y será ocasión de tantos daños,
Por quien Erinnis á su casa ofrece
Gran desventura en los futuros años;
Sábelo, pero en vano, el adivino,
Que es mas fuerte el rigor de su destino.

Quiso, en efecto, la mujer traidora
Por el oro trocar á su marido,
Y así arrogante y necia goza agora
El joyel rico que de Harmonia ha sido;
Su esposo el mal futuro en vano llora,
Que su esposa á los griegos lo ha vendido,
Y ya el joyel en su poder tenía
Infausto don de la hermosa Argía.

Que viendo que esta guerra de su esposo
De solo el adivino está colgada,
Pues los reyes y el vulgo bullicioso
Sin él no quieren empuñar la espada;
Y viendo á Polinice congojoso
Porque se dilataba esta jornada,
Después de haber entre sus manos puesto
El infausto joyel, añadió aquesto:

«No es tan hermoso ornato conveniente
Para mi soledad y desventura,
Pues no es razón, estando de tí ausente,
Con galas adornar mi hermosura;
Baste que en tanto engañe solamente
El temor, de quien nadie me asegura,
Y con suelto cabello y negro velo
Las aras cerque, importunando al cielo.

»¿Es bien que en tanto que ese yelmo duro
Tu rostro esconde, que mi gloria ha sido,
Me adorne el joyel rico de oro puro,
De Harmonia en otro tiempo poseído?
Tiempo habrá más alegre y más seguro,
En que, rica de joyas y vestido,
Con tal primor aderezarme pueda,
Que á las casadas de mi patria exceda;

»Cuando en el templo, vencedor, conmigo
A pagar entres la votiva ofrenda,
Y yo, mujer de un rey, viva contigo,
Y quiera que mi gloria el mundo entienda,
Goce el joyel, de su maldad testigo,
La que no hay larga ausencia que le ofenda,
Pues mientras su marido está en la guerra,
Halla regalo y glorias en la tierra.»

De esta suerte de Erífile en el techo
El triste y fatal oro á parar vino;
Que no hay industria humana de provecho
Contra el rigor y fuerza del destino.
La primer prueba que su encanto ha hecho,
Fué llevar á la guerra al adivino,
Y como armado Tesifón lo vido,
Burlando de su ciencia, se ha reído.

Tiran de un carro, adonde va sentado,
Con que la dura tierra estremecía,
Dos caballos que Cílaro ha engendrado,
Caballo que los vientos desafía;
Fué de Castor, y estando descuidado
Acaso de él, el agorero un día
A una yegua lo echó, y así nacieron
Éstos, que iguales á su padre fueron.

Lleva entre plumas rojas blanca venda,
De la pálida oliva coronada;
Porque su oficio y dignidad se entienda,
De bien templado acero una celada;
Con la una mano rige escudo y rienda,
Con una lanza esotra va ocupada,
Y sin aquestas armas y este adorno,
Mil dardos voladores lleva en torno.

Lleva al fiero Pitón pintado al vivo
En medio del escudo, y la fatiga
De Apolo, que con arco vengativo
Al monstruo hiere y su rigor castiga;
Sigue la gente al sacerdote argivo
De Pilos y de Amide, á Febo amiga,
Y de Malea entre peñascos fríos,
Puerto no bien seguro de navíos.

Pasaron los de Caria, cazadores,
Que en su ejercicio alaban á Diana,
Y los de Yaris, duros labradores,
Que dejan ya holgar su vega llana;
De Messe en orden van los moradores,
Por Venus y sus aves Messe ufana;
Los de Taigete y los de Eurota vienen,
Ricas de olivos que en su campo tienen.

Esta es la más robusta y dura gente
Que armada pasa en todo el campo griego,
Fiera, atrevida, indómita, impaciente,
Enemiga de paz y de sosiego;
Siguen la dura guerra eternamente,
Teniendo por virtud el furor ciego,
Y sin vestido en su niñez se cría
Entre polvo abrasado ó nieve fría.

Mercurio les enseña de esta suerte
A sufrir los trabajos de la guerra,
Y así es dura, robusta, osada y fuerte
La gente que produce aquesta tierra.
Nadie conoce el miedo de la muerte,
Porque es infame el que en la paz se entierra;
Y así, los padres hacen regocijos
Con la muerte en la guerra, de sus hijos.

Llora la dura madre al malogrado
Hijo que pierde en su niñez la vida,
Alegre con el lecho coronado
Del que murió en la guerra no temida,
Van á caballo, mas ninguno armado,.
Ni es la coraza entre ellos conocida;
Mas usan de pellejos de leones,
De que hacen también sus morriones.

Tras de aqueste escuadrón horrible y feo,
Siguiendo el carro va del adivino,
De iguales armas y de igual deseo,
La gente que de Elide Pissa vino,
Y los que nadan en el rubio Alfeo,
De Sicilia en las tierras peregrino,
Que nunca en su profundo curso largo
Del mar recibe algún humor amargo.

Estos en carros van, que siempre usaron,
De admirable labor, industria y arte,
Tirados de caballos que domaron
Sólo para servir al fiero Marte;
Costumbre que de Enomao heredaron,
Con que el suelo retumba á cada parte,
De tanta rueda y tantos pies herido,
Y del blanco sudor humedecido.

Tú la Arcadia también, Partenopeo,
Llevas ¡ay mozo incauto! en esta guerra,
Porque la nueva gloria de un deseo
Te saca en tiernos años de tu tierra;
En los bosques, tu madre, de Liceo,
Segura en tanto, por cazar se encierra,
Que no osaras, estando en su presencia,
Tomar á su pesar tanta licencia.

Ninguno más alegre ó más hermoso,
Ni más gallardo en todo el campo había,
Ni más para las armas animoso,
Si igualara su edad á su osadía;
Es su belleza un fuego riguroso,
Pues no hay ninfa de monte ó fuente fría
Que en viendo su beldad no pierda luego
Su paz, su libertad y su sosiego.

Y aun dicen de él que viéndolo Diana
En las sombras de Ménalo durmiendo,
Al pasar, fatigando una mañana
Un herido animal que iba huyendo,
Suspensa á su belleza soberana,
Del ciervo se olvidó que iba siguiendo,
Y dando á su belleza mil favores,
Perdonó de su madre los errores;

Y que el arco y las flechas en su mano
Ella le puso y le colgó la aljaba,
Y le enseñó á tirar tan bien que en vano
Huyendo el ciervo vividor volaba;
Pero ya que el incauto mozo insano
A mayores grandezas aspiraba,
Herido del amor del fiero Marte,
Deja los montes y á la guerra parte.

Regalo al son de las trompetas siente,
Que no hay otro algún son que le entretenga,
Ufano de que ya el cabello y frente
Cubierto de sudor y polvo tenga;
No piensa verse alegre eternamente
Hasta que vencedor á Arcadia venga
En vencido caballo, que la gloria
Aumente de su triunfo y su victoria.

Ya del monte se enfada y ya se afrenta,
Teniendo aquella por empresa vana,
De que en ciervos sus flechas ensangrienta,
Sin haber visto en ellas sangre humana;
Alegre al campo griego se presenta
Con un rico vestido de oro y grana,
Donde hiriendo el sol, fuego parece,
Que rayos salen de él y resplandece.

Lleva de Calidonia el puerco fiero
Pintado en el escudo, y ya rendido
A su madre Atalanta, que primero
Que nadie con sus flechas lo ha herido;
Su arco parece de oro y es de acero,
La rica aljaba al hombro ha suspendido,
Que llena de carbuncos y diamantes,
Injuria al sol con rayos semejantes.

Su ligero caballo, acostumbrado
A fatigar al ciervo temeroso,
Viendo más grave al amo en campo armado,
Lozano va, soberbio y argulloso;
Oro con blanca espuma, ya argentado,
Va mordiendo en el freno riguroso,
Y es de manchado lince el jaez bello,
Que las ancas le cubre, el pecho y cuello.

Sujetos al rigor de su fortuna,
Al mancebo los árcades siguieron,
Que fueron más antiguos que la luna,
Y de las peñas y árboles nacieron;
No usaron de mantillas ni de cuna,
Porque luego en naciendo andar pudieron,
Y atónita la tierra y admirada
Quedó, de sus primeros pies pisada.

No el modo de casarse, ni Lucina,
Que invocar al parir se conocía,
Ni casa ni ciudad, ni en la marina
Leño atrevido el agua dividía;
De un fresno, de un laurel y de una encina,
De un solo parto una ciudad nacía,
Y el verde pino que preñado estaba,
Hijos de su color al mundo echaba.

Estos recién nacidos se admiraron,
La hermosura y la luz del cielo viendo,
Y al Sol, que entonces aun mirar no osaron,
Gran temor le cobraron en naciendo;
Mas luego, como á osbcuras se quedaron,
Turbados fueron tras el Sol corriendo,
Pensando que jamás no volvería,
Hasta que al fin lo vieron otro día.

Esta la antigüedad de Arcadia ha sido,
Que es el mayor blasón de sus soldados,
Y éstos agora son los que han seguido
Al mal experto capitán, armados;
Los de Partenio y Ménalo han venido,
En armas convirtiendo los arados;
Los de Ripa y de Estracia, y los que cría,
Azotados del viento, Enispe fría.

Vienen los labradores de Tegea
Y los que el campo labran de Cilene,
Dedicada á Mercurio, y los de Alea,
Donde Minerva el bosque y templo tiene;
La dura gente que en pescar se emplea
En el turbio Clitón, armada viene,
Y la que bebe de Ladón famoso,
Que casi suegro fué del Sol hermoso.

Viene de los collados de Lampía
La gente, endurecida del invierno,
Robusta y sufridora, que se cría
Entre la blanca nieve y hielo eterno;
Y la que bebe de Teneo, que envía
Por tributo sus aguas al infierno,
Y la del monte Azán, que de Ida ha sido
Émulo en los clamores y rüido.

Viudo Epiro quedó de labradores,
Y Nanacria, apacible tierra llana,
Que ya rio, de Jove los amores,
Viéndolo en falso traje de Diana;
Orcomeno se vido sin pastores,
Tierra abundante de ganado y lana,
Y Psofida sin gente su espesura,
Y la fértil de fieras Cinosura.

Vienen los de Parrasia, y quedó en tanto
Su fértil campo sin labrar y ocioso,
Y los de Estinfalón y de Erimanto,
Uno y otro por Hércules famoso;
Montes que con horror y con espanto
Cruzaba el caminante temeroso,
Hasta que Alcides con su esfuerzo vino
A asegurar el paso al peregrino.

Estos son los de Arcadia, antigua tierra
Que es toda un reino solo y una gente,
Rica de vegas y áspera de sierra,
Mas de lengua y de trajes diferente;
Cuál con un arco solo va á la guerra,
Cuál con un corvo tronco solamente,
Cuál de yelmo ó sombrero va cubierto,
Y cuál de un oso por sus manos muerto.

Los pueblos estos y ciudades fueron
Que, llenos del amor de Marte insano,
De toda Grecia armados acudieron,
Favoreciendo al príncipe tebano;
Los de Micenas solos no vinieron,
Que la pasión del uno y otro hermano
Llena de bandos la ciudad tenía,
Y al sol, ya vuelto atrás, huyendo vía.

Ya la Fama ligera había corrido
A turbar á Atalanta con la nueva
Del hijo en tiernos años atrevido,
Que tras sí á toda Arcadia armada lleva;
Tal sobresalto al punto ha recibido,
Que á tenerse en los pies en vano prueba;
Pero volviendo en sí con nuevo aliento,
El arco arroja y vuela más que el viento.

Esparcido el cabello, va ligera
Por selvas, por peñascos y jarales,
Sin que estorbarle puedan su carrera
De crecidos arroyos los raudales;
Tal sigue al cazador la tigre fiera,
Mirando las pisadas y señales
Del corredor caballo que le lleva
Los tiernos hijos que dejó en su cueva.

Habiendo ya al ejército llegado,
De horror, de confusión y estruendo lleno,
Su hijo al punto, pálido y turbado,
Ocupa el duro suelo y deja el freno;
Y ella, «¿qué es esto, dice, oh hijo osado,
Pobre de fuerza y de prudencia ajeno?
¿Qué virtud, si es virtud la de tu pecho,
Tan atrevido en tierna edad te ha hecho?

»¿Tú has de saber, oh incauto, gobernarte
Entre la confusión de una batalla?
¿Tú has de poder sufrir al duro Marte,
Vestido siempre de pesada malla?
¿Tú, en efecto, en la guerra has de hallarte
Donde la muerte y su temor se halla,
Y en tierna edad á gobernar te pones
La confusión de tantos escuadrones?

»¡Pluguiera al cielo que para esta guerra
Fuerza y edad tuvieras conveniente!
Pero no ha mucho que te ví en la sierra,
Que acometiendo á un puerco osadamente,
Pusiste ambas rodillas en la tierra,
Y yo con planta al punto diligente
Te socorrí; de suerte que, atrevida,
Al puerco le dí muerte y á tí vida.

»¿A qué guerra pudieras ir ahora,
Si allí no te librara de la muerte?
Vuelve á la paz del monte que te adora,
Deja la guerra para edad más fuerte;
Que no con planta y flecha voladora
Allí podrá tu madre socorrerte,
Ni este caballo en cuyos pies te fías,
Tendrá valor para alargar tus días.

»¿Para empresa tan grave y no segura
Tienes, oh hijo, ciego atrevimiento,
En edad para el lecho aun no madura,
De bellas ninfas á quien das tormento?
No sin misterio ¡ay madre sin ventura!
Mis vanas flechas se llevaba el viento,
Y yo, triste, del arco me admiraba,
Porque tan flojo y mentiroso andaba.

»Ni sin causa en el templo una mañana
Ví de repente estremecerse el ara,
Y mudado el sembante de Diana,
Alegre menos y menor de cara.
Deja crecer tu juventud lozana,
Pues tan presto se va la edad avara,
Ó á lo menos espera, incauto mozo,
Que nazca de tu barba el primer bozo.

»Serás ya de tu madre diferente,
Que no es razón que me parezcas tanto,
Y en siendo ya de edad, no solamente
No estorbaré tu gusto con mi llanto,
Pero yo misma, alegre y diligente,
Las armas te daré; vuélvete en tanto,
Que no tienes edad para la guerra,
A ejercitar las armas en la sierra.

»Vosotros los de Arcadia, si ya puede
Moveros mi dolor y desventura,
No lo dejéis partir, que aunque él se quede,
No vuestra escuadra irá menos segura,
Ni faltará quien su gobierno herede
De más fuerza y valor y edad madura;
Mas ¿qué piedad ¡ay triste! habrá en los pechos
De piedra helada ó duro tronco hechos?»

Esto, del hijo y príncipes cercada,
Dice, de miedo y desconsuelo llena,
De todos. pero en vano, consolada,
Que no hay consuelo para tanta pena.
En esto la trompeta deseada,
Dando priesa al partir, horrible suena,
Y ella, dfficilmente desasida
Del hijo, al Rey encomendó su vida.

Del vulgo en tanto en Tebas afligido
No hay quién el miedo y turbación refrene;
Que la Fama las nuevas ha traído
Del campo argivo, que marchando viene;
Con poca diligencia apercibido
Para guerra tan grande el Rey lo tiene,
Que el no tener razón el hado ha hecho
El amor de la guerra en cada pecho.

Y tanto con el pueblo aquèsto pudo,
Que no hay quien acicale el viejo acero,
Ni quien se precie del paterno escudo
Ó de limpiar el corredor ligero;
El bullicio y placer que al vulgo rudo
Suele siempre infundir el dios guerrero,
En temor convertido y en tristeza,
Ha puesto agora en su furor pereza.

Este recién casado está gimiendo
Los dulces años de su bella esposa;
Aquel los tiernos hijos, que creciendo
Van para aquesta guerra peligrosa;
Igual del padre el desconsuelo viendo,
Llora su edad cansada y enojosa;
Que Marte aquí apagó todo su fuego,
Convirtiendo en temor su furor ciego.

El muro y noble alcázar fabricado
Por Anfión con poderoso canto,
Que ya quiso, de almenas coronado,
Igualar en altura al cielo santo,
Ya muestra su vejez en cada lado,
Cansado ya de haber vivido tanto,
Y como si estuviese en paz segura,
Nadie el reparo á su vejez procura.

Pero Beocia, que su daño siente,
Con furor vengativo y rabia inmensa,
Mas bien apercibida y diligente,
De Tebas corre armada á la defensa;
Que por favorecer la amiga gente,
No á la crueldad del Rey perjuro piensa;
Que, como sus maldades aborrece,
Al reino, y no al tirano, favorece.

Y él, como su conciencia ve manchada,
Anda triste, turbado y congojoso,
Cual lobo que de noche en la manada
Ha hecho algún estrago riguroso,
Y va después con planta acelerada,
Volviendo atrás el pecho temeroso,
Por ver si lo han sentido los pastores
Y van tras de él sus perros veladores.

La Fama, de mentiras pregonera,
Buscando á su propósito testigos,
El miedo aumenta y corre á la ligera,
Alborotando al Rey y á sus amigos.
Quién dice que de Asopo en la ribera
Andan ya los caballos enemigos;
Quién junto al Citerón, y alguno jura
Que los vió de Teumeso en la espesura.

Cuál dice que abrasada vió á Platea,
Rendida ya al rigor del campo griego,
Que en las tinieblas de la noche fea
Pudo de lejos divisar su fuego;
Otro después, y halla quien lo crea,
Con prodigios aumenta el temor ciego,
Y alguno, entre otros muchos disparates,
Dice que vió sudar á sus penates.

Otros de Dirce la corriente pura
Dicen que han visto en sangre convertida,
Y á Esfinge y otros monstruos de natura,
Ni vistos ni escuchados en la vida.
Nadie de aquesto la verdad procura,
Que no hay mentira que no sea creída,
Y un caso nunca visto de repente
Acabó de turbar la triste gente.

Una sacerdotisa que solía
Presidir en los coros bacanales,
Y no jamás á la ciudad venía
Sino para avisar algunos males,
Dejando la nevada cumbre fría
De Ogige y sus espesos matorrales,
Entró echando sus cestas por el suelo,
Para significar su desconsuelo.

Dividido en tres partes lleva ardiendo
Pino, que más horror que lumbre ofrece,
Porque la llama de su fuego horrendo
Sangre á los ojos, y no luz, parece;
Por las calles atónitas corriendo
Pasa veloz, y el alboroto crece;
Que el vulgo que la sigue le responde
Á los clamores que en el cielo esconde.

Y con voz ronca y rostro horrible y feo,
Que atemoriza el pecho al más valiente,
«¿A dónde, dice, estás, padre Niseo,
Que así tu patria olvidas y tu gente?
Tú con tirsos herrados por trofeo
Domando estás al Ísmaro inclemente,
Viendo debajo del Arturo helado
Tu pámpano y tu vino respetado.

»Ó ya el túmido Ganges te detiene,
Que no hay otro algún reino que se atreva,
Y con armados escuadrones viene,
Y detenerte el paso en vano prueba;
Ó adonde Tetis su palacio tiene,
Ó adonde nace el Hermes, que oro lleva,
Triunfando estás en carro no vacío
De los despojos del Oriente frío.

»Y nosotros, tu sangre, no tenemos
Quien nos ampare en desconsuelo tanto,
Que por culpas ajenas padecemos,
Llenos de horror, de confusión y espanto;
¿Qué honras y sacrificios te haremos,
Sino de guerra, de temor y llanto?
Que la maldad de un reino injusto ha hecho
Sin armas y cobarde cada pecho.

»Con grande mal nos amenaza el cielo;
Mas antes, padre Baco, me sepulta
Entre la nieve y el eterno hielo
Del Cáucaso ó de tierra más inculta,
Que yo diga el dolor y desconsuelo
Que mi pecho entre lágrimas oculta,
Los monstruos y el horror que aquesta tierra
Tiene de ver en la vecina guerra.

»Mas ¡ay! que en vano ha sido mi deseo,
Tu furor mi silencio ha ya vencido;
Y así, apremiada de él, de un caso feo
Publicaré el horror jamás oído.
Dos toros de una misma sangre veo,
Semejantes en todo, y que han tenido
Entrambos igual honra; mas ¡ay triste!
Que el uno airado con el otro embiste.

»Ya el uno al otro la cerviz entrega,
Frentes y cuernos mezcla el odio fuerte,
Y ambos, venciendo al fin su furia ciega,
Mueren con ira alterna en igual suerte;
A entrambos la victoria se les niega,
Mas tú solo eres digno de la muerte,
Que quieres defender el libre prado,
Campo común de abuelos heredado.

»¡Oh miserables, que vencido y muerto
Con tanta sangre el uno y otro queda,
Y otro que en tanto os mira en el desierto,
De entrambos triunfa y vuestro campo hereda!
Ved que es el fin de la batalla incierto,
No tanto el odio entre vosotros pueda;
Mas ¡ay! que en vano estorbo el mal futuro
Que ordena el hado inexorable y duro.»

Con esto el gran silencio y gran reposo
Quedó con muda lengua y rostro helado,
Sin el furor de Baco poderoso
El corazón y el pecho sosegado;
Mas el Rey, afligido y temeroso,
Y de tanto prodigio alborotado,
A consultar al gran Tiresia vino,
Ciego, sagaz, y en Tebas adivino.

El cual, no las entrañas de animales
Ni el vuelo de los pájaros procura
Para saber los bienes ó los males
Que han de nacer de aquesta guerra dura;
No mira en las estrellas las señales
Que le declaren la verdad futura,
Ni incienso quiere que en sus aras haya,
Cuyo volador humo al cielo vaya.

Sólo quiere que el reino del espanto
Deje salir sus almas desdichadas,
Y abrir con fuerte y poderoso encanto
Sus puertas, aunque siempre están cerradas,
Y suspender sus penas y su llanto
Mientras las tiene en Tebas ocupadas,
Para que alguna el instrumento sea
De la verdad que adivinar desea.

Pero primero al Rey, porque se atreva
A estar á tanto horror de miedo ajeno,
Para limpiarlo del temor lo lleva
A bañar en el manso y claro Ismeno;
Y con humo de azufre y hierba nueva
Lo purga bien al húmedo sereno,
Oraciones diciendo acomodadas
Con tono bajo y voces mal formadas.

De gran vejez antigua selva había,
Donde entrega el Ismeno su corriente,
Tan intrincada, que ni el Sol podía
Ni el viento penetrarla eternamente;
El suelo sólo un amarillo día,
Y poco de la noche diferente,
Confusa imagen de la luz, recibe,
Y allí el horror con el silencio vive.

Tiene también la selva honor divino,
Que siempre allí cazando está Diana,
Y no hay cedro ó laurel, no hay haya ó pino
Que no guarde su imagen soberana;
Y cuando vuelve con mejor camino,
Por verse lejos de Plutón ufana,
Se oye allí de sus perros el acento,
Y flechas suyas rechinar al viento.

Y cuando el Sol altísimo en la tierra
Calor y sueño con su luz derrama,
Cansada entonces de correr la sierra,
Aquí sus ninfas y sus perros llama;
En lo que más oculto está se encierra,
Haciendo de la hierba blanda cama;
Los dardos en la tierra en tanto enclava,
Y pone la cerviz sobre su aljaba.

Fuera está de la selva el campo arado
Por Cadmo, que de huesos se está lleno,
Y á manchas de la sangre matizado
De los hermanos que engendró en su seno;
Bien fué el primero labrador osado,
Que después del húmedo terreno,
Aun de aquellos hermanos no seguro,
Labró con mano osada y pecho duro.

Vense en aqueste campo aún todavía,
Sin saber los autores, mil insultos,
Y en el silencio de la noche fría
Salir á vana guerra algunos bultos;
Y aun suelen escuchar en medio el día
Rumores, alborotos y tumultos;
Huyen los bueyes y el gañán turbado,
Dejándose en los surcos el arado.

Aquí, por ser tierra acomodada
Para los sacrificios del infierno,
Que solamente del lugar se agrada
Donde hay sangre, crueldad y horror eterno,
Del ganado más negro una manada,
Color que alegra al rey del lago Averno,
El adivino trajo muy lucida,
Y entre muchas manadas escogida.

Tristes sin el clamor de sus ganados,
Llenos de horror, de soledad y espanto,
Dirce y el Citerón, ya despojados,
Se quedaron quejando al cielo santo;
Y sus vecinos valles, asombrados
Y atónitos de ver silencio tanto,
Mudos sus huecos senos ya tenían,
Que á los balidos responder solían.

Para los sacrificios infernales
Con su mano, aunque ciego, el agorero
Los cuernos de diversos animales
De azules vendas adornó primero;
Y puesto de la selva en los umbrales,
Alzando en alto un azadón de acero,
Nueve veces hirió en la tierra dura,
Haciendo en ella un hoyo ó sepultura.

Ática miel y leche del verano
Mezcla con vino y sangre que han vertido
Puercos sacrificados por su mano,
Que lo primero de la ofrenda han sido;
Luego el hoyo y en torno el campo llano
De esta mezcla y licores ha ofrecido,
Antes de dar principio á su conjuro,
Cuanto pudo beber el suelo duro.

Después de leña encima hace un monte,
Pero primero que le aplique el fuego
Y que su llama ofenda al horizonte
Con olor infernal y humo ciego,
Tres á las negras hijas de Aqueronte
Altares hizo, y otros tantos luego,
Alzados poco de la tierra llana,
Por sus tres formas levantó á Diana.

Otro á Plutón, más alto, ha dedicado,
Y allí junto á Proserpina levanta,
Aunque no tanto de la tierra alzado,
Otro con honra y reverencia tanta;
Luego de los altares cada lado
Adorna de ciprés, funesta planta,
Y los ya consagrados animales
Ofrece á las deidades infernales.

Caen heridas en la tierra dura
Las mansas fieras, y su hija Manto
En tazas recibió la sangre pura,
Y atento el viejo padre calla en tanto;
Alguna derramó en la sepultura,
Y otra guardó para el futuro encanto;
Luego en torno tres veces se pasea
Y las aras y víctimas rodea.

Los muertos animales abre luego,
Y las entrañas vivas todavía
Pone en la leña, á quien aplica el fuego
Con negros ramos que encendido había.
Luego que sintió el viejo el humo ciego
Y el rumor que en la leña el fuego hacía,
Clama, la tierra con rigor hiriendo,
Tiemblan las aras al clamor horrendo.

«Sillas, dice, y ministros inhumanos
Del espantoso reino de la Muerte,
Y tú, que, el más cruel de tus hermanos,
Las penas riges que te dió la suerte,
Y en ellas puedes con osadas manos
Suspender ó aumentar el dolor fuerte,
Porque á tí solo, rey del negro mundo,
Obedecen las penas del profundo;

»Abrid á mí, que os llamo, y cada pena
Suspended, aunque eterna y perdurable;
Vengan las almas á esta luz serena,
Salga acá fuera el vulgo miserable,
Vuelva Caronte con la barca llena,
Y abra luego el portero inexorable;
Mas no salga de un modo solamente
La venturosa y la perdida gente.

»Los que han vivido en los Elisios prados,
Gente en vida y en muerte venturosa,
Vengan por el cilenio dios guiados,
Su vara obedeciendo poderosa;
Mas á los que murieron en pecados,
Con azote y culebra rigurosa
Sirva la airada Tesifón de guía
Hasta llegar á la región del día.

»La triste gente que de Cadmo fiero
Fué para desventuras producida
De número mayor, saldrá primero,
Pues de ella sola importa la venida;
Y no con tres cabezas el Cervero
Salga á ladrar ni estorbe su salida,
Y al fin, á alma ninguna me detenga
Que á obedecer á mi conjuro venga.»

Dijo; y luego su hija y él atentos
Del sacrificio y del conjuro hecho
El fin esperan, de temor exentos,
Por la deidad que estaba en cada pecho.
Sólo el Rey al horror de sus acentos,
Ya sin valor y del temor deshecho,
Temblando está, y al sacerdote asido,
Ya de su loco intento arrepentido.

Pésale de haber sido tan osado
En ver el sacrificio, y ya quisiera
Que no hubiera el conjuro comenzado,
al menos retirarse, si pudiera.
Tal de Getulia el cazador osado,
Que espera en monte espeso alguna fiera
Con el venablo de templado acero,
Oye bramar de lejos el león fiero;

Turbado escucha y del rumor se admira,
El pelo se le eriza, y temeroso
Acá y allá con ojos y alma mira,
Sin ver lo que es, atónito y dudoso;
Ya del temor helado, se retira,
Y ya quiere esperar, como animoso,
Ya con el alma la distancia mide;
Que á los ojos la vista el miedo impide.

El ciego sacerdote, ya impaciente
De no haber sido obedecido luego,
«Téstigos, dice, hago, oh triste gente,
Infernales cavernas, mundo ciego,
Los dioses que teméis eternamente,
A quien hice estas aras y este fuego,
Que me tiene ofendido la tardanza
Con que ya desmentís mi confianza.

»¿Pensáis, gente perdida, que mi encanto
De algún humilde sacerdote ha sido?
Si os lo mandara con rabioso canto
Tésala, maga, hubierais ya venido,
Ni aun os hubierais detenido tanto
Si con veneno infame y atrevido
La cruel maga de Colcos os llamara;
Que ya el infierno pálido temblara.

»Y ¿para mí estáis sordos? ¿Qué osadía
Es ésta? ¿Ha procedido por ventura
Porque huesos antiguos de urna fría
Ó el cadáver de alguna sepultura
Sacar no quiero á la región del día,
Ni con osada lengua y voz perjura
A los dioses del cielo y del Erebo
Con mezcla infame á profanar me atrevo?

»¿Es porque no destrozo y rompo el pecho
A los cuerpos de vida ya vacíos,
Ó porque sacrificio no os he hecho
Con entrañas de humanos cuerpos fríos?
Aun se está mi vejez de algún provecho;
No despreciéis aquestos años míos
Ni esta mi ceguedad, que sé enojarme,
Y cuando quiero, á mi placer vengarme.

»Y todo aquello sé, reino Leteo,
Exento del rigor de la fortuna,
Que se suele decir, y el nombre feo
Que temblar hace á la infernal laguna;
Y sé, pero respetó al gran Timbeo,
Turbar su luz y obscurecer la Luna,
Y el nombre en los tres mundos respetado
Del mayor Dios, temido, aunque inorado.

»Y cállolo, que al fin respeto tanto
Le debo á mi vejez; mas tengo brío
Para haceros.....» En aquesto Manto,
«No más, dice; esto basta, padre mío;
Ya te obedece el reino del espanto,
Y el vulgo, que de sangre está vacío,
Se acerca, y ya la sombra se destierra
Del caos abierto y de la oculta tierra.

»Ya se descubre un monte y otro monte,
Llenos de negras selvas infernales,
Y en las tristes orillas de Aqueronte
Los grandes y abrasados arenales;
Y ya el humo se ve de Flegetonte,
Lleno de tantos fuegos inmortales,
Y Estige, que al infierno el paso impide,
Y en nueve campos su raudal divide.

»Veo al mismo Plutón pálido y triste,
Sentado en un sublime y negro asiento;
Con sus hermanas Tesifón le asiste,
De sus funestas obras instrumento;
Y aunque en vano Proserpina resiste
La fuerza del injusto casamiento,
Ya está obediente á su marido feo,
Y el tálamo y el lecho triste veo.

»La Muerte, que acechando está sentada,
De su callado Rey los pueblos cuenta,
Y en alta silla, de almas rodeada,
Minos, teniente de Plutón, se asienta;
Con amenazas pide y voz airada
De la pasada vida estrecha cuenta,
Y de cada pecado la ganancia,
Hasta la más pequeña circunstancia.

»¿Quién contará los Scilas y gigantes
De quien tantas cavernas están llenas,
Y los fieros centauros que arrogantes
Están, en menosprecio de sus penas?
Y de estos y otros monstruos semejantes
¿Quién contará los hierros y cadenas,
Ó medirá la sombra de Briareo,
Con cien brazos, disforme, horrible y feo?»

«No te canses, responde, oh hija mía,
Báculo firme y único gobierno
De esta ciega vejez cansada y fría,
En publicar las penas del infierno.
¿Quién no sabe la hambre y la sequía
Que en medio el engañoso lago Averno
Tántalo está sufriendo, y quién agora
El gran peñasco de Sisifo ignora?

»¿Quién no sabe que Ticio por osado
Está de buitres alimento hecho,
Y que le da el horror de su pecado
Para pena inmortal eterno pecho?
De Ixión, que va con paso acelerado
De sí mismo huyendo sin provecho,
¿Quién ignora la rueda del tormento,
Pena que mereció su atrevimiento?

»Cosas son por el mundo muy sabidas
Todas aquesas penas y tormentos,
Y Hécate de esas penas tan temidas
Me llevó á ver un tiempo los asientos;
De mí fueron entonces conocidas
Y escuché los gemidos y lamentos,
Cuando mejor de sangre y más valiente
Aun no la luz faltaba de mi frente.

»Las almas solamente aquí me llega
Que de Argos y de Tebas han pasado,
A aquestas solas acaricia y ruega,
Que solamente á aquestas he llamado;
A toda la demás canalla ciega,
Habiéndola tres veces rociado
Con leche, manda que de aquí se aleje,
Que atrás se vuelva y que la selva deje.

»Luego de estotra gente, cuya suerte
Es á nuestro propósito importante,
Cuando llegue á beber la sangre advierte
De cada cual el hábito y semblante;
Cuál parece más flaca y menos fuerte,
Y cuál más animosa y arrogante,
De cada cosa nota el ser y forma,
Y esta mi ceguedad de todo informa.»

De todo aquesto información le pide
El padre; y luego obedeciendo Manto,
A algunas almas el llegar impide,
Y otras algunas llegan á su canto.
Así las almas rige y las divide,
Como Circe á los hombres con su encanto,
Que algunos en la suya detenía,
Y otros en varias formas convertía.

«Cadmo, dice, el primero se adelanta,
Y con su esposa Harmonia á beber viene;
El uno y otro con la vista espanta,
Que en su cerviz una culebra tiene;
Los que llegan después con priesa tanta,
Que apenas hay quien su furor refrene,
Aquellos son que de la tierra fría
Nacieron, y su edad fué sólo un día.

»Fiero escuadrón con armas impaciente,
Que no hay quien del ajeno acero huya,
Y solos ellos, entre tanta gente,
No hacen caso de esta sangre tuya;
Sólo quisieran con furor ardiente
Hartarse, si pudieran, en la suya,
Y al fin, ya que á la sangre llegar quieren,
Se estorban, se atropellan y se hieren.

»Hijas de Cadmo y nietas llegan luego,
Antonoe, viuda, y con su hijo Ino,
Que viendo de Atamante el furor ciego,
Huyen con Meliserta al mar vecino;
Semele llega, que el divino fuego
Sufrió por pretender honor divino,
Y el vientre, de aquel fuego que le ofende
Con los brazos lo cubre y lo defiende.

»Libre ya del furor, sigue á Penteo
Su madre Agabe, bacanal tebana,
Y él los valles y senos del Leteo
Cruza, huyendo de la madre insana;
Y llega, al fin, despedazado y feo,
Sin haber en su cuerpo cosa sana,
Donde llora su muerte Equión, su padre,
Y el gran furor de la infelice madre.

»Lico se acerca y Sísifo gimiendo,
Cargado el hombro con la piedra dura,
A la espalda los brazos retorciendo,
Y aun trata de su entierro y sepultura;
De sus perros seguido, Acteón huyendo,
Aun no mudado de hábito y figura,
De cuernos adornado, aparta en vano
Los perros y las armas con la mano.

»Ya llega la caterva aborrecida
De Niobe, envidiosa y arrogante,
Que por ser con los dioses atrevida
Muertos catorce hijos vió delante;
Con tanta desventura aun no rendida,
Que más soberbia y con feroz semblante,
Perdido ya el temor, con lengua insana
Injurias dice á Apolo y á Diana.»

Aquesto Manto al padre le decía,
Cuando el viejo adivino de repente
En su vejez cansada, helada y fría
Aliento nuevo y fuerza nueva siente:
«No más, dice; esto basta, hija mía»;
Y erizadas las vendas de su frente,
Del suelo se levanta alborotado,
Ni á su hija ni á báculo arrimado.

«No ya tus ojos ni tu luz deseo,
Dice, ni ya mi ceguedad me aqueja;
Ya el nublado enojoso, negro y feo
Libres mis ojos y mi rostro deja;
Cuanto has contado claramente veo;
¿Quién de mí tanta obscuridad aleja?
¿Hame dado esta luz el mismo Apolo,
Ó es favor éste del infierno sólo?

»Pero ¿qué es esto? ¡Que la gente griega,
Puestos los ojos en el duro suelo,
Tan triste y llena de humildad se llega,
Sin osar levantar el rostro al cielo!
Sin duda la victoria se les niega;
Que de su turbación y desconsuelo,
Señales del rigor de su destino,
Mejor suceso á Tebas adivino.

»No igual de miembros, Pélope delante
Viene, y luego tras de él llega Preteo,
El bravo Enómao y el guerrero Avante,
Y el manso y agradable Foroneo;
Mas ¿qué escuadrón es éste que arrogante,
Lleno de sangre y de heridas veo,
Y con falso clamor y armada mano
Hacia acá viene, amenazando en vano?

»Refrenad el furor que os ciega en vano,
Oh noble gente, en Tebas tan llorada,
Y no penséis que fué consejo humano
Causa de vuestra muerte desdichada;
Orden fué y fué rigor del hado insano,
Que obedeció la Parca acelerada;
Fué caso inevitable y suerte dura,
Que vida que es mortal no está segura.

»Rey, sin duda son éstos los cincuenta
A quien dió muerte el griego mensajero,
Que ufano y victorioso con tu afrenta,
A Argos volvió más arrogante y fiero;
¿No ves que airado Cromio se presenta?
Y ¿no ves á Meonte el agorero,
Que de sacro laurel guirnalda tiene,
Y más insigne y venerable viene?

»La vuestra muerte y vuestro mal pagamos;
Refrenad el rigor y el odio feo,
No libres de la guerra horrible estamos,
Que otra vez esperamos á Tideo.»
Dijo; y alzando los vendados ramos,
Mojados en las aguas del Leteo,
Las sangre les enseña, y los desvía,
Su furor enfrenando y su osadía.

De Cocito á la orilla estaba en tanto
Layo, que habiendo á Jove obedecido,
Había ya vuelto al reino del espanto,
Por el cilenio dios restituído;
No lo mueve la fuerza del encanto,
Que habiendo al Rey, su nieto, conocido,
La sangre y el conjuro despreciando,
Con un odio inmortal lo está mirando.

«Rey, el mejor que respetado habemos,
Le dice el sabio, en Tebas deseado,
Por cuya triste muerte padecemos
El gran rigor del enemigo hado,
Pues nunca desde entonces visto habemos
En aqueste tu alcázar desdichado,
A quien el mundo respetar solía,
Algún alegre y favorable día.

»Baste ya tanta sangre derramada
Y los males que estamos padeciendo;
Ya está tu muerte injusta bien vengada;
¿Adónde, miserable, vas huyendo?
Ya el hijo que aborreces, cuya espada
Te privó de la vida, está sufriendo
Con larga y triste muerte inmensos males,
Mayores que las penas infernales.

»Ya condenado á eterna noche obscura
Yace muriendo en miserable suerte,
Sin poder ver del sol la lumbre pura,
Rendido ya al dolor el pecho fuerte.
Créeme, que es mayor su desventura
Que la más desastrada y triste muerte;
Mas si de sola su crueldad te quejas,
Tu nieto, ¿en qué pecó, que de él te alejas?

»El enojo y pasión de tí destierra,
No aborrezcas sin causa á un inocente;
Llega á beber la sangre de la tierra,
Pues está tu enemigo hijo ausente;
Y dinos los sucesos de esta guerra,
Y el bien ó el mal de tu afligida gente,
Ó ya á piedad y á lástima movido,
Ó ya como enojado y ofendido.

»Y si dádivas pueden obligarte,
En habiendo cumplido el gusto mío,
Prometo, en premio de esto, de pasarte
En libre barca el prohibido río;
Y porque tenga efecto, haré darte
En sagrado lugar sepulcro pío,
Y con mis sacrificios funerales
Pasarás á los dioses infernales.»

Con prometidas honras ya aplacado,
Moja en la sangre derramada el labio,
Y viéndose vencido y obligado,
Así responde al sacerdote sabio:
«Oh tú, que á tantas almas has llamado,
¿Por que á mí solo haces tanto agravio?
¿Por qué entre tantas almas escogido
Para avisar lo venidero he sido?

»Baste que mi pasado desconsuelo
Eternamente en la memoria tenga,
Que es vergüenza que un nieto al muerto abuelo
Pidiendo avisos tales entretenga.
Aquel traidor, infamia de este suelo,
A semejantes sacrificios venga;
Aquel que, habiendo dado muerte al padre,
Engendró hijos en su propia madre.

»Y aun agora á las Furias infernales
Con importuno lamentar fatiga,
Invocando á los dioses celestiales
Porque esta infame guerra se prosiga;
Pero si yo los venideros males
Quieres, al fin, que á mi pesar te diga,
Diré de aquesta guerra, aunque forzado,
Lo que me permitiere el libre hado.

»¡Gran guerra! Viene innumerable gente
De toda Grecia, en Argos conjurada,
De armas, trajes y lenguas diferente,
Y de Marte fatal estimulada;
Pero de tanto capitán valiente
Tebas verá la sangre derramada,
Y en sus grandes estragos y rüinas
Armas del cielo y muertes peregrinas.

»Privados se verán de sepultura
Mil nobles cuerpos en la dura tierra,
Y Tebas, tras de tanta desventura,
Llevará lo mejor de aquesta guerra;
El hado la victoria le asegura,
La congoja y temor de tí destierra;
Que el enemigo hermano que te ofende
No ha de alcanzar el reino que prètende.

»Mas ¡ay! que ha de vencer el padre fiero
Con doblada maldad y furia fea,
Y al fin, de dos espadas el acero
Le ha de dar la victoria que desea.»
Dijo; y dejando al Rey y al agorero,
Volvió ligero á la región letea,
Y ellos, sin entender lo que escucharon,
Dudosos y confusos se quedaron.

En tanto el campo griego fatigado
Pasaba por las selvas de Nemeo,
Por Alcides famoso y celebrado,
Como testigo de su gran trofeo;
Tan arrogante viene y confiado,
Que ya imagina el más humilde aqueo
Que ufano vencedor vuelve á su tierra,
Rico con los despojos de la guerra.

Mas en medio este ardor del campo griego,
Cuando con más furor y confianza
Por Tebas pensó entrar á sangre y fuego,
Cortó fortuna el hilo á su esperanza;
¿Quién pudo refrenar su furor ciego?
¿Y qué error fué ocasión de su tardanza?
Tú, Febo, el caso cuenta, y tú descubre
Lo que en su antigüedad el tiempo cubre.

Del ya domado Oriente se volvía
El libre Baco, ufano y victorioso,
Ya que sus fiestas enseñado había
Al Trace fiero y Geta bélicoso;
Ya la siempre nevada tierra fría
Del Otri helado y Ródope famoso,
Verde y rica de pámpanos, dejaba,
Y así á su patria vencedor tornaba.

Su carro, de racimos adornado,
Cerca llegaba del materno muro.
De mansos tigres que domó tirado,
En los frenos lamiendo el vino puro;
Manchados linces lleva á cada lado,
Cuya vista penetra al suelo duro,
Detrás osos y lobos medio muertos,
Cual vencedor de montes y desiertos.

Tras de él desordenados pasan luego
Los Sueños, el Horror y el Desvarío,
Con soberbia mayor el Furor ciego,
Y la Ira llena de rebelde brío;
La Virtud y el Ardor llenos de fuego,
Y perdido el color el Miedo frío;
Campo confuso, al fin, bravo y horrendo,
Cual es el capitán que van siguiendo.

Yendo, pues, hacia Tebas caminando,
Dichosa cuna de su tierna vida,
Divisó el campo griego levantando
Gran polvoreda, en nubes convertida;
Las armas viendo al sol reverberando,
Y que Tebas no estaba apercibida,
Turbado del dolor, el carro pára
Al gran peligro de su patria cara.

Y aunque flojo, pesado y soñoliento,
Despierto del temor de tantos males,
Hace al punto cesar cada instrumento,
El tumulto y estruendos bacanales;
Sosiégase el rumor y calla el viento,
Enmudeciendo flautas y atabales;
Y viendo al campo atento, aunque confuso,
Así su enojo y su temor propuso:

«A mí propio, á mi gente y á mi tierra
Amenazando aqueste campo viene,
Sin que haya arroyo, valle, llano ó sierra
Que lo detenga y su furor refrene;
Bien lejos la ocasión de aquesta guerra
Su fundamento y su principio tiene;
Que mi airada madrastra sola ha sido
Quien á Argos contra Tebas ha movido.

»¿Tan pequeña venganza fué la muerte
De mi madre, en cenizas convertida,
En cuyo fuego y miserable suerte
Tan cerca estuve de perder la vida,
Que de nuevo con odio eterno y fuerte
Procura de mi sangre aborrecida
Borrar del todo el nombre desdichado
Y acabar las reliquias que han quedado?

»¿Tanto á un pecho divino un odio obliga,
Que por él hace á Tebas guerra dura,
Sólo por deshacer de su enemiga
El nombre y venerable sepultura?
Pero en vano se cansa y se fatiga,
Que aunque más á su ejército apresura,
Yo se lo detendré con mis engaños,
Y de mi patria estorbaré los daños.

»Hacia adonde aquel polvo se levanta,
Oh ministros alegres de mi intento,
Procurad de marchar con priesa tanta
Que primero lleguemos que no el viento.»
Dijo; y sus mansas tigres su voz santa
De suerte obedecieron al momento,
Que con presteza igual á su deseo
Llegaron á las selvas de Nemeo.

Era cuando más alto tiene al día
El Sol en la mitad de su jornada,
Y el bosque más espeso recibía
En sus obscuros senos luz dorada;
Al tiempo que la tierra más ardía,
Por mil partes abierta y abrasada,
Por ellas exhalando el duro suelo
Un espeso vapor que sube al cielo.

Las diosas de las aguas llama, y luego,
«Ninfas, dice, que libres del estío,
Burláis de su calor y de su fuego,
Y tanta parte sois del honor mío,
Esconded vuestras aguas á mi ruego;
Secad cada laguna y cada río,
Y de la argiva tierra cada fuente
Por un poco de tiempo solamente.

»Principalmente al campó de Nemeo
Quitad agora el agua cristalina,
Por donde caminando el campo aqueo,
A mi pesar á Tebas se avecina;
El mismo Febo ayuda á mi deseo,
Y cada estrella á mi favor se inclina;
Qué agora más que nunca rigurosa,
Ábrasa la canícula espumosa.

»Y yo vuestros bellísimos raudales
Aumentaré después, y agradecido,
En lugar de agua os volveré cristales
Por este beneficio recibido;
Grande parte en mis fiestas principales
Tendréis si soy agora obedecido,
Y honradas en mis himnos y cantares,
Los dones gozaréis de mis altares.

»Refrenaré del fauno más osado
El lascivo furor y la violencia,
Y ninguno jamás por mí obligado,
Para ofenderos tomara licencia.»
Dijo; y obedec do y respetado,
Hizo luego de suerte la experiencia,
Que de sed fatigado, ya quisiera
Que no tan presto obedecido fuera.

Heridas del rigor del nuevo fuego,
Ve secas las guirnaldas de su frente,
Y de sus carros enramados luego
Los pámpanos marchitos de repente;
Sécase el verde humor del campo griego,
Húyese cada arroyo y cada fuente,
Y, en cieno los estanques convertidos,
Luego se ven al sol endurecidos.

No le aprovecha al valle su hondura
Ni que de ella jamás el Sol se acuerde,
Que al fin su alegre yerba no segura
Su libertad y su frescura pierde;
Marchítase la mies aun no madura,
No queda en todo el suelo cosa verde,
Vénse las plantas de su honor privadas,
Desnudas, amarillas y abrasadas.

Fatigado de sed está el ganado
En algún río, adonde siempre nada,
Que de sus esperanzas mal burlado,
Bebe en la seca orilla deseada;
Tal cuando vez alguna se ha olvidado
El Nilo de inundar su tierra amada,
Seco, abrasado, estéril y marchito
Suele hallarse el caluroso Egito.

Sus montes y sus valles humeando,
Y la tierra cansada y afligida,
Por mil partes abierta y anhelando,
Del padre Nilo esperan la venida;
Hasta que, al fin, sus ruegos escuchando,
Que aunque castiga Dios, no siempre olvida,
Baña los campos y la tierra empreña,
Y flores pone en la desnuda leña.

Ya al claro Asterión y ya á Lirceo
A pie enjunto los pasa el caminante,
Y Lerna, que de Alcides vió el trofeo,
Sufre también desdicha semejante;
Inaco, rey de tanto arroyo aqueo,
Y Caradro, soberbio y arrogante,
Que las plantas y peñas arrancaba,
Ya pobre aquél y aquéste humilde estaba.

Aunque de lejos recordar solía
De noche á los pastores Erasino,
Tan mudo y manso va, que aun no podía
Cubrir menuda arena de camino;
Sólo sus aguas conservó Langía,
No sin acuerdo y parecer divino;
Langía, que no entonces conocido,
Noble después por Arquemoro ha sido.

Mayor fama después y mayor gloria
Las lágrimas de Hisípile le dieron,
Cuando los griegos, por saber su historia,
De la muerte de Ofelte ocasión fueron;
Y luego, eternizando su memoria,
Juegos y sacrificios le hicieron,
Que cada tercer año eternamente
En su honor celebró la griega gente.

Buscando, pues. el agua deseada,
Rendido ya de sed el campo arg vo,
No hay quien sufra el escudo ó la celada,
Que de las armas sale un fuego vivo;
La lengua sin humor y fatigada,
Éntrase al pecho el fuego vengativo,
Y bate apriesa en él con nueva pena,
Secándole la sangre en cada vena.

Cerrado el cuello, ya seca la boca,
Acobardado el corazón, suspira,
Que como el fresco humor el Sol le apoca,
No con el aire del pulmón resp ra;
Hirviendo el gran calor la sangre poca,
A las secas entrañas se retira,
Y del vapor que exhala cada pecho
Nubes de polvo de la tierra ha hecho.

Al freno y á la espuela no obediente,
Fatigado el caballo generoso,
Inclina la cerviz y altiva frente
Hasta besar el suelo caluroso;
Ya por peso excesivo al dueño siente,
Y sin que el seco freno riguroso
Tiña de blanca espuma, sin aliento
La lengua saca á su pesar al viento.

El noble rey Adrasto, que sentía
El daño de su campo fatigado,
A los estanques de Licinio envía
Por ver si algunas aguas le han quedado;
Mas ni en el lago de Amimón había
Ni en ellos el socorro deseado,
One al fuego general que llueve el cielo
No hay lugar reservado en todo el suelo.

Ni hay esperanza alguna en tanta pena
Que llover pueda el cielo endurecido,
Cual si al seco desierto de Siena,
Nunca de nube alguna humedecido,
O si de Libia á la abrasada arena
En el rigor de Julio hubieran ido;
Y al fin, tanto anduvieron, que hallaron
Para mal suyo el agua que buscaron.

En una selva á Hisípile sentada,
Que así Baco ordenaba su rüina,
Hallan, y aunque al estruendo alborotada,
Su hermosura pareció divina;
Al tierno Ofeltes, prenda desdichada,
Cuyo fin riguroso se avecina,
Hijo del rey Licurgo, al pecho tiene,
Y así ocupada por el campo viene.

Una casa de campo cerca había,
Adonde el Rey alguna vez asiste;
Y así, de ella á la selva se salía
Con el hijo infelice, el alma triste;
Y aunque al infante tierno al pecho cría,
Y ropas llenas de humildad se viste,
Descubre el rostro una real grandeza,
A pesar de sus males y tristeza.

Lleno de admiración el Rey anciano,
«¡Diosa, le dice, poderosa y santa,
One no puede caber en pecho humano
Tal majestad y hermosura tanta;
Tú, que alegre á pesar del tiempo insano,
No buscas aguas, y con libre planta
Vas por aqueste campo, favorece
A esta gente afligida que padece!

»Ó ya del casto coro de Diana
Al tálamo dichoso hayas venido,
Ó del amor de Júpiter ufana,
Hayas el tierno infante recibido,
Pues no es la primer vez que en forma humana
A tálamos de Grecia ha descendido,
Mira la sed que aqueste campo lleva,
Y el mal de tantos á piedad te mueva.

»Por asolar á Tebas conjurados,
Enemigo común, venido habemos,
Y con sed por el hado acobardados,
Llevar las duras armas no podemos;
Da á tantos escuadrones fatigados
La vida y el favor que pretendemos,
Ó clara ó turbia y negra el agua sea,
De bella fuente ó de laguna fea.

»Cualquiera será bien agradecida,
Y pues en vez de Jove á tí acudimos,
Con nuestros ruegos á piedad movida,
Enséñanos el agua que pedimos;
Que á todo un campo le darás la vida
Si de tí bien tan grande recibimos,
Y la fuerza y valor, al sol deshechos,
Volverán á nacer en nuestros pechos.

»Así crecer el peso amado veas
Con buena estrella que tu gloria aumente,
Y todo cuanto esperas y deseas
De Júpiter alcances fácilmente;
Que en mal tan grande nuestro amparo seas,
Que si volver el hado nos consiente,
Prometo de dejarte en esta tierra
Gran parte del despojo de la guerra.

»Con alegres cantares é himnos santos
Tanta oveja tebana he de ofrecerte,
Que igualen con el número de tantos
Como agora librases de la muerte;
Y un ara rica te haré, que á cuantos
Trajere aquí su buena ó mala suerte
Cuente mi obligación para tu gloria,
Quedando en bronce eterna la memoria.»

Dijo; y apenas alcanzó el resuello
Para acabar de pronunciar aquesto,
Y la afligida voz pegada al cuello
Hizo su gran peligro manifiesto.
Hisípile, inclinado el rostro bello,
Humilde y grave, y como bello honesto,
«No, dice, diosa soy, aunque en el cielo
Puedo decir que tengo algún abuelo.

»Y pluguiera á los dioses celestiales,
Ya que tantos favores no merezco,
No fueran mis desdichas inmortales,
Pues no lo soy y de ese honor carezco;
Pero tal es la fuerza de mis males,
Que es eterna la pena que padezco,
Y aunque os pudo admirar mi hermosura,
Soy una esclava triste y sin ventura.

»Y este pequeño infante que á mi pecho
Alimento recibe, es prenda ajena,
Y no sé ¡ay desdichada! qué se han hecho
Dos que el cielo me dió para mi pena;
Y aunque desdichas en ajeno techo
Me tienen de dolor y llanto llena,
Donde siempre obedezca y otro mande,
Rey padre tuve un tiempo y reino grande.

»Mas ¿de qué sirve la tragedia mía,
Si no mitigo mi dolor con ella
Ni el gran ardor del riguroso día,
Y os detengo y dilato el agua bella?
Seguidme, pues, que cerca está Langía,
Que, aunque á pesar de la abrasada estrella
De el sirio can, conserva en su corriente
Sus aguas de cristal eternamente.»

Así dijo; y por ir á la ligera,
Deja en el suelo al niño desdichado,
Cual lo ordenaba el hado y parca fiera,
A unos céspedes secos arrimado;
Llora el mísero infante, que quisiera
No verse desasir del pecho amado,
Y ella, con mil caricias que le hace,
Su llanto templa y su temor deshace.

Al tierno Jove así dejó en naciendo
Su madre Berecinta, que atrevida
A las curetas lo entregó, queriendo
En sus clamores amparar su vida.
Ellos con roncos sones tal estruendo
Hacen, que resonaba el monte de Ida,
Y el pequeñuelo dios lloraba tanto,
Que igualaba al estruendo con su llanto.

Quédase, pues, el desdichado infante
Sobre la seca yerba retozando,
De sus futuros males ignorante,
Ya el rostro atrás volviendo, y ya trepando;
No hay pequeño rumor que no lo espante;
Y así, mil veces con temor gritando,
Con balbuciente lengua y tierno labio
Mudas querellas forma de su agravio.

Tal siendo el fiero Marte pequeñuelo,
De Odrisia andaba entre la nieve fría,
Y así Mercurio, embajador del cielo,
Por el monte Menalio andar solía.
Y de esta suerte en el materno Delo
El rubio Apolo en su niñez vivía,
Antes que administrase aquél la espada.
El carro aquéste, aquél la planta helada.

Siguiendo al ama incauta va ligera,
Más alentada ya la griega gente,
Y aun ya se queda atrás, que nadie espera,
Con la gran sed, á amigo ni á pariente;
Y ya que cerca están de la ribera,
Escuchan el rumor de la corriente;
Que, como entre peñascos va Langía,
Lejos el agua resonar se oía.

Llegó un alférez abrasado en fuego,
Adelantando su caballo al agua,
Y mojando el pendón en ella luego,
Lo levantó, diciendo á voces: «¡Agua!»
Oye la alegre voz el campo griego,
Y luego todos respondieron: «¡Agua!»
Agua, repiten, agua, hasta tanto
Que todo el campo corre el nombre santo.

Así, cuando en la orilla alguna ermita
Descubre la galera que navega,
La gente, saludando el nombre, grita
Con alegre clamor que á tierra llega;
El cómitre primero los incita,
Y luego la obediente chusma ciega,
El nombre repitiendo, al son responde,
Y alegres voces en el cielo esconde.

Llega al agua la turba presurosa,
Mezclada sin alguna diferencia,
Que, á todos igualmente rigurosa,
La sed no guarda á nadie preeminencia;
La humilde entre la gente poderosa
Se arroja, sin respeto y reverencia,
Y tal puso en alguno osada mano,
Que echó de ver después que era su hermano.

A echarse al agua van precipitados
Caballos ya furiosos y atrevidos,
Con los dueños encima y enfrenados,
Ó tirando del carro al yugo unidos;
Y esotros animales ocupados,
No bien en tanta confusión regidos,
Con las pesadas cargas ya ligeros,
Quieren llegar al agua los primeros.

Cuál desde una alta peña osadamente
No duda, viendo el agua, de arrojarse,
Y cuál, atropellado de la gente,
Se ve en ella á peligro de ahogarse;
Y aun temen en mitad de la corriente
Que el agua, y no la sed, ha de acabarse;
Y así, ni al capitán el mochilero,
Ni respeta á su rey el escudero.

Gimen las ondas al estrago duro
Que ven en su cristal hermoso y frío,
En vano defendido, limpio y puro,
Del gran rigor del caluroso estío;
Ya es turbio y pobre arroyo aun no seguro
El que era rico y cristalino río,
Y no las aguas solamente pierde,
Que no queda en su orilla cosa verde.

Y aunque en cieno trocada el agua bella,
Su curso alegra y su rumor regala,
Y mil veces alguno bebe de ella;
Que para tanta sed no hay agua mala.
Cuál riñe con aquel que lo atropella,
Cuál se ase de una peña, cuál resbala,
Cuál guarda el agua turbia en la celada,
Cuál el escudo pierde y cuál la espada.

Si el gran estruendo alguno acaso ha oído
Entre dos campos al pasar de un vado,
Ó al entrar por el muro combatido
Victorioso enemigo campo osado;
Tal imagine que es el gran rüido
Que al beber de estas aguas ha pasado,
Que viva imagen es de una batalla,
Donde la misma confusión se halla.

Parado alguno en la ribera fea,
De tantos pies hollada y ofendida,
El más piadoso de la gente aquea
Así dijo con alma agradecida:
«Reina de esotras selvas, gran Nemea,
De Júpiter mil veces escogida
Para encubrir sus hurtos amorosos
En tus ocultos senos venturosos;

Tú, que agora no menos trabajosa
Con sed has sido á todo un campo entero,
Que en otro tiempo á Alcides peligrosa,
Cuando osado abrazó tu monstruo fiero,
Baste ya tu rigor, y más piadosa
Nos recibe en el tiempo venidero;
Que al fin el pueblo griego es prenda tuya,
Tuyo es su bien, y tu deshonra suya.

»Y tú, cortés y venturosa fuente,
Que al mar tributo de cristal envías,
Sin que jamás deshaga el sol ardiente
El curso eterno de tus aguas frías,
Corre con tu bellísima corriente
Noches alegres y dichosos días,
No de extraño caudal ó de agua ajena,
Mas de tí misma eternamente llena.

Que á nadie el agua tu corriente debe,
Pues ni las avenidas del invierno
Ni al sol de Julio derretida nieve
Hacen crecer jamás tu curso eterno;
Ni el Euro helado á tu cristal se atreve
Cuando tiene de nubes el gobierno,
Ni el arco aumenta tu corriente bella,
Ni jamás te ha vencido alguna estrella.

»Nunca Ladón, ni el uno y otro santo
Serán tan respetados en el mundo,
Ni el gran licor más celebrado tanto,
Ni Esperquio, que amenaza al mar profundo;
Siempre en guerra y en paz tu nombre santo
Tendrá en mis fiestas el lugar segundo,
Que á Júpiter primero y á tí luego
Ha de reverenciar el pueblo griego.

»Con tal que aqueste campo, que afligido
En tus aguas eternamente vivas
Agora con amor has recibido,
Después ufano y vencedor recibas,
Para que á tanto bien agradecido,
Honras haga á tus ondas fugitivas;
Que si vuelve á beber tus aguas claras,
Conocerás á quien agora amparas.»

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Habiendo bebido el campo griego, comienza á marchar. Ruega Adrasto á Hisípile cuente quién es, y la historia de su destierro. Cuenta Hisípile ser hija del rey Toante, y cómo las mujeres de Lemnos, incitadas de Polijo, mataron á sus maridos por haber estado cuatro años sin ellas en la guerra, y cómo ella libró á su padre y fué alzada por reina. Cuenta asimismo cómo llegó Jasón á Lemnos, de quien tuvo dos hijos, y cómo salió huyendo de su tierra, y cautiva de piratas y vendida á Licurgo, rey nemeo; y en tanto que ella cuenta su historia, una serpiente da muerte al niño Ofeltes. Matan los griegos la serpiente. Hace Hisípile llanto. El rey Licurgo la quiere matar por falta de su hijo. Defiéndela Tideo y Capaneo. Revuélvense en batalla los griegos con los vasallos de Licurgo. Adrasto y Anfiarao les refrenan la furia. Conoce Hisípile sus dos hijos. Hace Anfiarao un razonamiento á Licurgo. Ordena que se hagan exequias al niño muerto, y que se llame Arquemoro, y que toda Grecia le honre y haga fiestas de tres á tres años como á dios.

Rendida ya la sed al manso río,
Después que su corriente saquearon,
Pudiendo más la gente que el estío,
Pues le dejan menor que lo hallaron,
Con aliento mayor y con más brío
A marchar las escuadras comenzaron,
Llenas de su primero furor ciego,
Cual si bebieran con las aguas fuego.

Ya alentado el caballo generoso,
Hiere con más furor la dura tierra,
Y en cada pecho Marte riguroso
Su rigor, su coraje y furia encierra.
Vuelven de nuevo al campo, ya animoso,
Las iras y amenazas de la guerra,
Y otra vez dividido en escuadrones,
Tremolan sus banderas y pendones.

Vuelve cada soldado á su bandera
Y á su primer lugar, y ya obedece
El orden militar y ley severa
Del capitán, que armado ya parece.
Ya se aparta y no suena la ribera,
Y ya la tierra con el polvo crece;
Selva parece el campo que, marchando,
Va siempre en ella el sol reverberando.

Así suele al principio del verano,
De las grullas el número infinito
Pasar volando por el aire vano,
Dejando atrás el caluroso Egito.
Bien concertado el escuadrón ufano,
Con alegre clamor y ronco grito,
Ya el mar inmenso y ya la tierra asombra,
Vuelve atrás de él la fugitiva sombra.

Hasta que habiendo el mar atravesado,
Pára en los reinos del Oriente frío,
Adonde de los hielos desatado
Hallan ya cada arroyo y cada río;
En cuyo alegre sitio, acomodado
Para el rigor del caluroso estío,
Pasan hasta que el tiempo les obliga
A buscar la templada tierra amiga.

En tanto, pues, que el campo va marchando
Por aquella intrincada selva obscura,
De nuevo el Rey, de Hisípile mirando
La grave honestidad y la hermosura;
Cercado de los grandes, y estribando
De Polinice en una lanza dura,
A la sombra y al pie de un roble puesto,
Con alma y lengua sabia dijo aquesto:

«¡Oh tú, ninfa gentil, á quien la vida
Un infinito número debemos,
Honra que pudo ser apetecida
Del mayor dios que respetar solemos;
Porque después con alma agradecida
Beneficio tan grande te paguemos;
Cuéntanos quien aquel tu padre ha sido,
Cuál fué tu patria y cómo aquí has venido.

»Que bien se echa de ver en la apariencia
Y de tu bello rostro en las señales,
Que no debe de ser tu descendencia
Lejos de las deidades celestiales;
Que aunque de la fortuna á la inclemencia,
Que pasa tan despacio por los males,
Te haya quitado el bien, en tu tristeza
Aun resplandece una real grandeza.»

Hisípile un gemido congojoso
Dió en lugar de respuesta, oyendo aquesto,
Y de lágrimas lleno el rostro hermoso,
Un poco enmudeció con llanto honesto.
Y al fin ha respondido: «Oh Rey famoso,
Renovar mandas un dolor funesto,
Las furias y de Lemnos la caída,
Por una gran maldad jamás oída.

»El desastrado fin de los maridos,
Con armas vergonzosas degollados,
Y en sus lechos y tálamos vencidos,
Campos á mejor guerra dedicados.
Mas ¡ay! que se renuevan mis gemidos,
El horror y temores ya pasados;
Que en pensar en aquel atrevimiento
Un nuevo hielo en mis entrañas siento.

»¡Oh hembras! ¿á quién pudo el hado fiero
Dar para tanto mal tanta osadía?
¡Oh tiempo por mis glorias tan ligero!
¡Oh cielo, oh padre amado, oh noche fría!
Yo soy aquella (y confesarlo quiero
Porque estiméis en mas la piedad mía)
La que escondió su padre, y pudo tanto,
Que le dió vida con fingido llanto.

»Mas ¿de qué ha de servir mi triste historia,
Si os dan priesa las armas y os detengo,
Y yo fatigo en vano la memoria
Cuando remedio en mi dolor no tengo?
Sólo os quiero decir, para mi gloria,
Que aunque á servir al rey Licurgo vengo,
Soy, porque mi bajeza más espante,
Hisípile, engendrada de Toante.»

Lleno de admiración el Rey aqueo
Y los demás, las cejas enarcaron,
Y digno su valor del gran trofeo
De haber salvado un campo lo juzgaron.
Todos al punto, con igual deseo
De saber sus desdichas, le rogaron
Cuente su pena y su dolor prolijo,
Principalmente el Rey, que así le dijo:

«Antes yo te suplico que prosigas
Desde el principio el desdichado cuento,
Y los gemidos de tu gente digas,
Y glorias de tu noble atrevimiento,
La maldad de las hembras enemigas,
Y de este tu destierro el fundamento;
Que suelen descansar los desdichados
Cuando sus males son comunicados.

»Y en tanto que tu mal y desventura
Contando estás, el campo irá marchando,
Y de aquesta intrincada selva obscura,
El horror y aspereza atrás dejando.»
Aquesto dijo; y á la tierra dura
Ella los ojos tristes inclinando,
Señal de su dolor y su vergüenza,
Tras de un largo suspiro así comienza:

«A Lemnos, oh famoso Rey aqueo,
Isla un tiempo dichosa y respetada,
Y ya por un delito horrible y feo
Desierta, miserable y desdichada,
Con sus olas azota el mar Egeo,
Y con su cumbre, al cielo levantada,
Atos le hace sombra, excelso monte,
El más alto que ve nuestro horizonte.

»Descansar suele en ella el dios herrero
Cuando del fuego de Etna está cansado,
Asa la tierra enfrente el Trace fiero,
Por fatal enemigo á Lemnos dado.
De aquí nació el suceso lastimero
Y el gran rigor del enemigo hado,
Y ver desierta un isla tan famosa,
Rica un tiempo de hijos y dichosa.

»No fueron sus iguales Samo ó Delo,
Ni cuantas hay en el Egeo espumoso,
Por la fertilidad del rico suelo,
Con favorables aires venturoso;
Mas turbó al fin el enojado cielo
Su gloria, su ventura y su reposo,
No sin alguna culpa de la gente;
Que no castiga el cielo al inocente.

»Nunca algún fuego á Venus encendimos,
Ni en su nombre algún templo levantamos,
Ni sé si de malicia le ofendimos,
Ó si con ignorancia le enojamos.
Al fin ningunas honras le hicimos,
Y su furor divino provocamos;
Que es bien que el hombre de pecar se guarde,
Pues tan cierta es la pena aunque se tarde.

»Tanto nuestra malicia ó nuestro olvido,
Y el dolor pudo tanto y sus pesares,
Que se mudó de rostro y de vestido,
Y de Pafo dejó los cien altares.
La cinta conyugal se ha desceñido,
Y sin que puedan himnos y cantares
Tenerla en Chipre, á Lemnos vino un día,
No con las aves que regir solía.

»A media noche algunos la encontraron
Con grandes hachas de espantoso fuego,
Y que eran encendidas afirmaron
En las cavernas del infierno ciego,
Y que por la ciudad le acompañaron
Megera, Aleto y Tesifón, que luego
Con sus sierpes entrando en nuestros techos,
Inficionaron tálamos y lechos.

»Y con ser á Vulcano dedicada,
Sin alguna piedad de tantos males,
La ciudad entregó la diosa airada
Al rigor de las furias infernales;
Quedó toda la tierra inficionada,
Y al momento ocupó nuestros umbrales
Un helado temor y un grande espanto,
Prodigios tristes del futuro llanto.

»Luego de Lemnos se apartó Himeneo,
Las gracias, el placer y la alegría,
Huyóse el tierno amor, murió el deseo
Y los regalos de la noche fría;
La discordia, el furor y el odio feo
Ocupan cada lecho, y ya no había
Del matrimonio y de su ley cuidado,
Ni sueño con abrazos regalado.

»El principal amor de los varones
Era ocupar de Tracia la ribera,
Y domar con armados escuadrones
El gran furor de aquella gente fiera,
Sin que en sus tan helados corazones
Memoria alguna de su patria hubiera,
Adonde como huérfanos crecían
Los hijos, que aun apenas conocían.

»Y más preciaban el invierno duro,
Con tener á sus casas tan vecinas,
Pasar debajo del helado Arturo
Al hielo eterno y nieves repentinas,
Y gozar siempre el sueño mal seguro
Al son de algún arroyo y sus rüinas,
Y en la siempre nevada, inculta tierra
Descansar del trabajo de la guerra.

»En Lemnos las mujeres entretanto
Las horas largas de la noche fría
Gastaban sin dormir, llorando tanto,
Que siempre vió su pena el nuevo día.
No yo participaba de su llanto,
Que en tierna edad y en libertad vivía,
Y ellas, mirando á Tracia eternamente,
Trataban del descuido de su gente.

»Claro el cielo, sin nubes y sereno,
Y el Sol estaba en medio su carrera,
Y cuatro veces un terrible trueno
Estremecerse hizo la ribera;
Cuatro la tierra de su hondo seno
Vomitó fuego, que subió á su esfera,
Y el mar, sin vientos provocado á guerra,
Con montes de agua fatigó á la tierra.

»Cuando Polijo, ya de edad madura,
No á salir de su casa acostumbrada,
Por la ciudad de tanto mal segura
Vuela con furia horrenda, acelerada;
Aquí y allí los pasos apresura,
Llamando en cada puerta, aunque cerrada,
Y junta, recordando á las dormidas,
Cabildo de mujeres afligidas.

»Como furiosa bacanal tebana
Que el ronco son del atabal incita,
Y llena de su dios, va tan ufana,
Que en su mismo furor se precipita;
Así con voz horrible y lengua insana,
Con inflamado rostro airada grita,
Y á sus hijos llevando en compañía
Corre por la ciudad, de hombres vacía.

»Al punto, oyendo su clamor, salimos,
No menos diligentes y turbadas,
Y de Palas al templo á parar fuimos,
De su furor y de su voz guiadas;
Donde sin algún orden estuvimos
Viejas, mozas, doncellas y casadas,
Corriendo de aquí veinte y de allí ciento,
Llenas de admiración y sin aliento.

»En medio, pues, de un número infinito
Mujeril vulgo, atónito y confuso,
En alto la inventora del delito,
Donde pudiesen escuchar, se puso,
Y dando luego un espantoso grito,
Mandó callar, y su maldad propuso,
Desnudando una espada que ceñida
Trajo aquella, de tantos homicida.

»—Viudas, dice, de Lemnos, que llorando
Gastáis la vida y consumís los años,
Entre inútiles quejas esperando
Remedio alguno para tantos daños,
Si os van las esperanzas engañando,
A pesar de tan claros desengaños,
Oid, oid, que el cielo ya os procura
Remedio para tanta desventura.

»Arduo es el caso, mas si os pesa tanto
De estar en soledad eternamente
Y de pasar la mocedad en llanto,
Estéril flor que vuestro daño siente,
Ya por inspiración del cielo santo,
Que desdicha tan larga no consiente,
He hallado una traza que renueve
Amor y matrimonio en tiempo breve.

»Cobrad valor, esfuerzo y osadía
Que á vuestra pena iguále en la grandeza,
Y dejad vuestra antigua cobardía,
Vuestro temor y natural flaqueza;
Pero primero preguntar querría
Qué lecho en esta general tristeza
Se ha visto alegre y tan dichoso ha sido
Que alguna oculta gloria haya tenido.

»Qué talamo se ha visto acompañado
Sino de llanto y sueño congojoso,
Ó qué pecho se ha visto regalado
Al blando fuego del querido esposo;
Qué vientre al heredero deseado
Sintió crecer, si fué tan venturoso;
Quién en tres años, y se llega el cuarto,
A Lucina llamó para su parto.

»Crecer las aves y las fieras vemos
Con regalos de amor y paz iguales,
Y nosotras, oh flojas, ¿no podemos
Gozar lo que las aves y animales?
¿Agravio tan injusto padecemos
Y hay sufrimiento para tantos males;
Pudiendo remediar con noble furia
Nuestro dolor, y castigar la injuria?

»Dió Danao á sus hijas atrevidas
Traidoras armas para tantos daños,
Y vió romper el hilo á tantas vidas,
Alegre en su venganza y sus engaños;
Y ¿nosotras, cobardes y encogidas,
Vivimos agraviadas tantos años,
Con dolor inmortal y en llanto eterno
Vulgo en efecto flojo y sin gobierno?

»Y si queréis ejemplo más cercano,
Ved lo que Progne en su venganza ha hecho,
Pues ella propia con osada mano
Rompió del hijo amado el tierno pecho,
Y después en la mesa del tirano,
Vengando el grande agravio de su lecho,
Alegre en su crueldad y en su osadía,
Comió del hijo que guisado había.

»Si al fin os puede dar la desventura
Justo rigor que á la venganza cuadre,
No seré más piadosa ó más segura,
Pues soy de tantos infelice madre;
Que á cuatro que he parido en suerte dura,
Regalo un tiempo del ausente padre,
Yo misma muerte les daré en mis brazos,
Sin que me estorben lágrimas ni abrazos.

»Sus pechos pasaré con duro acero,
Y de mis cuatro hijos, homicida,
La sangre mezclaré, y al padre fiero
Encima de ellos quitaré la vida;
Yo la venganza empezaré primero,
¿Cuál para tantas muertes, atrevida,
Tiene valor y me promete ayuda,
De furor llena y de piedad desnuda?—

»Así iba su maldad encareciendo,
Y luego divisamos una armada
En alta mar, que al sol resplandeciendo,
Vimos que era la tanto deseada.
Polijo, la ocasión al punto asiendo,
Prosiguió más alegre y confiada:
—¿No veis que el mismo cielo os favorece,
Que vió el dolor, y la venganza ofrece?

»Algún dios vengativo y soberano
Ha movido esta armada de repente
Para que con valor y osada mano
Venguéis vuestros agravios en su gente;
No fué la imagen de mi sueño en vano,
Que á Venus ví en mi lecho claramente,
Que en el silencio de la noche fría
Desnudando una espada, así decía:

»—¿Por qué perdéis la edad que vale tanto
Con inútiles quejas y gemidos?
Vengad la injuria y mitigad el llanto,
Y los lechos purgad aborrecidos;
Que yo después el matrimonio santo
Renovaré, y os buscaré maridos
Con quien, al fin de tanta desventura,
Alegres viviréis, en paz segura.—

»Esto diciendo aquesta espada, aquesta,
Al apartarse me dejó en la cama;
¿Qué aguardáis, si la injuria es manifiesta
Y el mismo tiempo á la venganza os llama?
La armada viene en ocasión funesta,
Donde cada marido, según fama,
Porque os aflija más vuestra desgracia,
Trae la amiga que ha tenido en Tracia.—

»De este mayor estímulo incitada,
Clamó la turba y retumbó la tierra,
Pareció Lemnos otra Scitia helada,
Llena de los tumultos de la guerra,
Cuando en cada amazona alborotada
Marte su fuego y su furor encierra,
Y su armado escuadrón la forma tiene
De nueva luna que creciendo viene.

»Fácil resolución el caso tuvo;
Tanto su rabia entre los celos crece,
Que nadie en resolverse se detuvo,
Con la ocasión que el tiempo les ofrece;
Al fin, un furor mismo en todas hubo,
Ni (como en otras juntas acontece,
Donde siempre es el vulgo incierto y vario)
Hubo entre tantas parecer contrario.

»Y sin hacer alguna diferencia
De edad ó parentesco el furor ciego,
Quieren que se ejecute la sentencia
De la noche primera en el sosiego;
Con igual rabia y bárbara inclemencia
Todas á muerte condenaron luego
Padres, hijos, hermanos y maridos,
Ya todos igualmente aborrecidos.

»De obscuridad y de espesura tanta
De Palas junto al templo un bosque había,
Que no admite del sol la lumbre santa
Y es casa eterna de la noche fría;
Encima un alto monte se levanta,
Que no deja en el bosque entrar el día,
Y como el monte al sol la entrada impide,
Doblada obscuridad horror le añide.

»Aquí con juramento confirmaron
Su maldad, sus desdichas y sus males,
En el cual á Prosérpina invocaron
Y á las demás deidades infernales;
No en este sacrificio horrendo usaron
De sangre acostumbrada de animales;
Que para él con infame regocijo
La mujer de Caropo ofreció el hijo.

»Atiza su furor y atrevimiento
Venus, facilitando lo imposible;
Ella les da las armas, y al momento
Todas las tiñen con rigor terrible;
Las diestras juntan y hacen juramento,
Con viva sangre en sacrificio horrible,
Y el alma, de su cuerpo desatada,
Volaba en torno de la madre airada.

»¡Cuál me ví al triste caso! ¡qué afligida!
¡Qué sin color! y el corazón ¡qué helado!
Cual cierva que, de lobos perseguida,
El pecho sin valor y acobardado,
Al veloz curso encomendó su vida,
Y habiéndola el temor precipitado,
Ya escucha de los perros el estruendo,
Y ya, ya piensa que le van asiendo.

»Llega la armada, al fin, á la ribera,
Y de una competencia alegre llena,
No hay nave que no quiera ser primera
En allegar á la enemiga arena:
Dichosa gente si la guerra hubiera
Dádola muerte honrada en patria ajena,
Ó se la diera el mar entre sus senos,
Piadosa más y miserable menos.

»Salvos para su mal llegan, y luego
Van á cumplir los prometidos votos,
Sube de cada altar el humo ciego
Entre himnos mil alegres y devotos;
Mas, negro y espantoso cada fuego,
Prodigio fué de nuevos alborotos,
Y los sacrificados animales
Avisos dieron de futuros males.

»Tarde llegó la obscura noche fría,
Que, de lástima Júpiter movido,
Alargó el tiempo al fugitivo día,
Hasta que fué del hado prohibido;
Y ya que al mundo el sol bajado había,
No luego las tinieblas han salido
A espacio, el ciego horror salió tras ellas,
Y más tarde que nunca las estrellas.

»Pero no alguna lumbre á Lemnos dieron,
Por no ver tantas muertes y rüinas,
Paro y Taso á su luz resplandecieron,
Y las espesas Cícladas vecinas;
A Lemnos solamente no pudieron
Ver al pasar las naves peregrinas;
Que encima de sus casas puso el cielo
De niebla espesa un ciego y triste velo.

»Por los templos y bosques derramados,
Gastaron parte de la noche obscura
En juegos y banquetes regalados,
Bebiendo en oro rico y plata pura,
Y en contar, en las mesas recostados,
Los varios casos de la guerra dura,
Lo que en el Emo y Estrimón hicieron,
Y batalla que en Ródope tuvieron.

»Oyendo los trabajos de su gente,
Estaban ricamente aderezadas
Las casadas con ánimo impaciente,
Aunque de sus maridos abrazadas;
Que Venus esta noche solamente
En sus últimas horas desdichadas
Les dió una breve paz y un sueño breve,
Deshecho luego, como al sol la nieve.

»Con el silencio al fin llegó el sosiego,
Instrumentos y músicas callaron,
Sosegó de la noche el rumor ciego,
Y banquetes y juegos se acabaron.
Mojado en Aqueronte salió luego
El Sueño, y desde allá le acompañaron,
Por triste comisión del hado fuerte,
El Horror y las Sombras de la muerte.

»Con alas llenas de infernal rocío
Abraza la ciudad perecedera,
Teatro infame, de piedad vacío,
Para la gran tragedia lastimera;
Vierte en ella del cuerno el ocio frío,
Que diferente en los efectos era,
Pues derramado sobre tanta gente,
Durmieron los varones solamente.

»Las mujeres en tanto están velando,
Para la gran maldad apercibidas,
Y las parcas apriesa devanando
La no cumplida edad de tantas vidas.
La hora al fin de tanto mal llegando,
Como infernales furias atrevidas,
Dan muerte esposa, hermana, hija y madre
Al marido, hermano, al hijo y padre.

»No por los campos de la Scitia helada
Fieras hircanas tigres encerraron
De diferente suerte la manada,
Que en habiendo parido, procuraron
Por volver con la presa deseada
A los tiernos hijuelos, que dejaron
Con la primera hambre y sed gimiendo,
Y de las ubres el licor pidiendo.

»De tanto caso atroz y desdichado,
No sé cuál diga ó cuál primero cuente:
Sobre muchos tapetes recostado,
Con guirnalda de ramos en su frente,
Estaba el bello Elimo sepultado
En vino, y Gorge temerariamente,
Desocupando el infelice lecho,
Todo un cuchillo le escondió en el pecho.

»Huye del triste el sueño, y ya despierto
Aun no del todo, aunque mortal rendido,
Turbado abraza al enemigo incierto,
Para mayor dolor ya conocido;
Ella otra vez al cuerpo casi muerto
El hierro en las espaldas le ha escondido,
Pasando al pecho la herida ciega,
Hasta que al suyo con la punta llega.

»Él blando, aunque muriendo, todavía,
Y sobre el lecho boca arriba puesto,
Turbada vista á su mujer volvía
Con tierno amor en vano manifiesto;
«Gorge, muriendo dice, Gorge mía»;
Y apenas pudo pronunciar aquesto,
Y lleno ya de muerte el rostro bello,
Soltó los brazos del injusto cuello.

»No el estrago, aunque grande, horrible y feo
Del vulgo contaré, que solamente
Mi pena y mi dolor contar deseo,
La muerte y desventura de mi gente;
Cuál á Cidón y cuál vide á Crineo,
Que por desocupar la blanca frente,
El cabello dorado que tenía
A las espaldas esparcir solía.

»Ambos, pero bastardos, mis hermanos
Conmigo á un pecho mismo se criaron,
De Lemnos los mejores cortesanos,
Y en vida y muerte en todo se igualaron;
Que esta noche los hados inhumanos,
Porque nacieron juntos, acabaron,
Por una mano á un tiempo y de una suerte,
Sus verdes años con injusta muerte.

»Dió muerte Mirmidona al fuerte Gía,
De quien fuí un tiempo prometida esposa,
Y rindió el mucho esfuerzo y osadía
Que alguna vez me tuvo temerosa;
Á Opopeo, que bailando visto había,
Por manos de su madre rigurosa,
Entre los instrumentos lo ví muerto,
Con bárbara crueldad el pecho abierto.

»Muestra su amor y su piedad en vano,
Llora Licaste y con dolor suspira,
El rostro viendo á Cidimión, su hermano,
Donde su propia semejanza mira;
Ve el cabello que siempre con su mano
Ella adornaba, y de su error se admira,
Y sin aliento y de piedad cobarde,
Suelta el cuchillo, arrepentida, tarde.

»Pero su madre, bárbara, inhumana,
Que de sus tiernas lágrimas se ofende,
Con extraño rigor y furia insana
Le riñe, la amenaza y reprehende;
Después la anima en su maldad ufana,
Hasta que al fin en su furor la enciende,
Dándole su cuchillo, que teñido
Ella trajo en la sangre del marido.

»Cual fiera muchos años encerrada,
Y ya domesticada y sin fiereza,
Que no quiere volver, aunque incitada,
Á su olvidada natural braveza,
Y niega, aun de su dueño amenazada,
El furor que le dió Naturaleza,
Hasta que, de temor ó con la injuria,
Cobra su natural antigua furia;

»Tal Licaste, por fuerza ya movida
Cayendo encima del hermano amado,
Con el cuchillo le quitó la vida,
Habiendo el hierro al corazón hallado;
Y ella, besando luego la herida,
Sobre el difunto cuerpo desangrado
Quedó, tiñendo en sangre el rostro bello,
Despedazando en vano su cabello.

»Quedé, esto viendo, atónita y turbada,
Y luego ví que Alcímide traía
Del padre la cabeza desangrada,
Que casi viva y murmurar se vía.
Muda mi voz y al paladar pegada,
Quedé como si fuera piedra fría;
Erizóse el cabello, helóse el pecho,
Cual si yo aquel delito hubiera hecho.

»De mi espada el acero aun no manchado
Volví á mirar temblando, y al instante,
Con el miedo y horror de aquel pecado,
Me acordé de mi padre el rey Toante;
Vuelo al punto con paso acelerado,
Temiendo en él desdicha semejante,
Y hallélo acostado, aun no dormido,
Atónito escuchando el gran rüido;

»Que aunque la casa retirada estaba,
Llegaba, aunque confuso, allá el estruendo,
Y en el real palacio retumbaba,
En suspiros envuelto, un son horrendo.
La causa de las voces ignoraba,
Y entre sí mismo estaba revolviendo,
Viendo el sosiego de la noche roto,
Qué rumor fuese aquel ó qué alboroto.

»La causa al punto y la maldad le cuento;
—Sígueme, digo, oh padre miserable,
Que para su rigor y atrevimiento
No hay ya remedio alguno saludable;
Y si nos detenemos, al momento
Vendrá escuadrón de gente inexorable,
Y moriremos ambos; huye luego,
Antes que llegue á tu palacio el fuego.—

»¡Cuál quedó el triste viejo con aquesto,
Viendo el peligro y la salida incierta!
Al fin desocupando el lecho presto,
Salió tras mí por una oculta puerta;
Y aunque huyendo del rumor funesto,
Montones vimos de la gente muerta;
Que la tiniebla de la noche obscura
Para encubrirnos fué nube segura.

»Vense los viejos nobles matizando
Las canas en su sangre derramada,
Y muertos los mancebos que triunfando
Ayer entraron de la Tracia helada,
Y niños inocentes palpitando,
Del cuerpo el alma apenas desatada,
Muertos por madre bárbara, atrevida,
En el umbral primero de la vida.

»Cabezas de sus cuerpos divididas
Se ven, y pechos con rigor rompidos,
Y en otros ocupadas las heridas
De los infames hierros atrevidos;
Rotas lanzas y espadas ya teñidas,
Con hierros destrozados los vestidos,
Y tazas, con el grande desatino,
Llenas de tanta sangre como vino.

»Las tristes almas por el aire vago
En torno de sus cuerpos van gimiendo,
Y ellos de sangre y vino un grande lago
Sobre la dura tierra están haciendo;
Entre la confusión de aquel estrago
Pudieron verse algunos que cayendo
Sobre sus tazas, al morir vertían
El mismo vino que bebido habían.

»Tal de Osa en la nevada cumbre cana
Su pobre mesa alguna vez miraron
Los Lapitas teñida en sangre humana,
Que sus propios hermanos derramaron,
Cuando de los Centauros la ira insana,
Ya encendidos de vino, provocaron,
Y arrojando los vasos en la tierra,
Hacen sobre las mesas cruda guerra.

»Yendo, de ver tan grande desventura
Atónito y medroso mi Toante,
El aire serenó una lumbre pura,
Llena de oculta gloria radïante:
Huyó de entorno la tiniebla obscura,
Y luego habiendo puéstose delante,
Vimos que era el dios Baco claramente,
Aunque de hábito extraño y diferente.

»No de yedra inmortal corona puesta,
Ni el verde adorno de que usó contino
Le vimos, porque en noche tan funesta
Quiso privarse de su honor divino;
Sin pámpanos su frente y descompuesta,
Al gran peligro de su hijo vino,
Y así, delante de mi padre puesto,
Vertiendo indigno llanto, dijo aquesto:

»—Mientras el hado y la enemiga suerte
Te dieron el gobierno de esta tierra,
Isla grande, famosa, rica y fuerte,
De extranjeros temida en paz y en guerra,
Y las Parcas, hermanas de la Muerte,
Por quien la paz de Lemnos se destierra,
No hilaron estambre diferente,
Tuve de tí cuidado eternamente.

»Testigo me es el cielo soberano,
Que mi llanto y mis ruegos ha sabido,
De todo cuanto hice y dije en vano,
Mas nunca fuí de Júpiter oído;
Que á Venus el rigor del hado insano,
Y Jove de sus lágrimas vencido,
Ó de su hermosura peregrina,
Le dieron el honor de esta rüina.

»Huye, y al lado inexorable y duro
El cetro rinde y majestad primera;
Y tú, para que salga más seguro,
Lo lleva (oh sangre nuestra verdadera)
Por donde se divide el viejo muro
En dos brazos que van á la ribera;
Que á Venus en esotra puerta añide
Fuego, rigor y la salida impide.

»Allí más encendida y más airada,
Donde retumba aquel confuso estruendo,
Allí entre las mujeres corre armada,
Su rabia y su furor favoreciendo.
¿Qué enojo á Venus le ciñó la espada,
Y quién le dió de Marte el fuego horrendo?
Tú, pues, al mar entrega el padre amado,
Que de su vida yo tendré cuidado.—

»Dijo; y volando por el aire vano
Con rastro largo un resplandor divino,
Cual de estrella que corre en el verano,
Alegró el viento y descubrió el camino.
A la luz de aquel rayo soberano
Llegamos brevemente al mar vecino,
Y en llegando, hallamos á la orilla,
Aunque dentro del agua, una barquilla.

»No los abrazos y el alterno llanto
Podré contar; que al tiempo del partirse
Fué nuestra pena tal y el dolor tanto,
Que ninguno acertaba á despedirse;
Y cuando adelgazando el negro manto
La noche, el alba comenzó á reirse,
Entró en el mar, y yo, quedando á solas,
De llanto otro mar hice y otras olas.

»A los vientos y al agua lo encomiendo;
Y á los dioses del mar y al cano Egeo,
Que siempre está las Cícladas ciñendo,
Pido que favorezcan mi deseo;
Vuela la barca al fin, que iba huyendo,
Y ya que con los ojos no la veo,
De ellos haciendo un caudaloso río,
Tras de un suspiro el corazón le envío.

»Mil cosas revolviendo, allí me quedo,
En el dios Baco apenas confiada,
Que no apartarme de la orilla puedo,
Del gran temor atónita y helada;
Ni pude sosegar ni perdí el miedo
Hasta que ya la noche retirada,
Y del todo la aurora manifiesta,
Volví llorando á la ciudad funesta.

»Salió por los balcones del Oriente,
Lleno de luto y vergonzoso, el día,
Y el sol de nubes coronó su frente,
Por no ver tanto estrago y osadía;
Vieron todas entonces claramente
El gran furor de aquella noche fría,
Y avergonzadas de su gran delito,
Se vió el gran daño en cada frente escrito.

»Cada mujer atónita y suspensa,
Rendido á tanto mal su furor ciego,
En tierra esconde su maldad inmensa
Ó la consume en presuroso fuego.
Venus, ya satisfecha de su ofensa,
Nuestro vencido alcázar dejó luego,
Y las Furias volvieron á su infierno,
Dejando en la ciudad un llanto eterno.

»Acabado el furor, el sentimiento
Encendió en otro fuego cada pecho,
Y otro nuevo linaje de tormento
Se vido luego en cada viudo lecho.
Su error, su ceguedad y atrevimiento,
Que conocieron tarde y sin provecho,
Pagan, y vierten lágrimas en vano,
Hiriendo el rostro con osada mano.

»Una ciudad antigua y populosa,
Rica de campos, de armas y varones,
Fuerte de sitio, en guerras venturosa,
Respetada de bárbaras naciones,
Por el triunfo de Tracia más famosa,
Llena de armas vencidas y pendones,
Sola quedó, sin hombres, y en un hora
Vencida se halló, de vencedora.

»Todos en sus entrañas los encierra,
No de aire inficionado consumidos
Ni del soberbio mar ó en dura guerra
Por enemigo campo destruídos;
No hay ya quien pueda cultivar la tierra,
Ni enfrenar á los Traces atrevidos,
Ni quien pueda surcar el mar vecino,
Que tanto respetaba el peregrino.

»Llenas de horror las calles y manchadas
De sangre que vertieron tantas venas,
Y solas nuestras casas desdichadas,
Mudas quedaron, de silencio llenas:
Cobardes hembras, en su daño osadas,
Solamente guardaban las almenas,
Y por los techos donde estar solían
Volar las almas y gemir se oían.

»Yo también, por fingir con triste pecho
La maldad que no hice, un grande fuego
Levanto, en forma de una tumba hecho,
A quien las armas de mi padre entrego;
El cetro encima y sus vestidos echo,
Y yo en tanto mirando el humo ciego,
Representaba mi fingida pena
Con un cuchillo tinto en sangre ajena.

»Con grande miedo y llanto verdadero
Mi fingido dolor y falso muerto
Lloré, rogando al cielo que este agüero
Fuese, á pesar de mi temor, incierto;
Que el mar y el viento en su favor ligero
Lleven mi padre á más seguro puerto,
Y que el tiempo jamás para mi daño
Descubrir pueda mi piadoso engaño.

»Tan bien supe fingir, y lloré tanto,
Tal sentimiento y apariencias hice,
Que verdadero pareció mi llanto,
Y acreditada, mi temor deshice;
Causé con esto admiración y espanto,
Y de manera á todas satisfice,
Que quieren que sea reina y que las mande,
Como quien hizo la crueldad más grande.

»¿Qué pude yo hacer oyendo aquesto?
Negar no pude, que por fuerza diera
De mi engaño un indicio manifiesto,
Si el reino que me daban no admitiera;
Al fin el cetro recibí funesto,
Y al cielo mi inocencia verdadera
Representé para disculpa mía,
Pidiéndole perdón de mi osadía.

»Ya manifiesto el daño se parece,
Y ya se oyen más claros los gemidos,
Crece el dolor y el sentimiento crece,
Que velando atormenta los sentidos;
Y á Polijo la gente le aborrece,
Y son los sacrificios admitidos,
Y es lícito á la viuda desdichada
Jurar por la ceniza sepultada.

»Tal si león de Masilia al toro osado
Da muerte y viuda á su manada deja,
Atónita en no ver su rey amado,
Triste gimiendo y sin honor se aleja;
Mudo el arroyo, el campo y el ganado,
Con muda voz parece que se queja,
Y que la hierba en su presencia verde
Siente su falta y su verdura pierde.

»Estando así nuestro dolor llorando,
Vimos romper el mar una galera,
Montes de espuma en torno levantando,
Que de los bravos argonautas era;
El mar con muchos remos azotando,
Volando se acercaba á la ribera,
Y era tal, que de lejos parecía
Que algún gran monte por el mar corría;

»Ó alguna de las Cícladas que siendo
Arrancada ó queriendo mejorarse,
Iba ligera por el mar corriendo,
Buscando algún lugar donde asentarse.
Cesando de los remos el estruendo,
Y comenzando el mar á sosegarse,
Oimos una voz dulce y sonora
Más que de cisne que su muerte llora.

»Era, como después se supo, Orfeo,
Que aquellos capitanes animaba,
Con tanta suavidad, que algún timbreo
Cuando ante Jove canta se igualaba.
En torno de la nave el cano Egeo
Con sus ninfas marítimas estaba,
Que suspensas al canto y voz süave,
Hacen corona á la famosa nave.

»Así entretiene el músico divino,
Cantando, aquellos nobles caballeros,
Que olvidan los trabajos del camino
Y no les dan temor los venideros;
Que de Colcos el rico vellocino
Iban á conquistar aventureros
Y á pasar del Euxino el grande estrecho,
Con tantas islas á su entrada hecho.

»Como acercarse á nuestra orilla vimos
Tan bien armada la veloz galera,
Llenas de miedo y turbación, creímos
Que de los Traces enemigos era.
En gran tumulto atónitas corrimos,
Cual turbadas ovejas, la ribera,
Ó banda de palomas, que se asombra
Del aire de una voz ó de una sombra.

»A un gran muro que abraza el ancho puerto
Subimos y las torres ocupamos,
Y turbadas, sin orden ni concierto,
Las rocas y castillos coronamos;
Crece la confusión y el desconcierto,
Subiendo allá las armas que heredamos,
Viendo nuestra maldad y gran delito
Con tanta sangre en cada hierro escrito.

»Cuál cargada de piedras sube al muro,
Del trabajo primero fatigada,
Y cuál el tierno pecho en hierro duro
Encierra, y ciñe la sangrienta espada;
Cuál el cabello rico de oro puro,
Hecho madeja, esconde en la celada,
Cuál viste al bello rostro un yelmo estrecho,
Cuál embraza un escudo y cubre el pecho.

»Palas, mirando el escuadrón armado,
Colorada se puso de vergüenza,
Y Marte desde el Ródope nevado
Con risa celebró su desvergüenza;
Y como no hay sin pena algún pecado,
Pues uno apenas á pecar comienza
Cuando castiga el cielo su osadía,
Nuestra maldad más guerra nos hacía.

»No ya nave de Tracia solamente
Parece aquélla de enemigos llena,
Sino del cielo, que jamás consiente
Delito alguno sin debida pena;
Y así, viendo en las armas la inocente
Sangre, helada la nuestra en cada vena,
Algún dios nos parece que ha venido
A darnos el castigo merecido.

»Ya estaban cerca de la orilla tanto,
Que de algún arco sacudida jara
Llegara á Lemnos, cuando el cielo santo
En negras nubes escondió su cara,
Con tanto horror, obscuridad y espanto,
Que rendida del sol la lumbre clara,
Y antes de tiempo ahuyentado el día,
Ocupó el mundo la tiniebla fría.

»Negros parecen ya los elementos,
Y un color mismo el mar y cielo tienen,
Y luego, llenos de furor los vientos,
Poco en su obscura cárcel se detienen;
Tocando temerosos instrumentos,
Despedazando los nublados vienen,
Rasgan el mar confuso, y á la tierra
Con negros torbellinos hacen guerra.

»Tanto su furia entre las hondas crece,
Que abierto el mar descubre el hondo suelo
Ó se sube á las nubes y parece
Que está colgado el mar del mismo cielo;
Gime el incierto leño y se estremece,
Y el que no ha mucho, ufano de su vuelo,
Dejaba atrás el mismo viento, agora
Teme su furia y su mudanza llora.

»No de los medio dioses ha podido
La fuerza aprovechar; que el agua ciega
Los turba, y de los vientos sacudido,
El árbol á azotar la popa llega;
Los remos de las naves se han caído,
Y ya la nave al agua el lado entrega,
Ya al cielo sube y en un punto mismo
Se halla sepultada en el abismo.

»Nosotras, entretanto que turbado
Anda en el agua el leño mal seguro,
Viendo enojado el mar y el viento airado
Desde el negado puerto y desde el muro,
Descargamos también con pecho osado
Torbellino de piedra y hierro duro;
Que hembras que una vez son homicidas,
¿Qué no harán sus manos atrevidas?

»Contra Peleo y Telamón en vano
(¡Qué temerario error!) nos atrevemos,
Y al mismo Alcides con osada mano
Tiramos flechas y herir queremos;
Ellos, que del rigor del mal insano
No pueden defenderse con los remos,
Divididos, á un tiempo hacen guerra
A los vientos, al agua y á la tierra.

»Parte resiste al gran furor del viento,
Parte del leño el mar en el mar echa,
Otros viendo del puerto el fiero intento,
Tienen de escudos una manta hecha;
Pero con el continuo movimiento
Del mar ningún ardid les aprovecha,
Que con la confusión y el grande aprieto,
Ñi hay trazas ni remedio con efeto.

»Por varias partes con rigor desciende
De agua, de piedra y flecha un torbellino,
Que el cielo con sus nubes les ofende,
Ÿ nosotras con armas de contino;
Y aunqne más se repara y se defiende,
Gimen las tablas del turbado pino,
Que con los grandes fuegos que arrojamos
Velas, madera y cuerdas le abrasamos.

»De esta manera el enojado cielo
Con nieve espesa el verde campo hiere,
Mueren las fieras por el blanco suelo,
Y el ave triste en vano volar quiere;
Los sembrados destruye el duro hielo,
Abrásase la flor, la hierba muere,
Resuena cada bosque, y cada río
Corre furioso al mar con mayor brío.

»Pero luego aquel ánimo perdimos,
Que cayendo un gran rayo, un nuevo día
Se vió en el mar, y con su lumbre vimos
Toda la gente que en el leño había;
Los grandes marineros conocimos,
Helóse en cada pecho la osadía,
Y las ajenas armas mal regidas
Cayeron de las manos homicidas.

»Allí los hijos de Eaco se vían,
Y amenazando el muro el gran Anteo,
Ifis y Polifemo, que desvían
La nave de las peñas del Egeo;
Falero y Talaón se conocían,
Y el gran Alcides vencedor, Lerneo,
Que lleno de ira, al agua quiere echarse,
Asolar nuestros muros y vengarse.

»Entre todos Jasón más enojado,
Conocido después para mi pena,
Ligero va del uno al otro lado,
Viendo de confusión la nave llena;
Ya llama á Calaín, que está ocupado
En ajustar las velas á la entena,
Ya con la mano y con la voz rogando,
A Ida y Meleagro está llamando.

»Ellos á un mismo tiempo hacen la guerra
A los muros y al mar embravecido,
Mas ni ofenden sus armas en la tierra,
Ni refrenar las olas han podido;
Entre dos montes de agua el viento encierra
El fatigado leño mal regido,
Y Tifis, su patrón, turbado, en vano
Voces da y hace señas con la mano.

»Esgrimiendo el timón en popa asiste,
É incierto á cada paso muda intento,
Ya hacia estribor carga, y ya resiste
Hacia babor el gran furor del viento;
Ve que la nave en un escollo embiste,
Y pálido, confuso y sin aliento
El timón tuerce y apartar procura
La nave triste de la peña dura.

»Quitó á Mopso Jasón, estando en esto,
De blanca oliva el ramo que traía,
Y en lo más alto de la nave puesto,
Aunque la paz su gente prohibía,
Treguas pidió, y obedecido presto,
Descubrió alguna de su lumbre el día;
Cesó la tempestad, cesó la guerra
De los vientos, del mar y de la tierra.

»Luego, aquellos cincuenta caballeros
Seguros ferros á la nave echaron,
Y con toda la chusma y marineros
Nuestra ribera alegres ocuparon;
Retratos de sus padres verdaderos
En talle, frente y hábito mostraron;
Cesó nuestro terror, y ellos perdieron
Las iras y el enojo que tuvieron.

»Así tal vez por fama se ha sabido
Dejar los dioses su estrellado cielo,
Cuando por su deleite han descendido
Del etíope al abrasado suelo;
Da lugar el arroyo más crecido,
Suspende cada pájaro su vuelo,
Y en tanto que no vuelve el gran Tonante,
Respira un poco el fatigado Atlante.

»Sale de aquella nave el gran Teseo,
Por la jornada Marotonia ufano,
Luego los hijos de Aquilón y Orfeo,
Que después á las Traces rogó en vano;
Con Meleagro, el yerno de Nereo,
Y Admeto, á quien Apolo soberano
Nobleza más y mayor fama ha dado,
Guardándole algún tiempo su ganado.

»En los dos hijos de Évalo se vía
Tal igualdad en todo y semejanza,
Que no la vista conocer podía
Cuál más valor ó más belleza alcanza;
Un mismo adorno cada cual traía,
Y cada cual una fornida lanza,
Sin pelo cada cual el rostro bello,
Y oro parece en ambos el cabello.

»Sale Alcides, honor del campo griego,
Con tanta majestad, que al suelo espanta,
Pues parece que en él enciende fuego
A donde asienta la pesada planta;
Hilas le sigue, aunque muchacho, luego,
Y apenas de él Alcides se adelanta,
Y aunque sudando, alegre le llevaba,
Por ir honrado, la famosa aljaba.

»Apenas ocuparon la ribera,
Cuando se vido luego convertirse
Nuestro duro rigor en blanda cera,
Y con oculto fuego derretirse;
Que Venus, que en su enojo persevera,
Y en nuestras nuevas lágrimas reirse
Quiere otra vez, nuestro dolor renueva
Con nuevo amor y desventura nueva.

»Hizo en esto también Juno su parte,
Con que más se ablandó nuestra dureza,
Haciendo con oculta industria y arte
Mayor su majestad y real grandeza;
Parece armado cada cual un Marte,
Y el mismo dios de amor, en la belleza
Y las galas y adorno diferente,
Encendieron el fuego fácilmente.

»Abrense nuestras puertas, y á porfía
Recibe un nuevo huésped cada techo;
Ya nuevo fuego en cada altar se vía,
Y no esperada gloria en cada lecho;
Llena ya de quietud la noche fría,
El sueño dulce poderoso hecho,
Las fiestas y banquetes renovados
Hicieron olvidar nuestros cuidados.

»Bien pienso que esta nueva desventura
Por orden de los dioses fué guiada,
Y si entender mi yerro por ventura,
Lleno de mil disculpas, os agrada,
Yo juro por aquella noche obscura,
Por la sangre y ceniza sepultada
De mis mayores, que al amor del griego
No me entregó jamás antojo ciego.

»De esta verdad el cielo es buen testigo;
Mas á engañar doncellas enseñado
Con falso amor estaba mi enemigo
Bello Jasón, de tantas deseado;
Pues con aquel rigor que usó conmigo
Poco después á Fasis ha burlado,
Y en Colcos su belleza y sus engaños
La causa fueron de mayores daños.

»Del año breve el sol corrido había
Todos los signos, y el templado cielo,
Con largos soles, de la nieve fría
Había ya desatado el duro hielo,
Cuando con nuevo gusto y alegría
Se enriqueció de partos nuestro suelo,
Y Lemnos celebró con regocijos
Su nueva gloria y no esperados hijos.

»Yo también, ya que diez meses corrieron
De aquel forzoso matrimonio mío,
Dos hijos le parí á Jasón, que fueron
Testigos de mi error y desvarío;
Cuatro lustros ha justos que nacieron,
Que ya de conocerlos desconfío,
Y jamás he tenido nueva alguna
De su mala ó su próspera fortuna.

»El nombre del abuelo y mi esperanza
En uno renové, y en mi partida
Encomendé á Licaste su crianza,
Y al dios Baco el gobierno de su vida;
Llegó al fin otra vuelta la mudanza
De nuestra gloria, en pena convertida,
Y en lágrimas trocó la desventura
Aquella breve gloria mal segura.

»Vióse después el mar tan sosegado,
Tan favorable el viento, que parece
Que ya el leño se ofende en verse atado,
Y que el puerto y los ferros aborrece.
Viendo Jasón el viento deseado
Que para su maldad favor le ofrece,
Llama su gente y su partida ordena,
Principio de mi llanto y de mi pena.

»Nunca yo lo hospedara en mi ribera,
Antes pluguiera al cielo soberano
Que de largo pasara y que se fuera,
Soplando en su favor el viento insano;
Pues no pudo ablandar un alma fiera
Su sangre, ni su fe, jurada en vano,
Que el dorado vellón que á ganar iba
Apresuró su nave fugitiva.

»Ya que dejado al mundo el sol había,
Y que en el arrebol del Occidente
Serenidad al venidero día
Pudo prometer Tifis fácilmente,
Otra desdicha y otra noche fría
De nuevo atormentó la triste gente,
Volvió el dolor y fueron los gemidos
En nuestros lechos otra vez oídos.

»Apenas se mostraba algún lucero,
Ya retirado el sol de nuestro mundo,
Cuando en la nave mi enemigo fiero
Su gente llama y rompe el mar profundo;
Asiendo un remo, el mar hirió el primero,
Y nosotras á aquel dolor segundo,
Ya sin remedio en desconsuelo tanto,
Hicimos otro mar con nuestro llanto.

«Unas á un alto monte nos subimos,
Otras á los peñascos levantados,
Y desde allí volar el leño vimos
Con dos montes de espuma en ambos lados;
Hasta que al fin de vista lo perdimos,
Ya de mirar los ojos fatigados,
Cuando faltó la luz y parecía
Que la nave en el cielo se escondía.

»Poco después abrió la desventura
Para otras nuevas lágrimas camino,
Que en aqueste dolor aun no segura,
Otro mayor á deshacerlo vino.
La fama pregonera en suerte dura
Por la enemiga voz de un peregrino
A Lemnos avisó del padre mío,
Que vivo estaba y era rey en Chío.

»Viendo que hice arder el falso fuego
Sin haber cometido algún pecado,
De nueva rabia estimulado luego,
Mostró en mí su furor el pueblo airado.
—¿Solamente ella (dice el vulgo ciego)
De la muerte á los suyos ha librado,
Y en tan grande delito, solamente
Tiene ella de preciarse de inocente?

»Todas en la ciudad habemos sido
Verdugos sin piedad de tanta vida,
¿Y ella sola entre tantas ha cumplido
Con llorar la maldad no cometida?
No es esto lo que el hado ha pretendido,
Ni ha sido por aquesto obedecida;
Que reina de nosotros la hicimos
Porque á sus falsas lágrimas creímos.—

»Crece el rumor, las voces y el estruendo,
Y llena de furor la gente fiera,
Con algún ejemplar castigo horrendo
Injusto premio á mi inocencia diera;
Mas viendo su rigor, salí huyendo,
De nadie acompañada, á la ribera,
Por donde de la misma desventura
Huyó mi padre aquella noche obscura.

»Pero no como entonces á librarme
Vino el dios Baco, mi paterno abuelo,
Y estando sin tener á quién quejarme,
Con tierno llanto humedeciendo el suelo,
Por donde no esperé vine á librarme
De tanto mal con otro desconsuelo,
Porque allí unos piratas me prendieron,
Y al rey Licurgo esclava me trajeron.»

Así la triste Hisípile contaba
Su mal presente y su pasada gloria,
Y el Rey, enternecido, la escuchaba,
Moviéndolo á piedad la triste historia;
Contando sus desdichas descansaba;
Y tanto ocupó en esto la memoria,
Que de sus nuevos males ignorante,
Olvidó el tierno y desdichado infante.

El cual, en tanto que ella entretenía
Al Rey, su historia y su dolor contando,
El rostro y graves ojos revolvía,
Lleno de miedo, aquí y allí mirando;
Al tronco de algún roble ya se asía,
Y ya iba por las hierbas arrastrando,
Hasta que entre ellas se quedó dormido,
Ya fatigado y del temor rendido.

En esto una serpiente horrible y fiera,
De la tierra en sus senos engendrada,
Que santo horror de aquellos campos era,
Temida de la gente y respetada,
Atravesó buscando la ribera,
De la gran sed rendida y fatigada,
Llena la abierta boca de veneno,
Espuma negra de su hondo seno.

Con tres lenguas azota el corvo diente,
En tres blancas hileras dividido,
Lleva corona en la dorada frente
Y fuego en ambos ojos encendido;
Era reverenciada de la gente,
Porque en aquellos campos la han tenido
Por consagrada al dios que en paz y en guerra
Era conservador de aquella tierra.

Y así con grande libertad corría
Todas aquellas selvas, visitando
Las pobres aras que en el campo había,
Y de su dios los templos rodeando;
Mil injurias al monte le hacía,
Sus más robustas plantas abrazando,
Y perdiendo la selva su espesura,
Gimen sus troncos en la tierra dura.

Muchas veces la vieron el estío,
Fatigada del sol, de calor llena,
Ambas orillas ocupar á un río,
De la una atravesada á la otra arena;
Que mientras por gozar el humor frío
El curso eterno á la corriente enfrena,
Gran parte de su cuerpo atrás se deja
Y la cabeza coronada aleja.

Agora que á los ruegos obediente
Del padre Baco, su caudal perdiendo
Y su honor cada arroyo y cada fuente,
Sus ninfas entre polvo están gimiendo;
Llena de más furor la gran serpiente,
Secas sus fuentes conoc das viendo,
De su veneno seco el grande fuego,
En vez de espuma, arroja humo ciego.

Pasa buscando el agua fugitiva,
El estanque, la fuente, el lago, el río;
Deja los llanos y á los montes iba,
Mas cada valle está de aguas vacío;
Ya incierta de sí misma, boca arriba
Se pone, procurando algún rocío,
Y ya en tierra la seca lengua imprime,
Rayendo el suelo, que abrasado gime.

La sed le aumenta el agua prohibida,
Y paga el campo triste su tormento,
Cae la hierba que, al pasar, herida
Deja el caliente, venenoso aliento;
La planta arranca al suelo más asida,
Mata las aves é inficiona el viento,
Que es otro fuego que la tierra hiere,
A cuyo gran rigor el campo muere.

Tal es la que de estrellas adornada
Divide el cielo, y del helado Arturo
Hacia el polo contrario atravesada,
Parece què en el cielo pone un muro;
Y tal la que el Parnaso vió abrazada
A sus dos cumbres con estrago duro,
En quien de flechas Febo un monte ha hecho,
Con cien heridas fatigando el pecho.

¿Cuál dios (niño pequeño) ó hado fiero
Enemigo tan grande te dió en suerte?
¿Tú de la vida en el umbral primero
Mueres á manos de enemigo fuerte?
Mas fué porque en el siglo venidero
Te dé más fama la temprana muerte,
Pues cada tercer año eternamente
Tu sepulcro honrará la griega gente.

Con la cola al pasar la sierpe fiera,
Sin ver al triste infante que dormía,
Le tocó al tierno pecho de manera,
Que luego lo ocupó la muerte fría;
Mal formada al morir la voz postrera,
Dió un solo grito en que favor pedía,
Y sin ver al autor de sus enojos,
Sólo para morir abrió los ojos.

El ama, descuidada y mal segura
De tanto mal, escucha el triste acento,
Y luego adivinó su desventura,
Que un miedo helado la ocupó al momento;
Los pies en vano aligerar procura,
Ya sin valor, sin fuerza y sin aliento;
Que tal es su temor, su pena es tanta,
Que apenas mueve la turbada planta.

Los ojos á mil partes revolviendo,
E hinchendo la selva de gemidos,
El niño busca en vano, repitiendo
Mil veces los vocablos conocidos;
La sierpe, sin curar de aquel estruendo,
La cola, pies y brazos encogidos,
Sin moverse, enroscada, á nueva guerra
Ocupaba gran parte de la tierra.

Viendo la sierpe el ama desdichada
Pierde el color, rendida ya á la pena,
Y á pesar del dolor la voz turbada,
Con un largo clamor la selva atruena;
Con él la griega gente alborotada,
De turbación y sobresalto llena,
Por mandado del noble Rey aqueo,
El caballo aguijó Partenopeo.

Corriendo el campo osado y diligente,
A contar la ocasión vuelve ligero,
Y luego, llena de furor la gente,
Corre airada á buscar el monstruo fiero;
Herida con los rayos la serpiente
De tantas armas y de tanto acero,
Al estruendo y rumor de la floresta
Levanta el cuello y coronada cresta.

Echando por la boca un vapor ciego,
Que cual humo obscurece el horizonte,
Y por los ojos arrojando fuego,
Espera el gran furor de Hipomedonte;
El cual llegando al fiero monstruo, luego
Levantó de la tierra un medio monte,
Digo, un gran peñasco que allí había,
Y en el campo de término servía.

Cual peña por trabuco sacudida
Sobre las puertas del cercado muro,
Tal con mano robusta y atrevida
Arrojado voló el peñasco duro;
Negó la palma á su valor debida
La fortuna, que el monstruo mal seguro
Torció el cuello, y del golpe se desvía,
Ya que la peña encima le caía.

Cayó el peñasco en vano, y al estruendo
Retumbó todo el campo de Nemeo;
Mas luego una gran lanza sacudiendo
El inhumano y fiero Capaneo,
«No de este golpe escaparás huyendo,
Dice, si no me engaña mi deseo;
Que aunque algún dios viniese á defenderte,
Y aunque seas algún dios, te daré muerte.

»Y ya pluguiese al cielo soberano
Fueras un dios en forma semejante,
Y vieras lo que puede un pecho humano,
Aunque encima llevaras un gigante.»
La lanza sacudida de la mano
Brava, robusta, osada y arrogante,
Las escamas rompiendo en vano duras,
De la lengua cortó las ataduras.

Rasga el duro cerebro el hierro osado,
Y pasándole el cuello fácilmente,
Paró en la seca tierra, y enclavado
El pescuezo quedó de la serpiente;
El asta hecha penacho se ha arrimado
A la corona de la altiva frente,
Y aun no el dolor, aunque tan grande ha sido,
Correr todos los miembros ha podido.

La lanza con mil vueltas abrazando,
Más se fatiga en vano y más se aqueja,
Y arrancándola al fin, huyó volando,
Y humilde y ya mortal de allí se aleja;
Y de su dios las aras rodeando,
En su muerte parece que se queja,
Y rendida al dolor, la tierra mide,
Con tristes silbos que al morir despide.

Lloráronlo las ninfas, que de flores
Su altiva frente coronar solían,
Y olvidando los faunos sus amores,
Con ellas tristes lágrimas vertían;
Los dioses de aquel campo moradores
Romper guirnaldas y gemir se oían,
Y al fin toda la selva de Nemeo
Llorando se quejó de Capaneo.

Y ya por castigarlo había pedido
Algunos de sus rayos á Vulcano
El padre de los dioses, ofendido
Con las blasfemias del guerrero insano;
Pero menor la causa ha parecido
Que el gran castigo de su armada mano;
Y así, los rayos que pedido había
Los quiso reservar para otro día.

Sólo con un relámpago, que vino
A abrasar el penacho en la celada,
Dió indicio claro del furor divino
A que lo provocó su lengua osada.
En tanto abriendo á un nuevo mal camino,
Viendo la selva ya desocupada,
Hisípile los pasos apresura,
Buscando su dolor y desventura.

De lejos mira un bulto pequeñuelo,
Y hierba en torno, en sangre mal teñida,
Y cual de rayos abrasado el suelo,
Y en ceniza la tierra convertida;
Trueca su curso en presuroso vuelo,
De mayor pena y miedo sacudida,
Y al fin llegó, de nueva angustia llena,
A conocer su imaginada pena.

¿Quién en tan grande mal y en dolor tanto
Acertara á contar su sentimiento?
No tuvo algún humor para su llanto,
Que en sus entrañas lo encerró el tormento,
Ni voz para quejarse al cielo santo;
Mas cayendo turbada y sin aliento
Sobre él niño que estaba boca arriba,
Con besos busca el alma fugitiva.

No en su lugar la boca había quedado,
Ni el pecho estaba adonde estar solía,
Que de su tierna carne despojado,
Estatua de otro cuerpo parecía;
Solos al fin los huesos ha hallado,
Y tal quedado el tierno cuerpo había,
Que pudiera afirmar, según lo vido,
Ser mayor la herida que el herido.

Como cuando culebra cautelosa
Despojado el caliente nido deja,
Y con los pajarillos, perezosa,
Del tronco y nido que robó se aleja;
La madre cuando vuelve, congojosa,
Llena de espanto, en torno de él se queja,
Y viendo en él aquel silencio nuevo,
Descarga el pico del inútil cebo.

Ya pendiente del aire está vacío,
Y ya sentada en una y otra rama,
Con triste son y con arrullo pío
A sus amados pajarillos llama;
Ya vuelve á visitar el nido frío,
Y viendo sangre en la desierta cama,
Y volando las plumas por el suelo,
Suelta la voz y se querella al cielo.

Así la triste Hisípile, cogiendo
Las míseras reliquias y despojos
Del infelice infante que, muriendo,
La historia renovó de sus enojos,
A su lengua la voz restituyendo,
Y llenos ya de lágrimas los ojos,
Rompió las fuerzas del dolor funesto,
Y entre muchos sollozos dijo aquesto:

«¡Oh imagen de mis hijos verdadera,
Y alivio en el eterno desconsuelo
De mi negada patria, por quien era
Honra el servir y el padecer consuelo!
¿Cuál enemigo dios, qué parca fiera,
Qué infierno ha hecho, ó qué enojado cielo,
Tal estrago en tu cuerpo y en mi gloria?
¿Quién renovó de mi dolor la historia?

»¿Eres tú aquel que sobre el seco prado
Alegre y retozando dejé agora?
¿Qué es de tu rostro, como el Sol rosado,
Y las mejillas que envidió la Aurora?
¿Qué es del hablar risueño, mal formado?
¿Adónde está la voz dulce y sonora
Que muda mil palabras me decía,
Que nadie ¡ay triste! sino yo entendía?

»¡Qué de veces el largo y triste cuento
De Jasón y de Lemnos te contaba,
Y te hallaba á mi dolor atento
Cuando con mis querellas te arrullaba!
Con esto descansaba en mi tormento,
Y así mis desventuras consolaba,
Y ya te daba el pecho cual si fuera,
Ama no, sino madre verdadera.

»Ya en vano el blanco y húmedo rocío
Me sobra para quien ¡ay sin ventura!
Ya conozco el rigor del sueño mío,
Que me pronosticó mi desventura;
No fué vano el nocturno miedo frío
En el silencio de la noche obscura,
Que á Venus vide al fin, que eternamente
Fué para mis desdichas diligente.

»Mas ¿por qué mi descuido y mi pecado
Atribuyo á los dioses celestiales?
Yo te dejé al rigor del duro hado,
Yo sola fuí ocasión de tantos males,
Quien puso tal olvido en mi cuidado;
Mas ¿han de ser mis penas inmortales?
¿Tienen de ser eternos mis dolores?
¿Qué procuro disculpa en mis errores?

»Si he de morir, ¿qué temo, y no confieso
Desnuda la verdad de mi delito?
Mi ambición fué el autor de aqueste exceso,
En tanto que mis males resucito;
Yo por contar de Lemnos el proceso
Fuí causa de este mal, que es infinito;
Mi gran piedad ha hecho aqueste estrago,
Con que la gran maldad de Lemnos pago.

»¡Oh griegos capitanes! si ha podido
Enterneceros el dolor presente,
Y si de algún merecimiento ha sido
El mostraros el agua de la fuente,
Ó dadme aquí el castigo merecido,
Ó llevadme al rigor de la serpiente;
No vuelva á ver los padres desdichados,
De hijo tal por mi ocasión privados;

»Que aunque no menos siento sus enojos,
Y parte igual de su dolor recibo,
¿De qué manera volveré á los ojos
Del airado materno pecho esquivo,
Llevando solamente los despojos
Del hijo que me dió hermoso y vivo?
Antes me trague el suelo que yo sea
Tan atrevida que su llanto vea.»

Esto la triste Hisípile decía,
Lleno el rostro de tierra, sangre y llanto,
Y al noble rey Adrasto enternecía,
Sin consuelo hallar en dolor tanto;
Ya culpaba las aguas de Langía,
Y ya llamaba injusto al cielo santo,
Y ya despedazando su cabello,
Furiosa maltrataba el rostro bello.

Ya á la ciudad la nueva había llegado
Que el techo de Licurgo alborotaba,
El cual en sacrificios ocupado,
Y de las armas retirado estaba;
Y entonces, lleno de temor helado,
Del templo y monte á la ciudad tornaba,
Porque vió indicios de futuros males
En los sacrificados animales.

Aqueste en la común tebana guerra
No quiso acompañar al campo aqueo,
Que un temor de las armas lo destierra,
Aunque lo estimulaba su deseo;
Que cuando Marte alborotó la tierra
Después de la embajada de Tideo,
Haciendo sacrificio á Jove un día,
Un oráculo oyó que así decía:

«Licurgo, en esta guerra venidera
Que á Tebas amenaza á sangre y fuego,
Tú la primicia pagarás primera
Por todo el conjurado campo griego.»
El Rey, temiendo aquesto, en paz espera
De la jornada el fin, de envidia ciego,
Porque cuando á la guerra más se inclina,
Le refrena el furor la voz divina.

¡Oh entendimiento humano, qué ignorante
En los futuros casos no esperados
Piensa con vana industria ser bastante
Para estorbar el curso de los hados!
Veis aquí, pues, la hija de Toante,
Que en aquellos despojos destrozados
Lleva al Rey, de sus males adivino,
La verdad del oráculo divino.

Por otra parte, importunando al cielo
Con mil clamores la infelice madre,
Viene á encontrar su pena y desconsuelo,
Y encontró acaso al animoso padre;
Que aunque no puede haber algún consuelo
Que en tanto mal y desventura cuadre,
Con mayor fortaleza, en dolor tanto,
Venció su pena y refrenó su llanto.

Mas rendido al furor y de ira lleno,
«¿Dónde está, dice, la enemiga mía,
A cuyo injusto y fementido seno
Mi sangre encomendé, ya helada y fría?
¿La que en lugar de leche dió veneno
Al tierno infante, y vive todavía?
Prended la autora de mi pena inmensa,
Y con su muerte vengaré mi ofensa.

»Yo le haré olvidar eternamente
La fábula de Lemnos, bien compuesta,
Su padre y los blasones de su gente,
Mentira que tan cara ya me cuesta;
Y así la sangre vengaré inocente,
Aunque poca venganza será aquesta.»
Esto diciendo, entre los suyos iba
Desnudando la espada vengativa.

Mas salióle al encuentro el gran Tideo,
Diciendo: «¿Quién así hace atreverte?
Refrena tu furor y tu deseo,
Quien quiera que eres, ó daréte muerte.»
Lo mismo dice el fiero Capaneo,
En alto levantando el brazo fuerte;
Lo mismo Hipomedonte, y más airado
Llegó el joven de Arcadia alborotado.

Otros muchos llegaron al rüido,
Llenos de iguales iras y furores,
Y á socorrer su Rey luego ha venido
Un armado escuadrón de labradores;
Pero el argivo Rey, que aquesto vido,
Acudió á remediar estos rumores,
Y con el Anfiarao, que puesto en medio,
Con su elocuencia procuró el remedio.

«Cese, dice, el furor, oh gente griega,
Toda de solo un tronco descendida;
Pueda más la razón que la ira ciega,
Entre amigas espadas encendida;
Tú primero te aparta, y tú sosiega
El furor de tu gente no ofendida.»
Aquesto dijo; pero el gran Tideo,
No aplacado, así dice al Rey nemeo:

«¿Tanta es tu ceguedad y tu osadía,
Que dar la muerte á una mujer pretendes
Que agora fué conservadora y guía
De toda aquesta gente, á quien ofendes?
Por cierto que será gran valentía
Dar muerte á una mujer; pero ¿tú entiendes
Que somos tan ingratos y villanos,
Que no la libraremos de tus manos?

»¿Tú puedes oprimir una inocente?
¿Rigor hay contra pecho tan piadoso,
Del mismo padre Baco descendiente,
Que reino tuvo y padre tan famoso?
Bástete estar en paz entre tu gente,
Goza solo tu paz y tu reposo
Viendo nuestros armados escuadrones,
Y al aire tremolar tantos pendones.

»Y ya permita el cielo que en volviendo
Con el triunfo y victoria que esperamos,
En torno de tus túmulos gimiendo
Con el mismo sosiego te veamos;
Sin que de nuestras armas el estruendo
Turbe jamás la paz que te dejamos,
Y sin que los trabajos de la guerra
Te quiten los regalos de tu tierra.»

«Nunca, responde el Rey, imaginara,
Por ser de vuestra sangre y vuestro amigo,
Marchando contra Tebas, que llegara
Vuestro ejército aquí como enemigo;
Mas si tan poco la amistad me ampara,
Usad cualquiera enemistad conmigo;
Comience en mi ciudad la guerra vuestra,
Y apague vuestra sed la sangre nuestra.

»Id y triunfad alegres de mi llanto,
Haced en mí la guerra á sangre y fuego,
Nuestras casas robad, y al templo santo
Del soberano Jove abrasad luego;
Que no entendí que os ofendiera tanto,
Si lleno de dolor, de enojo ciego,
Como señor y como rey quería
Castigar á la que era esclava mía.

»Mas desde el cielo el Padre soberano
Mira esta sinrazón, y aunque se tarda
El debido castigo de su mano,
Viva su ira eternamente guarda;
No del reino heredado amor insano,
Ni temor de la muerte me acobarda;
Mas el hado enemigo me refrena,
Autor de mi dolor y de mi pena.»

Esto diciendo, el alma congojosa
Vuelve al nuevo rumor de una batalla,
Y vido mucha gente belicosa
Con armas ofendiendo su muralla;
Que la fama parlera y mentirosa,
Que en cualquiera rumor luego se halla,
Turbada llegó al campo que delante
Marchaba, de estos males ignorante.

De Hisípile contó la pena inmensa,
Y que le quiere el Rey quitar la vida,
Que ya algunos han muerto en su defensa,
Y que morirá al fin, mal defendida;
En la dificultad ninguno piensa,
Que luego fácilmente fué creída;
Vuelven al punto atrás con grande furia,
Jurando de vengar aquella injuria.

Corona la ciudad el campo griego,
Hierve la ira en la engañada gente;
Quién apercibe el hierro y quién el fuego,
Y quién arrima escalas, impaciente;
El reino quieren asolar, y luego
Llevar cautivo al Rey, y juntamente
A Júpiter con él, que no hay respeto
En tanta confusión y en tanto aprieto.

Retumba el campo y la ciudad resuena
Al gran clamor y mujeril rüido,
Y rendido al temor y nueva pena,
Casi olvidado el gran dolor se vido;
De confusión y sobresalto llena,
A defender sus muros ha corrido
La gente, que, ignorando aquel engaño,
Se admira del rigor del nuevo daño.

Viendo Adrasto en su ejército ignorante
Tanto furor, su carro apercibiendo,
Llevando en él á Hisípile delante,
Llegó en un punto á la ciudad corriendo.
«Esta es, dice, la hija de Toante,
Cese ya de las armas el estruendo,
Que nadie la ha ofendido, y no merece
Licurgo aqueste agravio que padece.»

Así cuando en el mar el Austro airado
A su enemigo Bóreas desafía,
Súbese al cielo el mar alborotado,
Reina la negra noche y huye el día;
Mas si el rey de las aguas enojado,
Sobre un gran carro que Tritón le guía,
Al rumor y bramidos de sus ondas
Deja el cristal de sus cavernas hondas;

Apenas el tridente de su mano
Muestra, sentado en cristalina silla,
Cuando el uno y el otro viento insano
Parten huyendo y Tetis se le humilla;
Abaja su soberbia el Oceano,
Descúbrense los montes en la orilla,
Muestra el cielo su cara, el sol se alegra,
Y huye de su luz la noche negra.

Que Dios fué tan piadoso en dolor tanto,
Que á Hisípile, rendida al caso triste,
Pudo alegrar y mitigar el llanto
Que en sus ojos eternamente asiste;
Y como abuelo suyo, Baco santo,
Que á Grecia desde Lemnos le trajiste
Los hijos que dejó recién nacidos,
Y fueron de tí siempre defendidos.

La madre era ocasión de su camino,
Y á la casa del Rey habían llegado,
Que por el traje y talle peregrino
Los había recibido y hospedado;
Cuando la nueva desdichada vino
Del miserable infante mal logrado,
Antes que al rey Licurgo dicho hubieran
De dónde son, qué buscan y quién eran.

Aquestos, pues, hallándose delante,
Como del Rey el alboroto vieron,
Con pecho agradecido, aunque ignorante,
Contra su madre al Rey favorecieron;
Pero luego que el nombre de Toante,
El de su patria y de su madre oyeron,
Turbado cada cual corre impaciente
Entre la amiga y la enemiga gente.

Y mostrando con llanto su alegría,
Se cuelgan del materno amado cuello
Uno y otro mil veces á porfía,
Besando el maltratado rostro bello.
Ella, que de los dioses no se fía,
Apartando del rostro su cabello,
A aquella nueva gloria no esperada
Firme se estuvo como roca helada.

Pero como el retrato verdadero
Del padre en cada rostro vió esculpido,
Y las espadas de famoso acero
Que les dejó al partir ha conocido,
El llanto que causaba el dolor fiero,
En otro más alegre convertido,
Cayó de nuevo sobresalto llena,
Pudiendo más la gloria que la pena.

Celebró luego el cielo este contento
Con blando trueno y con serena cara,
Con alegre rumor el sordo viento,
Y mitigado el sol con luz más clara.
Viendo aquestas señales, al momento
Entre los reyes Anfiarao se para,
Y pidiendo silencio al campo todo,
Alzó la voz y dijo de este modo:

«Escuchad, oh famoso Rey nemeo,
Y vosotros, de Grecia los mejores,
Que vais con lo mejor del pueblo aqueo
A castigar de Tebas los errores,
Suspended, aunque os dé prisa el deseo,
Algún tanto las iras y furores,
Y oíd la voluntad del mismo cielo,
Que Apolo por mi voz descubre al suelo.

»Este dolor que os ha afligido tanto,
Esta nunca temida desventura,
Aqueste desconsuelo y este llanto,
Que nuestras armas detener procura,
Sabed que traza fué del cielo santo,
Y que no se movió la parca dura
Sin parecer y voluntad divina;
Que viene muy de atrás esta rüina.

»Secarse cada arroyo y cada fuente,
Escondernos las aguas su tesoro,
Nuestra sed y el rigor de la serpiente,
Y este furor que al Rey perdió el decoro,
Y el mal logrado niño que, inocente
Por nuestros hados, se dirá Arquemoro;
Todo aquesto, ya ha mucho así trazado,
Lo ordenó el cielo y lo dispuso el hado.

»Aplacad, pues, las iras inmortales,
Y algún tanto las armas olvidemos,
Porque con nuevas honras funerales
La muerte del infante celebremos,
Que digno fué de sacrificios tales,
Y es deuda aquesta, al fin, que le debemos;
Dejaremos de Grecia á las ciudades
Fiestas que durarán por mil edades.

»Y ya pluguiera al cielo poderoso
Que siempre alguna novedad hubiese
Que el curso de las armas presuroso
Con su tardanza refrenar pudiese;
Y que, á pesar del hado riguroso,
Nuestra enemiga Tebas se huyese,
Aunque nuńca el perjuro Rey tebano
El reino diese al desterrado hermano.

»Mas vosotros, famosos caballeros,
Que ya heredasteis la virtud paterna,
Y tendréis, de sus glorias herederos,
Siempre nombre inmortal y fama eterna
En cuanto por los siglos venideros
Darán tributo al mar Inaco y Lerna,
Y en cuanto aquesta gran selva nemea
Llena de sombra y árboles se vea,

»No al infante ofended de esa manera,
Que hace agravio á un dios el que lo llora,
Y es nuevo dios al fin, y nunca fuera
Tan venturoso con su vida agora,
Aunque más años que Titón viviera,
Y más que el viejo amante de la Aurora.»
Así dijo; y la negra noche en tanto
Tendió la sombra y desplegó su manto.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Publícanse por toda Grecia las fiestas que ordena el campo griego en las obsequias de Arquemoro. Sus padres lloran su muerte. Consuélanlos los griegos principales. Previénense altares. Talan los montes para el fuego funeral. Los griegos traen joyas y dones que arrojar en el fuego. Eurídice, madre del niño, vuelve á renovar el llanto. Pide le den á Hisípile para vengarse en ella. Dícele muchas injurias. Salen los escuadrones griegos á caballo alrededor del fuego, arrastrando pendones por el suelo. Acuden de todas partes á las fiestas. Dase principio á ellas con el correr de los caballos. Favorece Apolo al sacerdote Anfiarao, y Neptuno al caballo Arión. Salen victoriosos Anfiarao y el rey Admeto. Adrasto les da iguales premios. En el segundo juego, de correr á pie, sale vencedor Partenopeo. Comiénzase el tercer juego, del disco, que es una bola de metal que se echa á rodar. Gana el premio Hipomedonte. Síguese el cuarto juego, de esgrimir unos pesados cestos. Salen á esgrimir Capaneo y Alcidano. Queda Capaneo vencido, el cual se alborota y quiere matar á su contrario. Manda Adrasto que los aparten, y dales iguales premios. En el quinto juego, de la lucha, vence Tideo á Alcidano. Adrasto tira con un arco á un árbol. La saeta resurte de él y vuelve junto al Rey. Hay varias opiniones y juicios sobre la significación del caso.

Veloz por toda Grecia corre luego
La fama, y con alegre son publica
Las fiestas que celebra el campo griego
En torno de la nueva tumba rica,
Para que sude en uno y otro juego,
Que por ofrenda al nuevo dios aplica
La griega juventud, á quien la fama
Con premio incita y con pregones llama.

Costumbre antigua fué, de aquesta suerte
Usada en Grecia, entre hombres principales,
Al que era en vida rico, noble ó fuerte
Celebrarlo después con honras tales;
Y así, Alcides de Pélope en la muerte
Hizo famosas fiestas funerales,
En las cuales, de olivo coronados,
Eran los vencedores celebrados.

Focis después, de Apolo en la victoria
Contra el fiero Pitón, que la asolaba,
Eternizó con fiestas la memoria
Del arco de sus flechas y su aljaba;
De Palemón también honran la historia
En las orillas dos que el Istmo lava,
Y de noche á la luz de muchos fuegos
En torno de sus aras hacen juegos.

Y aquesta fiesta celebrarse tiene
Cada año que renueva sus gemidos
Leucotoe, y á la orilla amiga viene,
Donde luego sus llantos son oídos,
Y en aquellas riberas se entretiene
Mientras duran los fuegos encendidos,
Y á los clamores que en el cielo esconde,
Resuena el Istmo y Tebas le responde.

Así los capitanes valerosos,
Que igualan la ciudad argiva al cielo,
Cuyos nombres temidos y famosos
Suspirar hacen el aonio suelo,
Y ponen en los pechos temerosos
De las tebanas madres un frío hielo,
Quieren agora alborotar la tierra
Con varias pruebas de fingida guerra.

Así cuando de nuevo se han labrado
Galeras, que á las aguas arrojadas,
Romperán, á pesar del Austro airado,
Las ondas del Egeo alborotadas,
Y antes en un estanque sosegado,
De jarcias y de remos adornadas,
El piloto ejercita sus galeras
En agua mansa y fáciles riberas.

Allí para los casos venideros
Aprenden el remedio y diligencia;
Mas cuando al parecer de marineros
Tienen ya en los trabajos experiencia,
Rompen el mar, y de los vientos fieros
Desprecian, atrevidas, la insolencia,
Dejan el puerto y no reciben pena
Por no poder ya ver la amiga arena.

Ya por las puertas del Oriente frío
La bella esposa de Titón salía,
Y llenos los cabellos de rocío,
Entre aquel oro aljófar parecía;
El Sueño con el cuerno ya vacío,
Sus callados ministros recogía,
Y la belleza de la Aurora viendo,
Con la noche amarilla iba huyendo.

Resuena ya el palacio con gemidos,
Que del Rey la desdicha significan,
Y lejos en los montes recibidos,
Del eco triste allí se multiplican;
Clamores por las calles son oídos,
Porque allí todos á llorar se aplican;
Que la casa real, de llanto llena,
Hace común y general la pena.

Lleno el rostro de polvo y de tristeza,
Representaba el Rey su desventura,
No con adorno igual á su grandeza,
Mas con humilde y triste vestidura;
Con más rigor la Reina y aspereza,
Sentada en la desnuda tierra dura,
Llorando está, y también el suelo bañan
Mujeres que en su llanto le acompañan.

Sobre aquellas reliquias arrojada,
Gime, llora, se aflige y se lastima,
Y quiere, aunque mil veces estorbada,
Cumplir sus penas y morir encima.
El mismo Rey, con alma sosegada,
Fingiendo algún consuelo, que reprima
De su esposa el dolor y llanto eterno,
La aparta, á su pesar, del cuerpo tierno.

Mas luego que los griegos principales
Entraron en la sala, cual si fuera
Entonces el principio de sus males,
Ó algún nuevo infortunio sucediera,
Ó como si ocupara los umbrales
La sierpe, y con mayor rigor volviera,
Se levantó un clamor de muchos pechos,
Que retumbó por los reales techos.

Viendo los griegos del clamor y llanto
La causa, el suyo apenas refrenaron,
Y luego el noble Adrasto, que algún tanto
Clamores y gemidos sosegaron,
Consuela al Rey en desconsuelo tanto,
Y mil veces los llantos le estorbaron,
Que apenas comenzaba, cuando luego
Alzaba otro clamor el dolor ciego.

Ya de los hados la inclemencia cuenta,
Por ser inexorable tan temida,
Y los grandes peligros representa
A que sujeta está la humana vida,
Y ya con esperanza en vano intenta
Curar el daño de tan gran caída,
Diciendo que otro hijo más dichoso
Le dará luego el cielo poderoso.

Pero ningún consuelo humano ha sido
Para aplacar sus lágrimas bastante;
Que el triste Rey, á su dolor rendido,
Así escucha consuelo semejante
Cual suele el mar Jonio embravecido
Los ruegos escuchar del navegante,
Y el caso hace de él que hace un río
Del nublado veloz, de humor vacío.

En tanto que en palacio pasa aquesto,
Tejen, sin oprimir y con cuidado,
Con tristes ramas de ciprés funesto,
Un rico lecho, al fuego condenado;
De hierbas lo primero está compuesto,
Luego de varias flores adornado,
Y encima de ellas la riqueza había
Que la siempre dichosa Arabia cría.

Incienso y cinamomo, conocido
Desde los tiempos del antiguo Belo,
Se ven, y otros olores que ha sabido
Producir aquel rico y fértil suelo;
Al lecho funeral, así tejido,
Un rico paño le sirvió de cielo,
De púrpura de Tiro, en forma hecho
De chapitel sobre el pequeño lecho.

Paño admirable y todo de oro fino,
Con muchas piedras de valor bordado,
Donde al vivo se ve el pequeño lino
Entre flores y perros matizado,
Y por el gran rigor de su destino,
Formando en él agüero desdichado,
Aborreció la madre sin ventura
El paño, su riqueza y su pintura.

Y sin aquesto, en torno de él se vían
De sus abuelos muertos los blasones,
Y el uno y otro lado ennoblecían
Ricas armas, despojos y pendones;
Pasadas glorias que adornar solían
Aquel palacio en otras ocasiones,
Pero agora, mezcladas con sus males,
Leña serán de fuegos funerales.

Como si el lecho y las obsequias fueran
De algún gran capitán famoso en guerra,
O como si mayores se hicieran
Las almas con las honras de la tierra,
Ó como si volver así pudieran
Los que una vez la muerte los destierra,
Así para consuelo de sus daños
Le honran con dones de mayores años.

Que el padre con alegres esperanzas
Aljabas se había hecho bien preñadas,
Arcos y flechas y pequeñas lanzas,
Aun no de alguna sangre matizadas,
Y entonces sin temer estas mudanzas
Criaba en sus dehesas y manadas
Potros, en nombre suyo generosos,
De padres conocidos y famosos.

Y otras armas que más robusto pecho
Y esperaban vestir brazos mayores,
Le hizo antes de tiempo y sin provecho,
Pues no han de verse en bélicos furores;
Ropas también su madre le había hecho,
Varias de edad y varias de colores,
De púrpura con oro recamadas,
Por el materno amor anticipadas.

Todo esto con un cetro pequeñuelo
Ofrece al fuego con su propia mano
El padre atroz, buscando algún consuelo
A tanta costa en su dolor insano;
En otra parte ocupa el seco suelo
El ejército griego, armado en vano,
Haciendo, cual lo ordena el agorero,
De leña que ha de arder un monte entero.

Otros la umbrosa Tempe y la Nemea
Cortadas tienden en la tierra dura,
Mostrando á la admirada luz febea
Lo que le prohibió tanta espesura;
Ya de sus brazos despojada y fea,
La una y otra, en larga edad segura,
De tanto mal hermosa y siempre verde,
Su gloria antigua y su belleza pierde.

Ninguna más hermosa y celebrada,
Ni de más sombras tuvo el suelo aqueo,
Ni tanto alguna al cielo levantada
Hubo en los altos montes, de Liceo;
Sagrada antigüedad mal respetada,
Sombra de los cristales de Nemeo,
Que visto había con saber profundo
Mil edades y siglos en el mundo.

Que no sólo de larga vida humana
El fin y su principio visto había,
Mas de faunos y ninfas de Diana,
Silvestres dioses que abrigar solía;
Pero como llegó la suerte insana
Y de este estrago el no esperado día,
Huyeron todos, y con mil gemidos
Dejaron sus lugares conocidos.

No sus antiguos árboles amparan,
Que ya fueron su gloria y su consuelo,
Y aves también y fieras desamparan
Las dulces sombras de su amado suelo,
Las altas plantas que en la sierra paran,
Que parar no pensaron hasta el cielo,
Y allí pisados sus cabellos vieron,
Que respetados otro tiempo fueron.

Cae la haya y la robusta encina,
Ríndese el borne, con rigor herido,
Cerviz y brazos el ciprés inclina,
Nunca de los inviernos ofendido,
El alno, amigo siempre á la marina,
Cuya cumbre jamás cortada ha sido,
Y el fresno, cuyos brazos en la guerra
Suelen con sangre humedecer la tierra.

No así el Ismaro monte destrozado
Sé ve, cuando las puertas de su cueva
Rompe el furioso Bóreas enojado,
Y sale con furor y rabia nueva,
Ni con tanto rigor desenfrenado
Nocturno fuego, á quien el Noto lleva,
El monte corre, y cuando atrás se deja,
Con muda voz parece que se queja.

Dejan la santa Pales y Silvano
La selva, á donde descansar solían,
Huyen faunos y sátiros del llano,
A donde tantos coros se hacían,
Y las ninfas bellísimas, que en vano
Sus troncos con abrazos defendían,
Desamparan al fin sus plantas bellas,
Gime la triste selva y lloran ellas.

Como cuando á soldados victoriosos
Ciudad rendida el capitán entrega,
Que apenas se oye el son cuando orgullosos
La corren con furor y rabia ciega,
Vese el rigor en pechos codiciosos,
Y la humana codicia á cuánto llega;
Roban, destruyen, rompen, despedazan,
Matan, ofenden, hieren y amenazan;

Y usan con tal rigor de su victoria,
Y puede en ellos la codicia tanto,
Que en un momento apenas hay memoria
De la ciudad ó de algún templo santo;
Así, pues, se acabó la antigua gloria
De aquesta selva, y con eterno llanto
Lloró sus dioses, que al partir gimieron,
Y á extrañas selvas peregrinos fueron.

Dos aras y dos túmulos iguales
Había ya el sacerdote fabricado,
El uno á las deidades infernales,
Y el otro á las del cielo dedicado;
Comienza el llanto fuegos funerales
Al son que un ronco cuerno les ha dado,
Música de troyanos aprendida,
De niños en la muerte introducida.

Pélope fué el primero que á su gente
Mostró el son funeral triste y lloroso,
En sacrificios fúnebres decente,
Y á las menores sombras provechoso,
Y dicen que con él antiguamente
Niobe lloró el caso lastimoso
De sus catorce hijos, que la suerte
Igualó con dos arcos en la muerte.

La gente principal del campo griego
Pasa primero, y lleva ricos dones,
Para ofrecer después al santo fuego,
Lleno de tantas armas y pendones;
Con el reverenciado cuerpo luego
Viene el lecho cargado de blasones,
En hombros de mancebos conocidos,
Y de Adrasto entre todos escogidos.

De otros reyes y de él acompañado
Pasa el triste Licurgo, y luego viene
La madre del infante malogrado,
Que mayor parte en la desdicha tiene.
Hisípile también luego ha pasado
Sin que nadie sus lágrimas refrene,
Que sus hijos llorar le permitían,
Mas los osados brazos le tenían.

No menos que la Reina acompañada,
Y de luto y dolor igual cubierta,
Se ve, de sus dos hijos rodeada,
Pálida, sin aliento y casi muerta;
Mas Eurídice, reina desdichada,
Apenas salió fuera de la puerta,
Cuando arrancando del dolor prolijo
La fatigada voz, aquesto dijo:

«Nunca ¡oh hijo! esperé que de esta suerte
Conmigo y triste acompañado fueras,
Porque esperé en tu boda, y no en tu muerte,
Acompañarme con argivas nueras;
Que no pude temer dolor tan fuerte,
Ni esperar que jamás así murieras;
Que en paz, entre tus padres y en tu tierra,
¿Por qué temiera á Tebas ni á su guerra?

»¿Qué Dios tan enemigo bajó al suelo
A empezar esta guerra en sangre nuestra?
¿Quién tan grande maldad le pidió al cielo,
Que sólo mueve contra mí su diestra?
Sólo es para mi casa el desconsuelo,
Pues que ninguno de la sangre vuestra,
¡Oh fiero Cadmo, oh Tebas enemiga!
A lamentar y suspirar obliga.

»Yo el sacrificio de la guerra hago
Con tanta costa propia y daño tanto,
Y al son de hierro y de trompetas paso
Primicias de dolor, de muerte y llanto;
Yo sola de las armas el estrago
Sufro, y sola me quejo al cielo santo
Por haber entregado al hijo mío
A un pecho ingrato y de piedad vacío.

»Pero ¿qué mucho en confiarme he hecho,
Habiéndonos contado astutamente
Que ella guardó á su padre, y que su pecho
Fué en la maldad de Lemnos inocente,
Y que ella sola el juramento hecho
Osó quebrar á la atrevida gente,
Y al fin, que solamente piedad tuvo
Donde tanta crueldad y rigor hubo?

»Pero gran culpa en su maldad tuvimos,
Pues que fuimos tan ciegos é ignorantes,
Que luego entero crédito le dimos,
Sin recelar engaños semejantes;
Mirad su fe y piedad y á quien creímos,
Porque fueron sus lágrimas bastantes
A engañar á dos padres sin ventura,
Que el que es noble, de todos se asegura.

»Que siendo, como dijo, tan piadosa
Entre malditas hembras, ¿quién creyera
Que fuera con nosotros rigurosa,
Y que aquesta piedad y fe tuviera?
Dejó el niño en la selva temerosa,
Ajena prenda al fin, por ir ligera,
Y sólo, encomendado á sordas plantas,
Quedó sujeto á desventuras tantas.

»Que no era menester que una serpiente
Con tal rigor la selva atravesara,
Que para darle muerte solamente,
Quedando á solas, su temor bastara,
Las hojas sacudidas de repente,
El aire, el sol, un ave que volara;
Pero aquesta maldad de un ama injusta
Trazó algún dios que de mi llanto gusta.

»Es verdad, pues, que amor no le tenía,
Sólo con ella alegre siempre estaba,
De ella las voces solamente oía,
Que otro cualquier en vano le llamaba;
A mí triste aun no bien me conocía,
Sola ella sus donaires escuchaba,
Y de su voz el murmurar primero
Fué en su pecho traidor y novelero.

»Nunca de tí contento he recibido,
Ni tú mi hijo en los placeres fuiste;
Que ella tu madre solamente ha sido
En tanto, oh hijo amado, que viviste.
Agora lo soy yo, cuando has perdido
La alegre voz, que en su poder tuviste,
Y no se me permite dar castigo
A quien tanta crueldad usó conmigo.

»¿Para qué tantas armas y pendones
¡Oh griegos! arrojáis en vano al fuego?
Que no gustan las almas de estos dones,
Ni menos de este simple humo ciego;
Pague aquesta enemiga sus traiciones,
Aquesta solamente, aquesta, os ruego
Me deis; que solamente esta traidora
Os pide el alma que aplacáis ahora.

»Por aqueste principio de la guerra
Que yo parí, y así llantos iguales
Se escuchen siempre en la tebana tierra
En semejantes fuegos funerales,
Que si os mueve el dolor que en mí se encierra,
Me entreguéis, para alivio de mis males,
A esta traidora, y pague con su vida
Su fe traidora y su piedad fingida.

»Y no de sangre me llaméis sedienta,
Ni penséis que es crueldad la de mi pecho,
Que yo también cuando haya de mi afrenta
Con muerte suya la venganza hecho,
Dejaré el mundo, y moriré contenta
Con haber á mi agravio satisfecho;
Bajen juntas las almas al a ismo,
Y ardamos ambas en un fuego mismo.»

Aquesto dice á voces, y volviendo
El rostro, vió que Hisípile venía,
Que, dando mil sollozos y gimiendo,
Su rostro y sus cabellos ofendía;
Al punto con más ira, no pudiendo
Sufrir en su dolor tal compañía,
«Aquesto al menos, dice, oh capitanes,
Prohibieron mis lágrimas y afanes.

»¿Conmigo ha de venir acompañada,
Porque mayores mis pesares sean?
Si viene con sus hijos abrazada,
¿Qué gloria ó bien sus ojos ya desean?
¿Por qué sigue á la madre desdichada,
Ó por qué quiere que llorar la vean?
¿Qué parte en nuestra pena y llanto tiene,
Ó por quién llora y con nosotros viene?»

Enmudeció con esto, y sin aliento
Desmayada en el suelo se ha caído,
Que creciendo el dolor, el sentimiento
Creció también, quitándole el sentido.
Con pena igual y menos sufrimiento
Está vaca afligida que ha perdido
El amado novillo pequeñuelo,
Que en vano busca importunando al cielo.

O ya se lo haya muerto alguna fiera,
Ó ya el pastor á Jove soberano
Lo haya sacrificado, porque espera
Algún favor de su divina mano;
Al fin no sabe de él, y así ligera
Corre la vega, el prado, el monte, el llano;
Ya se lo pide al valle y ya á los ríos,
Y ya á los campos, de piedad vacíos.

Vuelve al ganado, y como no lo halla,
Bramidos tristes en el cielo esconde,
Pero todo está mudo y todo calla,
Que solamente el eco le responde;
Y cuando ya el pastor sale á buscalla,
Con pereza á su casa va, de adonde
Sale por la mañana la primera,
Y vuélvese á la noche la postrera.

El triste Rey el cetro y vestidura
Que como sacerdote usar solía,
Pensando así vencer su desventura,
Él mismo arroja al fuego, que aun no ardía;
El cabello también, que á la cintura
Compuesto y hecho trenza descendía,
Parte cortó, y echándolo en el fuego,
Alzó la voz airada, y dijo luego:

«No yo, pérfido Jove, he dedicado
Mi cabello á tu templo y á tus aras,
Sino con condición que al hijo amado
Para tu altar y templo lo guardaras
Mas, pues soy sacerdote no escuchado,
Y ya mis oraciones desamparas,
Llévelo el alma del pequeño infante,
Más digno al fin de ofrenda semejante.»

Ya el fuego poco á poco comenzaba
De la primera leña á levantarse,
Y el Rey, aunque estorbado, porfiaba,
Y la Reina, queriendo allí arrojarse;
Mas dedicado un escuadrón estaba,
Que tiene solamente de ocuparse,
Con acciones piadosas y decentes,
En apartar los padres impacientes.

Tanto en un punto el fuego se enriquece,
Que ninguno vió el suelo más famoso,
Cada vestido ardiendo resplandece;
Que todos sudan oro precioso;
Crujen las ricas piedras, y parece
De Marte algún asalto riguroso,
Y á pesar de la llama enrojecida,
Se ve correr la plata derretida.

Vino espumoso encima se derrama,
Usado siempre en semejante fuego,
Y los jugos que á Asiria le dan fama,
Que añaden calidad al humo ciego;
Gran cantidad de miel entre la llama
Con pálido azafrán arrojan luego,
Y juntamente leche y sangre negra,
Que es la bebida que á Plutón alegra.

A caballo después siete escuadrones,
De á ciento, cada cual de un rey guiado,
Arrastrando en la tierra los pendones,
En torno corren al izquierdo lado;
Tres veces, al compás de roncos sones,
Una lanza con otra se ha encontrado,
Y tres llegaron á parar á una,
Entre todos formando media luna.

Cuatro en torno después del fuego santo
Hicieron con las armas grande estruendo,
Y cuatro las mujeres con su llanto
Al cielo alzaron un clamor horrendo.
Sacrificando el sacerdote en tanto,
Vario ganado al fuego está ofreciendo,
Suplicando que borre el santo cielo
El agüero de tanto desconsuelo.

Y aunque ve claramente que es en vano,
Y del triste suceso venidero
Ve clara la verdad que el hado insano
Conserva en el rigor del nuevo agüero,
Manda otra vez que á la derecha mano
Vuelva á correr cada escuadrón ligero,
Y vibrando las lanzas, en el fuego
Arrojen algo de sus armas luego.

Quién echa el freno y quién un dardo ofrece,
Quién arroja la espuela y quién la flecha?
Quién el yelmo, que al fuego resplandece,
Quién una cinta y quién las plumas echa;
Y tanto al fin arrojan, que parece
El fuego poco y la hoguera estrecha,
Y en tanto de las trompas el acento
El monte atruena y enmudece el viento.

Así se ha visto con igual rüido
Que al cielo levantando mil clamores,
A encontrarse dos campos han corrido
Al son de las trompetas y atambores;
Y antes que algún acero hayan teñido,
Mira alegre sus bélicos furores,
Dudoso, en una nube, el fiero Marte,
Sin haberse inclinado á alguna parte.

Ya se acababa el fuego, convirtiendo
Tanta leña y riquezas en ceniza,
Aunque cebo á las llamas añadiendo,
Muchas veces la gente las atiza,
Y aun no cesa de trompas el estruendo
Que las tristes obsequias solemniza,
Hasta que al fin venció tanta fatiga
La muda noche, de silencio amiga.

Ya nueve veces el lucero había
A la rosada Aurora acompañado,
Y al esconderse en el ocaso el día,
Otras tantas caballo había mudado,
Siendo al principio de la noche fría
El mismo que al salir del sol dorado,
Ya recogiendo el alba las estrellas,
Y ya saliendo tras el sol con ellas,

Cuando acabado un templo milagroso,
Obra admirable, insigne mausoleo,
Se ve por sabio artífice, famoso,
Con mano apresurada del deseo,
Donde al vivo el suceso lastimoso
Está por orden, porque el pueblo aqueo
Tenga en mármol guardada la memoria
De aquella triste y miserable historia.

Aquí Hisípile el agua de la fuente
Enseña al campo griego fatigado,
Aquí trepando el niño va inocente,
Y aquí se rinde al sueño, ya cansado;
Y tan al vivo está de la serpiente
El un lado del cúmulo ocupado,
Y revuelta á la lanza está de suerte,
Que aun se esperan los silbos de su muerte.

Acabado ya el túmulo, que ha sido
Honra del sabio artífice y del arte,
Gran vulgo á ver las fiestas ha acudido,
Que la fama llamó de cada parte,
Y muchos que jamás habían tenido
Noticia alguna del horror de Marte,
De toda la comarca de la tierra,
Corren al son de la fingida guerra.

Quién deja la ciudad y quién la villa,
Quién desampara el campo y la manada
Por ver de aquesta nueva maravilla
La fábrica con juegos celebrada;
No de Efiro jamás se vió la orilla
De tanto vulgo en fiestas ocupada,
Ni en el llano de Pisa se vió tanto,
A ver la fiesta que paraba en llanto.

Al cielo se avecinan soberano
Dos montes poco á poco levantados,
Como formados por ingenio humano,
De siempre verdes plantas coronados,
Que un valle abrazan espacioso y llano,
A quien sirven de puertas dos collados,
Cuya apacible tierra está vestida
De hierba, de los vientos defendida.

Fórmase en cada falda un ancho seno,
Y así ceñido en torno, parecía
Espacioso teatro el sitio ameno,
Propio para los juegos de este día;
Y apenas cada monte estaba lleno
De la lumbre del sol, que ya salía,
Cuando se vió del valle cada lado,
De mil competidores ocupado.

No era la menor parte de la fiesta
Ver mezclada en un campo tanta gente,
Y ver cómo la suya parte apresta
Cada nación en galas diferente;
Para cualquiera prueba ya dispuesta
La juventud alegre y diligente,
Ociosa el esperado plazo aguarda,
Culpando á Febo porque tanto tarda.

Entran al fin cien toros en la plaza,
Negros, y en mil manadas escogidos,
Y con cien vacas de la misma traza
Cien novillos también aun no crecidos;
Luego haciendo el vulgo grande plaza,
Bueyes de dos en dos al yugo unidos,
Simulacros de príncipes traían,
Que eran de bronce y vivos parecían.

El valeroso Alcides el primero
Sobre un gran carro entró por la ancha puerta,
Ahogando en sus brazos un león fiero,
Vueltos los ojos ya, la boca abierta;
Tan al vivo parece y verdadero
El bravo luchador y bestia muerta,
Que no sin miedo el vulgo y pena mucha
Mira en el bronce la fingida lucha.

Entre cañas y juncia recostado,
El padre Inaco alegre se ve luego,
Que de ovas y de juncos coronado,
Derrama un urna y riega el campo griego;
Ío, ya á sus espaldas, ya á su lado,
Mira su gran descuido y su sosiego,
Esperando, ya en vaca convertida,
Hasta ser de su padre conocida.

Argos sigue sus pasos donde quiera,
Con cien ojos velando eternamente,
Mas Júpiter, que ve su pena fiera
Y su dolor y desventura siente,
La socorrió del Nilo en la ribera,
Y luego fué adorada en el Oriente,
Que en tanto que su mal Ináco llora,
Reverencia su huéspeda la aurora.

Tántalo se ve luego, no el injusto,
A quien la fruta eternamente engaña,
Y el agua que en su sed y en su disgusto
Nunca su boca fementida baña,
Sino el piadoso, el noble, el bueno y justo,
Que con los mismos dioses se acompaña,
Pues fué por su piedad y santo celo
Convidado mil veces en el cielo.

Pélope entró, que, al parecer ligero,
A los caballos de Neptuno afloja
Las riendas, y del Rey pisano fiero
Se ve también al vivo la congoja,
Que, culpando á Mirtilo, su cochero,
Deja en su sangre ya la hierba roja;
Acrisio entró después, y entró Corebo,
De rostro venerable, aunque mancebo.

Culpa al oro, instrumento de su pena,
Danae, y de Amimone diligente
Se ve la turbación, que, de ira llena,
Culpaba en vano la hallada fuente;
Con el pequeño Alcides entró Alcmena,
Que con tres lunas coronó su frente,
Y llena de esperanzas se ve ufana
Con su pequeña frente soberana.

Entran después los dos hijos de Belo,
Que con falsa amistad se dan la mano;
Pero Danao, que apenas mira al cielo,
Su oculta rabia disimula en vano;
Que al fin en su tristeza y desconsuelo
Se ve el intento de su pecho insano,
Bien al revés del inocente Egisto,
En quien alegre majestad se ha visto.

Tras de éstos, otros mil después entraron,
Admiración del vulgo novelero,
Y ya que al fin los juegos comenzaron,
Aquel de los caballos fué el primero.
Tú, Febo, dí qué reyes los guiaron,
Y cuál de ellos ha sido el más ligero,
Y los nombres también, pues no la tierra
Ha visto mejor raza en paz ni en guerra.

No, si la misma competencia hubiera
Entre aves que volasen á porfía,
Ó de sus vientos Éolo quisiera
Probar la ligereza y la osadía,
Velocidad mayor jamás se viera
Que se vió en los caballos de este día.
Fué el primero Arión el que ha salido,
Por su fama en el mundo conocido.

El dios Neptuno ha sido, si no miente
La fama, quien domó con freno y silla
El soberbio animal, y osadamente
Correr le hizo en su arenosa orilla;
Mas sin espuela y vara, que impaciente
Era siempre aun llevado de trailla,
Veloz naturalmente é inconstante,
Al mar del duro invierno semejante.

Y de algunos antiguos se ha sabido
Que muchas veces por el mar le vían
Tirar del carro de Neptuno, uncido
Con los caballos que en el mar se crían,
Y romper por las ondas atrevido,
De suerte que alcanzarlo no podían
El Euro fiero y Noto, que admirados,
Se quedaban atrás con los nublados.

Y no pisó después la seca tierra,
Menos gallardo ó fuerte, discurriendo
Del mundo tanto monte y tanta sierra,
Los trabajos de Alcides padeciendo,
Que fué suyo también, y en tanta guerra
Al injusto Eristeo obedeciendo,
Se sirvió de él, que otro ninguno hubiera
Que sus trabajos padecer pudiera.

Con la edad y fatigas ya domado,
Más fácil, más humilde y menos fiero,
Por merced de los dioses lo ha gozado
Adrasto, que su dueño fué tercero.
Aqueste pues, de un carro al yugo atado,
Fué el que en el campo se mostró el primero;
Que Adrasto, porque fuese más ufano,
Se lo ha prestado al príncipe tebano.

Pèro primero, de experiencia lleno,
Porque con más seguridad lo rija,
Le enseña á gobernar el duro freno,
Y con cuál arte su furor corrija.
«Ningún azote para aqueste es bueno
Le dice, que no un rayo tanto aguija;
Hiera esotros la vara como suele,
Que éste no querrás tú que tanto vuele.»

De aquesta suerte, arrepentido en vano,
El padre de Faetón con tierno llanto,
Cuando entregó su carro al hijo insano,
Para enseñarlo le diría otro tanto;
Cómo van bien las riendas en la mano,
Cuál zona es la mejor del cielo santo,
De cuál ha de apartarse y de qué estrellas,
Y la inclemencia oculta que hay en ellas.

Que vaya siempre entre uno y otro polo,
Sin declinar del medio su camino,
En quien tantos peligros hay, que él solo
Puede vencerlos con valor divino;
Tales consejos el piadoso Apolo
Al mozo incauto dió, mas el destino
No le dejó aprender, que ya la suerte
Echada estaba en su temprana muerte.

Mientras Adrasto al yerno así decía,
Unce en su carro el agorero argivo
Los caballos que á hurto engendró un día
Cilaro, más que el viento fugitivo;
En tanto que con remo dividía
De Scitia el alterado mar esquivo
Cástor, que con Jasón por mares largos
A Colcos iba en la galera de Argos.

Blancos son cual la nieve no pisada
Los caballos que lleva el agorero,
Blanco el vestido y blanca en la celada
Pluma, que azota el céfiro ligero;
Luego el tésalo Rey, cuya manada
Guardó Febo, en el campo entró el tercero,
Y unció también, competidor bizarro,
Dos estériles yeguas á su carro.

Quieren decir que de un centauro han sido
Hijas, y así, igualando á su fiereza,
A los caballos han aborrecido,
Que nunca humilla Venus su braveza;
Y así, el furor lascivo han convertido
En fuerza varonil y en ligereza,
Fuertes de pecho y de caderas anchas,
Llenas de blancas y de negras manchas.

Y aun se puede entender que son de aquellas
Que apacentó algún tiempo Apolo santo,
Cuando dejando el cielo y sus estrellas,
Pudo en las tierras humillarse tanto,
Y que tambien oyeron sus querellas,
Su dulce lira y su divino canto,
Cuando el ganado, atento al son que oía,
Olvidaba las hierbas que pacía.

Los dos hijos de Hisípile salieron,
En todo el uno al otro semejante,
Que nueva gloria de la madre fueron,
Consuelo en tantas penas importante;
Sólo en los nombres variedad tuvieron,
Que el uno Euneo se llamó, y Toante
Él otro, cual su abuelo, que á su madre
Éste representó, y el otro al padre.

Iguales, como hermanos, han salido
En carros de una traza y de un arreo,
De un color los caballos y el vestido,
Y ellos de un pensamiento y de un deseo.
Cualquiera de su hermano ser vencido
Quisiera por blasón y por trofeo,
Ó ser, ganando juntos la victoria,
Iguales en el premio y en la gloria.

Hipódamo después, y Cromio luego,
Han salido, de Alcides hijo el uno,
Otro de Enomao, que en el campo gríego
Nunca tuvo en crueldad igual alguno;
Llevan algunos que en el mismo fuego
Parece que nacieron, y ninguno
Se atreverá á juzgar, cuando los vea,
Cuál más osado ó más furioso sea.

Los carros llevan ambos infamados;
Y así, por todo el mundo aborrecidos,
Con despojos horribles adornados,
Que con humana sangre están teñidos;
Llevan, al fin, en ellos confiados,
Caballos al infame yugo unidos,
Aquél los de Diomedes inhumano,
Y éste los de su padre el Rey pisano.

Raya de la carrera peregrina
Era una peña un poco levantada,
Y el fin el tronco antiguo de una encina,
De hojas y de ramos despojada;
La tierra es della aquella que camina
Una flecha tres veces arrojada,
Ó la que el dardo en cuatro veces mide
Cuando valiénte brazo lo despide.

En su Parnaso Apolo estaba en tanto,
Gozando el regalado y fresco viento,
Ya de su coro oyendo el dulce canto,
Y ya tocando alegre en su instrumento,
A cuyo son un tiempo á Jove santo
Cantó de Flegra el noble vencimiento,
Y el suyo de Pitón, muerto á sus manos,
Y los hechos también de sus hermanos.

Canta agora qué espíritu divino
El rayo mueve y las estrellas guía,
Y de donde el arroyo cristalino
Tributo eternamente al mar envía;
Por dónde con el sol hace camino,
Y en qué lugar, en tanto que es de día,
Escondida la noche está, y de adónde
Vuelve á la tierra cuando el sol se esconde.

De qué manjar oculto y no sabido
El viento se alimenta, y de qué fuente
El mar inmenso vive matenido
En un estado solo eternamente.
Esto cantó, y habiendo suspendido
La cítara y corona de su frente,
Del sagrado laurel se apercibía
Para escuchar de nuevo á su Talía,

Cuando, al clamor el rostro revolviendo,
Los juegos vió del campo de Nemea,
Y cual para batalla apercibiendo
Tantos carros la noble gente aquea,
Al rey Atmeto entre ellos conociendo,
Y al adivino, á quien honrar desea,
Antes de su temprana y fatal muerte
Habló consigo mismo de esta suerte:

«¿Cuál dios, qué hados émulos han hecho
Al Rey de la Tesalia y mi agorero,
Cuyos nombres escritos en mi pecho,
Ambos merecen el lugar primero?
Pues de ambos obligado y satisfecho,
Si las obligaciones considero,
No sé á cuál que conmigo más merezca,
Sin ofender al otro, favorezca.

»El noble Rey, en tanto que vivía,
Del cielo, entre los hombres, desterrado,
Incienso y sacrificios me ofrecía,
Siendo humilde pastor de su ganado;
Como á señor al fin me obedecía,
Con ser él el señor y yo el criado;
El otro es mi adivino, y mis altares
Honra con sacrificios y cantares.

»El mérito del Rey es el más fuerte,
Si considero amor y obligaciones;
Pero de aquél, cercano ya á la muerte,
Razón es escuchar las oraciones.
Larga vejez á Atmeto da la suerte,
Y podré honrarlo en otras ocasiones;
Mas á tí, oh noble sabio, ya vecina
Tebas está, y en ella tu rüina.

»Sábeslo, oh miserable, pero en vano
Del canto de mis aves lo has sabido.»
Así dijo; y el rostro soberano
Se vió de tierno llanto humedecido;
Y al punto, más veloz que de la mano
De Jove sale el rayo sacudido,
Vino, sin que de alguno visto sea,
Desde Parnaso al campo de Nemea.

Quedó al pasar del resplandor febeo
Sereno el viento, el cielo arrebolado,
Lleno de nueva luz el campo aqueo,
Y cada monte al parecer rosado.
Ya las suertes echado había Proteo,
Y cada cual su puesto había ocupado,
Y falto de paciencia, atento espera
El ronco son de la trompeta fiera.

Juntos el miedo osado y la esperanza
En cada pecho están, y acobardada
En él la más segura confianza,
Pálido ya el color, la sangre helada;
Ya culpan, mal sufridos, la tardanza,
Ya temen la trompeta deseada,
Salta en el pecho el corazón apriesa,
Y un hielo por los miembros atraviesa.

Derraman por los ojos fuego horrible
Los soberbios caballos, de ira llenos,
E inquietos, tiñen con furor terrible
De espuma y sangre los dorados frenos;
Parece el detenerlos imposible,
Y los relinchos temerosos truenos,
Y de las herraduras el estruendo
Hace, hiriendo el campo, un son horrendo.

Ya el pie herrado estampan, ya impacientes
Borran la ya estampada herradura
Con otras mil señales diferentes,
Haciendo estremecer la tierra dura;
En tanto los amigos y parientes
En torno están, y cada cual procura
De prevenirlo todo de manera,
Que salgan con ventaja á la carrera.

Resuena el ronco son, retumba el suelo,
E igualmente (que nadie se adelanta)
Del puesto salen con ligero vuelo,
Y un gran clamor al cielo se levanta.
¿Qué flechas por el aire y por el cielo,
Qué nubes llevan ligereza tanta?
¿Qué ave ligera que huyendo vuela
Va tan veloz? Y por el mar ¿qué vela?

Menos furia cometa que ha caído,
Menos el fuego y menos lleva el viento,
Ni del monte el arroyo más crecido
Baja con tan ligero movimiento.
Los griegos, que al principio han conocido
Cada competidor, en un momento
Los han desconocido, porque luego
Los sepulta un obscuro polvo ciego.

Y aun ellos conocerse no pudieron,
Que en nube espesa cada cual oculto,
La memoria y las señas se perdieron
Del más amigo y más cercano bulto;
Un poco juntos á la par corrieron
En confuso clamor y gran tumulto;
Pero luego esparcidos, ya se vía
Cuál va delante y cuál detrás seguía.

Borra el que va siguiendo las señales
Que el otro, más ligero, va haciendo;
Que el uno tras el otro desiguales
Por una misma senda van corriendo.
El viento de los fieros animales
Las erizadas crines va hiriendo,
Y bebe ya caliente el suelo frío
Del sudor blanco el húmedo rocío.

Los codiciosos dueños ya pendientes
Sobre el yugo se ven, y ya atrevidos
Con azotes y riendas impacientes
Hiriendo los caballos mal sufridos;
Clamores y relinchos diferentes,
Voces, ruedas y azotes sacudidos,
Y de las trompas el horrible acento,
Hacen un son confuso y gime el viento.

Ya el soberbio Arion, cual si tuviera
Adivino furor, sentido había
Que su rector el Rey de Tebas era,
Y que no es su señor quien lo regía;
Luego, como si á Edipo conociera,
Lleno de horror y espanto se desvía,
El carro tuerce y no obedece al freno,
Corrido de la carga y de ira lleno.

Pensaba la engañada gente argiva
Que el soberbio animal así corriendo
Buscando nuevas alabanzas iba,
Teniendo en poco á quien le va siguiendo.
Mas era que con planta fugitiva
De su mismo rector iba huyendo,
Y busca, amenazando al carretero,
Por todo el campo al dueño verdadero.

Con todo, es el primero y va delante,
Mas como libre al fin y no sujeto,
Mucho después, siguiendo al arrogante,
Va el argivo adivino, y luego Atmeto;
Siguen tras él los nietos de Toante
Casi á la par iguales, que en efeto
Vence el fraterno amor con grande gloria
A la ambición, que aspira á la victoria.

Los otros dos los últimos han sido,
Por no ser sus caballos tan ligeros,
No por falta de industria que han tenido,
Que en ella iguales son á los primeros;
Cromio viene detrás, mas tan asido
Al otro va, que sus caballos fieros
Le manchan las espaldas con los frenos,
De negra sangre, en vez de espuma, llenos.

El sacerdote argivo bien creía,
Viéndose ya en la raya deseada,
Que al volver hacia atrás suyo sería
El premio y la victoria no esperada,
Porque el fiero Arión pasado había
Gran trecho de la encina señalada;
Y así, ocupar de nuevo no pudiera
El primero lugar de la carrera.

Con la misma esperanza Atmeto vino,
Lejos viendo al caballo más ligero,
Pues siendo ya primero el adivino,
Él por lo menos no será el tercero;
Mas luego aquel caballo peregrino,
Volviendo hacia atrás el rostro fiero,
Vió que corriendo al puesto se tornaban
Esotros, y que atrás se lo dejaban.

Y luego, más veloz que el pensamiento,
Vuelve á correr con ligereza tanta,
Que pudiera alcanzar al mismo viento,
Y en un momento á todos se adelanta;
Desocupando al punto cada asiento
(Por ver mejor) el vulgo se levanta
Con tal clamor, que se estremece el cielo,
Retumba cada monte y tiembla el suelo.

Mas no pudiendo el príncipe tebano
El azote mover, regir el freno,
Deja al caballo por el campo llano,
De libertad y de arrogancia lleno:
Así el piloto, fatigado en vano,
Rige en el enojado mar Tirreno
La nave, y sin mirar estrella alguna,
Deja vencido el arte á la fortuna.

A la segunda vuelta que volvían
Corriendo, ya perdida la esperanza,
Viendo que ya alcanzarlo no podían,
Pues aun el mismo viento no lo alcanza,
Con ira tal de nuevo se encendían,
Teniendo por infamia su tardanza,
Que ya que la victoria no pretenden,
Se estorban, se amenazan y se ofenden.

Llegan ejes y ruedas á ofenderse,
Y alguno se atraviesa en la carrera,
Queriendo adrede en ella detenerse,
Por vengar su dolor con mano fiera.
No hay paz ni hay amistad, ni pudo verse
Furia mayor en guerra verdadera;
Tanto pequeño honor y gloria poca
Los mueve, los enciende y los provoca.

No es la voz ni el azote suficiente,
Que ya cada caballo, fatigado,
Ni oye las voces ni el azote siente
Del airado ssñor mal enojado;
Y como si pudiera fácilmente
Ligereza cobrar el pie cansado
Con escuchar su antiguo nombre y fama,
Al suyo cada cual por nombre llama.

A Foloe llama Atmeto, y no lo entiende,
A Iris Toas, y el azote mueve,
El sacerdote á Asquetón reprehende,
Y á Cigno, que es más blanco que la nieve;
Cromio llama á Estrimón y de él se ofende,
Y así á herirlo con rigor se atreve,
A Calidón Hipódamo, y Toante
A Podarce con ira semejante.

A su Etión Euneo llama en vano,
Y alargando la rienda, afloja el freno;
Sólo en su carro el príncipe tebano
Pasa, de miedo y de silencio lleno;
No osa mover la voz ni alzar la mano,
Falto de aliento y de sí mismo ajeno;
Y así, rendido el pecho al miedo frío,
Corre el fiero caballo á su albedrío.

Ya tres vueltas al campo dado habían,
Y con menos furor la cuarta daban,
Porque ya los caballos no podían
Sufrir el gran trabajo que pasaban;
Blancos arroyos de sudor se vían,
Que todos igualmente derramaban,
Y fatigados, anhelando apriesa,
Atrás dejaban una nube espesa.

Ya que iba la fortuna á declararse,
Dudosa hasta entonces é inconstante,
Cayó, queriendo á Atmeto aventajarse,
Ciego de enojo y de furor, Toante;
Quiso, por socorrerlo, atrás tornarse
Su hermano, que pasaba ya delante;
Mas porque en medio Hipódamo se puso,
Prosiguió el curso atónito y confuso.

Cromio, que siempre el último había sido,
Viendo el carro de Hipódamo cercano,
Como hijo de Alcides atrevido,
Se asió al timón con una y otra mano;
Los caballos y el carro ha detenido
Con tanta fuerza y tal valor, que en vano,
Azotados de Hipódamo, porfían,
Y dar un solo paso no podían.

Tal nave contra el Austro forcejando
En el mar de Sicilia suele verse,
Que las hinchadas velas aflojando,
Quiere en vano del viento defenderse;
Tanto Hipódamo estuvo porfiando,
Loco de enojo y sin poder moverse,
Que rompiéndose el carro, cada rueda
Cayó, y él revolcado entre ambas queda.

Fuera Cromio adelante, y por ventura
Fuera á los demás émulos venciendo;
Mas sus caballos, que en la tierra dura
Vieron al triste Hipódamo gimiendo,
Para mayor dolor y desventura,
Su hambre antigua y su furor horrendo
Quisieron renovar, de furia llenos,
Y en sangre humana matizar los frenos.

Y ya el uno y el otro arremetía,
La boca abierta, de ira y rabia llena;
Mas luego el fuerte Cromio los desvía,
Y volviéndose atrás, su hambre enfrena.
La palma olvida que ganar podía,
Siendo, para consuelo de su pena,
Más alabado de esto que si fuera
Suyo el premio y honor de la carrera.

Febo, que por honrar á su adivino
Esperaba ocasión más oportuna,
A darle el premio al fin del curso vino,
Venciendo con engaños la fortuna.
Formó en el aire un monstruo peregrino,
Si ya no fué de la infernal laguna
Imagen espantosa, y la más fiera
Que el pensamiento imaginar pudiera.

De culebras el cuello rodeado,
De extraña forma y tan horrible y fiero,
Que hubiera á las tres Furias espantado;
Y diera miedo al velador Cerbero;
Y hubiera los caballos asombrado
Del mismo Sol y los del Dios guerrero;
Aqueste monstruo, pues, así compuesto,
Delante del tebano Rey ha puesto.

Como Arión al monstruo vió delante,
Erizada la crin, turbado el pecho,
Terrible, al monstruo mismo semejante,
Sobre ambos pies se levantó derecho;
Fuerza es también que el otro se levante,
Que compañero un mismo yugo ha hecho,
Y esotros dos también se levantaron,
Que unidos á otro yugo le ayudaron.

Cayó en el suelo el príncipe tebano,
Rendido ya al temor, turbado y ciego,
Y libre el carro por el campo llano,
Se aleja de él y vuela como un fuego;
El suyo tuerce el adivino ufano,
El suyo el Rey de la Tesalia, y luego
El de Lemos el suyo, y de esta suerte
Se libró Polinice de la muerte.

Y levantando de la tierra fría,
Lleno de polvo, el cuerpo fatigado,
Ya que por muerto el campo lo tenía,
Al suegro Adrasto vuelve no esperado.
¡Qué ocasión, oh tebano, aqueste día
Para morir en paz habías hallado!
Que al fin si Tesifón no lo estorbara,
Con tu muerte la guerra se acabara.

Dejaras con tu muerte fama eterna,
Y Tebas y tu hermano te lloraran,
Argos también, y con tu esposa tierna
Llanto todos sus pueblos derramaran;
Por tí Larisa y la abrasada Lerna
Sus cumbres y sus plantas humillaran,
Y en honrado sepulcro, si hoy murieras,
Más celebrado que Arquemoro fueras.

El sacerdote, pues, más animoso
Sigue al fiero Arión, y con más brío
Quiere, por ser del todo victorioso,
Vencer el carro de rector vacío.
Dale favor su dios, y presuroso
Vuela ya tan veloz, que el Euro frío
Nunca velocidad tan grande lleva
Cuando sale enojado de su cueva.

Con azote y con riendas importuno
Los caballos aflige, procurando
De la victoria el tiempo, que oportuno
Con noble premio se le va acercando.
«Ahora, dice, al menos, que ninguno
Va delante de mí, corre volando,
Oh ligero Asquetón, oh Cigno, ahora
Aligerad la planta voladora.»

De honras ó de amenazas incitado,
Cobra cada caballo nuevo aliento,
Pasa esparciendo arena á cada lado
El carro, más veloz que el mismo viento;
Y hubiérase Arión atrás quedado;
Pero el rector del húmedo elemento
No quiso que perdiese aquella gloria,
Ya que es del adivino la victoria.

Y así ambos dioses victoriosos fueron,
Pues el uno ayudando á su adivino
Y el otro á su caballo, ambos tuvieron
En la victoria igual honor divino.
Dos mancebos el premio al fin trajeron,
Que era un gran vaso rico y peregrino
Que del famoso Alcides había sido;
Y nadie en él después había bebido.

Y usaba sólo de él cuando había dado
La merecida muerte á algún tirano,
Ó después que escapaba fatigado
De algún gran monstruo vencedor ufano;
Que de espumoso vino coronado
Y alzándolo con una sola mano,
Sacrificaba al padre, á quien la gloria
Atribuía de cualquier victoria.

Vense en el oro al vivo dibujados
Los Centauros con ira arremetiendo
A los fieros Lapitas, que obstinados,
En sangre propia el suelo están tiñendo.
Piedras con otros vasos arrojados
Entre algunos tizones medio ardiendo,
Y tan al vivo al fin se ve el estrago,
Que parece de sangre el vaso un lago.

Vese del mismo Alcides el trofeo,
Su valor y su gloria de aquel día,
Y cómo asiendo al bárbaro Hileo
Por la barba, arrastrando lo traía;
Lleno el monstruo de sangre, horrible y feo,
Procuraba soltarse y no podía,
Hasta que, de su sangre ya vacío,
Lo ocupó de la muerte el hielo frío.

Aqueste el premio fué de la victoria,
Y luego el rey Atmeto ha recibido
Por el segundo honor de aquella gloria
Un manto de oro y púrpura tejido,
En que de Ero labrada está la historia,
La alta torre del Sesto, el mar y Abido,
Y entre las fieras ondas del estrecho
Nadando el mozo con osado pecho.

Entre el agua pintada transparente
El cuerpo se parece fatigado,
Fuera de ella se ve la altiva frente
Con el cabello al parecer mojado;
El mar alborotado de repente
Y el un brazo y el otro ya cansado,
Procurando con una y otra mano
Las olas apartar del mar insano.

Está del hondo estrecho á la ribera
La alta torre, y en ella fatigada
Ero, que al triste amante en vano espera,
De la congoja y del temor helada.
Ya pierde la esperanza y desespera;
Que la lumbre, mil veces apagada,
Del enemigo viento parecía
Que su desdicha y su dolor sabía.

Todo pintado al fin estaba al vivo,
Y ufano el uno y otro victorioso,
Su premio recibió del Rey argivo,
Rey justo, liberal y generoso;
Y porque tenga en su dolor esquivo
Algún consuelo el yerno congojoso,
Una esclava le dió sabia y prudente,
Curiosa por extremo y diligente.

Luego al son de trompetas y atambores
Con ricos premios incitar procura
El Rey á los mancebos corredores
Que han de medir á pie la tierra dura;
Ejercicio de grandes y menores
Para los juegos de la paz segura,
Bueno para escaparse de la muerte
Cuando en la guerra se perdió la suerte.

Ida salió el primero osadamente
A la nueva carrera pregonada,
Que ya en el monte Olimpo vió su frente
De vencedor olivo coronada.
Con gran clamor le recibió la gente
De Pisa que Enomao disfamada,
Y la que vive en la campaña Elea,
Que verlo ufano vencedor desea.

Alcón, que de Sición natural era,
Sale tras de él, y Tédimo ha salido,
Que noble vencedor en la carrera
Del Istmo otras dos veces había sido;
Dimas salió, que al ave más ligera
Y al más veloz caballo había vencido,
Mas ya con mucha edad, la sangre fría
De su velocidad perdido había.

Otros muchos salieron de gran fama,
Borrados ya del tiempo en la memoria;
Mas ya á su capitán la Arcadia llama,
Teniendo por segura la victoria.
El bullicioso vulgo se derrama
Por ver el que merece tanta gloria;
Pues nadie hay en el campo que no crea
Que suyo el premio y la victoria sea.

¿Quién no sabe las pruebas de Atalanta,
Que de tantos en vano pretendida,
Se defendió con voladora planta
Hasta que por engaños fué vencida?
Y así, la madre célebre adelanta
La fama del mancebo conocida,
Pues cual ella, también Partenopeo
A pie alcanzó los ciervos de Liceo.

Y aun dicen de él que habiendo sacudido
Ligera flecha por el aire vano,
Yendo luego tras de ella, la ha cogido
En medio del camino con la mano.
Al fin, de todo el campo recibido
Con un alegre aplauso, ocupa el llano,
Derriba el manto que los hombros cubre,
Y de su pecho la verdad descubre.

Tan bello el cuerpo como el rostro bello,
No es menos blanco que la nieve pura,
Ni menos que el cristal su liso cuello
Tiene proporcionada hermosura;
Vence al oro más fino su cabello,
Que es colmo y perfección de su blancura;
Mas córrese el mancebo generoso
De que el mundo lo alabe de hermoso.

Úntase luego desde el pie á la frente,
Costumbre de famosos corredores,
Y con alegre admiración la gente
Le da mil alabanzas y favores.
Hacen Tédimo y Dimas igualmente,
Y todos los demás competidores,
Resplandeciente el cuerpo y fugitivo
Con el verde licor del blando olivo.

Así cuando tranquilo y sosegado
Con grande calma el mar está durmiendo,
Y el cielo no de nubes ocupado,
En él está su hermosura viendo,
En el hermoso espejo plateado
Cada lucero está resplandeciendo,
Y cuan grande en el cielo es cada estrella
Se parece en el agua clara y bella.

Casi al varón de Arcadia se igualaba
En la belleza y en los años Ida,
Aunque un dorado bozo le apuntaba,
Flores alegres de su edad florida;
Mas la rica madeja que bajaba
Suelta sobre los hombros y esparcida,
Con su belleza la del rostro encubre,
Tanto, que el bozo apenas se descubre.

Cada cual luego sacudir pretende
Del cuerpo el perezoso encogimiento,
Alza los brazos y las piernas tiende
Aquí y allí con vario movimiento.
Las rodillas afirma, el cuello extiende,
Estira cada cuerda y cobra aliento,
Y toma, sacudiendo la pereza,
En sí mismo lección de ligereza.

El desnudo escuadrón resplandeciente,
Puesto con regla igual en la carrera,
Parte al fin tan veloz, que fácilmente
Dieran alcance al ave más ligera,
Vencieran al caballo más valiente,
Y creyera sin duda el que los viera
Ser otras tantas flechas que ha arrojado
Fugitivo escuadrón del Parto osado.

No de otra suerte el curso apresuraron
Amedrentados ciervos que han huído
Por los valles hircanos, si escucharon
De hambriento león fiero bramido;
Ya que con el miedo se engañaron
Que formó aquel rumor en el oído,
Corren al fin atónitos, haciendo
Con los cuernos y pies confuso estruendo.

Así, pues, corre el escuadrón ligero,
Y ya el de Arcadia á todos se adelanta,
Retrato de su madre verdadero,
Que se alargó con voladora planta;
Ida, enseñado siempre á ser primero,
Corre tras de él con ligereza tanta,
Que lo alcanza el aliento de su boca,
Y con su sombra á las espaldas toca.

Tédimo y luego Dimas lo seguía,
Poco el uno del otro desviado,
Y tan cercano Alcón, que parecía
Que iba de Dimas al izquierdo lado;
Al capitán de Arcadia le cubría
Los hombros el cabello no cortado,
Y así esparcido y suelto lo detiene
El fresco viento que á herirlo viene.

En nombre de la Diosa cazadora
La dorada madeja había crecido,
Y desde su edad tierna hasta agora
Nunca en ella navaja había caído;
Y cuando ya llegó la fatal hora
Que los montes dejó, la había ofrecido
En vano á los altares de su tierra
Si vencedor volviese de la guerra.

Del viento á las espaldas descompuesta,
Le fué agora ocasión de un grande daño,
Pues ella trocó en lágrimas la fiesta
Con nunca imaginado modo extraño;
Que viendo la victoria manifiesta,
Para estorbarla fabricó un engaño.
Ida, viendo que en vano se aligera
Y que ya se acababa la carrera.

Y asiendo del cabello con la mano,
Hizo volver por fuerza al pie ligero
Dos pasos hacia atrás, y luego ufano,
De la carrera al fin llegó el primero;
Mas fué su industria y su victoria en vano,
Que luego el escuadrón de Arcadia fiero,
No sufriendo en su rey aquella injuria,
Vengarla quiere con inmensa furia.

Corre, llena de enojo y furor ciego,
La mal sufrida gente alborotada,
Con ira amenazándolo si luego
No alarga aquella gloria mal ganada;
Mas hubo muchos en el campo griego
A quien engaño semejante agrada;
Y así, del sufrimiento el freno roto,
Crece la confusión y el alboroto.

Su justicia con lágrimas defiende,
Que enternecieran una peña dura,
El triste Rey, y su cabello ofende,
Como ocasión de tanta desventura;
La vergüenza y dolor el rostro enciende,
Y en él añade el llanto hermosura,
Y en dos bandos el vulgo dividido,
Crece el furor, las voces y el rüido.

Púsose Adrasto en medio, que no fuera
Otro ningún respecto de importancia:
«Cese, dice, el furor, pues de él se espera
Seguro el daño, incierta la ganancia.
Volved ambos de nuevo á la carrera,
Mas divididos con igual distancia,
Corriendo el uno para el otro vaya,
Y en medio de los dos esté la raya.»

Fué alabado del Rey el noble intento,
Y á todos agradó la nueva traza.
Obedecen del Rey el mandamiento,
Y así el vulgo el lugar desembaraza;
De nuevo cada cual vuelve á su asiento,
Apártase la gente y hacen plaza,
Y ya ocupando cada cual su puesto,
El mancebo de Arcadia dijo aquesto:

«Santa Diosa, divina cazadora,
Dueña de este cabello no cortado,
Pues ha nacido mi deshonra agora
Del haberlo á tus aras dedicado;
Si el haberte con planta voladora
Seguido por el monte fatigado,
Para obligarte de importancia ha sido,
Ó si algo por mi madre he merecido,

»No vaya á Tebas yo con este agüero,
Y no mi Arcadia este dolor reciba.»
Dijo; y dió testimonio verdadero
De aquel favor su planta fugitiva;
Pareció luego á todos más ligero,
Ó que en las alas de los vientos iba,
Y el campo apenas siente sus pisadas,
Que aun no deja en el polvo señaladas.

Con alegre clamor, que al cielo llega,
Pisa la raya el vencedor ufano,
Y luego la admirada gente griega
Con gritos hace estremecerse el llano.
Un famoso caballo el Rey le entrega,
Y él mismo lo corona con su mano;
Un arco á cada cual, y un rico escudo
A Ida, que de vergüenza estaba mudo.

Contento cada cual se aparta, y luego
El Rey, viendo la gente sosegada,
Hace que se pregone el tercer juego
Del disco, bola de metal pesada;
Prueba que antiguamente el pueblo griego
Usaba, en nuestros tiempos ya olvidada;
Que la española juventud bizarra
Juega, en vez de él, á la pesada barra.

Pterela, al rey Adrasto obedeciendo,
El redondo metal liso y pesado
Trajo, y con ambos brazos y gimiendo,
En el campo no lejos lo ha arrojado;
Muchos, su peso y su grandeza viendo,
Que pensaron jugar, se han retirado,
Y llenos de valor y de osadía,
Otros muchos salieron á porfía.

Tres salen de Corinto, uno de Pisa,
De Acarnania otro solo ocupa el llano,
De Acaya salen dos, muchos de Nisa,
A quien su antigua gloria incita en vano;
La arena en esto Hipomedonte pisa,
Trayendo un disco en la derecha mano,
Cual no se vió jamás, y en medio puesto,
Mostrólo á los demás, y dijo aquesto:

«Este, oh nobles mancebos, que por tierra
Pensáis echar de Tebas la muralla
Y el fuerte alcázar donde al Rey encierra
Del miedo torpe la primer batalla;
Este disco es mejor, pues de la guerra
El trabajo y fátiga en él se halla,
Que de aqueste pequeño la victoria
¿Qué honor nos puede dar, qué nombre y gloria?»

Dijo; y sin fuerza alguna y fácilmente
El disco arroja, y tanto lo desvía,
Que atónito desiste el más valiente,
Su orgullo refrenando y su osadía.
Solos quedaron dos, de tanta gente,
Que viendo que sin émulo vencía,
Se avergonzaron de su gran trofeo:
Flegias el uno, el otro Menesteo.

A éstos la noble sangre han detenido,
Juzgando por deshonra y gran vergüenza,
Viendo que los demás han desistido,
Que un hombre sin trabajo á tantos venza.
Flegias es el primero que atrevido,
Recogiendo la fuerza en sí, comienza,
Pero primero refregando en vano
En el menudo polvo el disco y mano.

Y porque más seguro el tiro sea,
Lo ajusta bien y lo acomoda luego,
Por una y otra parte lo rodea,
No sin admiración del campo griego;
Mas la pisana gente, que desea
Verlo vencer en el difícil juego,
Con alegre clamor lo favorece,
La industria alaba y su favor le ofrece.

Verse en el disco vencedor espera,
Pues ninguno hay más diestro que Flegeo,
Que desde sus primeros años era
Ejercitado en él con gran trofeo;
Y mil veces jugando en la ribera
Del peregrino enamorado Alfeo,
Hizo volar con grande maravilla
Al disco desde la una á la otra orilla.

En esta y otras pruebas confiado,
No con ojos atentos mide el suelo,
Mas con el globo de metal pesado
Mira las nubes y amenaza al cielo;
En tierra ambas rodillas ha hincado,
Junta su sangre, y con extraño vuelo
Rodar le hace por el aire vano
Y avecinarse al cielo soberano.

No más ligero el rayo ha descendido
Cuando á las cumbres altas hace guerra,
Que sube el duro disco, y detenido,
Entre aire y fuego al parecer se encierra;
Al fin desde las nubes ha caído
Menos veloz, y escóndese en la tierra,
Por todas partes derramando fuego,
Con grande admiración del campo griego.

Tal suele descender del Sol la hermana,
Cuando con el rigor de algún conjuro
Tésala maga, en su viatoria ufana,
Bajar le hace por el aire puro;
La gente, que su lumbre soberana
Avecinarse mira al suelo duro,
Mil trompas y atabales al momento
Tocan por detenerla, y gime el viento.

Pero la maga tésala entretanto
Burla de su temor y de su estruendo,
Viendo viudo de luna al cielo santo,
Y sus caballos descender gimiendo.
Llenos de nueva admiración y espanto
Los griegos, el extraño tiro viendo,
Lo alaban, y con nueva confianza
El pisano alimenta su esperanza.

Con prueba tan extraña y tan notoria,
Que hizo estremecer la tierra dura,
Antes de haberlo visto, la victoria
Del tiro lárgo el campo le asegura;
Mas la injusta fortuna cuya gloria
Es burlar la esperanza más segura,
La de tantos burló, que el hombre en vano
Estorba lo que ordena el hado insano.

Para el tiro segundo en prueba larga
Con el disco otra vez se apercibía,
Extiende la cerviz y el brazo alarga,
Y el pie y derecho lado atrás desvía;
Mas deslizóse la pesada carga,
Ya que con todo el cuerpo revolvía,
Y cayendo á sus pies la dura bola,
En vano sacudió la mano sola.

Vióse en un punto el campo alborotado,
Gimiendo el triste caso de Flegeo,
Y luego en su desdicha escarmentado,
Llega á tentar el disco Menesteo;
Y habiéndolo en polvo refregado,
Ruega á Mercurio ayude su deseo;
Y así, llevado del favor divino,
El disco por el aire abrió camino.

Con fuerza y con industria sacudido,
Pasa el metal del campo un largo trecho,
Y el vulgo, levantando un alarido,
Hinca una jara en la señal que ha hecho;
Mas luego Hipomedonte se ha movido
Con tardos pies y con pesado pecho,
Ya pensando en el caso de Flegeo,
Ya en la felicidad de Menesteo.

Levanta el disco de la tierra dura,
Y á espacio en torno de él la mano lleva,
Que de su gran valor no se asegura,
Aunque tan diestro en la difícil prueba;
Y así, primero acomodar procura
(Añadiendo á su fuerza industria nueva)
El pesado metal á su contento,
Y en tanto el campo está mirando atento.

Huye la dura bola sacudida,
Y rechinando por el aire vano,
Tanto se aparta de él, que ya se olvida
Del gran valor de su derecha mano;
Del otro tiro la señal corrida
Se deja mucho atrás, y pasa el llano,
Y al fin, con grande honor de Hipomedonte,
Paró en los hombros del opuesto monte.

Tal desde la alta cumbre inaccesible
Del monte de Etna, que vomita fuego,
Con ambas manos el peñón terrible
Tiró el burlado Polifemo ciego,
Cuando de su rigor y hambre horrible
Huyó el astuto peregrino griego,
Y alborotado el mar del peso grave,
Casi anegó la fugitiva nave.

Por premio Adrasto al vencedor ofrece
Una hermosa piel de tigre hircana,
Que el oro en sus orillas resplandece,
Extremo rico, imagen de su lana;
Cada uña en cada mano y pie parece
Menos feroz, y con el oro ufana,
Y habiendo dado un arco á Menesteo
Por consolarlo, así dijo á Flegeo:

«Tú recibe esta espada, aunque la suerte
Te burló con el caso no esperado;
Digna es de tu valor y brazo fuerte,
Aunque en mi mocedad honró mi lado.
Y, pues con ella en Tebas has de verte,
Como esperamos de tu pecho osado,
En el mayor rigor de tu osadía
Te acordarás que ha sido prenda mía.

»Dése principio al juego de los cestos,
Que el animoso que en su pecho encierra
Honradas esperanzas, en aquestos
Verá una viva imagen de la guerra.»
Así dijo el buen Rey, y luego puestos
Se ven dos grandes cestos en la tierra,
Que cada uno es de un buey el duro lomo,
Con el remate de pesado plomo.

Al punto el uno empuña Capaneo,
Que soberbio gigante parecía,
Y volviendo á mirar al campo aqueo,
De aquesta suerte á todos desafía:
«¿Hay alguno, de tantos como veo,
Que ose esgrimir conmigo aqueste día?
Y ya plugiera al cielo soberano
Viniera para aquesto algún tebano.

»Que á nadie diera lástima su vida,
Y al fin muerte más lícita le diera,
Y manchado con sangre aborrecida,
No tan cruel mi esfuerzo pareciera.»
Dijo; y apenas fué su voz oída,
Cuando la sangre se le heló á cualquiera;
Un general silencio en todos puso,
Y quedó el campo atónito y confuso.

Pero dél escuadrón de los Lacones
Alcídamo saltó libre y exentó,
Y atónitos esotros escuadrones,
Se admiran de su extraño atrevimiento;
Mas los suyos, que en otras ocasiones
Vieron su gran valor, desde su asiento
Lo alaban y aseguran la victoria,
Como testigos de su antigua gloria.

Dicen que el mismo Pólux fué el primero,
De quien él aprendió tanta osadía,
Que con amor de padre verdadero
Le enseñó el arte que tan bien sabía;
Y cuando más alegre y más severo,
Gran furor, enseñándolo, fingía,
Por hacer experiencia de esta suerte
Si en él entraba el miedo de la muerte.

Y viendo que con ira semejante
El muchacho animoso le esperaba,
Sin que su enojo y su furor lo espante,
Soltaba alegre el cesto y lo abrazaba.
Agora, pues, salió; pero el gigante,
Burlando de él, tan arrogante estaba,
Que mostrando que lástima tuviese,
Otro pidió que más valiente fuese.

Mas viendo que lo espera osadamente,
Después de estimulado, ocupó el puesto,
Extendió el cuello y levantó la frente,
Y con más arrogancia empuñó el cesto;
El otro, más humilde y más prudente,
Considera el peligro manifiesto,
Y con valor é industria de importancia
Mide de su enemigo la distancia.

Que no Ticio tan grande pareciera,
Ni tanto con sus miembros admirara,
Si el ave que lo aflige permitiera
Que alguna vez en pie se levantara,
Y aunque muchacho, Alcídamo lo espera
Con vista alerta y con exenta cara,
Y con madura industria se gobierna,
Freno admirable para edad tan tierna.

Y así, con su prudencia bien regido
Para los años de su edad madura,
Nunca visto valor ha prometido
Con esperanza, al parecer, segura.
Ninguno hay que no tema si herido
Ha de salir de aquesta empresa dura;
Que todo el campo en general desea
Que suyo el premio y la victoria sea.

Después que cada cual con alma atenta
Mide el valor que su enemigo mira,
Adivinando lo que el otro intenta,
Y ni osa arremeter ni se retira,
Con miedo alterno comenzó la afrenta
A encender el furor, y con más ira
Se buscan, se amenazan y rodean,
Alzan los brazos y la fuerza emplean.

Este sabio, en el arte, se detiene
Con calma recatada y temerosa,
Y con varios reparos se entretiene,
Conservando su fuerza provechosa;
Pero el gigante, que vergüenza tiene
De sí mismo, ni para ni reposa,
Y á dos manos esgrime el duro cesto,
Pródigo de su fuerza y descompuesto.

Pero el lacón, astuto y vigilante,
De sangre, al fin, y patria conocida,
Adónde en ejercicio semejante
Gastan la mayor parte de la vida,
A los soberbios golpes del gigante,
En que gasta su fuerza mal regida,
Ya con industria y ya con osadia,
Unos repara y de otros se desvía.

El ojo atento adonde el golpe carga,
Hace que acuda á socorrer la mano,
Ya la cabeza encoge y ya la alarga,
Ya el pie la aparta del jayán insano;
Y así, cuando con más furor descarga
El duro cesto, al suelo baja en vano,
Obedeciendo con igual presteza
La mano, el pie ligero y la cabeza.

Y alguna vez osado y diligente
(Tanto puede el ingenio y la experiencia),
Para llegar á la enemiga frente
Su industria y su valor le dan licencia,
Y cual ola que azota humildemente
Roca que asombra al mar con su presencia,
Tal parecía en torno del gigante,
Enojado, coberbio y arrogante.

Ya los ojos señala y ya al un lado
Y con tanta destreza el cesto esgrime;
Que habiendo alguna vez mal reparado,
Llega á ofender, y el enemigo gime;
Mas una el plomo descargó pesado,
Y en medio de la frente el golpe imprime,
Y de caliente sangre en ella ha hecho
Un arroyo sutil, que bajó al pecho.

No la sintió el airado Capaneo,
Turbado del dolor y ardiendo en ira,
Mas, viendo alborotado el campo aqueo,
La causa ignora y del rumor se admira;
Y subiendo la mano al rostro feo,
Apenas su deshonra en ella mira,
Cuando al nunca esperado atrevimiento
Hizo de enojo extraño sentimiento.

No mayor rabia hircana tigre lleva
Cuando el astuto cazador la injuria,
Llevándole sus hijos de su cueva,
Ni en herido león se vió tal furia;
Su difícil venganza en vano prueba,
Y abrasado en el fuego de su injuria,
Su fuerza ya cansada resúcita,
Y en su mismo furor se precipita.

Perdido ya del todo el sufrimiento,
Arrójase, y con una y otra mano
El mal regido cesto esgrime á tiento,
Y mil golpes sin tiempo tira en vano;
Los unos hieren solamente el viento,
La tierra esotros, y retumba el llano,
Y el lacón, que mil muertes ve delante,
Se aparta cuidadoso y vigilante.

Pero no por aquesto el arte olvida;
Que cuando más ligero va huyendo,
Vuelve con repentina arremetida,
Ya á tiempo reparando y ya hiriendo;
Mas, de entrambos la fuerza enflaquecida,
Se iba á tanto trabajo ya rindiendo;
Que aquél menos furioso y fatigado,
Y éste para apartarse está pesado.

Y ya en pie no pudiendo sustentarse,
Sin aliento y la vista ya turbada,
Con breve paso hubieron de apartarse
A reparar la fuerza ya cansada.
De esta suerte en el mar suelen pararse
Cuando á la ciega chusma fatigada
Hace el patrón señal y luego para,
Y con descanso breve se repara.

Pero poco le dura aquel sosiego,
Que segunda señal voz enemiga
Da fin á aquel descanso breve, y luego
Los remos baja, y vuelve á su fatiga,
Lleno de nueva rabia y furor ciego,
Porque su afrenta y su dolor le obliga;
Sigue al lacón el fiero Capaneo,
Mas él se aparta y burla á su deseo.

Y habiendo ya burlado su braveza
Mil veces, sin perder del arte un punto,
Descubre astutamente la cabeza,
Y el otro el duro cesto esgrimió al punto;
Y apartándose de él con ligereza,
Cayó en tierra, y con él su dueño junto,
Y Alcídamo de nuevo osadamente
El duro cesto le imprimió en la frente.

El golpe y el suceso fué de suerte,
Que él mismo se turbó de su ventura,
Porque para escaparse de la muerte
Piensa que ya no habrá tierra segura.
Levántase del campo un clamor fuerte,
Y en torno retumbó la tierra dura,
Y aunque apartado el mar, desde su orilla
Sintió la no esperada maravilla.

Huye, osado lacón, con libre planta,
Que nadie te asegura la ganancia;
Porque ya tu enemigo se levanta
Con doblado coraje y arrogancia;
Ya su furor al mismo cielo espanta;
No será ya tu industria de importancia,
Pues lleno del dolor, con nueva rabia
Te busca, y blasfemando al cielo agravia.

El noble rey Adrasto, al caso atento,
Viendo el peligro del lacón dichoso,
Que de su venturoso atrevimiento
Andaba ya turbado y temeroso,
«Id, dice, oh compañeros, al momento,
Corred, y con socorro provechoso
Refrenad su furor, templad su furia,
Llevadle el premio y consolad su injuria.

»Id y quitadle á Alcídamo delante;
Que tan airado á su enemigo veo,
Que hasta que el cerebro le quebrante
No podrá reportarse Capaneo;
No se infame con muerte semejante.»
Dijo; y su voz obedeció Tideo,
É Hipomedonte y él corriendo fueron,
Y osadamente en medio se pusieron.

Entrambos de sus brazos se han asido,
Varias razones alegando en vano,
Y ambos juntos apenas han podido
Quitarle el duro cesto de la mano.
«Basta, dicen; ¿qué buscas, si has vencido,
Y el que sigues es griego, y no tebano,
Y nuestro compañero en esta guerra?
Baste ya, y el furor de tí destierra.

»Si es honra dar la vida al enemigo
Y gloria perdonar á los menores,
No es mucho al compañero y al amigo
Perdonar la ignorancia y los errores.»
Mas él, viendo que el campo fué testigo
De su dolor, no admite estos favores,
Y airado el ramo y la coraza arroja
(Premio de la victoria), y más se enoja.

«De este medio hombre, dice, de este infame,
Favorecido al fin por su belleza,
No es justo que la sangre se derrame,
Mal atrevida ahora á mi grandeza;
Aunque el cielo y la tierra cruel me llame,
La beldad que le dió Naturaleza
La he de manchar con polvo y sangre suya,
Aunque á los cielos y al infierno huya.

«Y pues con larga y favorable arenga
Lo llamáis griego y compañero nuestro,
Después que muerto á mi placer lo tenga
Lo daré á que lo entierre su maestro;
Que no es razón que yo á la guerra venga,
Turbado con agüero tan siniestro.»
Así dijo; mas tanto porfiaron,
Que del campo ya humilde lo sacaron.

Mas todo el campo, que testigo ha sido,
De Alcídamo celebra el gran trofeo,
Pues haberlo alcanzado y merecido
Efecto fué de un general deseo.
Y en tanto los Lacones se han reído
Del vano amenazar de Capaneo,
Atribuyendo á Pólux la victoria,
Como fuente y autor de aquella gloria.

Ya el gran Tideo, que mirado había
De tantos el valor desde su puesto,
Aunque tirar el disco bien sabía,
Y mejor esgrimir el duro cesto,
De nueva gloria estímulos sentía,
Y al fin, en medio de la plaza puesto,
Alegre hizo pregonar la lucha
En quien tenía valor é industria mucha.

Del calidonio Aqueloo en la ribera
Gastaba en ejercicio semejante
El ocio breve de la guerra fiera,
Y así venció á luchar más de un gigante;
Pero en los años de su edad primera,
Siendo pequeño y regalado infante,
Dicen que el mismo Aqueloo fué el maestro
Que le enseñó su industria é hizo diestro.

Siendo ya, pues, la lucha pregonada,
Antes que algún competidor acuda
Quitó del lado la temida espada,
Y el pellejo del puerco se desnuda,
Y cuando más atenta y sosegada,
Esperando, la plaza estaba muda,
Sale Agileo, gran émulo en efeto,
Hijo de Alcídes, de Molorco nieto.

No menor que su padre en forma y talle,
Como de tan gran tronco descendiente,
Que es tan alto que dudo que se halle
Quien le llegue á los hombros solamente;
Mas no pudo en los hechos imitalle,
Pues no hay algunos que la fama cuente;
Que entre miembros tan grandes repartido,
Menor que el talle su valor ha sido.

En esto el calidonio confiado
El premio y la victoria se asegura,
Que era duro de nervios, bien trazado
Y fuerte, aunque pequeño de estatura;
De gran fuerza, animoso y arriscado,
Tanto, que no encerró jamás Natura
(Reina del mundo y de las almas dueño)
Alma tan grande en cuerpo tan pequeño.

Después de haberse con aceite untado,
Que la tez lisa pareció y serena,
Cada cual, en el arte ejercitado,
Hinchió los puños de menuda arena;
Y habiendo el uno al otro rociado,
Por asirlo mejor con menos pena,
Los brazos encorvando, se ciñeron
Y en los hombros los cuellos escondieron.

Astuto y en sí mismo recogido,
Con la cabeza el calidonio baja,
El un pie tiene atrás, apercibido
Contra el contrario, que también se abaja;
Que como más robusto y más crecido,
Por abrazarlo á su placer trabaja,
Y al fin el cuerpo es fuerza que doblegue
Porque su pecho al del contrario llegue.

Tal suele en la mayor montaña Alpina,
Ciprés antiguo á quien el Austro hiere,
De suerte amenazar con su rüina,
Que se podrá engañar el que lo viere;
Y cuando tanto la cerviz inclina,
Que ya parece que arrancar se quiere,
Con mayor furia la engañosa planta
Deja la humilde tierra y se levanta.

No de otra suerte se abajó Alcileo,
Y con su cuerpo al enemigo oprime;
Mas no pudiendo alzarse con Tideo,
Doblado en vano, se fatiga y gime;
El uno y otro con igual deseo,
Dejando que el contrario se le arime,
Con piernas, brazos, frente, cuello y pecho
Su daño estorba y busca su provecho.

No de otra suerte airados han movido
Guerra dos toros; y con furia insana
Se hieren, y el amor allí escondido
Los estimula y las heridas sana,
Y la novilla que la causa ha sido
Del celoso furor, con él ufana,
Desvergonzada la batalla fiera
Mirando está, y al vencedor espera.

Con ira semejante así abrazados
Suelen dos osos en el monte verse,
Y de la misma furia estimulados,
Suelen así dos puercos ofenderse;
Los dos, aunque de celos no incitados,
Procuran ofender y defenderse,
Aspirando al honor de la victoria
Con generoso estímulo de gloria.

Estaba el calidonio aun todavía
De fuerza entero y de vigor constante,
Que ni al calor ni al polvo se rendía,
Cual si fuera su cuerpo de diamante;
Que tan ejercitado lo tenía
Con dura guerra ó lucha semejante,
Que á los trabajos invencible hecho,
Jamás algún cansancio entró en su pecho,

El otro, más robusto y más pesado,
Ya el gran trabajo y la fatiga siente,
Y ya anhelando siempre y fatigado,
Mueve piernas y brazos flojamente,
Ya sin aliento y de sudor bañado,
Mojado estaba desde el pie á la frente,
Y ya la arena que en su cuerpo estaba
Al propio suelo entre el sudor bajaba.

Al fin hurtando el cuerpo, cobra tierra,
Y un poco se sustenta de esta suerte,
Pero con él el calidonio cierra,
Como su pena y su fatiga advierte;
Y amenazando con ardid de guerra
Al alto cuello, con la mano fuerte
Quiso asir la rodilla, mas fué en vano,
Que no pudo abrazarla con la mano.

El enemigo, que se ve tan alto,
Cobrando nuevo aliento, el pecho alarga,
Y dando luego un repentino salto,
Con todo el cuerpo encima de él se carga;
Con el no imaginado sobresalto,
Quedó escondido en la pesada carga;
Y así, oprimido con el peso, gime,
Como si fuera un muro que le oprime.

Así acontece al que en la honda mina
Con hambre del mejor metal se encierra,
Cuando causando súbita rüina
Se abrió y encima de él tembló la tierra;
El monte desatado se avecina,
Y sobre el oro á su pesar lo entierra,
Adonde su avaricia interrumpida,
Pagó su hambre de oro con la vida.

Con su osado valor el gran Tideo,
De verse así oprimir avergonzado,
Apartando el un brazo de Agileo,
Se deslizó y salió por el un lado,
Y luego con mayor gloria y trofeo
Por las anchas espaldas lo ha abrazado,
Y sirviendo de nudo sus abrazos,
Le aprieta los ijares con los brazos.

Las rodillas le arrima, y no pudiendo
Cobrar para soltarse algún aliento,
Aquí y allí lo lleva así gimiendo,
Sin dejarlo parar sólo un momento;
Al fin, toda su fuerza recogiendo,
Con nunca imaginado atrevimiento
Levantó de la tierra el peso inmenso,
Dejando el campo atónito y suspenso.

No de otra suerte el hijo de la Tierra,
En su gran fuerza, á Alcides atrevido
Alzó del suelo en semejante guerra,
Habiendo sus engaños conocido;
Y aquel de quien temblaba el llano y sierra,
Al duro abrazo de Hércules rendido,
Muerto quedó, sin que en desdicha tanta
A su madre tocase con la planta.

Llena de admiración, alzó la gente
Un alegre clamor que llegó al cielo,
Y luego el vencedor dichosamente
Con la pesada carga dió en el suelo;
Cayó él encima, y sobre el cuello y frente
Puso las manos sin algún recelo;
Luego de pies y piernas se asegura,
Sirviéndole las suyas de atadura.

Corrido de que un hombre así lo venza,
Por resistir al vencedor ufano,
Torciendo el cuerpo, á sacudir comienza
La dura carga, y se fatiga en vano;
Mas rindióse á pesar de su vergüenza,
Y fatigado se quedó en el llano,
Levantóse después con nueva pena,
Dejando las señales en la arena.

Al vencedor de la famosa lucha
Por premio una armadura rica han dado,
Y enseñándola al campo, que lo escucha,
Aquesto dijo, alegre y confiado:
«¿Qué hubiera hecho aquí si sangre mucha,
Cual ya sabéis, no hubiera derramado
Por aquestas heridas, premio duro
De la traidora fe de un rey perjuro?»

Dijo; y habiendo descubierto el pecho,
Y las heridas de él para su gloria,
Dió el premio á sus amigos, satisfecho
Sólo con el honor de la victoria.
El Rey piadoso consolar ha hecho
Al vencido en deshonra tan notoria,
Mandando que le lleve un escudero
Una coraza de templado acero.

Algunos hubo allí del campo aqueo
Con desnudas espadas tan osados,
Que estimulados de un cruel deseo,
Salieron á esgrimir desafiados;
Salió el primero el Epidauro Agreo,
Y luego, aun no movido por los hados,
Lo siguió el desterrado Polinice,
Pero el argivo Rey así les dice:

«Mejores ocasiones esperamos;
Guardad ese furor para otro día,
Que antes de mucho iréis donde veamos
De cada cual la fuerza y valentía;
Y tú, por quien alegres olvidamos
La amada patria, enfrena tu osadía,
Que armas para tu hermano acicaladas
No sean con sangre amiga matizadas.»

Dijo; y un yelmo á cada cual ofrece,
Como si hubieran sido vencedores,
Y al afligido príncipe engrandece
Con varias alabanzas y favores;
Y el campo que su causa favorece,
Al son de mil trompetas y atambores,
Poniéndole de rey una corona,
Por vencedor de Tebas lo pregona.

Las voces por el valle retumbaron;
Pero las Parcas, que el pregón oían,
Viendo que rey de Tebas lo llamaron,
Del pregón y corona se reían.
Todos en tanto á Adrasto le rogaron
Que, pues los juegos acabado habian,
A la famosa fiesta satisfaga
Con prueba alguna que su mano haga.

Ó ya tirando un dardo fugitivo,
Ó con jara sutil rasgando el viento,
Algún honor añada al día festivo
Del siempre venerable monumento.
Al punto obedeciendo el Rey argivo,
De los suyos alaba el noble intento,
Y con semblante alegre y rostro humano
Desocupó su asiento y bajó al llano.

Un arco su escudero le llevaba,
Y puesta en él una ligera punta,
Por la mejor de la preñada aljaba
Escogida entre mil, aun fresno apunta;
Atento el campo todo al caso estaba,
Tira la cuerda y los extremos junta,
Y con curso veloz la aguda flecha
A herir, en el tronco fué derecha.

Llega al árbol la flecha, sacudida
Con fuerza grande y con igual destreza,
Y apenas (cosa horrible nunca oída)
Llegó á herir del tronco la corteza,
Cuando de oculta fuerza reprimida,
Volvió atrás con la misma ligereza,
Y otra vez dando vuelta á su camino,
Junto á su propia aljaba á parar vino.

¿Quién dirá que de causas ignoradas
No proceden prodigios semejantes?
Que mil cosas se vieran remediadas
Si los avisos se creyeran antes?
Todas son por el hado reveladas,
Mas hácense los hombres ignorantes,
Y por no haber las causas conocido,
Dicen que todo acaso ha sucedido.

De mil varias desdichas y aflicciones
Nadie la causa averiguar pretende,
Y así con semejantes ocasiones
Cobra fortuna fuerza y nos ofende;
Hubo en el campo muchas opiniones,
Pero ninguno la verdad entiende,
La causa atribuyendo (pero á tiento),
Quién á nube contraria y quién al viento.

Algunos atribuyen al madero
Lo que es señal de suma desventura,
Pues era un cierto aviso verdadero,
En quien estaba la verdad futura;
Por quien el hado inexorable y fiero
Daba á entender que de esta guerra dura,
Destrozado su campo, el Rey argivo
Volverá solamente á Grecia vivo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	PAGS.
Publio Papinio Estacio.....	V
Prólogo de Gregorio Morillo de la traducción de Estacio.....	IX
Dedicatoria de Estacio al Emperador Domiciano...	1
Libro I.....	3
Libro II.....	61
Libro III.....	117
Libro IV.....	169
Libro V.....	233
Libro VI.....	291